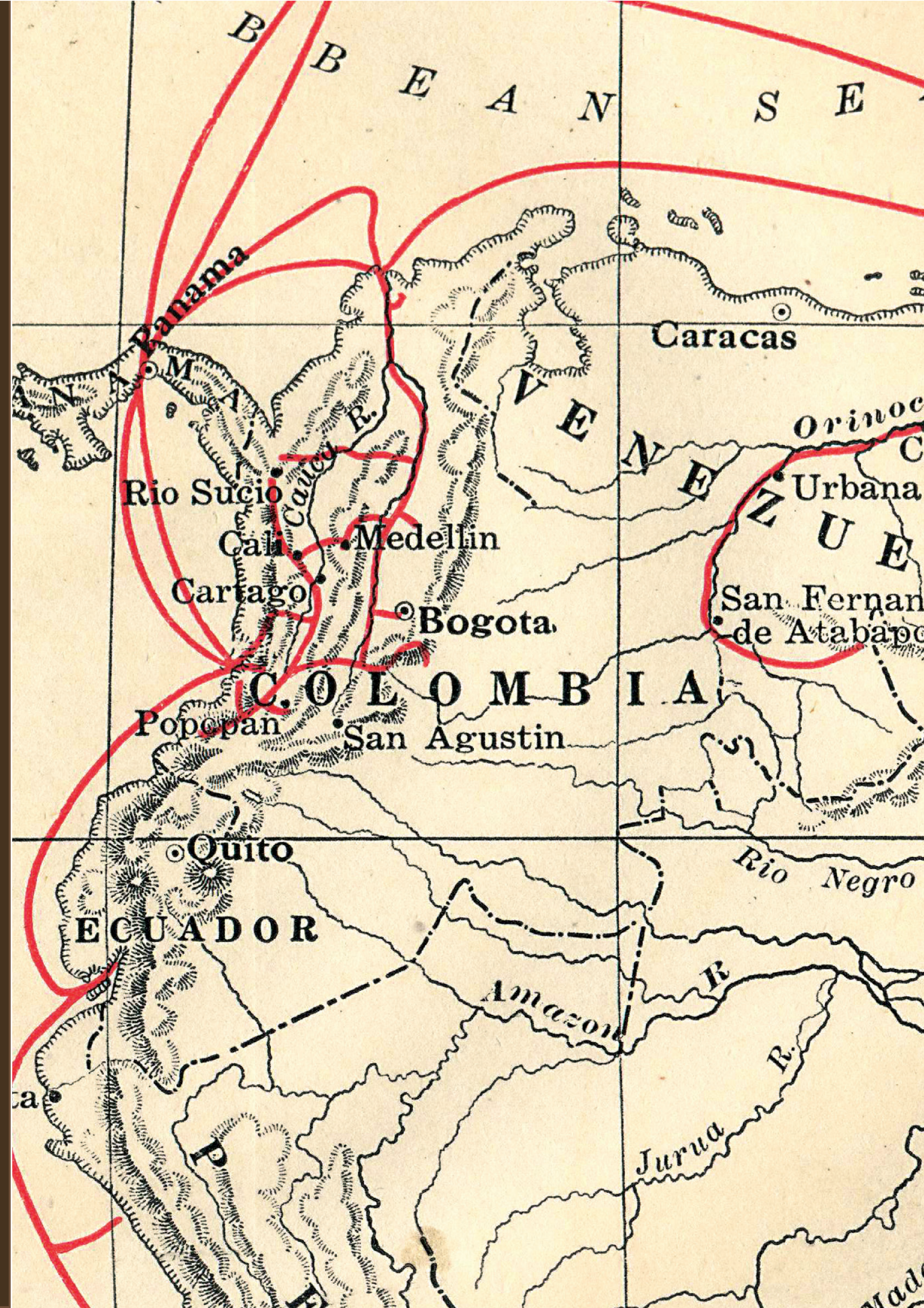
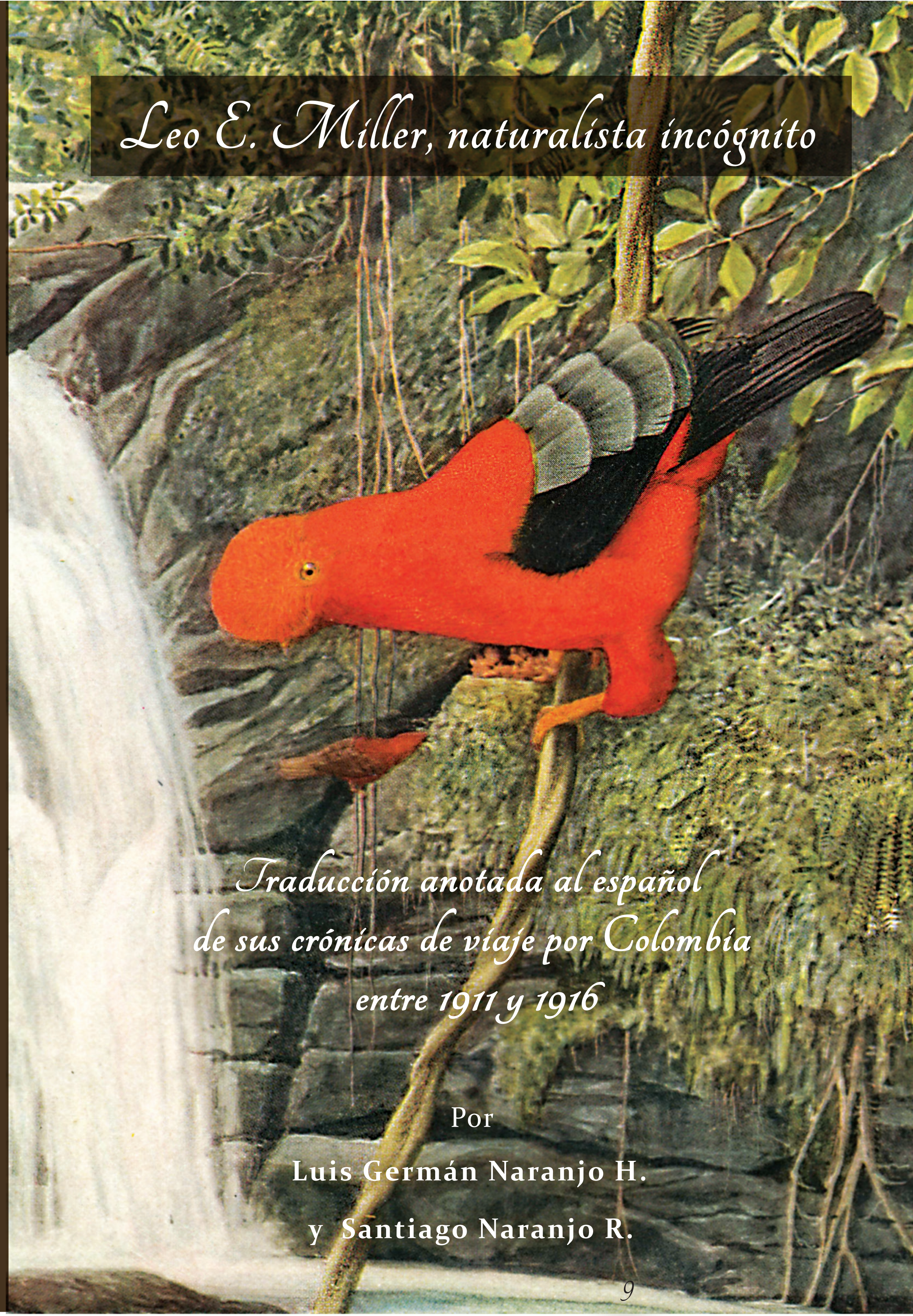


Luis Germán Naranjo es Biólogo Marino de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Magister en Ecología Animal y Ph.D. en Ecología Evolutiva de New Mexico State University. Fue profesor en la Universidad del Valle durante 20 años, Director de Programas Internacionales de American Bird Conservancy. Actualmente es Director de Conservación de WWF para Colombia.

Santiago Naranjo es Antropólogo egresado de la Universidad de los Andes, con experiencia en museografía y gestión cultural. Ha sido traductor de documentos técnicos y actualmente estudia Artes Visuales en la Universidad Javeriana en Cali.



Leo E. Miller, naturalista incógnito



Leo E. Miller, naturalista incógnito

Traducción anotada al español de sus crónicas de viaje por Colombia entre 1911 y 1916

Por

Luis Germán Naranjo H.

y Santiago Naranjo R.

Entre 1911 y 1916, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York llevó a cabo una serie de ocho expediciones científicas a Colombia, como parte de un ambicioso proyecto de investigación sobre las aves de Suramérica, liderado por Frank Michler Chapman, que fue calificado como un importante logro de la ornitología de la época.

A pesar del mérito científico de Chapman, sus análisis no hubieran sido posibles sin contar con las inmensas colecciones de especímenes y el acervo de información obtenida por su equipo de colectores a lo largo de las expediciones que recorrieron una porción significativa de la geografía colombiana. Pero como suele ocurrir con los "soldados rasos" de las grandes empresas, quienes obtuvieron cada pieza del rompecabezas armado por Chapman se han desdibujado con el paso de los años y existen de manera casi fantasmal, pero ni su trayectoria profesional ni los más elementales detalles acerca de su historia personal son conocidos. Por esta razón, la lectura de las crónicas de viaje de Leo Edward Miller, además de rescatarlo del olvido, es reveladora pues ofrece un vistazo de las condiciones ambientales de las regiones que visitó y permite entender el marco conceptual dentro del cual se daban los primeros pasos en el estudio de la zoogeografía de América Latina.

En conmemoración del centenario de estas expediciones, que pusieron por primera vez en el panorama mundial la extraordinaria riqueza de la avifauna colombiana, la Sociedad Antioqueña de Ornitología se complace en poner a disposición de los lectores colombianos el fascinante relato de viaje de uno de los pioneros en el estudio de nuestras aves.



Leo E. Miller,

NATURALISTA INCÓGNITO

PRESENTACIÓN

En nombre de la Sociedad Antioqueña de Ornitología SAO tengo el gusto de presentar un libro publicado originalmente en inglés hace casi un siglo y que había permanecido desconocido para los colombianos a pesar de que gran parte del mismo describe las peripecias de uno de los pioneros de la ornitología en el país durante una serie de expediciones al servicio del Museo Americano de Historia Natural.

Al cumplirse el centenario de esos viajes, Luis Germán Naranjo y su hijo Santiago abordaron la tarea de traducir al español los nueve capítulos dedicados a Colombia en ese libro y produjeron además un texto introductorio que sirve como marco de referencia para conocer a su autor, Leo E. Miller, y a las circunstancias que rodearon sus viajes por el occidente del país.

La idea de editar esta joya nació años atrás cuando por casualidad se obtuvo una copia del libro original de Leo E. Miller y nos llamó la atención por diferentes motivos, siendo uno de ellos la información que nos regala el autor sobre el pasado interesantísimo de una parte de Colombia que queremos compartir con nuestros lectores.

Walter H. Weber

Medellín, abril de 2013



Leo E. Miller, naturalista incógnito.
Traducción anotada el español
de sus crónicas de viaje por Colombia
entre 1911 y 1916

ISBN: XXX – XXX – XXXX – XX – X

Nota introductoria, traducción y comentarios al margen:
Luis Germán Naranjo H. y Santiago Naranjo R.

Fotografías e ilustraciones:
Tomadas del original en inglés (Miller, L. E. 1918. In the Wilds of South America. New York: Charles Scribner's Sons.) y de la colección personal de Walter H. Weber.

Ilustración de la carátula:
Frontispicio del original en inglés, de una pintura de Louis Agassiz Fuertes.

Coordinación Editorial:
Walter Weber, Andrea Morales y Luis Germán Naranjo.

Diseño, diagramación e impresión:
Impresiones Gráficas Ltda.

Primera edición.
Medellín, Colombia.
Abril, 2013

Leo E. Miller,

NATURALISTA INCÓGNITO

*Traducción anotada al español
de sus crónicas de viaje por Colombia
entre 1911 y 1916*

Por

Luis Germán Naranjo H. y Santiago Naranjo R.

CONTENIDO

LISTA DE ILUSTRACIONES

PRÓLOGO

El 7 de enero de 1912, dos gringos macilentos llegaron a Cali buscando asistencia médica. Después de haber atravesado las selvas del Chocó, de Cartago a Nóvita, los personajes bajaron por el río San Juan hasta su desembocadura, desde donde navegaron hacia Buenaventura para luego remontar la cordillera Occidental. En menos de un mes de recorrido, colectaron 277 especímenes de aves y 39 de mamíferos y además consiguieron enfermarse de malaria. Durante varias semanas los naturalistas reposaron de sus fatigas en la ciudad y fueron tratados con sulfato de quinina para combatir las intensas fiebres palúdicas que los aquejaban. Mientras tanto, embalaron cuidadosamente sus colecciones para remitirlas a Nueva York y prepararon su siguiente expedición hacia el macizo colombiano.

Para uno de ellos, Arthur Allen, este sería el comienzo del regreso a casa, pues al llegar a San Agustín dos meses más tarde, sufrió una fuerte recaída a consecuencia de la cual su compañero tuvo que enviarlo de vuelta a los Estados Unidos. Pero para este último, Leo Edward Miller, dicho momento marcó un punto de inflexión en su carrera como colector de aves y mamíferos. Cuando llegó a Colombia, en marzo de 1911, Miller era un joven prácticamente desconocido, que daba sus primeros pasos como naturalista de campo. Había sido contratado por Frank Michler Chapman, uno de los más prominentes ornitólogos norteamericanos de la época, como colector de algunas de las expediciones del Museo Americano de Historia Natural. En estos viajes, su misión era obtener y preparar especímenes de aves y mamíferos a lo largo de itinerarios cuidadosamente diseñados y hacer observaciones sobre la geografía de cada una de las regiones visitadas, cuya historia natural era prácticamente desconocida por aquel entonces. Ahora, después de un año de trabajo intensivo, Miller tenía experiencia suficiente para asumir en solitario la siguiente expedición y llevar a cabo algunos de los viajes más significativos en la historia temprana de la ornitología colombiana.

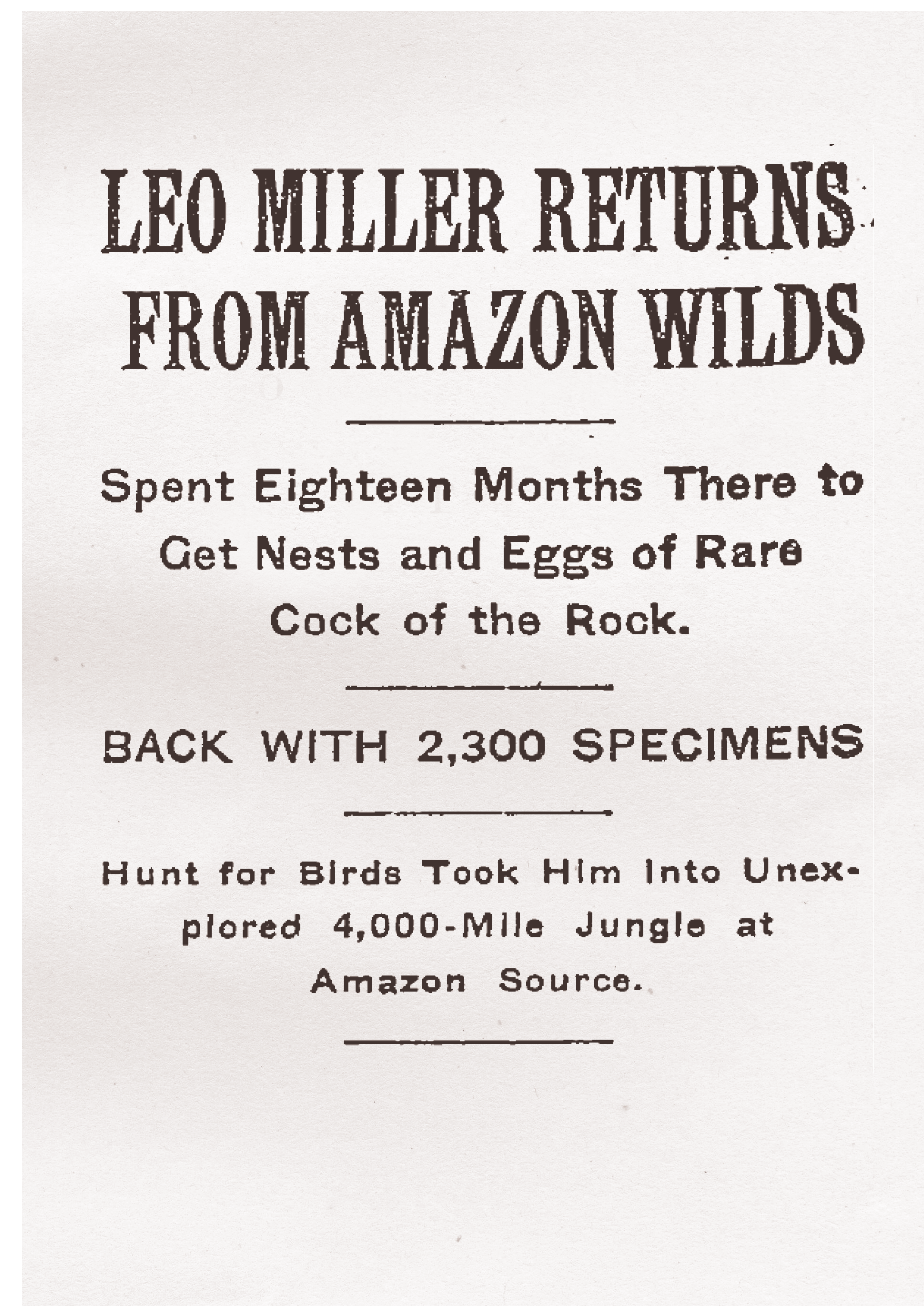
Este periplo del joven explorador lo llevó a las selvas del alto Caquetá, lo que habría de convertirlo en el primer naturalista en haber visitado los bosques del piedemonte andino – amazónico de Colombia. Gracias a ello, a su regreso a los Estados Unidos, el New York Times registró sus logros

con grandes titulares en la edición del 11 de septiembre de 1912. Miller era ahora uno de los más prestigiosos exploradores del Museo Americano de Historia Natural y en reconocimiento a sus capacidades, Chapman le encomendó varias misiones de gran importancia durante los cinco años siguientes. En ese lapso visitó todos los países de Suramérica y adelantó trabajos detallados en ocho de ellos.

No contento con sus hazañas como explorador y colector de especímenes, Miller desarrolló en este tiempo una notable capacidad como cronista. En cada uno de sus campamentos registró con gran detalle diferentes aspectos de la geografía, el clima, la flora y la fauna y en muchos casos hizo registros etnográficos que daban cuenta de la forma de vida de los pobladores de las diferentes regiones que visitó a lo largo de sus expediciones.

Y a partir de la gran cantidad de información recogida en estos minuciosos diarios de campo, escribió un fascinante libro de viajes que ha permanecido oculto para los lectores de los países de habla hispana que fueron retratados por el explorador, a pesar de que los trabajos escritos por Chapman y otros científicos norteamericanos acerca de los especímenes obtenidos por Miller y sus colegas constituyen una parte importante de los cimientos sobre los cuales se asienta la zoogeografía de América del Sur. Por esta razón, al conmemorar el centenario del inicio de estas expediciones, hemos querido rescatar la memoria de Leo E. Miller con la traducción de los capítulos de su obra correspondientes a Colombia como una invitación a descubrir, en la voz de este naturalista oculto, la maraña de pequeñas historias con las cuales se inició el estudio de la avifauna más rica del mundo.

Santiago de Cali, enero de 2013



LEO MILLER RETURNS FROM AMAZON WILDS

Spent Eighteen Months There to Get Nests and Eggs of Rare Cock of the Rock.

BACK WITH 2,300 SPECIMENS

Hunt for Birds Took Him Into Unexplored 4,000-Mile Jungle at Amazon Source.

Titular del New York Times del 11 de septiembre de 1912

EL MUSEO AMERICANO DE HISTORIA NATURAL EN EL OCASO DE LAS GRANDES EXPLORACIONES

En el siglo XVI, cuando las potencias europeas estaban enfrascadas en sus conquistas de los territorios de ultramar, empezó a florecer un novedoso negocio destinado a surtir los gabinetes de curiosidades de nobles y monarcas. En un principio, estas colecciones incluían toda clase de objetos que despertaban la curiosidad de los europeos – monedas, artesanías, instrumentos científicos, libros, pinturas, curiosidades médicas, fenómenos de la naturaleza, animales y plantas – y su escogencia era tan caprichosa como los gustos de sus propietarios. Pero poco a poco, la composición de los gabinetes empezó a intentar reproducir, a pequeña escala, un retrato del cosmos. Y a medida que la complejidad del mundo "descubierto" se hacía cada vez mayor, esta pretensión empezó a expresarse a través de una especialización progresiva de los contenidos de las colecciones que gradualmente empezaron a utilizarse como herramientas de investigación empírica para ordenar y entender la naturaleza (Müsch 2001).

Gran parte de los objetos perecederos guardados en estos gabinetes tenían una vida útil muy corta, pues los avances de la taxidermia eran aún limitados. En el caso de los animales, aquellos que no podían conservarse en medio líquido o los que carecían de exoesqueleto, tarde o temprano se descomponían o eran presa de hongos y polillas (Coniff 2011). Por otra parte, aunque el objetivo de los colectores era recoger la mayor cantidad posible de objetos que valiera la pena conocer, registrarlos y hacerlos comprensibles, sus sistemas de clasificación se reducían a la manera de disponerlos en una habitación para dar la oportunidad al observador de establecer relaciones visuales entre los especímenes e intentar deducir conexiones (Müsch 2001). Puesto que el marco de referencia con el que se hacían estas primeras agrupaciones era la *scala de natura* de Aristóteles, el procedimiento resultaba claramente insuficiente para abarcar el alud de seres desconocidos que arribaron del Nuevo Mundo (Simmons & Snider 2009) y por lo tanto la utilidad de los gabinetes como herramientas para el estudio de la naturaleza era todavía incipiente.

Hacia el siglo XVIII, estas colecciones se convirtieron en los primeros museos de ciencias naturales. Y después de que las limitaciones antes señaladas empezaron a superarse, una verdadera fiebre de recolección de especímenes de plantas y animales invadió el mundo occidental (Coniff 2011). La publicación del *Systema Naturae* por Carl von Linné en 1735 hizo posible el estudio de las relaciones entre distintos grupos de seres vivos y contribuyó al florecimiento de la historia natural – hasta entonces restringido en gran medida al estudio de la botánica – lo que a su vez alimentó el afán enciclopédico de la ilustración.

De manera casi simultánea, el desarrollo de métodos efectivos de preservación – como el jabón arsenicado de Jean-Baptiste Bécoeur (Farber 1997) – puso al alcance de los coleccionistas un número cada vez mayor de especímenes recolectados por verdaderas legiones de exploradores que, durante casi trescientos años, recorrieron el planeta en busca de plantas y animales desconocidos (Coniff 2011), cotizados como bienes transables del floreciente negocio. Ya para comienzos del siglo XIX la posesión de un gabinete de historia natural se convirtió en un símbolo de estatus social (Farber 1997) y para responder a esta demanda, se crearon compañías dedicadas exclusivamente al tráfico de especímenes como la famosa Maison Verreaux, principal proveedora de los primeros grandes museos a partir de 1803 (Molina 2002) y su mayor competidora, la empresa de Benjamin Leadbeater con sede en Londres (Chansigaud 2010).

Pero aparte de los negocios privados de recolección, distribución y tráfico de especímenes, los gobiernos de las grandes potencias ordenaron y promovieron expediciones científicas asociadas a sus empresas coloniales y por esta razón, la historia del inventario de la biodiversidad mundial es hasta cierto punto inseparable de los intereses políticos y comerciales de los imperios. Es bien sabido que el desarrollo de la botánica durante el renacimiento y la ilustración estuvo asociado con la bioprospección de los territorios coloniales dominados por España, Holanda, Francia e Inglaterra (ver, por ejemplo, Nieto 2000 y Schiebinger 2004) y a medida que la geopolítica mundial se transformaba, las nuevas potencias se embarcaron sucesivamente en el proceso de crear jardines botánicos, gabinetes reales y museos como repositorios de las riquezas naturales a las cuales tenían acceso (Farber 2001, Coniff 2011). Quizás esto explica el surgimiento relativamente tardío de los museos norteamericanos y sus primeras incursiones de recolección en diferentes países. Si bien es cierto

que en los Estados Unidos existían gabinetes de historia natural desde mucho antes – como la famosa colección privada de Charles Wilson Peale (Asma 2001) – la creación de los hoy mundialmente famosos museos de historia natural de la unión americana solamente tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX [1], al iniciarse su expansión política y económica y, por lo tanto, es reciente comparada con la de sus homólogos europeos que iniciaron sus labores desde el comienzo de la ilustración.

Al igual que en Europa, en los Estados Unidos estos establecimientos fueron creados a partir de colecciones donadas o adquiridas en el mercado de los especímenes científicos y con base en este "capital semilla" iniciaron la ampliación de sus existencias. Al principio, el trabajo de recolección de nuevos especímenes se enfocó en la flora y la fauna de Norteamérica pero a medida que los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos se extendieron hacia otras latitudes, algunos exploradores hicieron incursiones en diferentes países. En lo que se refiere a las aves, hasta finales del siglo XIX y con muy pocas excepciones, los ornitólogos norteamericanos no habían colectado especímenes al sur del Río Grande (Chapman 1933).

En algunos casos, estas expediciones respondieron a un interés puramente personal por el estudio de faunas exóticas[2] o estuvieron relacionadas con empresas norteamericanas cuyo interés primario no era la historia natural[3]. Pero otros las llevaron a cabo para vender sus ejemplares a los grandes museos, ya que en ese momento dicha práctica era considerada un buen negocio. Por ejemplo Adolphe Boucard, quien proveía pieles de aves a museos, coleccionistas privados y casas de moda femenina, publicó en 1871 una obra en la que explicaba los procedimientos para recolectar, preparar y distribuir especímenes de historia natural como una forma entretenida y pedagógica de hacer dinero (Chansigaud 2010).

---

1 Como casos notables, el Museo Nacional del Instituto Smithsoniano fue creado en 1846 (Anónimo, s.f., a) y el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York en 1869 (Anónimo, s.f., b).

2 Así por ejemplo, el teniente Wirt Robinson (1895) hizo un viaje de placer por Colombia en 1892, con el único fin de conocer aves distintas a las de su tierra natal. Como dato curioso cabe anotar que aunque sus observaciones fueran hechas desde el punto de mira de una escopeta, este viajero puede ser considerado como el primer aviturista que visitó nuestro país.

3 Un caso famoso fue el de las colecciones ornitológicas hechas por los hermanos C. J. Wood y W. S. Wood, Jr. Bajo la dirección del teniente Michler en una expedición comisionada para buscar una posible ruta para un canal interoceánico en el bajo Atrato (Cassin 1860, Chapman 1917).

Una muestra notable de la evolución de los museos desde la compra de colecciones privadas hasta la organización de expediciones científicas, fue el desarrollo de la división de ornitología del Museo Americano de Historia Natural. En 1888, esta institución había empezado a incrementar sus existencias de aves tropicales con la adquisición de algunas accesiones importantes tales como las aves colectadas por el príncipe Maximilian de Wied-Neuwied en Brasil y en el alto río Missouri (Tyler 2011), 10,000 ejemplares comprados a la casa Verreaux, 8,000 especímenes vendidos por el naturalista George N. Lawrence y un buen número de colibríes donados por Daniel Giraud Elliot (Chapman 1933). En su mayor parte, esta colección consistía de ejemplares montados para exhibición al público y apenas incluía unas 300 pieles de estudio (Chapman 1933). Pero esta deficiencia fue remediada en unos pocos años gracias al empeño puesto por el curador de aves y mamíferos, Joel Asaph Allen, en ampliar el material de investigación. Hacia 1908 la colección ascendía a 50,000 especímenes (Vuilleumier 2005).

Parte de las nuevas colecciones del Museo Americano fue comprada a colectores profesionales que habían trabajado en Ecuador (Allen 1889a), Bolivia (Allen 1889b), Brasil (Allen 1891a, b, 1893), Colombia (Allen 1900, 1905) y Venezuela (Allen 1905), pero cada vez más ejemplares eran el producto de las expediciones organizadas por el propio museo a diferentes regiones siguiendo el patrón de los viajes de descubrimiento de corte imperial emprendidos a lo largo de los siglos XVIII y XIX por los naturalistas de los grandes museos de Europa. Como lo señala Quintero-Toro (2012), el Museo Americano, al igual que otras organizaciones científicas de los Estados Unidos (incluyendo el Instituto Smithsoniano, el Museo de Zoología Comparada de Harvard, el Museo Field y el Museo Carnegie) empezaban a enfocar su atención en los países de Suramérica en el marco del expansionismo norteamericano que en los albores del siglo XX no era solamente económico sino también cultural y científico. De hecho, estas expediciones utilizaron como apoyo logístico parte del andamiaje de las crecientes empresas norteamericanas en la región, pues los naturalistas viajaban en los barcos de la United Fruit Company e incluyeron entre sus campamentos base algunas haciendas que eran propiedad de agentes estadounidenses (Quintero-Toro 2012).

Con muy contadas excepciones, los conjuntos de especímenes que llegaban al Museo Americano no permitían el abordaje de preguntas que

trascendieran el interés puramente taxonómico, pues no eran obtenidos en recorridos planeados sistemáticamente. Pero a partir de los primeros viajes hechos por Frank M. Chapman a Cuba, Trinidad y México, empezó a gestarse una manera diferente de programar y desarrollar las expediciones de recolección organizadas por esta institución. Al enfrentarse por primera vez a la enorme diversidad de formas de vida de los países tropicales, este investigador concibió la idea de hacer una exploración a gran escala, en la cual se recogieran muestras a lo largo de itinerarios que posibilitaran el estudio del origen y la evolución de la avifauna norteamericana (Chapman 1933). Durante la década siguiente, mientras exploraba distintas regiones recolectando especímenes e información geográfica que sirviera de base para construir dioramas representativos de los Estados Unidos, decantó los interrogantes que habría de enfrentar entre 1910 y 1916 cuando finalmente desarrolló su ambicioso plan.

Al estar preocupado por ilustrar en estas exhibiciones no solamente los hábitats de especies selectas sino también los atributos más notorios de la fisiografía norteamericana (Chapman 1908), este ornitólogo afinó su capacidad para interpretar los factores determinantes del recambio de especies a lo largo de gradientes ambientales. Por esta razón, las expediciones suramericanas del Museo Americano de Historia Natural representan un hito en la historia de los grandes viajes de exploración científica a pesar de ocupar apenas una fracción de dicho período. En ellas, además de ampliarse significativamente el conocimiento sobre la fauna de la región Neotropical, se desarrollaron nuevos protocolos para la recolección de información que incrementaron la utilidad de los museos para el estudio de la diversidad biológica.

Hasta ese momento, las accesiones de especímenes foráneos adquiridas por el Museo Americano de Historia Natural privilegiaron el hallazgo de especies desconocidas para la ciencia, cada una de las cuales estaba representada por ejemplares recolectados en recorridos hasta cierto punto oportunistas y con información geográfica muy somera. Por el contrario, los naturalistas que trabajaron para Chapman debían recolectar sus especímenes a lo largo de una serie de estaciones seleccionadas por representar distintas áreas fisiográficas y su tarea primordial consistía en obtener series de especies comunes, pues eran estos organismos los que permitían interpretar con mayor claridad el papel de las influencias medioambientales en la distribución de las aves (Chapman 1917).

Pero ante todo, estas expediciones marcaron un hito en el desarrollo de la documentación interpretativa de la biodiversidad en América del Sur. Las colecciones científicas obtenidas por sus exploradores hicieron posible el desarrollo de teorías acerca de la diferenciación geográfica de distintos conjuntos faunísticos relacionadas con la orogénesis de los Andes y el caudal de información que las acompañó les confiere un valor histórico adicional. Gracias a ello contamos con una ventana privilegiada a través de la cual podemos observar el estado de los paisajes suramericanos de comienzos del siglo XX y de la forma como los investigadores de primera línea de esa época se aproximaron al estudio de su fauna.

¿POR QUÉ COLOMBIA?

Para los colombianos del siglo XXI, acostumbrados como estamos al hecho de que nuestro país posea el récord incuestionable de la mayor diversidad mundial de aves silvestres, la selección del mismo como punto de partida de una serie de expediciones ornitológicas de alcance continental resultaría obvia. Pero lo que muy pocos se imaginan es que este reconocimiento planetario de riqueza avifaunística empezó a perfilarse precisamente a partir de las expediciones del Museo Americano de Historia Natural lideradas por Frank M. Chapman (ver Quintero-Toro 2012 para una discusión acerca del origen de este posicionamiento) y por lo tanto no fue decisivo para iniciar estos recorridos en Colombia. De hecho, en la introducción de su obra seminal sobre el país, Chapman menciona su riqueza biológica como un factor casi secundario entre la serie de razones que determinaron que estos investigadores hicieran aquí la primera etapa de su periplo suramericano:

> *"Colombia fue seleccionada como nuestro primer campo de operaciones no porque creyéramos que fuera la porción menos conocida desde el punto de vista de la zoología... fue escogida... por su proximidad, porque las circunstancias ya habían despertado nuestro interés en su avifauna, porque estando ubicada en la base del istmo de Panamá se encuentra en la encrucijada del problema de las relaciones intercontinentales y porque posee condiciones fisiográficas y climáticas más diversas, combinadas con una mayor variedad de vida animal que cualquier otro lugar de Suramérica con una extensión similar."*
>
> (Chapman 1917:5)..

Sin embargo, esto no quiere decir que el investigador norteamericano no tuviera un enorme interés por estudiar la avifauna colombiana. Por una parte, estaba familiarizado con los trabajos científicos desarrollados por ornitólogos ingleses y franceses de mediados del siglo XIX, basados en colecciones hechas en el país y conocía en detalle las monografías de aves de la Sierra Nevada de Santa Marta escritas por su jefe (Allen 1900, 1905). Pero además había quedado muy impresionado con la riqueza de una colección de aves adquirida por el museo en 1898, hecha por J. H. Batty en el valle del río Cauca y había incluso discutido con este colector la posibilidad de visitar a Colombia (Chapman 1912), aunque las limitaciones presupuestales de su institución y el fallecimiento de Batty forzaron el aplazamiento de dicha idea (Allen 1912).

No cabe duda que el interés del investigador se debía en parte a la gran cantidad de especies encontradas en exploraciones de territorios relativamente reducidos. Pero lo que más despertó su curiosidad fue la marcada diferenciación de su avifauna, pues ofrecía una oportunidad excepcional de estudiar problemas de distribución geográfica (Chapman 1912). Desde su primer ascenso del pico Orizaba en 1897, Chapman estaba esperando una oportunidad para estudiar en detalle la variación de la fauna con la elevación, pero no fue sino hasta cuando finalmente atravesó las bien definidas zonas de vida de las cordilleras colombianas (Chapman 1933) e inició el análisis de las ricas colecciones amasadas por sus exploradores, que tuvo clara la idea relacionar la variación latitudinal de especies con el recambio altitudinal.

Las expectativas de Chapman habrían de cumplirse con creces. Aunque su obra sobre Colombia es apenas una parte de sus estudios suramericanos, es indudable que se trata de la piedra angular de su programa de investigación en el continente. Su riguroso planteamiento, desde el diseño mismo de las expediciones que la sustentaron, fue calificado como un logro de la ornitología de la época (Stone 1918) y el sinnúmero de problemas teóricos e ingeniosas soluciones propuestas por el autor recibieron el elogio de sus colegas (Swarth 1918). En reconocimiento a su cuidadoso e innovador análisis de la ornitogeografía colombiana, le fue otorgada la medalla Elliot de la Academia Nacional de Ciencias en 1918 y tres años después fue elegido como miembro de esta misma institución. Pero el máximo tributo a este trabajo fundacional de la ornitología en el país de las aves, habría de expresarse un siglo después de que sus expedicionarios cruzaran los fragosos caminos de los Andes colombianos, cuando una nueva generación de ornitólogos nativos retomara sus preguntas y sus hipótesis para abordarlas con un arsenal de técnicas y métodos completamente diferentes.

LEO EDWARD MILLER: EXPLORADOR – NATURALISTA

Sin desconocer el mérito científico de la obra de Frank M. Chapman, sus análisis no hubieran sido posibles sin contar con las inmensas colecciones de especímenes y el acervo de información obtenida por su equipo de colectores a lo largo de las expediciones que recorrieron una porción significativa de la geografía colombiana. Pero como suele ocurrir con los "soldados rasos" de las grandes empresas, quienes obtuvieron cada pieza del rompecabezas armado por Chapman se han desdibujado con el paso de los años a pesar de sus denodados esfuerzos y de sus logros individuales. Para los ornitólogos de reciente factura, estos personajes existen de manera casi fantasmal gracias a que fueron inmortalizados en algún taxón que les fuera dedicado, o porque algunos de ellos publicaron trabajos científicos (Taylor 2011) que eventualmente aparecen en una búsqueda bibliográfica exhaustiva, pero ni su trayectoria profesional ni los más elementales detalles acerca de su historia personal son conocidos. Por esta razón, la lectura de las crónicas de viaje de Leo Edward Miller, además de rescatarlo del olvido, es reveladora pues ofrece un vistazo de las condiciones ambientales de las regiones que visitó y permite entender el marco conceptual dentro del cual se daban los primeros pasos en el estudio de la zoogeografía de América Latina.

Hijo de inmigrantes alemanes[4], este joven nacido en Huntingburg (Indiana) en marzo de 1887 es un claro exponente de los innumerables naturalistas que llegaron a Suramérica en medio del apogeo de las exploraciones científicas impulsadas por los grandes museos americanos y europeos. Durante los últimos treinta años del siglo XIX no menos de diez colectores norteamericanos y unos cuantos ingleses y franceses viajaron a Colombia, muchos de ellos atraídos por la posibilidad de hacer buenos negocios con el producto de sus cacerías. Pero para muchos otros, entre los cuales se cuenta Miller, además de la posibilidad de ganarse la vida al servicio de las nacientes instituciones científicas, este trabajo resultaba atractivo en una época en la que aún persistían algunos ideales del romanticismo.

4 Los padres de Miller (Frank H. y Verena) llegaron a los Estados Unidos en 1881 junto con dos de sus hijos, Robert y Anna, nacidos en Alemania. Los cinco restantes nacieron en Indiana entre 1882 y 1894 (1900 US Federal Population Census). Es curioso que el registro del censo federal señale que ambos padres eran alemanes, pues Roosevelt (1914:5) menciona que la madre de Miller era francesa.

La búsqueda de especies desconocidas para la ciencia era aliciente suficiente para enfrentar toda clase de vicisitudes (Coniff 2011) y el contacto con ambientes poco intervenidos y con sociedades pre-industriales añadía exotismo a la experiencia.

Aunque no sabemos cuál fue la razón que impulsó a Miller para unirse a estas expediciones, dado que los detalles sobre su vida personal son mayormente desconocidos, no resulta exagerado suponer que el ingrediente romántico de esta empresa tuvo algún peso en su decisión. Según Roosevelt (1914), Miller tenía una sólida formación literaria y científica y la profunda impresión que causaron en él los paisajes y situaciones que atravesó se evidencia en muchos de sus escritos. Por otra parte, sabemos que cuando llegó a Colombia tenía alguna experiencia capturando y preparando especímenes de mamíferos (Chapman 1912), aunque era considerado todavía un novicio por su jefe (Chapman 1917). Sin embargo, su recursividad y dedicación, sumadas a un entrenamiento intensivo desde el momento en que desembarcó en el puerto de Buenaventura en Marzo de 1911, fueron más que suficientes para ayudarle a superar su inexperiencia en poco tiempo. Además de recibir instrucciones en el campo del propio Chapman, en esos primeros meses de su estancia en Colombia trabajó junto al veterano colector William B. Richardson y el famoso artista y naturalista Louis Agassiz Fuertes. Este entrenamiento *in situ* era un verdadero currículo, pues los colectores que participaron en las expediciones suramericanas del Museo Americano de Historia Natural tuvieron que actuar simultáneamente como exploradores, cazadores, taxidermistas, geógrafos, cronistas de viaje y fotógrafos.

Esta combinación de habilidades puede parecer exagerada, pero en esa época constituía el bagaje mínimo que se esperaba de un buen naturalista y no cabe duda que Miller fue competente en todas estas tareas. De otra forma es difícil entender por qué Chapman le asignó la responsabilidad de estar al frente de cuatro de las expediciones hechas en Colombia y participar en muchos de los itinerarios en otros países de Suramérica, incluyendo el famoso viaje hecho por el ex presidente Theodore Roosevelt para explorar un desconocido tributario del río Amazonas junto con el Coronel Cándido Mariano da Silva Rondón en 1914.

Esta última comisión aparentemente jugó un papel importante en el desarrollo de la carrera profesional de Miller, pues tanto su dedicación como su

capacidad narrativa fueron alabadas repetidamente por Roosevelt quien, refiriéndose a este último punto en su diario de viaje, hace del joven explorador un ejemplo para los naturalistas de campo al servicio de los museos:

> *"...los museos verdaderamente buenos deben contratar colectores competentes, pero si desean obtener resultados de importancia, deben sobre todo enviar a las inmensas tierras remotas, en donde la naturaleza silvestre aún se encuentra en su mejor estado, observadores entrenados con la capacidad de registrar lo que han visto. Estos hombres deben ser colectores, pero también deben ser capaces de ver por sí mismos y describir vívidamente ante los demás la historia natural de las criaturas que observan."*
>
> (Roosevelt 1914:161-162).

Es probable que, estimulado por estos elogios, Miller desarrollara cada vez más sus habilidades de cronista, pues en solo tres años publicó por lo menos ocho extensos artículos geográficos sobre Suramérica (Miller 1915a-b, 1916, 1917a-e). Sin embargo y a diferencia de algunos de sus colegas más cercanos como George K. Cherrie y Howarth S. Boyle, quienes publicaron algunos trabajos sobre aves, sus incursiones en la literatura ornitológica se reducen a una nota sobre el tráfico de plumas en Suramérica (Miller 1914), un artículo acerca de la historia natural de dos especies del género *Molothrus* en Argentina (Miller 1917f) y la presentación de sus observaciones sobre la anidación del gallito de roca en la 34ª reunión anual de la Unión de Ornitólogos Americanos celebrada en Filadelfia en noviembre de 1916 (Sage 1917). A juzgar por su producción, Miller estaba mucho más interesado en los aspectos geográficos y etnográficos de su oficio que en hacerse un nombre como naturalista, aunque no por eso dejó de consignar en sus escritos minuciosas anotaciones sobre la fauna suramericana. Según Roosevelt (1914), Miller hizo observaciones y experimentos sobre hormigas legionarias y sobre pirañas, que contribuyeron a desmitificar la imagen de estos animales.

El aparente desprendimiento de Miller con respecto a su trabajo como naturalista de campo quizás explique su misteriosa deserción de las filas de esta profesión cuando apenas llegaba al punto culminante de su carrera como explorador y cuando su nombre era reconocido en el medio. Después de regresar de Argentina a finales de 1916, permaneció estacionado en

American Museum of Natural History
77th Street and Central Park West
New York City, Nov. 30, 1917

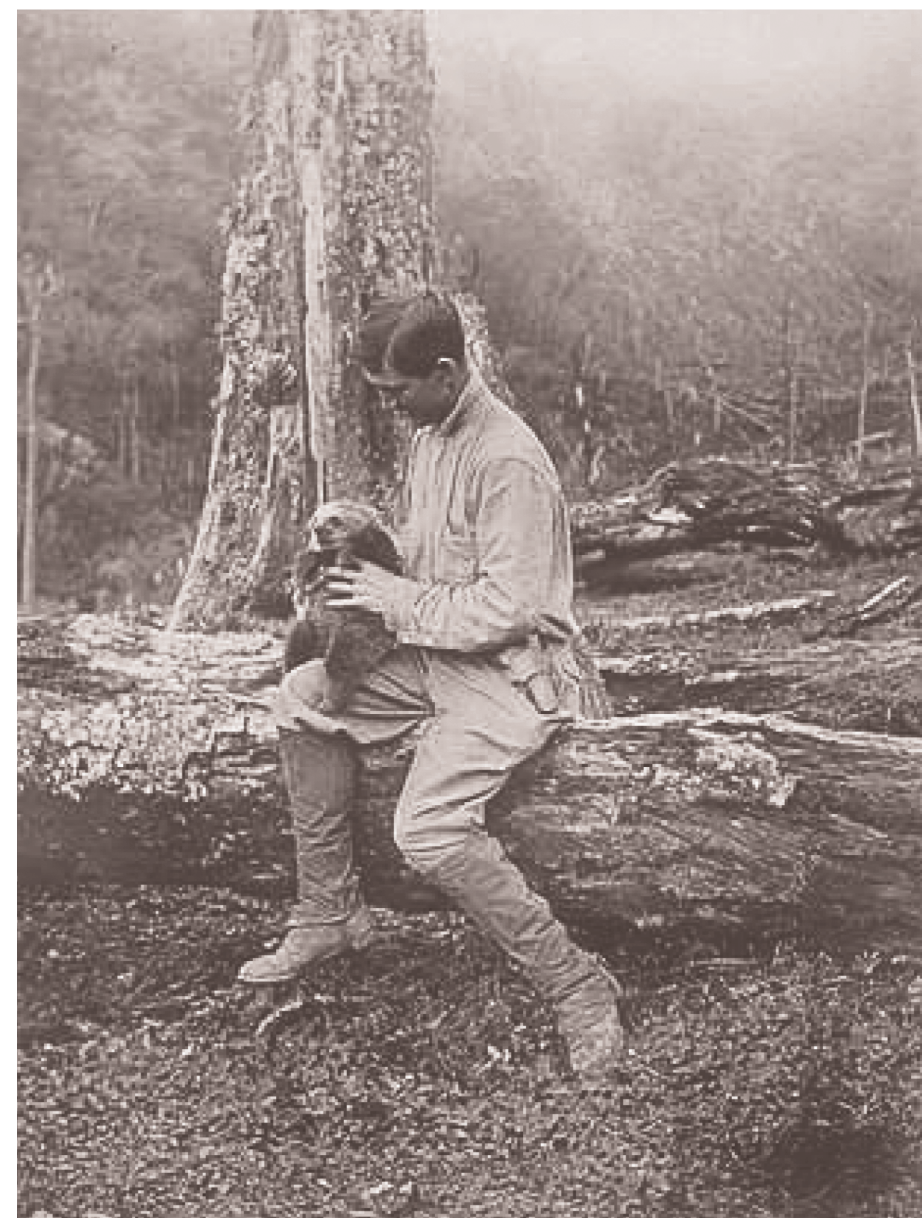
To Leo E. Miller
in grateful acknowledgement
of his invaluable services
as the leader of four
of our Colombian expeditions
and with the hope that he
may be at the head
of others to penetrate
the unexplored parts
of the country we both love
Frank M. Chapman

Carta autografiada de Frank M. Chapman dedicando a Miller una copia de su libro sobre Colombia (colección privada de Walter H. Weber, Medellín).

Nueva York gran parte del año siguiente e inició una etapa de intensa producción intelectual y en 1918 culminó la preparación de "*In the wilds of South America*" mientras completaba su entrenamiento como piloto en el campo John Dick en Dallas, luego de enrolarse en la aviación de los Estados Unidos con el grado de teniente primero (Anónimo 1918).

Al finalizar la primera guerra mundial Miller contrajo matrimonio y se estableció en Stamford, Connecticut, con su esposa Clarissa y sus hijos Leo E., Jr. y Spencer. Entre 1920 y 1925 publicó cinco novelas de aventuras (Miller 1920, 1921, 1922, 1923, 1925) y para 1930 trabajaba como vendedor de sustancias químicas (1930 US Federal Population Census). Al parecer se dedicó al cultivo de plantas ornamentales hasta el momento de su muerte el 6 de octubre de 1952 (Anónimo, s.f., c) y su interés por esta afición lo llevó a crear un trofeo con su nombre, otorgado a los ganadores de la feria de jardinería de Stratford[5]. Su libro de viajes cierra entonces su carrera de explorador – naturalista, lo cual confiere a dicho documento el carácter de historia de vida y aumenta su valor para el estudio del desarrollo de las ciencias naturales en los trópicos americanos a comienzos del siglo XX.

5 The Bridgeport Telegram, edición del 23 de junio de 1927.



Leo E. Miller con una de sus mascotas (fuente desconocida; la fotografía debió haber sido tomada por Arthur A. Allen en la expedición No. 3 entre agosto y septiembre de 2011)

EN LAS TIERRAS REMOTAS DE SURAMÉRICA

En 1909, el coronel Theodore Roosevelt emprendió un largo safari en África en compañía de su hijo Kermit y, fiel a su estilo personal de hacer visibles sus hazañas ante el público norteamericano, negoció un contrato con la editorial Charles Scribner's and Sons para publicar por entregas doce artículos de su autoría, acerca de este viaje, en la revista *Scribner's Magazine* (Douglass 2002). La serie tuvo un éxito rotundo y disparó las ventas de la revista (Anónimo 2002) y gracias a ello, la editorial desarrolló una relación estrecha con Roosevelt, mediante la publicación posterior de sus aventuras en el Brasil en compañía de un equipo estadounidense-brasilero liderado por él mismo y por el Coronel Rondón, del cual formaba parte, como ya se mencionó, Leo Edward Miller.

Es por lo tanto plausible que Roosevelt le hubiera abierto las puertas de la editorial al joven explorador, impresionado como estaba con su capacidad narrativa, la cual pudo apreciar durante las largas jornadas de viaje por el río Paraguay y a través del cerrado brasilero. Poco después de volver a los Estados Unidos, al terminar su última expedición en Suramérica, su relato acerca de la búsqueda de los nidos del gallito de roca en los bosques del macizo colombiano apareció en *Scribner's Magazine* (Miller 1917a), con un prólogo escrito por el propio ex presidente, en el que refrendaba su apreciación de las cualidades literarias del autor:

> *"La búsqueda del gallito de roca pudo ser completada exitosamente y registrada solamente por un naturalista con calificaciones físicas y mentales especiales... [Miller] es un observador agudo de la vida silvestre de las selvas y también de las extrañas, remotas y aisladas existencias humanas que tienen lugar en la frontera oscilante entre el salvajismo puro y una civilización atrasada. Además posee la capacidad de la que carecen tantos buenos observadores, el poder de presentar vívida y fielmente lo observado."*
>
> (Roosevelt 1917:577)



Itinerarios de Leo E. Miller en Suramérica entre 1911 y 1916.

Muy seguramente este espaldarazo surtió efecto, pues un año después Scribner´s publicó *"In the wilds of South America"* y lo anunció en su revista como una narrativa *"...maravillosamente informativa, impresionante y con frecuencia emocionante... ... un libro infinitamente legible y de raro valor"* (Anónimo 1918:17). Pero aunque el apoyo de Roosevelt hubiera servido a Miller como puerta de entrada al mundo editorial, su libro de viajes brillaba con luz propia como lo demuestra la buena acogida que tuvo, al menos en los Estados Unidos, tanto por sus cualidades literarias como por su contenido:

> *"...Al leer su narrativa nos encontramos, una tras otra, las aves que atraen la atención del viajero, lo mismo que las llamativas características del escenario, la vegetación, los pueblos y caseríos y podemos casi imaginar que nosotros mismos estamos en la trocha."* (Stone 1919:126)

> *".... Comparativamente pocos de nosotros hemos tenido la fortuna de conocerlas [a las aves] en la naturaleza. Las vemos [en el texto de Miller] como en una pantalla japonesa, suspendidas sobre un telón intangible y las descripciones de las condiciones en las cuales se encuentran son del mayor interés..."* (Nichols 1919:55).

No obstante, el hecho de que este libro nunca hubiera sido traducido al castellano seguramente limitó su difusión entre el público de América Latina – o al menos el de Colombia – a juzgar por la ausencia de referencias al mismo en distintas antologías de viajeros.

Tal vacío es interesante, pues los países suramericanos tienen una larga tradición de publicación de este tipo de relatos. En los primeros años de su vida republicana, varios países fueron visitados por viajeros europeos y norteamericanos que bien fuera porque estaban colaborando con los gobiernos de turno en su búsqueda de nuevos horizontes económicos o porque estaban siguiendo sus propios intereses, hicieron largos recorridos y dejaron en sus notas el testimonio de lo que encontraron o creyeron encontrar, pues como anota Jaramillo-Uribe (1996), el testimonio del viajero debe ser mirado de manera crítica ya que puede ser afectado por varios factores, entre los que se cuentan los valores de su cultura, las ideas dominantes de su época, su profesión y sus intereses personales.

En el caso de lo que hoy es Colombia, después de las crónicas de Indias, los relatos de viajeros de la época republicana son quizás los más populares entre un amplio público, lo cual probablemente se debe a la importancia que se ha dado a la historia del comienzo de la nación. En repetidas ocasiones se han publicado en el país colecciones de textos de esa época (ver por ejemplo Carvajal 1970, Congrains Martin 1979, o la antología conmemorativa del bicentenario de la independencia publicada en 2009 por el Ministerio de Educación Nacional), pero es evidente el vacío de crónicas correspondientes a los primeros años del siglo XX, cuando un nuevo contingente de exploradores extranjeros recorrió la geografía nacional haciendo la prospección de sus recursos naturales renovables y no renovables durante la hegemonía conservadora.

En este contexto, la primera parte de *"In the wilds of South America"*, dedicada por entero a nuestro país, es un documento único pues hace descripciones detalladas de grandes paisajes Colombianos precisamente en esa época, cuando la población era mayormente rural, cuando la red vial apenas empezaba a trazarse y cuando el desarrollo de la agroindustria estaba todavía lejano. Pero además resulta valioso por otras razones. Por una parte nos da una idea de cómo veían a Colombia los norteamericanos durante el comienzo de la política expansionista de los Estados Unidos. En segundo lugar, la lectura de la realidad social, política y económica del país hecha por Miller – bien fuera por su formación o por sus intereses personales – refleja los valores estadounidenses de comienzos del siglo XX. Y, por supuesto, dado que la obra recoge las prácticas y procedimientos de los investigadores en campos específicos de la biología de campo, constituye un valioso documento para la epistemología de la ciencia.

Geografía

Los nueve capítulos del libro dedicados a Colombia están organizados en secuencia geográfica más que temporal. Esto permite una lectura fluida y ordenada, evitándole al lector la repetición innecesaria de algunos recorridos o las confusiones generadas por el retorno de los expedicionarios a algunos sitios ya visitados. El lenguaje empleado por el autor para sus relaciones geográficas es económico y preciso, pero no evita por completo figuras literarias que le añaden atractivo y contribuyen a una visión casi

impresionista del entorno, especialmente en lo que se refiere a los asentamientos humanos, que en su mayoría califica como pintorescos aunque no deja de señalar el precario estado de muchas edificaciones.

Un primer elemento de cada relato, consiste en la descripción detallada de la ruta seguida por los expedicionarios, de sus medios de transporte y de las facilidades o inconvenientes encontrados a lo largo del camino. Estas descripciones son bastante precisas en lo que se refiere a la geomorfología, a la fisonomía de la vegetación y a la transformación del paisaje ocasionada por los humanos. En ellas, son evidentes además las observaciones que le habían sido encomendadas por Chapman, pues Miller precisa los cambios más significativos en el aspecto de la vegetación dominante o en la composición de la fauna que pueden atribuirse a la altitud.

Varias de las rutas cubrieron, al menos en parte, territorios descritos por viajeros de épocas anteriores y por lo tanto los textos de Miller ofrecen posibilidades de comparación bastante interesantes. El contraste de su narración acerca del recorrido desde el puerto de Buenaventura hasta Cali, con respecto a los comentarios hechos por Holton (1857) sobre esta misma ruta, es particularmente notable, pues en el medio siglo transcurrido entre ambos periplos, esta región había sufrido cambios significativos. En la época de este cronista, el puerto de Buenaventura era prácticamente ignorado por los vapores que viajaban a lo largo de la costa y la carencia de vías carreteables y férreas entre esta localidad y el valle geográfico del río Cauca impedían casi por completo las relaciones comerciales de este último con el mundo exterior por vía marítima. De igual forma, dado que la navegación en lanchas y pequeños vapores a lo largo del río Cauca se inició entre 1883 y 1896 (Patiño 1989), los relatos de ambos viajeros acerca de esta región presentan diferencias de gran interés no solamente en cuanto a su apreciación del paisaje vallecaucano sino también como hitos temporales para interpretar el desarrollo de las vías de comunicación y su impacto sobre las condiciones de vida y la economía nacional.

Pero algunas de las expediciones abarcaron regiones que no habían sido tratadas anteriormente en la literatura de viajes y por lo tanto las descripciones y las fotografías de Miller se convierten en un importante referente para la interpretación de modificaciones recientes del paisaje. En ese sentido, los capítulos que se refieren a sus visitas al cerro Munchique, el páramo de las Papas, el alto Caquetá, el valle de Cocora, el páramo de

Santa Isabel y el nudo de Paramillo son aportes geográficos de gran valor para examinar la transformación del paisaje acaecida desde la época de sus visitas. Gracias al énfasis en la documentación precisa de la distribución altitudinal de distintas franjas de vegetación en los relatos de Miller, es posible hacer comparaciones de mucho interés con el estado actual de los ecosistemas en dichas regiones.

Apuntes etnográficos

Como ya se mencionó, a juzgar por su producción intelectual Miller tenía un profundo interés por documentar la forma de vida de los pueblos de las regiones que visitó a lo largo de sus expediciones. Sus descripciones de las viviendas, la alimentación, la vestimenta y las costumbres son muy detalladas y fueron resaltadas positivamente en las críticas que recibió su obra, pues ofrecían a los lectores de habla inglesa una ventana para asomarse a la Colombia de entonces:

> *"...[el libro] ofrece un cuadro detallado y nítido de las condiciones que será de mucha utilidad a cualquier viajero en el futuro. La personalidad del autor, como aparece revelada por las variadas vicisitudes físicas y humanas [que enfrentó] en un país desconocido, debe ser de interés para el viajero inexperto"* (Nichols 1919:55).

Por otra parte, algunas de las descripciones etnográficas hechas por Miller, vistas a un siglo de distancia, son marcadamente tendenciosas y paternalistas, aunque es importante entender que representan la actitud colonialista de los inicios del expansionismo norteamericano, pues el joven explorador actuaba en nombre de una de las instituciones que por entonces construían el imaginario de la nueva potencia mundial. Este paternalismo se manifiesta principalmente en tres aspectos. Por una parte, su apreciación de las viviendas y del mobiliario de las personas con las que interactuó a lo largo de sus expediciones es, en una gran mayoría de situaciones, condescendiente. Con contadas excepciones, se refiere a las habitaciones como chozas y ranchos y además, las califica de destartaladas o precarias y enfatiza estos juicios con la enumeración y descripción de la simpleza de su menaje. Este punto es interesante, pues aunque la mayor parte del

tiempo el naturalista se alojó en viviendas rurales o en aldeas pequeñas, también pernoctó en los mejores hoteles de la época en algunas ciudades y en algunas haciendas que seguramente ofrecían las mismas comodidades a las que él podía estar acostumbrado en su país (Quintero-Toro 2012).

En segundo lugar, las referencias gastronómicas en su texto son escasas y aunque no llegan a ser tan despectivas como las descripciones de Isaac Holton[6] (1857), coinciden con éstas en juzgar bastante pobre la dieta de los colombianos de la época. No obstante, se destaca su alabanza del cerdo asado que tuvo ocasión de degustar en las fiestas de San Juan en Florencia (capítulo 7).

Por último, los comentarios de Miller acerca de las pobres capacidades intelectuales y a la ignorancia de los colombianos abundan a lo largo del texto y son sin duda la mayor demostración de su actitud paternalista. Pero este aspecto es al mismo tiempo muestra de la gran ingenuidad que cabe esperar en un viajero de sus características, con una comprensión escasa del idioma y una pobre percepción de situaciones autóctonas muy distantes de sus referentes culturales. Al respecto, es notable su comentario jocoso acerca de la actitud crédula de sus porteadores en el ascenso al nudo de Paramillo (capítulo 9):

> *"Al llegar a Paramillo, habíamos señalado en broma que íbamos a subir al pico más alto porque a lo mejor podríamos ver desde allí a Nueva York; los cargadores supernumerarios oyeron esto y seriamente nos explicaron que habían venido para subir también y echar un vistazo a ´Roma, ¡en donde vive el Santo Padre!"*

Como lo señala Castro (sin fecha), es mucho más verosímil suponer que Miller fue víctima de un chiste malicioso de parte de los cargadores.

6 "Pero hay otro plato, sobre el cual ustedes deben tomar el testimonio de un enemigo, pues lo detesto. Se llama *sancocho*... Para prepararlo, se toma cualquier cantidad de tasajo (el mejor es el que no se ha dañado al secarlo), con o sin huesos, gordo o magro; se pone en una olla de barro con una cantidad de agua; se le añade plátano verde desmenuzado y, si se tienen, trozos de calabaza y yuca.... A veces se agregan batatas, inferiores a las nuestras, hasta el punto que dudo acerca de su identidad y tomates. Esta mezcla se hierve y los bogas la comen con cucharas de palo o de totuma, en caparazones de tortugas... las familias respetables lo comen con antiguas y pesadas cucharas de plata, en platos soperos..." (Holton 1857:471).

No obstante, es importante resaltar que en ocasiones el naturalista demuestra que es plenamente consciente de las diferencias culturales que lo separan del mundo que está descubriendo e incluso llega a criticar la actitud de sus compatriotas frente a estas situaciones. En el primer capítulo hay una elocuente muestra de esta actitud:

> *"Si uno emplea sirvientes regularmente, es posible corregir muchas de las costumbres que tanto molestan al norteamericano; pero los países, como un todo, no pueden ser reformados por nadie de un día para otro y la persona que se toma las cosas demasiado en serio, o carece de sentido del humor, o transmite la impresión de ser demasiado tonta."*

El tono racista en las descripciones etnográficas del relato, sin duda resulta chocante para el lector contemporáneo. Miller clasifica una y otra vez a sus interlocutores como pertenecientes a denominaciones raciales específicas (abundan las referencias a negros, indios y mestizos), lo que por otra parte es comprensible en razón de la época de las expediciones y de la extracción del autor. Sin embargo, aunque hace juicios negativos de distintos aspectos de las culturas locales e incluso burlas explícitas de algunas situaciones, muchas de sus descripciones etnográficas son más respetuosas que las de otros cronistas que lo precedieron (ver por ejemplo Holton 1857 y Millican 1892) y lo que es más importante, que las de su propio jefe y coordinador de las expediciones del Museo Americano de Historia Natural (Chapman 1917, 1933). Vale la pena señalar que, a lo largo de los nueve capítulos dedicados a Colombia, Miller destaca la generosidad, honestidad y hospitalidad de los colombianos, con la notable excepción de una ocasión en la que no fue alojado por una familia campesina (capítulo 4).

Finalmente, es llamativo que al hablar de pueblos indígenas Miller muestre cierta admiración, o al menos asombro, al contemplar su patrimonio cultural. Esto se refleja de alguna manera en el insistente uso de mayúsculas en todas las ocasiones en las que menciona a los "Indios" y en sus alusiones a la grandeza de pueblos desaparecidos, como en el caso de sus descripciones de las esculturas monolíticas de San Agustín.

Economía y política

A diferencia de muchos viajeros europeos y norteamericanos que visitaron nuestro país hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuyas actitudes colonialistas se reflejaban en la percepción de que los nativos eran parte de sociedades menos civilizadas que debían aprender de lo que luego se conocería como el primer mundo (ver por ejemplo Quintero-Toro 2012), Miller en su libro hace una lectura mucho más equilibrada de la Colombia de entonces. Si bien hace referencia al precario desarrollo económico de la nación, en varias secciones destaca las perspectivas de prosperidad derivadas de los sistemas de producción que en ese tiempo se empezaban a perfilar como promisorias, como es el caso del cultivo de la caña de azúcar en el alto valle del río Cauca. De igual manera, durante sus recorridos por Antioquia destacó el desarrollo económico de la región debido a la minería, lo mismo que la laboriosidad de sus habitantes.

En sus comentarios acerca de la economía colombiana, llaman la atención dos anotaciones, que aparecen en el primer capítulo del libro, sobre las desventajas de los norteamericanos comparados con los europeos en sus relaciones comerciales con la joven nación, y que son una especie de marco de referencia para interpretar el limitado desarrollo del país en ese entonces. Por una parte, critica la falta de estudios de sus compatriotas acerca de las condiciones generales del transporte en Colombia y de la forma como los artículos deberían empacarse para resistir las inclemencias del tiempo durante las largas jornadas a través de las precarias vías de comunicación, especialmente en los Andes. Por otra, añade que el incipiente desarrollo de los negocios entre los Estados Unidos y Colombia podía atribuirse, al menos en parte, a que su país no hubiera adoptado el uso del sistema métrico decimal ni establecido sucursales bancarias que facilitaran el cambio de moneda.

Es curioso que a lo largo de su narrativa Miller prácticamente no presta atención a temas políticos ni a la forma de gobierno del país. Sus escasos comentarios se refieren a la injerencia de la religión sobre el estado (capítulo 1) y a los complicados trámites burocráticos para el levantamiento de un cadáver (capítulo 8). Por lo demás, hace un par de vagas alusiones a la todavía reciente guerra de los mil días, como parte de un telón de fondo de sus crónicas al que no parece darle mucha importancia.

Aunque esta indiferencia del naturalista norteamericano podría interpretarse como una manifestación de su ignorancia acerca de la política colombiana de entonces, no resulta muy plausible pues por la época de sus visitas al país la secesión de Panamá, en la cual su amigo el presidente Roosevelt jugó un papel protagónico, aún estaba fresca en la memoria de colombianos y norteamericanos.

Salubridad e higiene

Además de las diversas anotaciones acerca del precario desarrollo de la infraestructura vial de Colombia a comienzos del siglo XX, en varias partes del libro aparecen menciones relacionadas con las condiciones de insalubridad reinantes no solamente en las zonas rurales sino también en los centros poblados. Desde el capítulo 1, en el que comenta la incidencia de malaria y fiebre amarilla en el litoral Pacífico y el uso de aguas contaminadas por animales y desechos domésticos para consumo humano en Cali, Miller muestra una genuina preocupación por la salud de los pobladores que encontraba a su paso. De hecho, uno de los autores que comentó el libro de Miller, señaló:

> *"....lo que dice acerca de los habitantes del caserío de Juntas de Tamaná, en el Chocó, ...sugiere que la causa real de su indolencia y la de otros cuya pereza él y muchos otros mencionan como característica de los pueblos de la América tropical, pueden ser las tenias, los mosquitos y otros vectores de enfermedades"*
>
> (Perry 1919:622).

Exotismo

Aunque Quintero-Toro (2012) señala que los expedicionarios del museo americano de historia natural viajaron con relativamente pocas dificultades, es innegable que la labor de un naturalista en regiones de difícil acceso como la mayor parte de las que visitó Miller lo enfrenta a pequeñas y grandes aventuras que, vistas en retrospectiva, se convierten en un anecdotario que da color a las crónicas de viaje. Para un joven explorador que se enfrentaba por primera vez a las condiciones del trópico americano, es entonces comprensible su emoción al narrar cada nuevo escenario y los

incidentes que encontraba a su paso, especialmente si tomamos en consideración sus inclinaciones literarias.

Desde la introducción al libro, es palpable el interés de Miller por resaltar el espíritu aventurero de su trabajo como explorador, cuando identifica algunos elementos que se convierten en *leitmotifs* no solamente de este texto, sino también de sus novelas de ficción: el peligrosísimo verrugoso, el alucinado cacarear de las chilacoas, el ronquido del jaguar, el difícil ascenso a la majestuosa cordillera de los Andes y el peligro de navegar por ríos infestados de pirañas y caimanes. Pero aparte de estos lugares comunes de las crónicas de los naturalistas decimonónicos, en esta obra aparecen verdaderos cuadros de costumbres recogidos durante las interacciones del naturalista con los habitantes de las regiones que recorrió en el transcurso de sus expediciones. Más que pintorescas, estas descripciones dan cuenta de la sensibilidad de Miller ante las culturas locales y su atención a los detalles, lo cual agrega valor a sus crónicas y las distingue de las de muchos de sus contemporáneos.

Miller naturalista

Una de las características más sobresalientes en estas crónicas de viaje es la cuidadosa descripción de los hábitats y costumbres de muchas de las especies que colectaba el naturalista. Aunque hoy en día estos detalles no parecen notables, es importante tener en cuenta que a comienzos del siglo XX el interés de los lectores de ese tipo de narrativas estaba centrado particularmente en el exotismo de los parajes visitados y para aquellos más inclinados hacia la zoología, este tipo de observaciones resultaban invaluables. En este sentido, Miller puede ser considerado entre los pioneros de la historia natural moderna, como fuera justamente reconocido desde el momento de publicación de su obra:

> *"Una larga experiencia de museo puede darnos una familiaridad razonable con las aves suramericanas, en lo que concierne al plumaje de las especies, pero no sabemos nada acerca de sus hábitos, de cómo se distribuyen y en donde, si son conspicuas o no, su abundancia relativa, al carácter de sus reclamos y sus cantos, etc. Y el libro del señor Miller nos proporciona justamente este tipo de información de las especies más llamativas.... los tiempos en los que el estudiante de esta o aquella rama de las ciencias naturales podían limitar sus lecturas a las monografías técnicas, son cosa del pasado. Es necesario conocer algo del animal en su ambiente natural para poder apreciar las relaciones entre su coloración y la del entorno, su adaptación y su hábitat, para permitirle extender sus estudios más allá de la mera descripción de una nueva especie con base en un espécimen de museo. Y como contribución a este campo de la literatura, el libro del señor Miller ocupa un lugar importante"*
>
> Stone (1919:126-127).

Además, como señalamos con más detalle en las anotaciones al margen de la traducción de los capítulos relativos a Colombia, algunas de las observaciones ornitológicas de Miller son verdaderamente notables y se anticipan en muchos años al estudio de distintos aspectos de la historia natural de las aves neotropicales. Su recuento de la búsqueda de los nidos del gallito de roca, las descripciones de los chupaderos de savia de los colibríes en los robledales del macizo colombiano o sus comentarios acerca de la diferencia en el tamaño de la postura de las aves neotropicales comparadas con las del neártico, le hacen merecedor de un sitio prominente en la historia de la ornitología del hemisferio occidental.

ACERCA DE LA TRADUCCIÓN

"In the Wilds of South America" presenta, en sus 26 capítulos, los relatos de las exploraciones y recolecciones de especímenes de aves y mamíferos hechos por Leo E. Miller a lo largo de seis años de viaje por Colombia, Venezuela, Guyana, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay y Brasil. Aunque la totalidad de la obra es del mayor interés, en la traducción que presentamos aquí decidimos concentrarnos únicamente en los nueve capítulos de la primera parte, correspondientes a los recorridos del autor por el occidente de Colombia y el piedemonte amazónico. Esta decisión obedeció al propósito de conmemorar el centenario de estas expediciones en nuestro país y en ningún momento trunca la fluidez del relato pues los textos traducidos son completos e independientes con respecto al resto del libro. Sin embargo, conservamos el prólogo original de la obra pues permite entender con mayor claridad los propósitos de Miller al recoger sus experiencias en un solo volumen, e introdujimos también el último párrafo del libro para conservar el cierre que el autor pretendió darle al entregarlo a la imprenta.

Con el propósito de conservar en la medida de lo posible el estilo literario de Miller, durante la traducción hicimos apenas una edición mínima en aquellos apartes en los que aparecen repeticiones de algunos términos, en cuyo caso optamos por usar sinónimos que hicieran menos monótona la lectura. De igual forma, decidimos conservar la ortografía de numerosas palabras que aparecen en español en el documento original, resaltándolas en itálicas y, en algunos casos, hacemos comentarios respecto al uso incorrecto hecho por el autor.

Dado que la nomenclatura ornitológica empleada en la obra ha sido actualizada en su mayor parte, mantuvimos dentro del texto las denominaciones originales y anotamos, como pies de página, las equivalencias en la taxonomía contemporánea, de acuerdo con Remsen *et al.* (2012). De igual manera, para facilitar la identificación de otros organismos mencionados con nombres comunes a lo largo de la narrativa, proporcionamos su probable identidad taxonómica y la fuente de la cual la obtuvimos en cada caso específico.

Algunos apartes del texto nos presentaron acertijos que tratamos de resolver y cuyas soluciones tentativas presentamos también como notas de pie de página. Esperamos que estos comentarios faciliten la lectura y motiven la exploración de los numerosos detalles curiosos que se encuentran en este texto.

Dentro del texto, hemos incluido las fotografías que aparecen en la edición original de la obra, las cuales fueron tomadas por el mismo Miller y que ilustran muchos aspectos interesantes de sus crónicas. Por último, consideramos útil para el lector contemporáneo incluir dos apéndices, extractados y traducidos de la obra de Chapman (1917). El primero es la cronología e itinerarios de aquellas expediciones del Museo Americano de Historia Natural a Colombia en las que participó Miller, la cual permite entender con mayor claridad la secuencia de recorridos de cada una. Y el segundo es una lista de los campamentos de recolección de especímenes visitados por este explorador en el país, con sus respectivas coordenadas geográficas y el número de especímenes de aves obtenidos en cada uno de ellos, para dar una idea de la intensidad de su trabajo de campo.

LITERATURA CITADA[7]

Allen, J. A. 1889a. Notes on a Collection of Birds from Quito, Ecuador. Bulletin American Museum of Natural History 2: 69-76.

Allen, J. A. 1889b. List of the Birds collected in Bolivia by Dr. H. H. Rusby, with Field Notes by the Collector. Bulletin American Museum of Natural History 2: 77-112.

Allen, J. A. 1891. On a Collection of Birds from Chapada, Matto Grosso, Brazil, made by Mr. Herbert H. Smith, Part I, Oscines. Bulletin American Museum of Natural History 3:337-380.

Allen, J. A. 1891. Notice of Some Venezuelan Birds, Collected by Mrs. H. H. Smith. Bulletin American Museum of Natural History 4: 51-56.

Allen, J. A. 1891. On a Collection of Birds from Chapada, Matto Grosso, Brazil, made by Mr. Herbert H. Smith, Part II, Tyrannidae. Bulletin American Museum of Natural History 4:331-350.

Allen, J.A. 1893. On a Collection of Birds from Chapada, Matto Grosso, Brazil, made by Mr. Herbert H. Smith, Part III, Pipridae to Rheidae. Bulletin American Museum of Natural History 5:107-158.

Allen, J.A. 1900. List of birds collected in the district of Santa Marta, Colombia, by Mr. Herbert H. Smith. Bulletin American Museum of Natural History 13:117-184.

Allen, J.A. 1905. Supplementary notes on birds collected in the Santa Marta district, Colombia, by Herbert H. Smith, with descriptions of nests and eggs. Bulletin American Museum of Natural History 21: 275-295

Allen, J.A. 1912. Mammals from Western Colombia. Bulletin American Museum of Natural History 31:71-95.

7 Este listado incluye referencias citadas en el cuerpo de la traducción y en los apéndices

Anónimo, sin fecha (a). A Brief History: The Museum. Consultado el 11 de enero de 2012 en http://www.mnh.si.edu/onehundredyears/brief_history.htm

Anónimo, sin fecha (b). The American Museum of Natural History timeline. Consultado el 11 de enero de 2012 en http://www.amnh.org/museum/history/

Anónimo, sin fecha (c). Leo E. Miller (1887-1952). Consultado el 1 de febrero de 2012 en http://exhibitions.blogs.lib.lsu.edu/?page_id=1865

Anónimo, 1918. Bird-Lore XX:56.

Anónimo, 2002. Charles Scribner's Sons: An Illustrated Chronology. Consultado el 3 de febrero de 2012 en http://library.princeton.edu/libraries/firestone/rbsc/aids/scribner/index.html

Asma, S. T. 2001. Stuffed animals and pickled heads, the culture and evolution of Natural History Museums. New York: Oxford University Press.

Carvajal, M. (Ed.) 1970. Viajeros extranjeros en Colombia, siglo XIX. Cali: Carvajal & Cía.

Cassin, J. 1860. Catalogue of Birds collected on the Isthmus of Darien by Michler. Proceedings of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia. 12: 132-144; 188-197.

Castro,G. sin fecha. The Miller – Roosevelt expedition. Consultado el 22 de diciembre de 2012 en http://blogs.nyu.edu/blogs/hg26/amnhphotographs/2011/05/the_millerroosevelt_expedition_1.html

Chansigaud, V. 2010. All about birds, a short history of ornithology. Princeton: Princeton University Press.

Chapman, F. M. 1908. Camps and Cruises of an Ornithologist. New York: D. Appleton and Company.

Chapman, F. M. 1912. Diagnoses of apparently New Colombian Birds. Bulletin American Museum of Natural History 31:139-166.

Chapman, F. M. 1917. The distribution of bird-life in Colombia; a contribution to a biological survey of South America. Bulletin of the American Museum of Natural History 36:1-729.

Chapman, F. M. 1933. Autobiography of a Bird-Lover. New York: D. Appleton-Century.

Congrains Martín, E. 1979. Las Maravillas de Colombia. Bogotá: Editorial Forja.

Coniff, R. 2011. The species seekers; heroes, fools, and the mad pursuit of life on earth. New York: W.W. Norton & Company, Ltd.

Farber, P. L. 1982. Discovering birds, the emergence of ornithology as a scientific discipline, 1760-1850. Baltimore & London: The Johns Hopkins University Press.

Gardner, A.L. 2007 [Ed.]. Mammals of South America, Vol. 1. Chicago: The University of Chicago Press.

Hölldobler, B. A. & E. O. Wilson. 1990. The Ants. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Holton, I. 1857. New Granada: Twenty Months in the Andes. New York: Harper & Brothers, Publishers.

Jaramillo Uribe, J. 1996. La visión de los otros. Colombia vista por los observadores extranjeros en el siglo XIX. Revista Historia Crítica 24:7-25.

Kattan, G. & C. Murcia. 1985. Hummingbird association with Acorn Woodpecker sap trees in Colombia. Condor 87: 542-543.

Lack, D. 1947. The significance of clutch size. Ibis 89: 302-352.

MacCurdy, G.G. 1912. International Congress of Americanists. American Anthropologist 14:399-402.

Miller, L. E. 1914. Destruction of the Rhea, Black-Necked Swan, Herons and Other Wild Life in South America. Bird-Lore 15:259-262.

Miller, L. E. 1915a. The Roosevelt-Rondon Scientific Expedition; a Review of its Movements in South America in 1913-14 and of Some of its Zoological Achievements. The American Museum Journal 15:49-63

Miller, L. E. 1915b. Exploring a Spur of The Andes. The American Museum Journal 15:367-371.

Miller, L. E. 1916. The Descent of the Rio Gy-Parana. Geographical Review 1: 169-191.

Miller, L. E. 1917a. In quest of the cock of the rock. Scribner's magazine 41(1):577-598.

Miller, L. E. 1917b. Up the Orinoco to the Land of the Maquiritares. Geographical Review 3:258-277.

Miller, L. E. 1917c. The Land of the Maquiritares. Geographical Review 3: 356-374.

Miller, L. E. 1917d. Across the Bolivian Highlands from Cochabamba to the Chapare. Geographical Review 4:267-283.

Miller, L. E. 1917e. The Yuracare Indians of Eastern Bolivia. Geographical Review 4: 450-464.

Miller, L. E. 1917f. Field Notes on Molothrus bonariensis and M. badius. Bulletin American Museum of Natural History 37:579-592.

Miller, L. E. 1918. In the Wilds of South America. New York: Charles Scribner's Sons.

Miller, L. E. 1920. The Hidden People, the Story of a Search for Incan Treasure. New York: Charles Scribner's Sons.

Miller, L. E. 1921. In the Tiger's Lair. New York: Charles Scribner's Sons.

Miller, L. E. 1922. The Black Phanthom. New York: Charles Scribner's Sons.

Miller, L. E. 1923. Adrift of the Amazon. New York: Charles Scribner's Sons.

Miller, L. E. 1925. The Jungle Pirates. New York: Charles Scribner's Sons.

Ministerio de Educación Nacional. 2009. Viajeros en la Independencia. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Colección Bicentenario.

Molina, M. 2002. More notes on the Verreaux brothers. Botswana Journal of African Studies 16:30-36.

Murphy, R. C. 1950. Frank Michler Chapman, 1864-1945. Auk 67:307-315.

Müsch, I., J. Rust & R. Willmann. 2001. Albertus Seba Cabinet of Natural Curiosities. Köln: Taschen.

Naranjo, L.G. 2004. Presencia de la Corocora (*Eudocimus ruber*) en el valle del Río Cauca, occidente de Colombia. Ornitología Colombiana 2:45-46.

Nichols, J. T. 1919. In the Wilds of South America. By Leo E. Miller. Bird-Lore 21:55.

Nieto Olarte, M. 2000. Remedios para el imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Patiño, G. 1989. C.H. Simmonds y los comienzos de la navegación a vapor en el alto Cauca (primera parte). Boletín Cultural y Bibliográfico, Número 21, Volumen XXVI. Consultada el 16 de febrero de 2012 en: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti5/bol21/simmond.htm.

Paynter, R.A. 1997. Ornithological gazeteer of Colombia, 2nd ed. Cambridge, Massachusetts: Museum of Comparative Zoology.

Perry, E. 1919. In the Wilds of South America. By Leo E. Miller, of the American Museum of Natural History. The Hispanic American Historical Review 2(4):621-622.

Quintero-Toro, C. 2012. Birds of Empire, birds of Nation: a history of science, economy and conservation in United States – Colombia relations. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO, Ediciones Uniandes.

Remsen, J. V., Jr., C. D. Cadena, A. Jaramillo, M. Nores, J. F. Pacheco, J. Pérez-Emán, M. B. Robbins, F. G. Stiles, D. F. Stotz, and K. J. Zimmer. Version February 2012. A classification of the bird species of South America. American Ornithologists' Union. http://www.museum.lsu.edu/~Remsen/SACCBaseline.html

Rivera, C.C., L.G. Naranjo & A. M. Duque. 2007. De "María" a un mar de caña. Imaginarios de naturaleza en el Valle del Cauca entre 1950 y 1970. Cali: Universidad Autónoma de Occidente.

Robinson, W. 1895. A Flying Trip to the Tropics. A record of an ornithological visit to the U. S. of Colombia, South America, and to the island of Curaçao, West Indies, in the year of 1892. Cambridge: Cambridge University Press.

Roosevelt, T. 1914. Through the Brazilian Wilderness. New York: Charles Scribner's Sons.

Salmonson, J. A. (s. f.) Lost Race Checklist: The Lost Race theme in Adventure Fiction. Consultado el 15 de marzo de 2012 en http://www.violetbooks.com/lostrace-check4.html

Schiebinger, L. 2004. Plants and empire, colonial bioprospecting in the Atlantic world. Cambridge: Harvard University Press.

Sevilla Casas, E. 2007. Los animales mágicos en la arqueología de Tierradentro ¿magia de quién?. Documento de Trabajo no. 101. CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconomica. Disponible en la World Wide Web: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Doc101.pdf

Simmons, J. & J. Snider. 2009. Ciencia y arte en la ilustración científica. Colección Cuadernos de Museología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Skutch, A. F. 1949. Do tropical birds raise as many young as they can nourish? Ibis 100:1-30.

Stone, W. 1919. Leo Miller's 'In the Wilds of South America.' Auk 36:125-127.

Taylor, T. 2011. A survey of the literature of Neotropical ornithology, Aves. Baton Rouge: Louisiana State University Libraries.

Vuilleumier, F. 2005. Dean of American Ornithologists: The Multiple Legacies of Frank M. Chapman of the American Museum of Natural History. Auk 122:389-402.

Wilson, D.E. & D. M. Reeder, 2005 [Eds.]. Mammal species of the world, a taxonomic and geographic reference. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.



En las tierras remotas de Suramérica

SEIS AÑOS DE EXPLORACIÓN EN COLOMBIA, VENEZUELA, GUAYANA BRITÁNICA, PERÚ, BOLIVIA, ARGENTINA, PARAGUAY Y BRASIL

Parte I

COLOMBIA

POR

LEO E. MILLER

DEL MUSEO AMERICANO DE HISTORIA NATURAL

Prefacio

Con frecuencia me he preguntado cuántas de las muchas personas que visitan los museos de historia natural tienen alguna idea de cómo lucen y actúan, en sus ambientes silvestres, las criaturas que ven exhibidas y de las peripecias de los naturalistas que visitan los lugares menos conocidos de la tierra para buscarlos. Mi experiencia como naturalista de campo consiste de casi seis años de exploración casi continua en Suramérica y abarca prácticamente todas las repúblicas de este continente. El propósito de esta narrativa es seguir el curso de estas exploraciones en las junglas tropicales del Amazonas, Paraguay, Orinoco y otros grandes ríos de Suramérica y en las frías alturas de los Andes nevados.

En estas junglas se escuchan el pujido del jaguar y los gritos de las guacamayas multicolores de largas colas que vuelan en parejas sobre nuestras cabezas; el extraordinario coro de las ranas y los insectos arrulla los sentidos al caer la noche y el rugido angustioso de los monos aulladores nos despierta al amanecer. Saltar cuando se escucha el silbido de una boa o al sentir, como un relámpago, el ataque del terrible verrugoso, la más grande serpiente venenosa, una criatura tan mortal que un hombre puede fallecer a los diez minutos de haber sido mordido por ella y estremecerse cuando el salvaje y demente cacarear de las chilacoas[8] rompe el silencio de la selva dormida, son simples incidentes cotidianos del explorador. Como también lo son sus visitas a profundas lagunas infestadas de cocodrilos, peces caníbales y miríadas de aves acuáticas, las largas caminatas en selvas sombrías en donde las orquídeas cuelgan de las ramas cubiertas de musgo, las brillantes mariposas resplandecen en la penumbra y curiosos animales viven en las eternas sombras. O sus ascensos a estupendas cordilleras en donde los cóndores planean majestuosamente sobre las ruinas de la grandeza Inca. En suma, las expediciones registradas en este libro conducen a través de remotas tierras indómitas en donde pueblos salvajes y animales poco conocidos pasan sus vidas al acecho, vigilantes, ignorando la existencia de un mundo exterior.

8 Las alusiones a esta serpiente, *Lachesis muta* y a las vocalizaciones de *Aramides cajanea*, figuran reiteradamente en la obra de Miller.

Hice las exploraciones que aquí recuento como miembro o como líder de las siguientes expediciones auspiciadas por el Museo Americano de Historia Natural de la Ciudad de Nueva York: Colombia — marzo de 1911 a septiembre de 1912; Colombia — noviembre de 1914 a abril de 1915; Venezuela — noviembre de 1912 a junio de 1913; Guyana Británica — julio a octubre de 1913; expedición suramericana Roosevelt-Rondón, principalmente en Brasil pero cubriendo parte de Paraguay, con paradas en Uruguay y Argentina — octubre de 1913 a junio de 1914; Bolivia — mayo de 1915 a enero de 1916, con paradas en Panamá, Ecuador y Perú; Argentina — enero a septiembre de 1916. El propósito de estas expediciones fue recolectar aves y mamíferos, estudiar la fauna en general y hacer todas las observaciones posibles en relación con la flora, la topografía, el clima y los habitantes humanos de las regiones visitadas.

El personal de cada expedición se señala en el sitio correspondiente del texto. Quiero agradecer expresamente al Doctor Frank M. Chapman y al Coronel Theodore Roosevelt por sugerir y estimular la producción de este libro y también a la Señora Alice K. Eraser por la gran cantidad de tiempo y trabajo dedicados a la mecanografía del manuscrito.

Leo E. Miller



Capítulo I

De Buenaventura a Calí y el Valle del Cauca

El viaje desde Panamá hasta Buenaventura, el más norteño de los dos puertos colombianos en el Pacífico, requiere apenas dos días. Debido a los numerosos arrecifes y rocas que hacen peligrosa la navegación a lo largo de la costa del noroeste de Suramérica, es necesario que los barcos naveguen mar afuera. Además, bancos de niebla que se encuentran a intervalos muy frecuentes, se suman a las dificultades del piloto.

El capitán del Quito siguió un plan muy simple para encontrar el puerto. Era su costumbre navegar hacia el sur durante unas cuarenta y ocho horas y luego dirigirse hacia la costa. Una vez la tierra estaba a la vista, era poco difícil ubicarse, aunque a veces esto significase navegar de vuelta una distancia de diez o quince millas[9].

A mediados del segundo día de navegación entramos lo que podría llamarse el cinturón de la lluvia perpetua y durante tres horas el agua cayó de forma tan torrencial que parecía un muro sólido. Cuando el diluvio cesó y las últimas briznas de vapor azul grisáceo se desvanecieron en el olvido, pudimos discernir la línea costera, difusa y distante. El débil contorno de un litoral escarpado se hizo cada vez más claro; rocas dentadas, adustos precipicios y bosques sombríos lentamente se revelaron a la vista. La magnitud de todo el conjunto era ciertamente imponente.

Luego navegamos diez millas a través de las plácidas aguas de la bahía de Buenaventura. Numerosos pelícanos pardos[10] pescaban en los bajíos mientras que otros, en largas filas, planeaban y aleteaban alternativamente a través del aire en su ruta hacia algún rincón entre los mangles. La oscura y brumosa línea costera en la cabeza de la bahía se disolvió gradualmente en filas de graciosos cocoteros y chozas de paja rodeadas por lo que

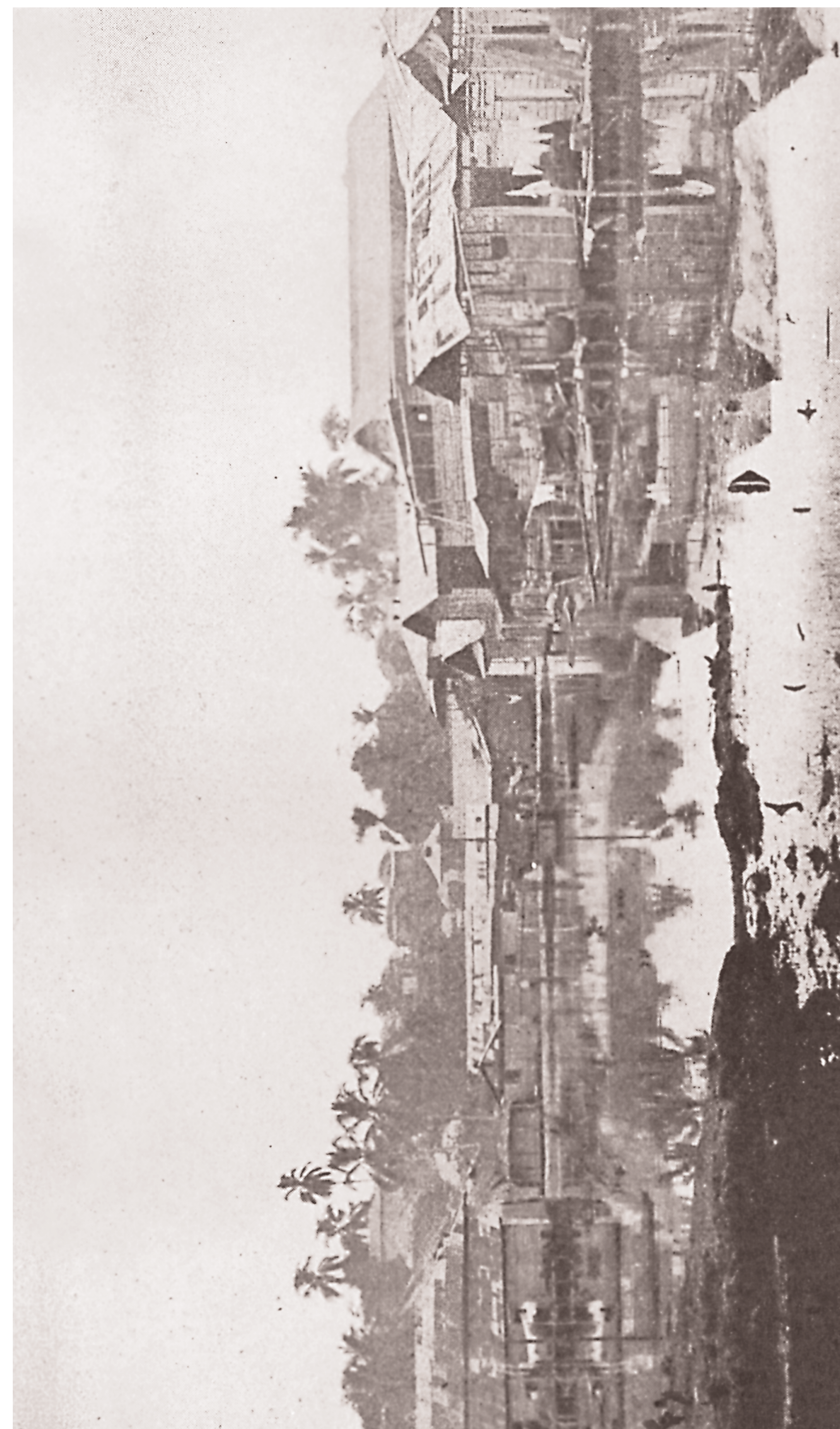
---

9 16 a 24 km
10 *Pelecanus occidentalis*

parecía un manto interminable de verdor. Enjambres de enormes canoas talladas, hechas de troncos de gran tamaño, salían desde la orilla, con sus morenos remeros compitiendo por ser los primeros en alcanzar el vapor; luego los hombres disputaron violentamente entre sí, solicitando a gritos, a las personas en cubierta, equipaje para transportar a la orilla. En poco rato los baúles fueron descolgados hacia algunas de estas embarcaciones bamboleantes mientras los pasajeros nos embarcamos en otras y remamos la milla que nos separaba de la costa.

Infortunadamente la marea estaba bajando y dejaba al descubierto extensos planos lodosos a lo largo de la orilla. Como no había muelle, era necesario para los tripulantes de las canoas cargar en sus espaldas a los pasajeros, sus baúles y el resto del equipaje a través de una amplia franja de barro y arena. Nuestro grupo consistía del Doctor Frank M. Chapman, curador de aves del Museo Americano, Louis Agassiz Fuertes y yo. En Buenaventura nos reunimos con William Richardson, quien había pasado muchos años como naturalista de campo en los países de Centro y Suramérica. Estábamos dando inicio a una expedición zoológica — en busca de aves y mamíferos y también para estudiar el país, las zonas de vida, problemas de distribución y muchas otras cosas inseparables de una exploración biológica como la que nos proponíamos hacer. Los planes originales de la expedición requerían una estancia más bien corta, pero para mí, la experiencia estaba destinada a cubrir un período de dieciocho meses y me llevaría a algunas de las más remotas y silvestres porciones de este país.

Visto desde el agua, Buenaventura es muy poco atractivo. La hilera de cabañas bajas y hechizas, construidas sobre pilotes, se extiende mucho más allá de la línea de marea; a medida que esta sube, el agua susurra y gorgotea debajo de las viviendas y los ocupantes se transportan entre ellas en sus canoas. Más lejos de la playa el suelo es elevado y el pueblo es más interesante, aunque poco invitador. El lugar tiene una reputación nada envidiable. Por cuenta de la lluvia superabundante y el clima tórrido, cunden las fiebres y otras enfermedades perniciosas y pocos extranjeros pueden soportar la dura prueba de una larga permanencia. Esta notoriedad había llegado a nuestros oídos mucho antes de que nos embarcáramos en este viaje y por lo tanto recibimos, con una sensación de alivio, la noticia de que un tren salía hacia el interior la mañana siguiente a nuestra llegada.



Vista de Buenaventura.

A lo largo de una distancia de veinticinco millas[11], luego de abandonar Buenaventura, no vimos nada distinto a ciénagas cubiertas de mangle[12]. Luego apareció el piedemonte de los Andes y a medida que iniciamos el ascenso cambió el carácter de la vegetación. En vez del crecimiento achaparrado de los matorrales, encontramos árboles y palmeras de buen tamaño. Hicimos frecuentes paradas para recoger madera y agua; el tren usualmente se detenía cerca de una colección de ranchos cuyos ocupantes se ganan el sustento cortando leña para la compañía de ferrocarril. Cada habitación estaba rodeada por un pequeño claro en el que las matas de plátano y banano y los papayos crecían con una exuberancia maravillosa. Junglas de guadua muy alta bordean las plantaciones y crecen a lo largo de la carrilera. El plátano y la guadua parecen ser los productos básicos usados por los pobladores. Se alimentan del primero y con la última construyen sus hogares. Las endebles casas eran estructuras destartaladas con techos irregulares de paja y se acoplaban bien con el entorno. Con frecuencia teníamos un vistazo de los ocupantes semidesnudos de estos ranchos, que descansaban en su sombrío interior.

El primer pueblo de alguna importancia que encontramos fue Cisneros. En esta estación nos demoramos una hora porque el tren que venía en dirección opuesta se encontró con un accidente que bloqueó la carrilera y como la gente estaba celebrando una de sus numerosas *fiestas*, fue imposible conseguir hombres que retiraran los escombros sin una gran pérdida de tiempo.

La carrilera subía la pendiente siguiendo el serpenteante cañón del Dagua. Se ha dicho que el costo de construirla fue de un millón de dólares por milla[13]. Túneles, cortes profundos a través de espolones y cuchillas, caballetes y puentes elevados se suceden unos a otros rápidamente. Los lados perpendiculares de las excavaciones estaban cubiertos de musgos y helechos colgantes que ondeaban como plumas sobre nuestras cabezas. Los arroyos de montaña derramaban sus torrentes cristalinos desde aberturas

11 40 km

12 Este comentario es muy interesante, pues el área cubierta por manglares actualmente en los alrededores de Buenaventura se limita a algunos sectores del litoral propiamente dicho. Aunque es probable que el novato naturalista se hubiera equivocado al tomar como manglares otros tipos de vegetación, una distancia de 40 km de bosques inundables es algo que no tiene equivalencia en la conformación actual de la vegetación de esta región.

13 De acuerdo con el autor, esta suma equivalía a cien millones de pesos de la época; ver comentario sobre la tasa de cambio más adelante en este mismo capítulo.

entre grietas cubiertas de maleza y se pulverizaban al caer sobre las rocas. Cientos de pies más abajo, el Dagua rugía en los estrechos confines de una garganta rocosa. Espesas selvas, oscuras e impenetrables, cubrían las laderas. Éramos conscientes del perfume de flores escondidas en medio de las impenetrables espesuras del verde más oscuro. Una iguana, de poco más de cuatro pies de longitud[14] y color verde brillante se abalanzó a través de la vía unos pocos pies por delante de la resoplante máquina; un momento más tarde y la hermosa criatura hubiera muerto triturada. En lo alto, las bandadas de loros gritaban su desafío al lento y sibilante artefacto que laboriosamente avanzaba más y más en su morada sagrada y los tucanes, castañeteando sus largos picos y gañendo, hacían extrañas acrobacias en lo alto de la copa de un majestuoso árbol. Una violenta sacudida nos bajó de las alturas; el tren se había detenido a recoger más combustible y los pasajeros se apearon para entretenerse tocando las adormideras que crecían abundantemente a lo largo de la ruta[15].

No mucho después emergimos de repente en una región peculiar. Aquí finalizaba abruptamente el bosque sombrío y en su lugar crecían montones desordenados de cactus gigantes. La línea divisoria es tan marcada como si hubiera sido cortada con un cuchillo. La fauna también es diferente; en vez de tangaras de colores brillantes, trogones y tucanes, hay cucaracheros, pinzones y otros pájaros de colores sombríos. Este cinturón desértico continuó por una distancia de algunas millas y luego el bosque reapareció, al principio solamente en la cima de las cuchillas, pero extendiéndose luego gradualmente hacia abajo hasta cubrir completamente las laderas. Llegamos a Caldas[16], el final de la vía férrea, al medio día y después de un largo regateo, el propietario del *Hotel del Valle* nos proveyó un cuarto con cuatro camas de madera desnudas; afortunadamente nuestras maletas de cobijas llegaron con nosotros, de forma que más bien nos regocijamos de que el hotelero no nos hubiera dado tendidos de cama. Los edificios del poblado estaban dispersos aquí y allá en pequeños grupos, haciendo difícil formarse una idea completa de su número. La primera impresión sugiere que hay una población de apenas unos pocos centenares de personas, cuando en realidad es de varios miles. A la fecha (abril de 1911)

14 1,20 m

15 La ingenuidad de este comentario nos da una clara impresión de las diferencias en la sensibilidad de un ciudadano del común frente a la vegetación silvestre. Que los pasajeros de un tren se distraigan jugando con las hojas de la dormidera es algo casi inconcebible actualmente.

16 Antiguo nombre de la cabecera municipal de Dagua (Paynter 1997).

Caldas era un lugar atractivo pues su elevación es de dos mil pies[17] y el paisaje a su alrededor es abierto; pero en años recientes, pacientes de malaria, fiebre amarilla y otras enfermedades han viajado allí, desde Buenaventura, para recuperarse y han dejado sus dolencias firmemente implantadas en toda la región, haciéndola bastante insalubre.

Un pequeño circo estaba presentándose en Caldas y como este era un evento bastante inusual, creaba cierto furor entre la gente. Llovió torrencialmente la mayor parte de la tarde, pero cuando apenas había oscurecido, tropas de personas, cada una cargando una silla o un cajón en donde sentarse, llegaron desde todas las direcciones, sus pies descalzos susurrando y gorgoteando a medida que chapoteaban entre el fango y el agua. La élite — inclusive Caldas presume de tener una clase alta — llegó más tarde y permaneció de pie durante prácticamente todo el espectáculo con el fin de ser mejor vista y admirada por la gente del "común".

Hasta este punto, Richardson había actuado como cajero de nuestro grupo y era impresionante ver en su diario entradas como "almuerzo, $200,00; boletos de tren, $2000,00; naranjas, $15,00." El dólar colombiano, o peso, se ha devaluado hasta valer exactamente un centavo de la unidad monetaria de los Estados Unidos. Prácticamente todo el dinero en circulación estaba en billetes de uno a cien pesos, especialmente los primeros. Si uno tenía solamente cien billetes de un peso, equivalentes a un dólar Americano, esto hacía un bulto considerable y por esta razón todos los hombres cargan grandes bolsos de cuero colgados del hombro con una correa y de manera incidental, estos bolsos también contienen cigarros, fósforos y otros artículos pequeños apreciados por sus propietarios[18].

Richardson había hecho arreglos para que unos *arrieros* y su caravana de mulas de carga se reunieran con nosotros temprano en la mañana siguiente, pero era casi medio día cuando aparecieron. Estábamos en la tierra de *mañana*, pero aún no habíamos aprendido a moderar nuestra impaciencia frente a los cientos de cosas exasperantes que constantemente se nos interponían para impedir nuestro avance o alterar nuestros planes. Una de las primeras cosas que debe aprender el visitante de Latinoamérica es a

17 610 m.
18 La manía de explicar usos y costumbres desde una óptica fuera de contexto aparece una y otra vez en la narrativa de Miller. Explicar el uso del carriel como una consecuencia de la devaluación del peso es apenas un indicio de la ingenuidad del autor frente al mundo que acaba de encontrar.

tomarse las cosas con calma hasta donde le sea posible. Si uno emplea sirvientes regularmente, es posible corregir muchas de las costumbres que tanto molestan al norteamericano; pero los países, como un todo, no pueden ser reformados por nadie de un día para otro y la persona que se toma las cosas demasiado en serio, o carece de sentido del humor, o transmite la impresión de ser demasiado tonta.

Ensillamos algunas mulas para montar en ellas y a las demás, [las aperamos] con monturas gruesas de carga hechas de arpillera rellena con paja[19]. Los bultos y baúles fueron ordenados según su peso y luego cargados en las mulas, amarrándolos con rejos de cuero. Cada mula cargaba aproximadamente doscientas cincuenta libras. Mientras ajustaban las cargas, los *arrieros*, o conductores, ponían sus ponchos sobre los ojos de las mulas; de otra forma no se hubieran quedado quietas para someterse al rudo tratamiento del que eran objeto.

El camino era más bien ancho y bueno. Continuaba a lo largo del cañón del Dagua, ahora reducido a un pequeño arroyo. En unas pocas horas, llegamos al caserío de El Carmen y desmontamos para esperar el tren de mulas y, de paso, almorzar en la posada y ver una pelea de gallos pues la fiesta de ayer aún estaba en progreso en los distritos rurales.

Seguimos nuestro lento y continuo ascenso. A cinco mil quinientos pies[20] de altura apareció la zona de nubes y vapores; los árboles, las rocas, todo, parecía irreal y fantasmal, envuelto en la bruma espesa y azulada que penetraba las ropas enfriándonos hasta la médula. La oscuridad se aproximaba rápidamente, por lo que nos detuvimos a pasar la noche en un rancho a orillas de la carretera llamado El Tigre. La casa era húmeda y fría como era de esperarse y sus ocupantes prácticamente carecían de comida. En el jardín crecía una profusión de plantas; había rosas, geranios, san joaquines y hortensias por todas partes; helechos monstruosos con frondas como encajes formaban un telón espeso y aterciopelado para los brillantes capullos multicolores. En la huerta crecían moras, fresas, repollos, café y un tubérculo comestible llamado *aracacha* [sic]; también había unos pocos tallos raquíticos de banana y plátano, pero por el clima tan frío necesitan dos años para madurar y sus frutas son pequeñas y de pobre calidad.

19 Curiosa forma de complicarse para describir una enjalma.
20 1676 m

Gracias a que la mañana siguiente reanudamos temprano nuestro viaje, llegamos a la cima de la cordillera Occidental, como es mejor conocida esta cadena montañosa, a las diez. Las laderas están completamente cubiertas con la más densa de las selvas subtropicales. Un aguacero continuo cayó durante toda la mañana, contra el cual nuestros ponchos sirvieron bien poco. Fue necesario entonces hacer una parada de dos horas, en una posada más bien triste, justo después de la divisoria, llamada San Antonio; la señora que administraba el establecimiento se alegró de vernos, pues Richardson le había advertido de nuestra llegada; muy pronto puso a asar unos plátanos en las brasas y su tienda nos proveyó sardinas para el almuerzo.

Luego iniciamos el descenso de la vertiente oriental. El camino se hizo más estrecho y fragoso; en algunos lugares la pendiente era de 45°. A ambos lados se levantaban las paredes vivientes de la jungla sombría e impenetrable. Una cosa que no podía dejar de impresionarnos, era el grandioso, ahogado silencio del bosque. Allí donde esperábamos encontrar multitudes de aves hermosas, el parloteo de voces animales y flores brillantes, solamente encontramos la masa sombría y silenciosa de verde invariable. Después de dos horas habíamos dejado atrás las regiones de las frías y penetrantes brumas. Por primera vez contemplamos a lo lejos el hermoso valle del Cauca, extendido frente a nuestros ojos como una carpeta de terciopelo del más suave verdor, llegando hasta el pie mismo de la Cordillera Central, distante cuando menos cuarenta millas[21].

El constante, rítmico chancleteo de pies descalzos o cubiertos con sandalias, mezclado con el repicar más ruidoso de los cascos de las mulas y con los gritos discordantes de los *arrieros*, llegaba ahora a nuestros oídos a intervalos frecuentes, seguido en breve por la aparición de recuas cargadas de café y cueros, al doblar alguna vuelta del estrecho camino de la montaña, indicándonos que el final de nuestra jornada, al menos por ahora, estaba cerca.

Descendiendo siempre, seguimos hacia el valle, que todavía estaba a varios centenares de pies más abajo, dejando las montañas muy por encima a nuestras espaldas. Aquí y allá, una señal humana se hacía visible cerca de una de las solitarias haciendas anidadas cómodamente en algún nicho aparentemente inaccesible en las laderas. A nuestra derecha, un monasterio solitario estaba perchado sobre un pico desnudo, con su estrecho camino individual serpenteando desde las alturas a lo largo del precipicio hasta perderse en la bruma.

[21] 24 km

Más adelante, una masa negra se disolvió para convertirse en una inmensa bandada de gallinazos sobre el paisaje. Esta era su estación de cosecha y los peleadores carroñeros se mostraban vacilantes de abandonar su refrigerio — un infortunado *burro* abandonado en el camino.

Con una sensación de repugnancia, espoleamos nuestros caballos, esforzándolos, y al fin se hicieron realidad nuestras expectativas cuando, a la vuelta de un punto abrupto del camino, tuvimos a Cali directamente debajo de nosotros. Media hora después repiqueteamos a través de un verde arco formado por cuatro magníficas ceibas que se erguían como centinelas guardando la aproximación a la ciudad, cruzamos el puente sobre el río Cali, retomamos nuestro camino por las calles empedradas y nos apeamos en el patio del *Hotel Central*.

Cali es una típica ciudad colombiana. Al comienzo, los edificios blanqueados, con ventanas enrejadas, gruesas paredes de adobe y hermosos patios interiores nos llamaron poderosamente la atención, por su marcado contraste con el estilo arquitectónico al que estamos acostumbrados los americanos, pero después terminamos acostumbrándonos a ellos como algo que está en armonía con la vida relajada y monótona de la mayoría de las ciudades latinoamericanas.

No hay nada particularmente moderno acerca de Cali, pero la ciudad es interesante, tal vez por esa misma razón. No vi una sola chimenea ni había un solo panel de vidrio en ninguna parte, excepto en la enorme catedral al frente de la plaza cargada de verdor. Las iglesias son numerosas, de construcción masiva, al estilo español. Las campanas, de las cuales hay muchas, están suspendidas en nichos abiertos en las torres, tienen una pátina verdosa y repican de forma casi continua.

Las calles son estrechas y sinuosas. Un arroyo fluye a lo largo del centro de algunas de ellas y sirve tanto como sistema de alcantarillado como para proveer agua para varias necesidades, aunque hay un sistema de tuberías en algunas de las casas y fuentes en las esquinas, que proveen agua potable

para quienes quieran recogerla. En varias ocasiones he visto niños que intentaban bañarse en estos arroyuelos y a poca distancia aguas abajo, los patos nadaban en el agua, alguna persona arrojaba un recipiente de basura e incluso algún despreocupado llenaba una jarra de agua y la llevaba adentro de alguna casa.

Es bastante inusual ver alguna mujer de clase alta en las calles durante el día, excepto en ocasiones especiales, o mientras van o regresan de la iglesia. Ellas permanecen encerradas en sus casas, a salvo de la mirada de ojos vulgares. El bordado y la música son sus principales diversiones y muchas de ellas son muy talentosas en ambas actividades. Fue asombroso descubrir cuántos pianos hay en la ciudad, especialmente si consideramos que cada instrumento tuvo que ser transportado a través de los Andes colgado de unas varas y cargado por las mulas.

Prácticamente todos los trabajos son hechos por la gente de las clases bajas. Laboran día y noche y, en la mayoría de los casos, por una remuneración mínima. Uno puede verlos ocupados en distintas tareas a cualquier hora del día, pero temprano en la mañana, largas filas se ponen en marcha a lo largo de las calles en dirección a la plaza de mercado. La enorme estructura de ladrillo es un lugar congestionado. Recuerda un hormiguero con enjambres de personas entrando y saliendo continuamente. Dentro del edificio hay hileras y montones de fruta, verduras, carne, pan y muchos otros artículos. Un grupo variopinto de mujeres llena el lugar a reventar; cada una de ellas carga una canasta o una batea sobre la cabeza, en la cual lleva las compras hechas después de eternos regateos. Invariablemente cada recipiente contiene una curiosa colección: varios plátanos verdes y maduros, una tajada de ahuyama, un pimentón, una cabeza de ajo y un tomate, un trozo de carne y una papaya. Quizás puede haber también un manojo de *yerba buena* y algunas semillas de *achiote* para aliñar y teñir de amarillo la sopa, pero desafortunadamente estos condimentos son usados en tales cantidades que una buena reserva es mantenida a la mano incluso cuando no hay ningún otro alimento en la casa.

Las noches en Cali son deliciosas. Un viento refrescante sopla poco después del atardecer; la banda militar toca en la plaza, las luces parpadean, la brisa susurra en las palmas reales y los naranjos esparcen pétalos nevados y un denso perfume. Sólo la *gente* es admitida en este pequeño

país encantado[22]. Mujeres alegremente vestidas, muy maquilladas, al último grito de la moda, desfilan a lo largo de los serpenteantes senderos, pero se considera de muy mal gusto si lo hacen sin una escolta. La clase más pobre, andrajosa y descalza, se reúne por fuera de la cerca de hierro y atisba tras las barras; los niños corren y juegan ruidosamente en las calles vecinas. Al fin las campanas de la catedral retumban a las diez, la banda interpreta el himno nacional y todo el mundo se pone de pie, los hombres con sus cabezas descubiertas. Entonces la multitud se dispersa silenciosa y ordenada. Pronto el pueblo se envuelve en el sueño y solamente el viento susurrante y los estridentes pitidos de los silbatos de la policía perturban la somnolienta soledad.

Se decía que Cali tenía una población de cuarenta mil personas, pero este número sin duda incluía el populacho de distritos suburbanos muy distantes. La ciudad está destinada a crecer, sin embargo, en razón de su situación favorable en el fértil valle del Cauca, que es uno de los jardines naturales de Suramérica.

El río Cauca está a unas cuatro millas[23] de distancia de la ciudad y el asentamiento de Guanchito [sic][24] se encuentra en la orilla. Un trencito, que parece de juguete, hace viajes frecuentes de ida y regreso entre los dos puntos porque el puerto, como se le llama comúnmente a Guanchito, es bastante importante. Los vapores y lanchas de Cartago reciben y desembarcan pasajeros y carga y muchas balsas llenas de plátanos verdes y otros productos arriban diariamente. El caserío presenta un aspecto de gran actividad durante las horas de la mañana. Racimos de pequeños ranchos han surgido como hongos durante las horas de la noche, en donde las mujeres, acurrucadas bajo la sombra de estos precarios abrigos, cocinan *sancocho* en braseros de carbón de leña; filas de peones se afanan de un lado a otro mientras transfieren la carga de las balsas y canoas hasta las carretas que los esperan y hay una gran cantidad de chanzas amistosas entre los *mozos* despreocupados que visitan liberalmente los puestos de comidas y bebidas y quienes los administran fingiendo un aire de timidez. Gradualmente, a medida que se levanta el sol, la multitud se dispersa. El trabajo matutino ha terminado y la gente se retira navegando por donde vino o toma el tren de regreso a Cali.

22 Seguramente hace referencia a la plaza de Caicedo y a la retreta vespertina.
23 Casi siete kilómetros.
24 Se refiere a Juanchito.

En Guanchito se mantiene un interesante servicio de ferry. Un robusto cable de acero ha sido templado a través del río y sobre él corre una polea a la cual se atan dos cadenas que sostienen los dos extremos de un enorme bote de fondo plano, capaz de transportar muchas personas y caballos. Antes de empezar a cruzar se acorta la cadena de la parte alta del río, de forma que el flanco del bote presenta un ángulo agudo a la corriente y la embarcación es empujada por esta con rapidez hasta la orilla opuesta.

Extensos pantanos bordean el Cauca a corta distancia de Guanchito. Durante la estación lluviosa el agua ocupa muchas millas del paisaje y puede ser muy profunda, pero en la estación seca retrocede rápidamente, dejando una serie de charcas y pantanos bien definidos. Grandes cantidades de aves acuáticas se congregan para pasar los meses más calientes en estos amigables refugios. Había patos de varias especies, incluyendo las iguazas[25] que silbaban al pasar con rapidez y aterrizaban cerca del pantano para posarse inmóviles y alertas ante posibles amenazas antes de lanzarse al agua. Grandes garzas grises[26] graznaban y vadeaban calmadamente entre los juncos, cazando a su paso ranas y peces. El buitre de ciénaga[27]— un ave del tamaño de un pavo grande — es también un habitante de los pantanos. Tiene patas gruesas, más bien largas, que le permiten vadear en aguas profundas, pero también nada hacia las islas flotantes de plantas suculentas que forman parte de su dieta. Es de color negro pizarra lustroso, con el abdomen blanco; tiene en la frente un cuerno o carúncula de varias pulgadas de largo, curvado hacia adelante. Sus plumas son suaves y bajo la piel tiene una capa de tejido de media pulgada de grosor, lleno de espacios aéreos; los nativos dicen que protege al ave de las mordidas de serpientes venenosas y no es imposible que este acojinamiento neumático sirva a este propósito, aunque parece poco probable. Sin embargo, lo más notable de esta ave es su voz. Usualmente las parejas cantan a dúo; caminan lentamente de un lado a otro, echan la cabeza hacia atrás y emiten gritos, bramidos y largas notas claras y sonoras que, aunque armoniosas y, hasta cierto punto musicales, tienen un dejo trágico y conjuran imágenes de un espíritu atormentado de la naturaleza que clama por su redención. Numerosos pajaritos, principalmente atrapamoscas, habitan los matorra-

25 *Dendrocygna sp.*
26 Probablemente *Ardea cocoi.*
27 *Anhima cornuta*

les espinosos que emergen del agua y construyen sus enormes nidos de paja dentro de la segura barrera de las ramas armadas de púas[28].

Los campos circundantes del valle del Cauca son fértiles y producen la mayoría de las cosas esenciales para mantener una población satisfecha y próspera. Una parte sustancial de la tierra se usa para pastorear vacas y caballos, pero pronto serán muy valiosos como para ser usados con este propósito en razón de su limitada disponibilidad. Una utilidad mucho mayor puede obtenerse mediante su cultivo[29].

Hicimos una visita a una gran hacienda azucarera llamada La Manuelita, cerca de la población de Palmira. La Manuelita es un pequeño mundo en sí mismo; comprende mil quinientos acres[30] de la parte más fértil y atractiva del valle. La casa del rancho, situada en el centro, es un intrincado edificio de dos plantas, generosas proporciones y apariencia atractiva. Los jardines la rodean con un derroche de colores y le dan un aspecto anticuado y pintoresco; no hay en él un efecto estudiado, ninguna precisión en el arreglo de plantas y flores; adelfas, rosas, sanjoaquines, geranios y malvas crecen en enmarañada profusión. Grupos de magnolias, paraísos[31] y naranjos ocultan el alto cercado de piedra. Inmediatamente por fuera del muro que rodea la casa se encuentran el caserío de los peones que consiste de unas cincuenta casas de tamaño y apariencia uniforme y el ingenio azucarero. Los peones son de sangre española, indígena y negra o mestizos y requieren supervisión constante para asegurar los mejores resultados.

Toda la tierra está cultivada, principalmente de caña, para cuya producción es muy apta. El suelo es una rica marga aluvial. Algunos de los cañaduzales de La Manuelita no han sido replantados en noventa años; otros, en la propiedad de William Barney, antiguo cónsul de los Estados Unidos en Cali, han estado produciendo durante ciento veinte años y todavía

28 Probablemente haga referencia a *Fluvicola pica*, atrapamoscas que suele anidar en los arbustos espinosos (*Fagara pterota*) que crecen en las orillas de los humedales del valle del Cauca.

29 Es interesante esta observación de Miller, pues se anticipa a las apreciaciones hechas, casi 20 años después, por la misión Chardon y 40 a las consideraciones de Lauchlin Currie que sirvieron para justificar la adecuación de tierras y la expansión de los monocultivos en el valle geográfico del río Cauca (ver Rivera et al. 2007).

30 607 hectáreas.

31 *Melia azedarach*, árbol del sudeste asiático introducido como ornamental y por su sombra.

rinden ochenta toneladas de caña o más por cada acre. Se decía, y todos los indicios sustancian esta afirmación, ¡que toda la región estuvo alguna vez cubierta por un gran lago! Esto da cuenta de la productividad continua del suelo.

La caña alcanza una altura de quince pies[32] y una docena de tallos, o más, crecen en cada mata. Requiere ocho a diez meses para madurar. Los campos están divididos en secciones y se cortan a distintos intervalos para proveer una sucesión ininterrumpida de cañas maduras al trapiche y proporcionar empleo continuo para varios cientos de peones.

El ingenio es moderno prácticamente en todo sentido; tiene una capacidad de producción de cinco a ocho toneladas diarias de azúcar de buena calidad. Tomó varios años traer la pesada maquinaria a través de las montañas desde Buenaventura. Las piezas más voluminosas fueron arrastradas lentamente por las pendientes con aparejos, bloques y bueyes, de manera que los animales pudieran caminar hacia abajo a medida que halaban, lo cual incrementaba considerablemente su eficiencia. Fue necesario transportar duplicados de toda la maquinaria, para usarlos en caso de un accidente; de otra forma el ingenio podría haber interrumpido su producción durante uno o dos años esperando la llegada, desde el exterior, de algún repuesto necesitado con urgencia.

Casi toda la maquinaria es encargada a Londres, pues allí puede ser despachada más rápidamente y estar mejor empacada que en los Estados Unidos. He escuchado esta misma afirmación en varias partes de Suramérica. Aunque los fabricantes [norteamericanos] están empezando a darse cuenta de que si quieren tener éxito negociando en Suramérica, deben hacer primero un estudio de las condiciones generales [en la región], no hicieron esto en el pasado, con el resultado natural de que el grueso del comercio latinoamericano ha sido hecho con el viejo mundo. Con frecuencia es necesario enviar, después de muchos días de haber arribado a puerto, las mercancías a lomo de mula o en pequeñas embarcaciones fluviales y pasa aún más tiempo antes de que la carga llegue finalmente a destino; así está expuesta a condiciones variadas de clima

32 Unos 5 m.

— grandes calores y lluvias torrenciales y el tratamiento que recibe es, necesariamente, muy brusco. Todo esto significa que el empacado debe hacerse con gran cuidado y de manera especial. El hecho de que no hayamos adoptado el sistema métrico decimal y que prácticamente no haya en la región bancos norteamericanos para cambiar billetes, han sido limitaciones adicionales al establecimiento de relaciones comerciales extensivas entre los dos pueblos.

Quizás lo más atractivo del valle del Cauca es su clima. El registro de la temperatura hecho en La Manuelita durante un período de diez años muestra una gran uniformidad. La diferencia en la temperatura media semanal es solamente de 6° a lo largo del año. Un cinturón de enormes guaduales rodea por completo la hacienda; las gigantescas cañas, duras como el acero están armadas de largas espinas asesinas y forman una masa entrelazada que es absolutamente impenetrable para el hombre. Contrario a nuestras expectativas, las aves no eran abundantes en estas áreas de enmarañado verdor. Unas pocas gallinaciegas dormitaban en el piso en lo profundo del guadual y una pigua ocasional (*Milvago chimachima*), posada en el extremo de un tallo bamboleante, lanzaba al aire sus emociones en una serie de agudos y prolongados gritos.

Más allá, en donde crecían los algunos parches de bosque, las aves eran más abundantes. Había muchos pericos frentirrojos[33] anidando en cavidades de troncos muertos. Numerosos carpinteros de cabeza roja (*Chrysoptilus p. striatigularis*[34]) martillaban los troncos huecos, tan rápidamente que el sonido recuerda el tamborileo de un redoblante. Los carpinteros pigmeos (*Picumnus*[35]), apenas tan grandes como un colibrí de buen tamaño, trabajaban industriosamente en las ramas más delgadas. Estos manchados bichitos de energía emplumada son de color verde oliva oscuro, con unos cuantos puntos rojos en la coronilla de sus cabezas negruzcas. Cuando llega la estación reproductiva, excavan una diminuta cavidad en alguna rama parcialmente descompuesta, en la cual depositan dos huevos blancos

33 Aunque en el texto no está mencionado el nombre científico de esta ave, el nombre común empleado indica que se trata de *Aratinga wagleri*. Sin embargo llama la atención la observación de los nidos anotada por Miller, ya que lo poco que se sabe de la historia natural de la especie sugiere que anida en acantilados rocosos en las cordilleras.

34 *Colaptes punctigula*

35 *P. granadensis*

y redondos. Estas aves casi siempre se encuentran en parejas y cuando los jóvenes abandonan el nido, acompañan a sus padres formando pequeños grupos familiares que forrajean en busca de minúsculos insectos entre las grietas de las ásperas cortezas y en la madera podrida.

En ocasiones nos parecía que no estábamos tan lejos de nuestras casas norteñas después de todo, pues a lo largo de las orillas de las numerosas ciénagas corría un viejo conocido — el andarríos maculado[36]. En los juncales, trinaban y revoloteaban las monjitas cabeciamarillas, aunque eran ligeramente menores que las norteamericanas e incluso han sido incluidas en un género diferente (*Agelaius*[37]). Si caminábamos quedamente, era también posible sorprender un venado que había sido tentado a alejarse del bosque por el prospecto de un exquisito desayuno en alguna pequeña plantación. Estos animales son tan intensamente perseguidos que huyen ante la primera señal de peligro.

36 *Actitis macularius*
37 Hoy denominado *Chrysomis icterocephalus*



Pastoreo de ganado en el valle del Cauca.



Puerto de Juanchito.



Capítulo II

Popayán y el cerro Munchique

Después de pasar varias semanas en el Valle del Cauca y sus alrededores, Richardson y yo nos dirigimos hacia el sur mientras los otros miembros de la expedición iniciaban el viaje a casa. Había estado esperando muy ansiosamente mi visita al sur de Colombia porque sabía que la región, sus pueblos, e incluso su gente eran distintos de aquellos que habíamos visto hasta ahora. Pero sobre todo, porque en frente de nosotros yacía un vasto territorio poco conocido en términos zoológicos y abrigábamos la esperanza de penetrar al menos las fortalezas montañosas al oeste de Popayán en nuestra búsqueda insaciable de la rara e interesante vida silvestre que se escondía en esas remotas espesuras.

Partimos de Cali al mediodía el 13 de mayo, bien provistos de cabalgaduras, bestias de carga y arrieros mestizos y empezamos a recorrer el muy transitado camino que lleva al sur.

Al principio no había cambios apreciables en el valle, pero de tramo en tramo incrementaban las extensiones de terreno de aspecto absolutamente plano; en lugar de áreas extensamente cultivadas había grandes potreros, cubiertos de pasto abundante. Miles de cabezas de ganado estaban esparcidas sobre la grama aterciopelada. Cabalgamos durante una hora a través de una de estas haciendas hasta un poco antes de llegar al río Jamundí. Esta propiedad pertenece a un tal Ángel Mario Borrero, quien es conocido como uno de los hombres más influyentes en el Departamento del Cauca y es tan sólo una de dieciséis posesiones similares suyas.

El Jamundí no supera los ciento cincuenta pies[38] de anchura en el punto de cruce y está atravesado por un puente de acero y ladrillo; densas junglas de guadua bordean ambos bancos. Poco más allá está el pequeño poblado del mismo nombre.

[38] 45 m

Un espectáculo itinerante había sido anunciado y debía aparecer por aquí en cualquier momento, por lo que la llegada de nuestra recua fue confundida con ese evento tan ansiosamente esperado. Las noticias se esparcieron rápidamente y antes de que pasara mucho tiempo, el pueblo había acudido en masa con la esperanza de echar una mirada a las maravillas que supuestamente contenían nuestros baúles y sacos de lona. No fue sino hasta que nos refugiamos en la pequeña posada que se los pudo convencer de su error e inducir a regresar a sus hogares; pero aún había otra sorpresa para nosotros.

Las numerosas y enervantes tareas de la jornada pedían un temprano descanso y ya estábamos en nuestras camas cuando dieron las ocho de la noche. Mucho nos sorprendimos al ser despertados una hora después al oír música en el umbral de nuestra puerta. Uno de nuestros hombres fue enviado a la entrada a averiguar por el motivo de la serenata y le fue dicho que el alcalde del pueblo, junto con una delegación de las autoridades y la banda de guerra, habían venido a visitarnos. Desde luego, sólo una cosa se podía hacer y media hora después estábamos sentados sobre los asientos especiales que habían sido preparados a la vista de todos los visitantes y quizás la mitad de los vecinos que los habían acompañado. A continuación hubo discursos, canciones, música y unas cuantas danzas folclóricas, alternadas con cortos intervalos para fumar, beber (había una buena provisión de aguardiente) y conversar. Los visitantes permanecieron allí hasta la una de la mañana; ciertamente una visita bastante larga, pero agradable y muy característica de la amabilidad de los colombianos.

La cabalgata de diez horas del día siguiente nos condujo hasta Buenos Aires, un pequeño pueblo muy bonito anidado entre jardines de flores y vergeles frutales, y casi oscurecido por ellos.

Una fuerte lluvia había inundado los baches de la carretera, lo cual hizo lento nuestro avance durante ese día. Rodeamos el cerro San Ignacio temprano en la mañana y poco después conseguimos ver por primera vez el volcán Puracé; habríamos de saber más acerca de esta montaña en un futuro no muy distante. Poco después, aparecieron las *lomas* o grandes colinas áridas que configuran una especie de eslabón que conecta las cordilleras Occidental y Central. Éstos montículos suavemente torneados están desnudos excepto por un pasto despreciable y nervudo que de alguna manera inescrutable obtiene suficiente alimento de la arcilla roja

para sostener su pobre crecimiento. Estas colinas se levantan gradualmente pero el ascenso es tan lento que apenas se es consciente de una inclinación. Hay pocas casas y el pequeño número de habitantes parece ser tan ralo y sin vida como las mismas extensiones de arcilla. Un grupo de personas, parecidas a las filipinas, se había reunido en una de las edificaciones, arrimadas a los costados de la carretera; estaban conversando animadamente y bebiendo una gran cantidad de chicha. Al desmontar, supimos que un niño había muerto y que estaba siendo preparado para el funeral. Estaba sentado en una silla pequeña y burda, cubierto con una sábana blanca. Nadie parecía estar muy preocupado por la muerte y menos aún los padres; al contrario, estaban orgullosos del angelito y de la atención que el evento suscitaba en los lugareños.

Tal y como esperábamos, había poca avifauna en las tristes lomas. Unas cuantas tangaras azules[39] y atrapamoscas *Veinte-vi* (*Pitangus*[40]) habitaban los arbustos que bordeaban los escasos riachuelos que goteaban entre estrechas gargantas en las colinas. *El Veinte-vi* era un viejo conocido; su alegre reclamo es uno de los primeros trinos en saludar los oídos del visitante del trópico sudamericano. Su nombre vulgar varía de acuerdo con la localidad y es un intento de los nativos de imitar el reclamo de esta ave. Por lo tanto, varía de *Kiss-ka-dee*[41] y *Veinte-vi a Dios te di* y *Christi fui*. Este atrapamoscas es de carácter más bien vivaz y frecuentemente se pueden ver en parejas, cantando juntos y golpeando sus alas contra las ramas.

Por regla general estos pájaros tienen costumbres pacíficas, excepto cuando anidan; pero frecuentemente los he visto perseguir un halcón carroñero al cual se han arrojado con saña y seguirlo hasta perderse de vista.

La dieta del *Veinte-vi* es variada y este pájaro es muy versátil en cuanto a la forma de capturar sus presas. Así, puede posarse en una percha sobre una quebrada y zambullirse para atrapar peces pequeños o renacuajos, de forma similar al martín pescador; puede planear sobre un campo y caer sobre un desprevenido ratón, lagarto o serpiente pequeña, o capturar al vuelo escarabajos, saltamontes y otros insectos. Cuando atrapa una víctima de cierto

39 *Thraupis episcopus*

40 *Pitangus sulphuratus*

41 Nombre común en inglés, derivado de la representación fonética inglesa del llamado de este pájaro. Los demás nombres que aparecen en este párrafo conservan la ortografía del original.

tamaño, la azota rápidamente contra una rama hasta darle muerte. También brinca aquí y allá en los campos buscando gusanos y larvas.

El nido es una inmensa estructura en forma de domo, hecha con pastos y muchas veces lana, colocada en la rama de un árbol a alturas entre seis y quince pies del suelo[42]. Tiene la entrada en un costado, cerca de la cima. Debido al gran tamaño de la estructura, de doce a quince pulgadas[43] de alta y con un espesor de ocho a diez pulgadas[44], es considerablemente conspicua; el exterior está hecho de manera descuidada, con pastos y festones de materiales diversos colgando por todas partes.

Los huevos, de dos a cinco, si bien el conjunto habitual suele ser de cuatro, son largos y puntiagudos, de color crema y ligeramente salpicados de manchas de color chocolate y moradas –más que todo en el extremo de mayor tamaño.

Aparte de estas especies, había tierrelitas, pellares y, ocasionalmente, algún cernícalo[45]. Éste último es tan similar al nuestro que es difícil distinguir entre los dos[46].

Poco después del mediodía nos encontramos con una de las más extraordinarias tormentas tropicales imaginables. Hora tras hora un perfecto diluvio cayó sobre nosotros contra el cual los ponchos de caucho ofrecieron poca protección. Los relámpagos atravesaban la penumbra con cegadoras columnas de luz, seguidos del ensordecedor estruendo de los truenos – un indicio de que nos estábamos acercando a la región elevada de las inhóspitas laderas de las montañas y de los páramos.

Esa noche llegamos a Morales[47], a una altura de cinco mil novecientos pies. Afortunadamente no hubo demostraciones de ningún tipo que interfirieran con nuestro muy necesitado descanso. Temprano en la mañana siguiente, sin embargo, experimentamos la emoción inseparablemente

42 1,8 – 4,5 m

43 30 – 38 cm

44 20 – 25 cm

45 Respectivamente, *Columbina* spp., *Vanellus chilensis* y *Falco sparverius.*

46 En realidad se trata de la misma especie en norte y Suramérica.

47 1798 m

vinculada con el despliegue repentino de una de aquellas fuerzas de la naturaleza que eternamente y de manera inalterable controlan nuestro destino. De la gris y penetrante neblina que parecía envolver el mundo entero surgió un rugido bajo, ominoso, distante pero atronador y la fonda de paredes de barro y techo de paja se sacudió violentamente al unísono con la tierra que temblaba.

A través de la puerta abierta del cuarto contiguo escuché el rastrillar de cerillas y vi el parpadeo de luz amarilla reflejado en la pared blanqueada. Un momento después la piadosa señora, rodeada de sus pequeños, estaba arrodillada ante el altar de la Virgen, murmurando una letanía en tonos bajos y monótonos. Dos mechas parpadearon vagamente. Las vistosas flores de escarcha que decoraban la imagen brillaban en la incierta luz, pero la patética miseria, ignorancia y pobreza que estaban alrededor misericordiosamente permanecían en la oscuridad.

Afuera, todo estaba en silencio, excepto por el ladrido de una manada de chandosos que habían estado dormidos en los portales de Morales. El pueblo dormitó una vez más y la destemplada y húmeda neblina se aferraba a la tierra. Solo, empecé a abrirme camino a lo largo de la única calle, a través del barro hasta el promontorio sobre el cual se alza la iglesia que domina el valle y permite un vistazo a la tremenda cordillera en ambos lados; pues ya casi era la hora de la salida del sol y el ascenso de éste sobre los eminentes picos de los Andes ofrece una escena de una belleza inigualable.

Con el primer brillo débil de luz en el este los bancos de vapor se disiparon y gradualmente desaparecieron. Un pico tras otro, alzaron todos la cabeza sobre el océano de una blancura comparable a la de la nieve. En primer lugar estaba el Puracé, el canoso monarca que domina todo el sur de la Cordillera Central y esparce el terror a través de la región con amenazas y advertencias similares a aquella que habíamos acabado de experimentar. Este gran volcán ha permanecido activo por eras inconmensurables. Una inmensa columna de humo y vapor asciende continuamente, derecha hacia las nubes y, al reflejar la luz del sol naciente, crea una imagen magnífica. Ocasionalmente durante la noche se puede ver cómo los fuegos eternos en el interior del ancho cráter ruborizan las nubes bajas y la nieve que corona de catorce mil quinientos pies de altura[48]. Alrededor, las

48 4419 m

grandes lomas estériles están regadas de pedruscos negros, algunos inmensos, que sirven de recuerdo al viandante de los cataclismos de edades pasadas. Por todos lados salpican las laderas y se encumbran sobre el camino que serpentea entre ellos.

Justo debajo se alza la masa silenciosa del Sotará, coronado con la nieve de los siglos; las laderas abruptas están descosidas y gastadas por los frecuentes deslizamientos de hielo y rocas que vienen de arriba y profundas grietas llenas de nieve se extienden en la lejanía bajo el brillante domo formando una franja llena de jirones. Por las noches la luz de la luna se aproxima suavemente sobre las alturas heladas y baña reverentemente la antigua cabeza en un halo de deslumbrante esplendor.

A medida que el sol se alzaba más y más los picos de la Cordillera Occidental aparecieron uno por uno, como islas en medio del océano, encabezados por el sobrecogedor Munchique seguido de sus satélites menores. Entre las dos cordilleras, en el fértil valle del Cauca, Popayán todavía dormitaba bajo una cobija de ondulante suavidad.

A las seis de la mañana los arrieros habían juntado las mulas y las monturas y media hora después ya nos habíamos puesto en marcha.

Remplazando las secas y estériles lomas, nos encontramos en ese momento con una tierra cubierta de arbustos con ocasionales franjas largas de bosque bajo en las depresiones; pero el camino era excesivamente difícil debido a la naturaleza rocosa de la región y a los grandes pedruscos que obstruyen la vía. Frecuentemente era preciso cruzar un riachuelo, como el río Piendano[49] [sic], el cual está atravesado por un puente en forma de arco construido con grandes ladrillos hechos a mano, una reliquia curiosa de la antigua época española. El camino se dirige hacia abajo a un ángulo de cuarenta y cinco grados y luego otra vez hacia arriba en el otro extremo, con las mulas resoplando y jadeando a medida que se arrastran a velocidad de caracol. Todos los ríos parecen fluir a través de profundas gargantas. Solamente mulas de paso firme sirven de algo en este camino, cada una cargando no más de doscientas libras.

49 Río Piendamó

No es grande la distancia de Morales a Popayán; sin mulas de carga se sortea con una sencilla cabalgata de un día, pero con una caravana de bestias cansadas y pesadamente cargadas que han llegado desde Cali es sabio pasar la noche en la pequeña posada La Venta y entrar en la ciudad temprano en la mañana. Un cuarto y una buena comida pueden fácilmente conseguirse aquí sin demasiada anticipación, pero se debe cargar con un catre de campaña y sábanas propias ya que lujos de este tipo no se proveen en albergues colombianos excepto en las ciudades más grandes.

Estábamos despiertos y en camino temprano en la mañana siguiente, pues era día de mercado – el día en que habitantes de millas a la redonda se congregan en la ciudad para comprar y vender y, en general, pasar un buen rato. Era nuestra primera visita y no podíamos permitirnos perder un espectáculo tan típico e interesante.

Mientras aún estábamos a varias millas de distancia de Popayán empezamos a encontrarnos por el camino con pequeños grupos dispersos de indios que lentamente avanzaban hacia la Meca de la región superior del Cauca. Para cuando llegamos a Belén, un asentamiento de aproximadamente veinte casas, el camino se había ensanchado hasta convertirse en una hermosa carretera y estaba lleno de hordas que se aproximaban. Estos indios son probablemente descendientes de los antiguos Guanacas, mientras que algunos claramente son hijos de la tribu de los Paeces que habita la Cordillera Central hacia el norte. Muchos, sin duda, conservan la pureza original de la antigua variedad racial, pero la vasta mayoría se ha mezclado y casado con los colombianos nativos hasta hacer posible encontrar cualquier etapa posible de mestizaje.

Ante nosotros pasó la muchedumbre más abigarrada que se podría imaginar, cada individuo cargando con el fruto de su trabajo para tasarlo y venderlo en la plaza pública. Algunos de los grupos eran pequeñas familias, el hombre conduciendo una mula decrépita que amenazaba con colapsar a cada paso, cargada de fruta y vegetales, leña, lazos de cáñamo[50] y costales, calabazas, alfarería, y cientos de cosas diferentes. La mujer, haciendo de bestia de carga auxiliar, portaba el excedente. Una banda alrededor de la frente sostenía el pesado bulto; generalmente un niño pequeño era cargado en bandolera en su costado, mientras que muchos

50 En realidad, de cabuya, que es uno de los cultivos típicos de la región.

niños más grandes se aferraban a su falda o caminaban penosamente detrás. A medida que caminaba trabajaba, hilando un atado de lana o algodón en el que llevaba metido el brazo, con el huso, un palo afilado con una papa clavada en la punta, que tenía entre sus manos. La ocupación más característica de las mujeres es la confección de pequeñas bolsas de fibra, o *muchilas* [sic], de cáñamo. Son confeccionadas completamente a mano mientras la trabajadora sobrecargada acompaña a su marido al trote y se parecen algo a la bolsa de compras de una mujer cuando están terminadas. Si su hechura es compacta, toma semanas completar una que costará cuarenta o cincuenta centavos.

Los hombres están vestidos con holgados pantalones blancos de algodón que llegan hasta debajo de la rodilla; luego está el cuadrado inevitable de tela tejida en casa, usualmente marrón, gris o azul, llamado ruana; la cabeza se introduce por un agujero en el centro de tal manera que cae hasta la cintura con las esquinas generalmente tocando el suelo y dando la misma impresión de la toga de un senador romano. Por la noche la ruana hace las veces de cobija bajo la cual toda la familia duerme. Un sombrero de paja de ala ancha y alta copa completa el vestido. Las mujeres se inclinan por faldas de color azul oscuro (también el producto de su industria), pretinas rosadas y chales de casi cualquier color siempre y cuando sean ribeteados. Sus sombreros son similares a los de los hombres. Los pies de ambos sexos están, desde luego, descalzos.

Media hora después de dejar Belén estábamos trotando sobre el gran puente de ladrillo que abraza el Cauca y sirve de entrada a Popayán. Este puente es realmente una maravilla de la arquitectura española antigua, de quinientos pies[51] de largo , cuarenta de ancho y sostenido por una serie de arcos.

Popayán es una de las más viejas y pintorescas de las ciudades hispanoamericanas, aunque de ninguna manera es la más grande. Dudo si su población supera los diez mil habitantes. La historia temprana de la ciudad es de mucho interés y de ella se puede adquirir una idea clara de las condiciones que rodearon la conquista y la colonización de una gran parte de Suramérica. Aguijoneados por el amor a la aventura y la avidez de tesoros, los Conquistadores invadieron vastas áreas del continente,

51 152 m

estableciendo puestos de frontera aquí y allá desde los cuales pudieran renovar su búsqueda de El Dorado, el cual estaban destinados a jamás encontrar. De esta manera Popayán fue fundada en el año 1536 por Sebastián de Belalcázar, el hijo de un peón de la frontera entre Extremadura y Andalucía en el sur de España.

Después de fundar Popayán, Belalcázar extendió sus ataques río abajo y formó el asentamiento que hoy en día es Cali, la más grande e importante ciudad en el Cauca. Al ser un justo ejemplo del tipo usual de Conquistador, no mostró ninguna misericordia hacia los indios, sino que casi los exterminó; la región que había sido una provincia fructífera fue convertida en un despojo acosado por la hambruna. Mientras tanto Pizarro había enviado un oficial, Lorenzo de Aldana, a arrestar a su hasta entonces lugarteniente; pero Belalcázar, satisfecho con sus conquistas, se embarcó hacia España en 1539 con el propósito de hacerse con un título de conquista antes de que pudiera ser aprehendido.

La ciudad yace en lo alto de la llanura a más de seis mil pies[52] de altura sobre el nivel del mar, rodeada de agrestes picos, algunos cubiertos de nieve, otros todavía no sometidos por la mano del tiempo, presagiando la catástrofe y el desastre y aún muchos más cubiertos por bosques vírgenes impenetrables no hollados por pies humanos y conocidos sólo por las criaturas salvajes que se acurrucan en sus oscuras oquedades. Nubes lanudas los arropan a todos, rodeando los elevados picos, se hunden en lo profundo para encontrarse con la tierra y luego se desvanecen otra vez en el espacio. Alrededor de la ciudad prevalece un aire de tranquilo reposo; un aire de santidad y misticismo que irradia cada esquina y rincón, impregnando cada fibra. La ciudad tiene fama de centro de aprendizaje. Sus colegios y universidad, administrados por la Orden Marista, atraen jóvenes de todas partes del país. Hay numerosas iglesias viejas, todas muy antiguas, sus decorados interiores rancios con la humedad de años incontables. Campanas de manufactura antigua y cubiertas de verdín se balancean de nichos abiertos en las paredes o en las chatas torres cuadradas y llaman a cada hora a los fieles al rezo con una cadencia monótona. La catedral fue completada en 1752 después de muchos años de trabajo. En una de las calles se puede obtener una deliciosa vista de las tres capillas en sucesión, una sobre la otra y de los ríos de piadosos penitentes deambulando por el

52 1828 m

camino rocoso. También están las ruinas enmalezadas de una antigua casa de oración pero nunca pude decidir del todo si el edificio se había deteriorado o si las pilas desordenadas de ladrillos y escombros ubicados entre las cuatro paredes que se desmoronaban todavía aguardaban ser puestas en su lugar. Las calles, retorcidas y estrechas, están adoquinadas. Los edificios son del viejo estilo de adobe, de una planta y blanqueadas, con techos de tejas rojas o de tierra. El vidrio no se usa excepto en las iglesias, pero las ventanas están muy enrejadas. Recientemente se han erigido unas cuantas estructuras modernas de ladrillo. Una mirada a los corredores y patios interiores, de los cuales puede haber varios en una casa, permite echar un vistazo al interior de la vida doméstica de la gente. Los patios frontales son muy atractivos con sus flores, arbustos y árboles, pero los patios traseros son todo menos eso, sirviendo estos espacios cerrados parecidos a calabozos de recordatorios de las historias de atrocidades y persecuciones que se desarrollaron aquí en los tiempos turbulentos de la inquisición española.

En promedio, las personas son de una clase más alta, tanto intelectual como físicamente, que la de la mayoría de las ciudades colombianas de igual tamaño; se ven relativamente pocos negros y la buena salud y aspecto brillante de los habitantes son el resultado natural de un clima fresco y el aire puro de montaña.

Una vez, mientras tomaba fotografías en las cercanías de Popayán a medio día, después de haberme alejado cabalgando de la ciudad cinco o seis millas, fui acosado por una mujer anciana que me invitó a detenerme en su humilde cabaña, donde hizo preparar un almuerzo verdaderamente apetecible. La razón que tenía para hacer esto era que me había reconocido como un extranjero. A lo largo de la comida contó entre lágrimas que ella había tenido un hijo, de más o menos mi propia edad que se había ido a los Estados Unidos hacía muchos años. ¿Podría yo haberlo conocido y darle alguna noticia? Podía, pero no lo hice. Por una extraña e inexplicable coincidencia supe que su hijo no había dejado el país. En vez de ir a la costa se había involucrado en una de las revoluciones bastante comunes en ese momento y había sido capturado y ejecutado; ¿pero qué derecho tenía yo de deshacer el único sostén que mantenía la chispa de vida en su cuerpo envejecido? Tan sólo la esperanza de ver a su hijo otra vez le daba fuerzas para resistir el ataque de los años que avanzaban. Sin duda todavía espera, en contra de toda esperanza, el mensaje que jamás llegará.

El suyo es el amor invencible de una madre. ¡Qué tan claramente demuestra que la naturaleza humana es muy parecida alrededor del mundo, incluso entre los pobres!

El 23 de junio fui lo suficientemente afortunado, mientras permanecía en Popayán, de contemplar una de las celebraciones religiosas antes demasiado numerosas en América Latina. Era la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Tropas de soldados y bandas se alineaban al frente de la catedral; todos estaban callados y ordenados mientras los ritos sagrados tenían lugar en el interior. De pronto las puertas se abrieron, las campanas repicaron y el contenido de la vasta iglesia se vertió a través de los portales en un flujo sostenido. Primero llegaron los monaguillos ataviados con sobrepellices blancos y casacas rojas, trayendo cruces decoradas sobre varas largas y mechas encendidas en contenedores de plata, seguidos por los niños pequeños, las niñas con alas de escarcha, parecidas a diminutos ángeles. Luego llegaron el gobernador del Cauca, el prefecto de Popayán y sus ayudantes, cada uno sosteniendo un estandarte. En el siguiente puesto de la fila estaban las doncellas, cubiertas con chales grandes y negros, o mantas, con las manos entrecruzadas y los ojos gachos, los cuales, no obstante, no sentían aversión de levantar para encontrarse con las miradas de algunos de los observadores. Los estudiantes de los seminarios y un coro de cantantes precedían una estatua de tamaño natural del patrono de la fiesta, cargado sobre los hombros de jóvenes bien plantados; luego venían el arzobispo y los eclesiásticos superiores con altas mitras y resplandecientes vestidos hermosamente bordados. Aquellos que de entre el público general escogieron marchar se hicieron en fila detrás de las bandas que seguían, cantando oraciones. Los que quedaban se arrodillaron en las calles con las cabezas agachadas y descubiertas mientras pasaba la procesión. Todos los edificios, e incluso los árboles, estaban alegremente decorados con pendones que eran una mezcla de las insignias papales y nacionales. Colombia es quizás el único país que queda en el Nuevo Mundo en el cual la religión todavía domina el gobierno[53]

Si examinamos un mapa de Colombia encontraremos que el Cerro Munchique, la más alta de las montañas de la Cordillera Occidental, se encuentra directamente al oeste de Popayán. Hay un paso excesivamente difícil a través de la Cordillera en este punto, que conduce a un lugar llamado el

53 Es importante tener en cuenta que la época de la visita de Miller a Colombia corresponde a la llamada hegemonía conservadora, bajo la presidencia de Carlos E. Restrepo.

Cocal, todavía muy distante de la costa. Un camino también estaba siendo abierto a una corta distancia hacia el sur que conduciría al río Micai [sic]. Cuando éste se termine se necesitará de un viaje de cuatro días en mula hasta el río; luego dos días en canoa por el Micai [sic], del cual se sabe que contiene muchos rápidos y que fluye a través de regiones habitadas por tribus salvajes, antes de alcanzar la costa.

Una jornada de viaje desde Popayán nos llevó hasta El Tambo, y al mediodía del siguiente día estábamos en el pueblo indígena de Chapa en la base de Munchique. Una fuerte tormenta eléctrica demoró nuestra salida hasta el mediodía siguiente. Había no más de una docena o quince cabañas de barro en el poblado y durante el clímax de la tempestad una de éstas súbitamente colapsó y se convirtió en un montón de barro y paja; los ocupantes apenas consiguieron escapar al correr hacia el diluvio cuando las paredes que se desplomaban les permitieron comprender el peligro.

Después de que hubo disminuido la agitación la gente erigió un altar en la plaza para celebrar una misa de acción de gracias. Cada persona trajo algún abalorio – unas pocas flores de papel, un dibujo, un poco de escarcha, o una vela – para embellecer la estructura sagrada. Luego todos se arrodillaron con las cabezas descubiertas y con la más profunda devoción asistieron al servicio religioso; esto es, todos excepto una rechoncha mujer india que hervía chontaduros, o nueces de palma, en una gigantesca olla en la parte de atrás de una de las cabañas y que las vendía a los adoradores en el momento en que las devociones se habían terminado.

Nos tomó toda la mitad de un día más para alcanzar el final del camino de herradura y para ese entonces habíamos alcanzado una altura de ocho mil pies[54].

Desde este punto hacia arriba las montañas están cubiertas con una densa fronda de bosque primigenio. Debajo de esta elevación había franjas ocasionales de bosques y parches de maleza alternados con claros. El maíz crece espléndidamente hasta una altura de siete mil pies[55]; esto se podía comprobar por los pocos campos pequeños cultivados por los indígenas. La ladera también estaba salpicada de áreas sembradas de arroz.

54 2438 m
55 2133 m

El ascenso del Munchique es muy abrupto; no hay arroyos cerca de la cima, ya que la punta de la montaña está compuesta de roca sólida que se deshace de la lluvia tan pronto como cae. El pico más elevado es una roca desnuda y plana a más o menos diez mil pies[56] sobre el nivel del mar.

Robert Blake White[57] afirma que desde este punto uno puede "obtener una vista que comanda más de quince mil pies cuadrados de tierra[58]. Toda la Cordillera Central, desde la frontera con Ecuador hasta los confines del Estado de Antioquia, con los valles del Cauca y del Patía, eran visibles hacia el norte, el este y el sur; mientras que, al voltearse hacia el oeste, la costa pacífica desde la bahía de Tumaco hasta la boca del río San Juan parecía estar desplegada como un mapa ante nosotros.

"Un panorama más hermoso no puede ser realmente imaginado. Los cinturones de vegetación de colores brillantes, marcados por los valles con sus ríos serpenteantes y arroyos, estaban respaldadas por masas de la Cordillera con sus variados tintes y picos nevados. Del otro lado, la vegetación de tonos oscuros de las selvas vírgenes de las laderas del Pacífico se alargaba hasta el margen del océano, el cual con sus mil bahías y ensenadas y franja de espuma, la cual era bastante visible, parecían un borde de encaje. La isla de Gorgona podía ser vista claramente.

"El Cerro Munchique debería ser visitado en la temporada seca, pues su prominencia peculiar hace de él un gran conductor de electricidad, tal y como lo vimos con claridad por la roca hecha pedazos en la cima."

Descubrimos una choza indígena desierta en el centro de una extensa plantación abandonada y llena de rastrojo, en la cual establecimos nuestro cuartel durante una semana o más. El sitio era ideal. Altos bosques encerraban el claro en todos sus lados y un arroyo de agua clara y helada fluía cerca de la choza. La elevación era de ocho mil doscientos veinticinco pies[59].

56 3048 m

57 Ingeniero inglés (Isla de Wight, Inglaterra, Diciembre de 1.842, Amalfi, Antioquia, Colombia, 1.907) constructor del camino entre Cali y Palmira y co-fundador de la Compañía Minera de Antioquia.

58 1394 m2

59 2507 m

Obviamente, el lugar había estado abandonado desde hacía varios años, sin duda debido al hecho de que el maíz y el arroz no se daban bien a esta altura. Sin embargo, estas mismas condiciones eran favorables para muchas otras plantas, moras y azaleas con flores lila, rojas, blancas, rosadas y amarillas formaban un macizo sólido de varios acres de extensión y las enredaderas cubrían por completo los altos tocones muertos coronándolos con un denso dosel de hojas verdes del cual pendían racimos de flores anaranjadas y escarlata en forma de trompeta.

Por la noche la temperatura cayó hasta 45o[60], pero esto no fue óbice para que las gigantescas polillas halcón, búho y esfinge aparecieran al atardecer para aprovechar el néctar de las miríadas de flores. El pequeño arroyo era el sitio de reunión de innumerables ranas. Uno difícilmente sospecharía su presencia durante el día a menos que hiciera una búsqueda cuidadosa de los troncos podridos que cubrían el suelo y de la maraña de tallos serpenteantes de la vegetación secundaria y de sus hojas. Pero en la noche el concierto invariablemente empezaba con un volumen sorprendente. Algunas de sus notas me recordaban a nuestra propia rana de primavera[61]; otras eran agudas y metálicas como la cuerda de un banjo y otras de tono más bajo y dulce como el murmullo de un violonchelo. Todas se fusionaban en un coro ensordecedor de animación inagotable y monotonía invariable. Al principio el bullicio era más bien desconcertante pero gradualmente entendimos que no era otra cosa que el rebosante entusiasmo de pequeñas vidas tranquilas entonando un canto de felicidad y agradecimiento a la naturaleza por la alegría pura e inmaculada de una existencia sin restricciones.

Las aves no eran particularmente abundantes en el bosque. Sin embargo, había una buena cantidad de formas interesantes, particularmente entre las tangaras. Una especie (*Psittospiza riefferi*[62]) era del tamaño de un mirlo y de color verde hierba intenso, con la cara y el abdomen castaños; estas aves son solitarias o se encuentran en parejas en árboles altos y son de carácter arisco. Otra tangara (*Sporathraupis*) tiene la cabeza azul brillante

60 Unos 7,2°C

61 "Spring Peeper" en el original. Se trata de la especie Pseudacris crucifer de la familia *Hylidae*, común en el oriente de los Estados Unidos.

62 *Chlorornis riefferi*



Cerro Munchique.



Rancho indígena abandonado en el cerro Munchique.

y la espalda verde oliva, el pecho es azul profundo y los muslos amarillo oro[63]. Los nativos lo llaman jilguero, nombre que también se aplica al solitario[64] en otras localidades. Habita las ramas bajas de los árboles y se desplaza en parejas o en pequeñas bandadas y se alimenta de frutas; su canto no es desagradable, pero no se puede comparar con el de ningún solitario de los que yo conozco.

Una mañana, mientras coleccionaba, me llamó la atención un coro de piídos y gritos y al seguir estos sonidos llegué a un árbol alto en el que se desarrollaba un peculiar drama aviario. Un grupo de carpinteros de California (*Melanerpes flavigularis*[65]) había perforado numerosos agujeros en el tronco, del cual manaba la savia en pequeños chorritos. Una docena o más de colibríes de cola anteada (*Boissonneaua flavescens*) aparentemente había llegado para su juerga matutina, pues la savia evidentemente tenía un efecto intoxicante. Nuevas aves llegaban en fila, se posaban contra el tronco, colgando de él como otras tantas polillas, con la cola anteada abierta en abanico contra la corteza como soporte. Sus maromas, a medida que alcanzaban distintos estados de hilaridad, eran muy divertidas. Trinaban, peleaban, se daban vuelta y tropezaban en el aire; otros estaban adormecidos en pequeñas ramitas y varios revoloteaban exhaustos hacia el suelo. Este espectáculo continuó diariamente durante una semana, hasta que la savia dejó de brotar súbitamente y entonces el árbol fue abandonado y quedó en silencio cuando la caprichosa banda recuperó la sobriedad después de la orgía y retornó a sus labores normales y más provechosas[66].

Al recoger agua del arroyo, uno de nuestros hombres descubrió una trocha angosta bajo un tronco gigante. Asumimos que algunos animales usaban esta ruta para acceder al agua y entonces armamos una trampa en el sendero, en la cual encontramos la mañana siguiente una zarigüeya de buen tamaño. En los días siguientes conseguimos de la misma forma una docena completa de estos animales, que resultaron ser de una forma nueva para la ciencia, que ahora lleva el nombre *Didelphis paraguayensis andina*[67].

63 De acuerdo con la descripción, se trata de *Thraupis cyanocephala*.

64 Probablemente se trate de *Myiadestes ralloides*.

65 En realidad se refiere al Carpintero de los Robles *Melanerpes formicivorus*.

66 Esta observación es sorprendente pues la asociación de esta especie de colibrí con los chupaderos de savia del carpintero de los robles aparece citada por primera vez en la literatura científica en 1985, es decir, ¡74 años después que Miller la anotara en su diario! (ver Kattan & Murcia 1985).

67 Actualmente conocido como *Didelphis pernigra* (ver Gardner 2007).

El cocinero dijo que eran deliciosas para comer y nos preparó un individuo inusualmente gordo, pero nos pareció que la carne tenía un sabor más bien fuerte y no muy comestible. También capturamos una comadreja solitaria (*Mustela affinis costaricensis*[68]) en el mismo lugar. Hubiera sido interesante saber si este animal llegó allí a beber o si estaba persiguiendo alguna de las otras criaturas que frecuentaban este sendero. Las comadrejas son pequeños animales corajudos, activos y sedientos de sangre; su vista es pobre, pero su sentido del olfato es agudo y siguen incansablemente a sus víctimas hasta que las apresan. Frecuentemente he oído que atacan y matan a pequeños venados colgándose tercamente de su piel y masticándola hasta que cortan la yugular; esto no me parece muy probable sin embargo y es mucho más razonable creer que ratas, ratones, ranas y otras pequeñas criaturas son la mayoría de sus presas. Debido a sus proporciones esbeltas, pueden rastrear su presa a través de pequeños agujeros y grietas; además son también expertas trepadoras. Una vez, mientras yo hacía ruidos con la boca para atraer un pájaro, vino hacia mí una comadreja buscando a la criatura indefensa que yo imitaba y corrió por encima de mis pies sin sospechar el fraude.

Las comadrejas pueden pelear salvajemente para proteger su nido, hecho usualmente en un agujero en el suelo o en un tocón hueco y sé de una instancia en la cual uno de estos animales saltó a la cara de un nativo que había atrapado a su pareja en la boca de una madriguera.

Había transcurrido casi un mes desde que dejamos Popayán, pero el tiempo había pasado tan placentera y provechosamente que no parecía que hubiera sido más que una semana. Sin embargo el tiempo que habíamos planeado permanecer en la región ya se había agotado, de manera que desganadamente deshicimos el camino de vuelta a Popayán.

68 Actualmente es sinónimo de *Mustela frenata* (ver Wilson & Reeder 2005).



Capítulo III

Los Andes al Suroeste de Popayán; travesía del Caldas

Después de nuestro regreso a Popayán, pasamos unos pocos días envolviendo y empacando la gran colección de aves y mamíferos que habíamos hecho en el Cerro Munchique y, durante los ratos en que esta tarea se hacía pesada, buscábamos información acerca de las montañas al sur del lugar que acabábamos de visitar. Eventualmente nuestra búsqueda nos llevó al palacio del gobernador, en donde tuvimos la buena fortuna de conocer al ejecutivo de la provincia del Cauca, el Doctor Alfredo Garcés.

Lo primero que atrajo nuestra atención fue un poema enmarcado que colgaba sobre su escritorio, cuyo título era "Muerte a los forasteros"; pero el amable y simpático gobernador muy pronto despejó cualquier duda que pudiéramos haber albergado sobre sus sentimientos. Era un hombre de gran refinamiento y educación y había viajado extensamente por los Estados Unidos. Nuestra misión lo interesó poderosamente. Trajo mapas y planos y luego, con la ayuda de unos poderosos binoculares, nos mostró los sitios que había señalado en aquellos.

El Doctor Garcés demostró ser uno de nuestros mejores y más estimados amigos, a pesar del alarmante aviso en la pared de su oficina. Nos visitaba en el hostal varias veces al día y admiraba las aves y mamíferos que habíamos coleccionado. Nuestras habitaciones estaban siempre en el mayor estado de desorden: cajones, equipo, provisiones y un centenar de objetos ocupaba cada rincón disponible, pero el gobernador ni se daba por enterado y disfrutaba esculcando en nuestras posesiones en busca de objetos desconocidos y probablemente se consideraba afortunado si lograba encontrar su sombrero de seda y su bastón en el lugar en el que los había dejado, cuando estaba listo para irse.

El 24 de junio estábamos de nuevo en el camino, viajando hacia el suroeste. Tanto la cordillera Central como la Occidental eran visibles por muchas millas, con los nevados de Puracé y Sotará dominando la primera

y el cerro Munchique sobresaliendo de la segunda. En la distancia, ondulaba una serie de colinas desnudas como las olas de un mar tormentoso; este paisaje ondulante es la primera indicación de la conexión entre las dos cadenas montañosas.

Por dos días no percibimos cambios en el paisaje, pero en la mañana del tercer día, poco después de haber dejado el asentamiento de Monos, entramos a un bosque virgen a una altura de siete mil quinientos pies[69]. Un refugio, conocido como San José, se encuentra apenas mil pies[70] más arriba y a las diez ya habíamos llegado a una elevación de diez mil ciento cuarenta pies[71]. Desde aquí se tiene una vista incomparable de cientos de millas cuadradas de terreno. El magnífico valle, que parecía más verde y plano desde nuestra altura de lo que realmente es, se extendía más abajo y se alargaba hacia el norte. Los páramos y volcanes del lado opuesto estaban frente a nuestro campamento. Con frecuencia, en posiciones similares, me asaltaba el sentimiento recurrente tan adecuadamente expresado por Hudson[72]: "Visto desde la cima de una montaña elevada, el mundo asume una vastedad y variada belleza que revive el espíritu que flaquea y refresca el alma."

De igual manera, entendemos la infinita pequeñez del hombre cuando lo comparamos con la inmensidad de la naturaleza — un simple átomo que existe en virtud de una fuerza benevolente que lo ha ordenado, pero que se reserva el poder de aplastar en un instante el tejido de la vida.

La cima de la cresta está a diez mil trescientos cuarenta pies[73] de altura y su vegetación es típica de la zona templada; arbustos bajos y densos, mezclados con las ramas retorcidas de árboles raquíticos, cargadas de racimos de flores rojas y lavanda. Muchos ranchos pequeños de paja habían sido construidos a lo largo del camino; algunos eran muy largos y albergaban a los peones que trabajaban en el camino hacia Micai [sic]. Aunque estas estructuras tenían un origen relativamente reciente, habían atraído numerosos roedores pequeños con el maíz que compone la mayor parte

69 2290 m
70 300 m
71 3090 m
72 William Henry Hudson (1841-1922). Escritor y naturalista argentino.
73 3150 m

de la dieta de los peones. Una rata parda grande (*Oryzomys pectoralis*[74]) era muy abundante; aparentemente este roedor existía antes en poca cantidad solamente, pues era raro en espacios abiertos, pero las condiciones artificiales creadas por el asentamiento en la región fueron tan propicias, que aumentó rápidamente. Lo mismo es cierto para otras especies de ratas que prácticamente se habían tomado las casas.

Mientras cabalgaba o caminaba por el camino, con frecuencia me encontré con una especie de serpiente que, en su coloración, se asemeja a una coral. No obstante, no era raro encontrar individuos de metro y medio de longitud o incluso más largas y de dos a tres pulgadas de diámetro en su parte más gruesa. Estos animales parecían ser perezosos y rehusaban moverse hasta que casi las pisaba. Nunca las molestamos ya que parecían inofensivas y eran verdaderamente hermosas. Infortunadamente no teníamos medios para preservar ninguna. Una especie, muy similar a la que vimos casi a diario y que fue recientemente descubierta en Nicaragua por el Sr. Clarence R. Halter, pertenece al género *Coronella*[75].

Las aves [en este recorrido] eran típicas de la fauna de zona templada. Entre ellas estaba una hermosa nueva especie de mielero (*Diglossa gloriosissima*[76]), de plumaje negro, con hombros azules y el abdomen rojizo profundo. Estos pájaros trepaban y saltaban sobre los racimos de hermosas flores, regalándose con el néctar que contenían. Otro pájaro común era una tangara (*Iridosornis*) del tamaño de nuestro cardenal[77], pero de un color violeta brillante, que se funde gradualmente en azul verdoso en las alas. Su cabeza es negra, exceptuando la coronilla naranja intensa. Es una criatura vivaz que se desplaza en pequeñas bandadas y frecuenta los arbustos más altos, pero solamente posee una capacidad canora limitada[78].

Durante nuestra estadía tuvimos ocasión de presenciar una ceremonia de bautizo llevada a cabo por un sacerdote que viajaba por la región con el fin

74 Este roedor, descrito en 1912 por Joel Asaph Allen con base en especímenes recolectados por Miller en este viaje, actualmente se encuentra en el género *Nephelomys*.
75 Estos colúbridos fueron trasladados al género *Lampropeltis*, para separarlos de tres especies de serpientes de Europa, Asia occidental y norte de África, que todavía conservan la denominación genérica a la que se refiere el texto.
76 Descrita por Chapman en 1912.
77 *Cardinalis cardinalis*.
78 De acuerdo con la descripción se trata de *I. rufivertex*.

de atender las necesidades espirituales de la gente. El evento había sido anunciado ampliamente, de forma que el día señalado aparecieron muchos nativos llevando niños pequeños para bautizarlos. Hacia el medio día habían traído alrededor de treinta niños y el sacerdote ordenó hacer fila a los padrinos, cada uno cargando su pequeño ahijado, llamativamente vestido y probablemente muy inquieto. El cura empezó a dispensar una parte del sacramento en un extremo de la fila y pasó de un niño a otro, luego retrocedió y empezó con la segunda parte del bautizo y continuó de esta manera hasta que concluyó el rito.

En la choza que escogimos para alojarnos durante nuestra permanencia de varios días había un niño pequeño. Para honrar a los gringos que pernoctaban bajo su techo, la señora le pidió a Richardson que fuera el padrino del pequeño y a mí se me permitió sugerir el nombre. Naturalmente sentimos que debíamos dar algún regalo al niño, pero después de escarbar prolijamente en mi equipaje solamente encontré un tarro de talco, el cual entregué a la madre. Unos días después, ella me buscó muy preocupada: "el bebé tiene fiebre", dijo. "Yo le di un poco del polvo blanco que me regaló, pero no le aprovechó. ¿Cuánto debo darle cada vez?"

El flanco occidental de la cordillera es muy abrupto. Grandes brigadas de hombres estaban ocupadas en cortar una estrecha cornisa para un sendero peatonal en la ladera de la montaña. El camino daba vueltas una y otra vez; al mirar sobre el borde de la angosta senda uno podía contar seis u ocho curvas debajo, una encima de la otra.

El trabajo de abrir una vía de esta naturaleza es riesgoso para los hombres que lo hacen. El suelo es muy suelto y está saturado de agua, de manera que los derrumbes eran frecuentes y cuando una avalancha inevitable barría el escarpado terreno, usualmente se llevaba con ella uno o más de los obreros y los enterraba bajo toneladas de rocas y escombros. Invariablemente, era inútil tratar de encontrar el cuerpo, de forma que los sobrevivientes simplemente plantaban una cruz en el sitio. A menudo había varias cruces juntas y en un lugar conté diecisiete de ellas lado a lado.

Al final de la tarde llegamos a un rancho solitario en un pequeño claro — el refugio afanosamente construido por un grupo de peones. Los hombres nos invitaron a detenernos y como la localidad parecía interesante, aceptamos su invitación, pero levantamos nuestra tienda y nos alojamos en ella, prefiriéndola al rancho. El resto del terreno alrededor estaba cubierto de

selva virgen. Nunca había sido transitado por hombre alguno, al menos por muchos años, no había trochas laterales de ningún tipo, de modo que fue imposible penetrar muy lejos.

Entre los primeros mamíferos [que coleccionamos aquí] estuvieron una hembra y una cría del pequeño ciervo de bosque (*Mazama setta*[79]), comúnmente conocidos como venados soches[80]. Yo creo que estos venados no son tan raros como generalmente se supone, pero raramente son coleccionados por la dificultad de cazarlos en la espesura de la jungla. Los peones cazaron los especímenes que preparamos; después de descubrir un sendero que conducía a un pequeño arroyo, se escondieron en la orilla opuesta y esperaron a que los animales bajaran a beber para dispararles. Los hombres también trajeron una enorme víbora que encontraron cuando estaban desbrozando el sotobosque. Este mortal reptil es conocido como *equis*[81] por los nativos en razón de la forma de las marcas negras que tiene en el dorso.

Las laderas tenían las cicatrices de hondas fisuras y cañadas cubiertas con los más oscuros e impenetrable bosques. Aunque era posible ver la orilla opuesta de estas hondonadas, cruzarlas era impracticable. Cada mañana podía ver una bandada de aproximadamente treinta gavilanes tijeretos[82] planeando justo por encima de los árboles al otro lado de una de estas cañadas. Estas aves magníficas se asemejaban a golondrinas de vientre blanco o a vencejos, cuando describían círculos majestuosamente sobre los oscuros bosques y lanzaban estridentes gritos. Aparentemente se alimentaban en vuelo y los especímenes que coleccionamos posteriormente habían ingerido grandes cantidades de cucarrones y hormigas aladas. Hacia las nueve en punto la bandada siempre se posaba en la copa de un árbol alto que sobresalía del bosque circundante para tomar un breve descanso; esto era bastante inusual ya que estas aves raramente se observan perchadas y los nativos decían que nunca se posan durante el día. Las aves vivas o los especímenes recientemente muertos, tienen

79 Probablemente se tratase de *M. americana*.

80 En el original se refiere a dos nombres comunes en inglés: brockets y spike-bucks.

81 De acuerdo con esta denominación en español, en el original y con la explicación del origen de la misma, se trata de *Bothrops atrox*, aunque el autor se refiere a ella como "bush master", que es el nombre común, en inglés, para los verrugosos (*Lachesis muta*).

82 *Elanoides forficatus*. Es interesante la anotación de bandadas de esta especie para la época del año en la que Miller visitó las montañas del Cauca (entre mayo y julio de 1911), cuando las poblaciones migratorias ya debían haber abandonado el país.

sus brillantes dorsos negros cubiertos de un hermoso polvillo grisáceo que les da una apariencia suave y aterciopelada. Sin embargo, esta característica desaparece rápidamente después de su muerte.

Una especie de ardilla pigmea (*Microsciurus*) vivía en el bosque, pero rara vez vimos alguna de estas pequeñas criaturas, escasamente más grandes que los tipos mayores de ratones. Siempre me pareció que estos animales son mucho más raros que las ardillas ordinarias. Usualmente viven en parejas y parecen preferir los bosques en los que abundan las palmas de cuyos frutos y nueces se alimentan. Con frecuencia demuestran mucha curiosidad y es posible acercárseles a muy corta distancia antes de que se asusten y se pierdan de vista entre el follaje.

Las diminutas criaturas se mueven rápida y graciosamente y dan largos y audaces saltos. Al correr sobre las hojas y ramas siguen los peciolos laterales y al llegar al final ascienden a través de la copa de los árboles o el denso follaje saltando diagonalmente de una ramita a otra como si ascendieran los travesaños de una escalera de mano.

Durante algún tiempo, mantuve como mascota una de estas ardillas, que me regalaron los nativos. Hizo su hogar en el bolsillo de mi camisa de cacería de franela, en donde siempre estaba segura de encontrar una migaja de galleta o de azúcar y adonde podía retirarse cuando estaba asustada. Siempre que ocurría algo inusual, los brillantes e inquisitivos ojitos aparecían de repente para no perderse nada que pudiera ser interesante. Nunca intentó morderme o escapar y parecía perfectamente satisfecha con la compañía de amigos que la alimentaban y la protegían.

Eventualmente iniciamos el retorno hacia Popayán. Cruzamos la divisoria cubierta de rastrojo alto el 4 de Julio, cuando una violenta tormenta eléctrica se había desatado en la salvaje cima de la montaña como si fuera una ruidosa celebración de la fecha[83]. La tormenta empezó con una oscura niebla que cubría todo. Luego la lluvia y el granizo cayeron ininterrumpidamente durante más de una hora, mientras los rayos centelleaban y llamas azul-verdosas parecían saltar hacia las negras rocas. Algunas veces los relámpagos venían desde arriba y de nuevo estaban debajo de nosotros

83 Se refiere al día de la independencia de los Estados Unidos, que tradicionalmente se celebran con fuegos artificiales.

de manera que estábamos envueltos en una extraña luz espectral. Los truenos eran terribles y mantenían un choque y un rugido continuos. Era imposible ver a cualquier otro miembro de la expedición por la espesa neblina — no había refugio de ningún tipo — solamente la senda, estrecha como una repisa, que serpenteaba a lo largo de la aguda pendiente. Después de la tempestad acampamos y tanto los hombres como las mulas rezagados siguieron llegando hasta muy tarde; estaban todos mojados y sucios, pero aparentemente no mucho peor a pesar de la angustiosa experiencia.

Llegamos a Popayán sin mayores incidentes. Habiendo expirado su contrato, Richardson decidió abandonar el país y entonces volvimos a Cali para reacomodar el equipo y empacar las colecciones; luego él siguió hacia Buenaventura en donde se embarcaría en algún vapor que viajara hacia el norte.

Mientras tanto el Doctor Chapman, que había llegado a Nueva York, consiguió enviar un hombre para llenar la vacante dejada por Richardson. El Doctor Arthur A. Allen, de la Universidad de Cornell[84], fue seleccionado para este cargo. Llegó a Cali hacia mediados de agosto y me acompañó durante los siguientes ocho meses.

Siguiendo las instrucciones del Doctor Chapman, organicé de inmediato una expedición hacia el norte y luego hacia el oriente para hacer la exploración zoológica de los bosques que bordean el paso del Quindío y el alto páramo de Santa Isabel. La primera etapa del viaje era bajar por el río Cauca.

Existe un servicio regular de botes de vapor entre Guanchito[85] y Cartago durante la época de lluvias. El Sucre, un barquito pequeño, hace viajes frecuentes que toman tres días en cada dirección. En esta embarcación, si no se es muy remilgado, se puede viajar relativamente cómodo. Sin embargo tuvimos que contentarnos con un bote más pequeño, ya que no había agua suficiente para la navegación del Sucre debido a las numerosas barras de arena.

84 Arthur Augustus Allen (1885 – 1964) acababa de obtener su doctorado en Cornell. Después de regresar a los Estados Unidos, sería profesor en esa universidad, convirtiéndose en uno de los ornitólogos y maestros de esta disciplina más renombrados hasta su muerte.

85 Juanchito, en Cali. Dado que el autor consistentemente se refiere a esta localidad con la misma ortografía, decidimos conservarla en la traducción para conservar este aspecto pintoresco de cómo Miller percibía la toponimia seguramente por insuficiencia idiomática.

El Caldas es una pequeña lancha de acero de no más de cincuenta pies[86] de eslora y quince pies[87] de manga y un calado de dieciocho pulgadas[88]. Cuando el río está crecido, el Caldas solamente se usa para el transporte de carga, fin para el cual sin duda sirve admirablemente; pero en otros momentos asume la responsabilidad doble de llevar carga y pasajeros. Por supuesto está la alternativa de viajar por tierra, pero el viaje toma el doble y después de haber pasado algún tiempo en los caminos embarrados, la novedad de un viaje fluvial resulta muy atractiva, sin importar los obstáculos.

En la fecha anunciada para zarpar, treinta y siete individuos de todas las edades, sexos y colores concurrieron en la orilla del río, cada uno impaciente por ser el primero en cruzar la estrecha plancha y abordar la pequeña embarcación. Allí esperaba también un enorme montón de cajas, petacas de cuero y otros cargamentos; éstos fueron cargados primero y amontonados adelante y atrás. El motor ocupaba el centro del bote, lo mismo que la cocina. Cuando finalmente se le permitió abordar a la gente, hubo un salvaje barullo alrededor del montón de cajas y bultos. Sentarse derecho bajo el techo de hojalata era imposible; afortunadamente el sol sólo brilló intermitentemente, pues de lo contrario nos hubiéramos sofocado.

Desde el mismo comienzo había tantas cosas de interés como para mantener los nervios de punta. Grandes trozos de los barrancos se derrumbaban sobre el agua a medida que las olas causadas por la hélice de la lancha barrían los últimos granos de arena que los mantenían en pie; la cantidad de balsas de guadua cargadas de bananos, plátanos y otras frutas tropicales que iban hacia el puerto de Guanchito; los pescadores de piel oscura que arrojaban sus redes en los remansos y charcos y las lavanderas, cada una de ellas fumando un enorme cigarro negro y azotando las ropas contra las piedras hasta que uno esperaba verlas volar en hilachas, eran muy interesantes.

Había también cientos de cormoranes y patos aguja[89] que nadaban, buceaban o volaban hacia las copas de los árboles; algunos de ellos se posaban en tocones secando sus alas ampliamente desplegadas.

86 15 m

87 4,5 m

88 46 cm

89 *Phalacrocorax brasilianus* y *Anhinga anhinga*

Las orillas del río son muy altas y abruptas en su mayor parte y el cauce corre a través de un tortuoso canal. En cada curva la corriente se lanza con gran fuerza contra la orilla y luego rebota aguas abajo. El pequeño Caldas no tenía esperanzas de luchar contra la impetuosa corriente, de forma que navegaba directamente hacia la orilla; con frecuencia su proa chocaba contra la suave arena y se detenía y luego la corriente le hacía dar vuelta retornándolo al centro del cauce en donde, después de dar vueltas unas pocas veces, recuperaba su compostura y continuaba su marcha. Como la caldera era alimentada exclusivamente con madera, teníamos que detenernos cada pocas horas para reabastecernos. La lancha, en su condición de sobrecarga, tenía poco espacio para combustible, pero las breves pausas proporcionaban a sus ocupantes ocasiones para desembarcar — un bienvenido respiro de la incómoda posición forzada por el limitado espacio disponible en el bote.

En uno de estos lugares una extensa plantación de cacao bordeaba la orilla y las altas madres de cacao se alzaban hacia el cielo muy por encima de sus preciosos protegidos. La “madre de cacao” es una especie de Erythrina sembrada para proteger del sol los delicados árboles de cacao. Una colonia de aves serpiente o patos aguja había seleccionado este huerto como sitio de anidación. Miles de estas aves se posaban en las ramas más elevadas mientras que números incontables volaban de un lado a otro en hileras sin fin, cada ave parte de una ajetreada masa viviente. El cuerpo esbelto, el largo y delgado cuello, la pequeña cabeza y el pico agudo le dan a esta ave una apariencia peculiar: mientras nada bajo el agua manteniendo solamente el cuello por fuera se parece mucho a una serpiente, de donde recibe su nombre. Cada árbol dentro de un área de varios acres contenía varios nidos, los cuales eran estructuras muy rudimentarias hechas de palitos. Los huevos, tres o cuatro por nido, son blancos y tan largos como el de una gallina, aunque apenas de la mitad de anchos que aquellos. Más tarde, una bandada de ibis escarlata[90] llegó remontando el río, nos rebasó y luego desapareció como un conjunto de llamas rutilantes.

Temprano en la tarde el Caldas chocó de lleno con una barra de arena. La mayoría de los pasajeros habían comido su almuerzo — el cual habían traído en pequeños paquetes envueltos cuidadosamente en hojas de plátano

90 *Eudocimus ruber*. Este registro es muy interesante, pues ni Chapman ni ningún otro autor posterior señalaron su presencia en el valle del río Cauca (ver Naranjo 2004).

— y estaban dormitando en silencio. Se produjo un ruido áspero y chirriante, un choque y el agua se arremolinó alrededor del bote, que no se movía ni una pulgada. Las máquinas fueron puestas en reversa y la tripulación se lanzó al río y empujó, pero no consiguió nada, de forma que después de esfuerzos repetidos, abandonó su intento. Afortunadamente la embarcación transportaba una pequeña canoa labrada, en la cual los pasajeros, de cuatro en cuatro, fueron llevados por dos negros que, vadeando, empujaron y halaron la canoa hasta la orilla. Como no había ninguna brecha en los abruptos barrancos de la orilla por cerca de un cuarto de milla, transcurrió algún tiempo antes de que todos los pasajeros llegaran a tierra.

La tripulación entonces empezó a excavar la arena que retenía la lancha. El lugar en donde descendieron los pasajeros era una planicie abierta y desnuda sin ningún refugio a la vista. Al principio el calor del sol fue insufrible y luego de desató un aguacero nunca visto. Nadie tenía un poncho, de forma que no tuvimos nada más que hacer sino sentarnos calmadamente y soportar el torrencial chaparrón.

Una vez retirada la arena, la lancha liberada se lanzó rápidamente a la corriente y solamente pudo atracar media milla más abajo. Esto, por supuesto, hizo necesario un largo recorrido entre el barro y las altas hierbas acuáticas, lo cual se sumó a la falta de entusiasmo de las desafortunadas y medio ahogadas víctimas de los anticuados medios de transporte. Las orillas eran tan abruptas como siempre, pero se había descubierto un rastro de chigüiros[91], similar a un gigantesco deslizadero de ratas almizcleras y lo usamos para descender, uno por uno, hacia los brazos de dos negros que nos esperaban debajo.

La demora impidió la llegada de la lancha a Buga, de manera que hubo que amarrarla en cuanto cayó la noche. Un gran tronco, enterrado en la arena y con enormes ramas proyectadas sobre el agua, yacía cerca del amarradero. Colgamos entonces nuestras hamacas entre las robustas ramas, las cubrimos con los mosquiteros y pasamos una noche miserable, aunque aquellos que intentaron dormir a bordo sufrieron aún más que nosotros.

Reanudamos la marcha con las primeras luces del amanecer, espantando bandadas de patos criollos[92] y garzas que estaban cerca de la orilla. Una

91 *Hydrochoerus hydrochaeris*

92 *Cairina moschata.*

tenue niebla azulada se levantaba lentamente del agua y el aire estaba frío y húmedo. El manto de silencio que cae sobre el trópico suramericano al anochecer, aún no se había levantado. Durante un breve espacio nos deslizamos, cada vez más, o así lo parecía, en un gran vacío que conducía a un santuario vagamente definido de paz eterna y olvido. Y entonces, sin ninguna advertencia previa, un terrible sonido desgarró la vasta soledad como si algún demonio de la naturaleza estuviera vengándose de las pocas horas de quietud que había disfrutado la tierra.

Al comienzo hubo una serie de rugidos broncos y graves que hubieran dado crédito al más salvaje de los leones y que hicieron vibrar el aire. Pero esto no fue todo. Sumada a la atemorizante voz del rey de la selva, había una cualidad de odio y perfidia, de furia profunda y amargura maliciosa. Luego siguió una rápida secuencia de alaridos o aullidos agudos, interminables y trémulos que morían gradualmente y finalizaban con unos pocos ladridos guturales. Esta asombrosa demostración duró varios minutos y después de haber perpetrado semejante atrocidad en un mundo hasta entonces apacible, el extraño coro cesó intempestivamente.

Las brumas de la noche se habían levantado, revelando algunos guaduales y el comienzo de densos bosques. En las copas de los primeros árboles había un grupo de grandes monos colorados, con sus espaldas doradas, llamados adecuadamente monos aulladores . Estos eran los autores del terrible coro que acabábamos de escuchar. Cómo consigue producir sonidos tan fuertes un animal que acaso alcanza un peso de treinta libras, es verdaderamente notable; en ellos el hueso hioides está transformado en una enorme taza que da resonancia a sus vocalizaciones. Los aulladores[93] son más bien lentos y raramente descienden de los árboles. Sus rugidos, que pueden escucharse a varias millas de distancia, resuenan a través del bosque en la mañana y en la noche; hasta dónde son una forma de entretenimiento para ellos o son utilizados para intimidar a sus enemigos, parece completamente desconocido.

Se sabe muy poco acerca de los hábitos de los monos aulladores, a pesar de su abundancia y su amplia distribución. Usualmente se les encuentra en pequeños grupos familiares, incluyendo juveniles de varios tamaños, pero he notado, en varias ocasiones, que las hembras abandonan la tropa

93 *Alouatta seniculus*

cuando sus crías son machos y no regresan hasta que los jóvenes están crecidos, quizás por temor de que los machos viejos los maten, pero no sé si esto sucede siempre.

C. William Beebe[94], en una conferencia en el Museo Americano, afirmó que en varias ocasiones había visto, en la Guyana Británica, tropas de estos animales mientras se alimentaban. Los individuos mayores enviaban a sus pequeños al extremo de las ramas más delgadas en las que ellos no se aventurarían en razón de su mayor peso corporal, para que recogieran frutas y luego agarraban a los pequeños y les robaban su comida.

La segunda noche amarramos cerca de un bosque muy denso, en un lugar llamado Riofrío. Esta es una de las pocas secciones del valle del Cauca que todavía retienen su cobertura original de selvas vírgenes. Colgamos nuestras hamacas entre los árboles y los toldillos nos dieron suficiente protección contra los mosquitos, pero no contra un ejército de hormigas legionarias. Del otro lado del río nos llegó el maullido de un ocelote y el resoplido corto de un venado y más de una vez fuimos despertados por pasos cautelosos muy cerca de nosotros, algunos suaves y otros más pesados, como si fueran de algún animal grande.

Contrario a su costumbre, el Caldas siguió su navegación hasta después de oscurecer durante la tercera noche del viaje. Un reguero de chispas brillantes seguía nuestra estela y cuando el viento las traía de regreso al bote, chamuscaban las ropas y el equipaje. En poco tiempo habíamos alcanzado el puerto de Cartago en donde encontramos el arriero que nos esperaba con los animales y salimos de inmediato hacia el pueblo, que estaba a una legua[95] de distancia. El pueblo estaba oscuro como la tinta y profundamente dormido a pesar de ser aún muy temprano. Un perro callejero ladraba y se oían los relinchos de una mula, pero aparte de esto, no había ninguna otra señal de vida.

94 Famoso naturalista estadounidense (Brooklyn, 1877 - Trinidad, 1962), inventor de la batisfera, nave sumergible construida en compañía del ingeniero Otis Barton en 1930.

95 5,6 km



El Caldas varado en una barra de arena en el río Cauca.



Balsas de guadua en el río Cauca.



Capítulo IV

De Cartago a los Páramos del Ruiz y Santa Isabel

El amanecer nos mostró que Cartago no era materialmente distinta a Cali. Sin embargo, no era tan grande y su temperatura era mucho más alta. A nuestra llegada, la noche anterior, finalmente logramos despertar un casero que nos alojó en un cuarto vacío y polvoriento en el *Hotel Colombia*. Ya habíamos aprendido mucho antes que la palabra "hotel" usualmente representa solamente un techo para guarecerse y quizás comida, de manera que en ningún momento viajábamos sin perder de vista nuestro equipaje, con el cual podíamos ponernos razonablemente cómodos bajo casi cualquier tipo de circunstancias.

El terreno alrededor de Cartago es plano y seco; de cualquier manera, no se compara muy favorablemente con el valle del Cauca en Cali. Vimos pocas evidencias de cultivo y la cantidad de ganado y de mulas que pastaban en la escasa vegetación era muy reducida.

Las afueras de la ciudad son pintorescas. Los ranchos son bajos y construidos ligeramente con trozos de guadua; cercas hechas de tiras de guadua finamente tejidas como una canasta las rodean y árboles de totumo levantan sus delgadas y retorcidas ramas cargadas con enormes esferas de frutas verdes por encima de las aceras estrechas y embarradas. Cuando las enormes calabazas están maduras, son cosechadas y usadas como contenedores de agua, lavabos, tazones y una gran variedad de utensilios; trozos más angostos que han sido cortados cuidadosamente y que semejan las duelas de un barril en miniatura incluso sirven como cucharas.

Hay un pequeño pantano detrás de Cartago. Estaba lleno de varias especies de plantas acuáticas — principalmente jacintos acuáticos y lechuguillas[96] que eran comidas por el ganado [que estaba] parcialmente sumergido en el agua oscura. Enjambres de mosquitos surgían de las orillas estancadas

[96] *Eichornia crassipes y Pistia striatiotes*, respectivamente.

e invadían el pueblo al anochecer, pero este no era el único criadero de los molestos insectos. El agua potable, mantenida en jarras y vasijas destapadas, bullía de larvas y los vasos que nos sirvieron en una tienda estaban repletos de estos bichos.

Algo que me impresionó profundamente fue el número de mendigos enfermos en las calles. En la mayoría de los pueblos colombianos se permite que los mendigos ejerzan su oficio solamente un día a la semana y se les exige portar una licencia de cartón colgada de una cuerda alrededor del cuello, pero parece que en Cartago estuvieran en pleno ejercicio cada día. Algunos de ellos presentaban una apariencia ofensiva; sufrían de lepra y otras terribles enfermedades y estaban en una situación tan apremiante que uno se conmovía de solo verlos. Ellos siempre pedían limosna en nombre de la Virgen y de todos los santos y si los resultados estaban a la vista propinaban copiosas bendiciones al donante, pero si no recibían nada, la bendición era remplazada en algunos casos por tal andanada de groserías que uno se daba cuenta rápidamente de la oportunidad que había desperdiciado de hacer méritos.

Dejamos Cartago tan pronto como nos fue posible y después de medio día de cabalgar sobre un paisaje ondulado cubierto de arbustos, llegamos al *Río Viejo* [97]. Un asentamiento de buen tamaño, conocido como *Piedra Moler* se encuentra cerca del río; allí uno puede conseguir hombres y canoas talladas con las cuales cruzar el cauce.

Más allá del río el camino pasa a través de un pequeño valle o depresión de unas cuatro leguas de ancho[98]. Matorrales altos, algo de bosque primario y extensos guaduales flanquean el estrecho pasaje. Conté no menos de cuarenta especies de aves durante la tarde y escuché las notas de algunas otras que no reconocí. Pequeños periquitos verdes (*Psittacula conspicillata* [99]) eran excesivamente abundantes. Estos loritos siempre me recordaron los gorriones ingleses — no en su apariencia sino en su conducta. Bandadas de ellos se posaban en las cuerdas del telégrafo o en los techos de las casas, gorjeando y parloteando incesantemente, o comían las frutas y

97 Se trata del río La Vieja, en cuyas orillas está la población de Cartago, por lo que resulta curiosa esta anotación de la distancia entre uno y otra.

98 Unos 22 km

99 Actualmente *Forpus conspicillatus*.

semillas en los arbustos. También eran abundantes en los pueblos y caseríos y anidaban bajo los techos de tejas, en postes huecos y en agujeros de las paredes. La gente es muy aficionada a estos "pajaritos del amor" como suele llamárseles y los mantiene como mascotas en sus patios.

En Balsas, donde nos detuvimos la primera noche, descubrimos un nido de gallinaciega (*Stenopsis ruficervix* [100]) en un guadual. El único huevo había sido depositado sobre las hojas junto a un brote de bambú que estaba creciendo rápidamente como un enorme tallo de espárrago. El ave que estaba incubando escapó volando cuando nos acercamos, pero cuando regresamos la mañana siguiente, Allen logró fotografiarla en el nido.

Al mediodía de la jornada siguiente nos encontramos en Finlandia [sic][101], un caserío acogedor con una población de unas cuatrocientas personas situada a una elevación de seis mil cuatrocientos pies [102]. En esta región se encuentra la base de la Cordillera Central de los Andes. Colinas redondeadas se suceden en una serie de suaves ondulaciones, cuyas pendientes son tan graduales que uno escasamente se da cuenta que está ascendiendo continuamente. El bosque que cubre la cresta al lado opuesto de Finlandia [sic] es de un fuerte carácter subtropical — el primero de su tipo que habíamos encontrado en este viaje. Los rojos monos aulladores rugían en la cañada más abajo, pero las aves del bosque pertenecían a una fauna diferente de la que acabábamos de abandonar.

Llegamos por la noche al valle de Boquilla [sic] [103], lleno de palmas. Salento, con sus casas bajas y encaladas era claramente visible en la cima de la siguiente cuchilla. Nos tomó solamente treinta minutos la mañana siguiente llegar al pueblo después de un ascenso de novecientos pies[104]. No nos detuvimos en la población y continuamos el ascenso por el antiguo camino que lleva al paso del Quindío; en poco tiempo habíamos llegado a un bosque con características muy prometedoras e hicimos un

100 Actualmente *Caprimulgus longirostris*.

101 El verdadero nombre de esta población es Filandia y su nombre procede del latín *filius*, hija y Andes, palabra derivada del vocablo quechua *anti* que significa montañas, por lo que significa "Hija de los Andes" (http://caminodelquindio.blogspot.com/2009/08/la-palabra-andes-proviene-de-la-diccion.html).

102 1950 m

103 Conocido actualmente como valle de Cocora, en donde está el caserío de Boquía, a orillas del río Quindío.

104 274 m

campamento en un lugar abrigado a una media milla por encima de una casa solitaria llamada Laguneta. Enviamos las bestias de carga de regreso a Salento, en donde había abundancia de pasturas, hasta el momento en el que las necesitáramos de nuevo.

Los bosques en Laguneta eran bastante ralos y con poco sotobosque. Los árboles, sin embargo, estaban cargados de musgo, bromelias, orquídeas y otras epífitas. Chusques trepadores y bejucos llenaban los pocos claros con matorrales impenetrables. La mayor parte de la vegetación tenía hojas pequeñas y ásperas y los tallos eran retorcidos y poco desarrollados. Racimos de frutas parecidas a las guabas [105], que servían de alimento a numerosas especies de aves, crecían en arbustos altos cerca del borde del bosque y begonias cubiertas de flores rojas y blancas llenaban las hondonadas.

La región de Laguneta resultó notable por la cantidad de pájaros hormigueros que encontramos allí (*Grallaria, Chamaeza*, etc.) y que son raros en las colecciones debido a lo difícil que es su colección. Conseguimos quince especies diferentes en los alrededores. Como habitan matorrales y andan en el piso, la única evidencia que uno tiene de su presencia es el sonido de sus extraños silbidos, diferente en cada especie, que surge de algún rincón oscuro de la enmarañada vegetación. *Grallaria squamigera* fue para mí la especie más interesante. Es un animal grande, de cuerpo pesado, verde oliva por encima y barrado de negro sobre fondo leonado por debajo. Desde alguna distancia, su coloración recuerda la de un robin[106] inmaduro, pero su cola es muy corta y sobresale solo media pulgada de las coberteras infracaudales y las largas patas llegan a medir cinco pulgadas. El plumaje es largo y denso. Ocasionalmente veíamos a las tímidas criaturas mientras trabajábamos en nuestras tiendas de campaña en las tardes; siempre tratábamos de ser muy silenciosos y teníamos la recompensa cuando las formas sombrías continuaban su despreocupada existencia entre los troncos y matorrales sin sospechar nuestra presencia. Esto muestra la ventaja de acampar en parajes silvestres, en donde uno está seguro de ver y oír animales en los momentos más inesperados — experiencias que se pierden si no se pasa el mayor tiempo posible en el corazón mismo de sus ambientes.

105 Probablemente una especie de *Phytolacca*.

106 *Turdus migratorius*, especie norteamericana.

Decidimos llamar bosque de las ardillas a un punto debajo de Laguneta y varias millas más cerca de Salento. En el ascenso habíamos identificado este sitio como inusualmente atractivo para coleccionar durante una semana, debido a la cantidad de aves y particularmente de ardillas que vimos desde el camino. Sin embargo, este resultó ser el único lugar, en todo Colombia, en donde no fuimos bienvenidos y en este sentido es único en mi experiencia de dos años en este país.

Después de dejar el camino del Quindío seguimos una trocha angosta a través de potreros y bosque durante casi una milla, el cual nos condujo a una bonita cabaña recién construida y rodeada de potreros en los que había vacas y caballos. El propietario y su esposa, mestizos colombianos de mediana edad y mejor apariencia que el promedio, no parecieron muy contentos de vernos y nos dijeron que no tenían espacio para forasteros. Nuestras explicaciones y la exhibición de credenciales con sellos vistosos de apariencia importante, no sirvieron de nada. Estas personas no querían ver el soñoliento ritmo de sus existencias perturbado por un par de *gringos*. La región, sin embargo, era demasiado atractiva como para pasarla por alto, de manera que acampamos al lado de la casa y nos apoderamos del corredor como dormitorio. Permanecimos allí una semana, para la incomodidad de nuestros indispuestos anfitriones[107].

Habíamos supuesto que la presencia de un trigal rodeado de bosque primario hubiera conducido al incremento en el número de pequeños mamíferos indígenas de la región, pero este supuesto resultó acertado solamente en lo que se refiere a las ardillas. Un granero de considerable tamaño había sido construido en el centro del claro; montones de grano estaban apilados en él desde el piso hasta el techo. Ardillas de tres especies salían de los bosques y se acomodaban en la estructura para disfrutar el trigo. Corrían por el suelo la distancia completa entre el bosque y la casa, aprovechando sin embargo los troncos y ramas caídas en el recorrido. Eran especialmente abundantes temprano en la mañana y justo antes del anochecer. Si uno se arrastraba cautelosamente hasta el borde del campo, podía estar seguro de poder ver pequeñas siluetas oscuras correteando por

107 Esta actitud atrevida de Miller y Allen contrasta marcadamente con el comportamiento aparentemente gentil y respetuoso del primero a lo largo de todas sus expediciones en Suramérica. Hasta qué punto pudo deberse a las circunstancias especiales de este sitio o a una decisión tomada de común acuerdo con Allen, es una interesante incógnita.

el piso antes de desaparecer en el granero. Los animales eran muy mansos al comienzo y no abandonaban el refugio hasta que uno estaba a pocas yardas de distancia; luego aparecían por todas partes y corrían rápidamente hacia los bosques protectores. Más tarde emplazaban un centinela o permanecían alertas, pues apenas llegábamos a un lado del claro, las ardillas se apresuraban por el otro, teniendo cuidado de mantener el granero entre ellas y nosotros. Había muchos perros cimarrones en los alrededores y perseguían a las ardillas durante su peregrinación a través del espacio abierto y devoraban a cualquiera de ellas que lograban atrapar.

También había otros merodeadores que cobraban una cuantiosa cuota de trigo al granjero. Los carpinteros de garganta amarilla (*Melanerpes flavigularis*[108]) y las urracas verdes y amarillas (*Xanthoura yncas*[109]) estaban siempre alrededor y con frecuencia caían en las trampas que poníamos para atrapar pequeños roedores.

Una especie de zarigüeya pigmea (*Thylamys caucae*[110]) vivía en el bosque. Es del tamaño de un ratón, pero tiene la cola más larga. Los animalitos, de color pizarra, prefieren las pequeñas cavidades en los árboles como madrigueras, en donde pasan los días durmiendo enroscados; si se les molesta, son muy lentos y pueden cogerse con la mano, pues su única preocupación es encontrar un sitio oscuro en donde puedan acurrucarse unos contra otros para dormirse de nuevo. Por la noche son más activos y salen en expediciones de forrajeo para buscar frutas, insectos y prácticamente cualquier cosa comestible que puedan encontrar.

Por esos días la mascota del campamento era un pequeño perezoso (*Choloepus andinus*[111]). El pequeño y lento animal parecía un osito de peluche y cuando trepaba entre las ramas de algún árbol siempre me hacía recordar la descripción de Hudson de uno de estos animales que "abrazaba las ramas como si las amara[112]." Nuestra mascota había sido traída por un

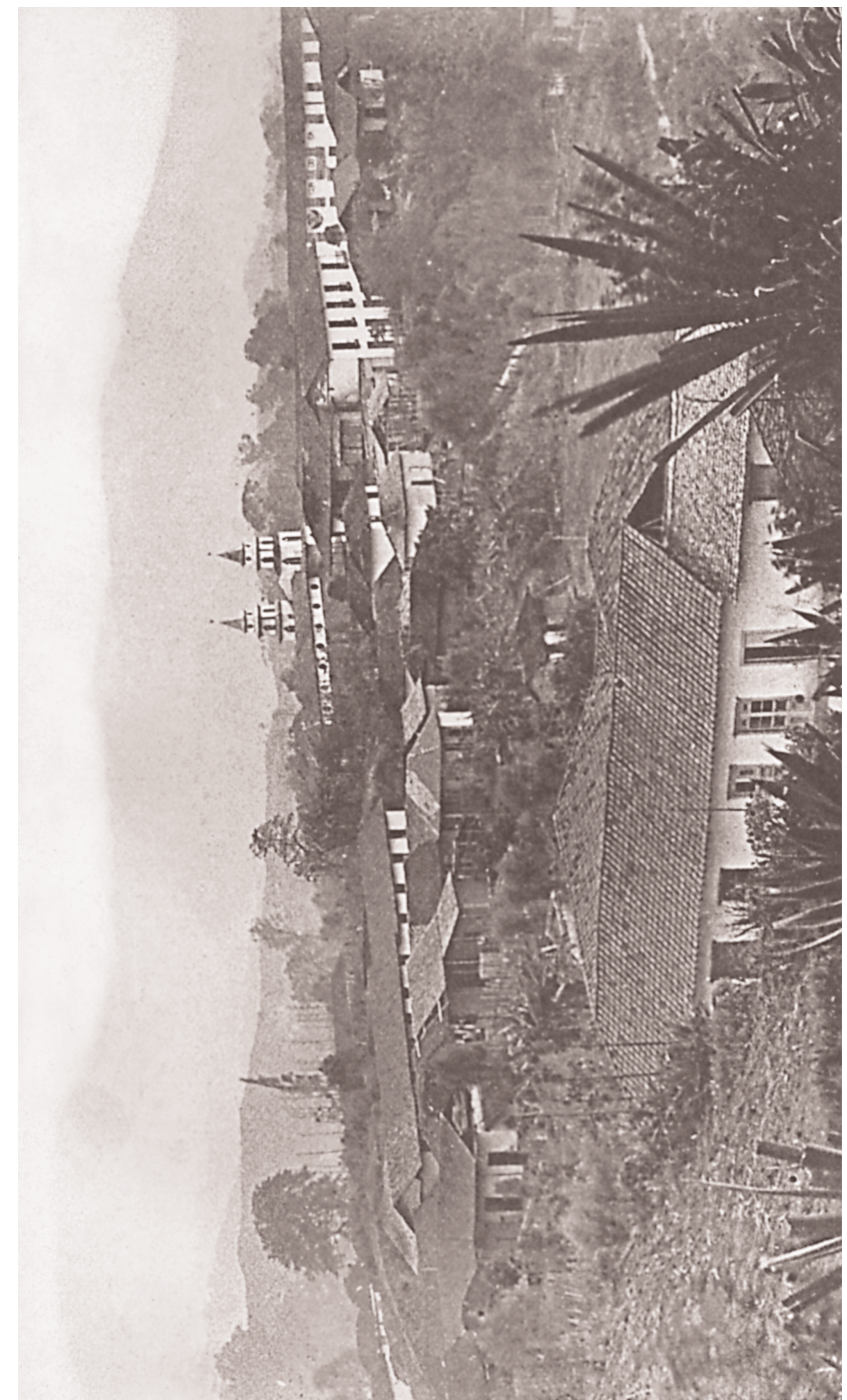
108 En realidad se trataba del carpintero de los robles, *Melanerpes formicivorus*.

109 Actualmente *Cyanocorax yncas*, conocido comúnmente en la región como carriquí.

110 Probablemente *Marmosops impavidus*.

111 Actualmente *Choloepus hoffmanni florenciae.*

112 Hace referencia a un episodio de la novela romántica "Green Mansions" del escritor argentino William Henry Hudson (1841-1922).



Pueblo de Salento.

cazador nativo que mató la madre del animalito y lo encontró aferrado a su larga pelambre gris. Por su inactividad era fácil de manejar, aunque ocasionalmente atacaba viciosamente con sus patas delanteras, armadas de dos garras formidables y también lanzaba tarascadas repentinas intentando mordernos; sus fuertes dientes lo hacían capaz de causar heridas severas. Comía cantidades de hojas tiernas a intervalos regulares, pero siempre era necesario salpicarlas primero abundantemente con agua y luego dárselas a la pequeña criatura, una por una, en rápida sucesión. Varias veces he mantenido perezosos y aprendí que prosperan alimentados con brotes y retoños de muchas plantas y árboles como cacao, repollo, lechuga y casi cualquier tipo de vegetación suculenta.

No conozco ningún animal que parezca más estúpido e inanimado que un perezoso. Se mueven con gran dificultad y en una postura despatarrada en las raras ocasiones en las que descienden hasta el suelo, en razón de la peculiar estructura de sus extremidades. Tampoco alcanzan gran velocidad cuando se mueven en las copas de los árboles, manteniendo una posición invertida excepto cuando suben o bajan por el tronco. Cuando descansan se enrollan en una bola y como no es raro que un alga verde crezca sobre su pelambre, son muy poco conspicuos entre el follaje y las ramas cubiertas de musgo de su hábitat – al menos cuando se les mira desde abajo. Pero desde arriba no siempre escapan a la aguda vista del águila arpía, que es su principal enemigo.

A pesar de su apariencia inanimada, sería difícil encontrar un mamífero con mayor tenacidad para mantenerse vivo; en este respecto se parecen a los reptiles. Los perezosos pueden resistir las heridas más terribles y con frecuencia escapan después de haber recibido varios disparos. Los nativos gustan mucho de su carne y con frecuencia los capturan cuando están derribando árboles para limpiar terreno. Una forma favorita de matarlos es ahogándolos, pero este es un proceso largo y bárbaro que requiere una larga inmersión antes de que las pobres criaturas dejen de luchar y mueran.

La gente de las clases inferiores le atribuye poderes peculiares al perezoso. Dicen que cuando uno de estos animales necesita descender al piso, es incapaz de trepar de nuevo a su elevada percha, pero que una nube amistosa siempre se cierne en su cercanía y lo transporta de regreso a

cualquier punto que desee en las copas de los árboles. En algunas localidades también le atribuyen al perezoso la salvaje llamada del bienparado[113]. La única vez que oí al primero proferir algún sonido, fue cuando una madre llamaba a su cría que estaba a unos pies de distancia y emitió un ′piip′ bastante fuerte al cual ésta reaccionó de inmediato acercándose a ella. Después de algún tiempo terminamos nuestro trabajo en el bosque de las ardillas y entonces, para el alivio de la poco hospitalaria pareja, dejamos el lugar para regresar a Salento, en donde tuvimos mejor suerte y fuimos bien recibidos por un tal Coronel Martínez; su esposa, una mujer bien educada, había venido de Bogotá y, lo que nos interesaba mucho más en este momento, era una cocinera espléndida.

La familia administraba una posada y una tienda bastante buenas y tenía otros intereses de negocios variados, que incluían varias concesiones mineras sin valor alguno, a lo largo de los arroyos que vierten sus aguas al río Quindío. Unas pocas excavaciones habían sido abiertas en las laderas; la más grande era conocida como La Mina del Gallo y había producido cientos de toneladas de rocas y tierra, pero ni siquiera una brizna del elusivo metal amarillo tan afanosamente buscado. La mina había sido abandonada y búhos y murciélagos habitaban el oscuro túnel. La mayor parte de la población minera había abandonado Salento para ir a un lugar a diez millas de distancia en donde se habían descubierto extensos campos de cinabrio. Los mineros esperaban adquirir riquezas fabulosas extrayendo el mercurio de los depósitos. Algunos ingleses liderados por un tal Lloyd-Owen también estaban interesados en la empresa y más tarde supimos que este prospecto había fracasado.

Al atardecer teníamos ocasionalmente una breve vista del Nevado del Tolima muy lejos hacia el oriente. La cima nevada alcanza más de dieciocho mil pies[114] de elevación, pero nunca pudimos ver más que una pequeña porción de la misma debido a las crestas que la rodeaban. Por la noche, el domo nevado resplandecía blanco y helado bajo una luna brillante y vientos helados soplaban desde las gélidas alturas y rugían a través del pueblo.

113 *Nyctibius griseus*. A pesar del comentario de Miller, no se trata de una creencia popular, pues los largos gritos plañideros de ambos animales son bastante similares (ver, por ejemplo http://www.youtube.com/watch?v=bLzQk13JBMM&feature=related para la vocalización del perezoso y http://www.xeno-canto.org/sounds/uploaded/KOIEAHGHNX/75/a01.mp3 para la del bienparado).

114 5480 m

Los páramos del Ruiz y Santa Isabel, compuestos de altos valles, mesetas y picos cubiertos de nieve están al sur del de Tolima. Inmediatamente resolvimos visitar esa región y como la estación lluviosa con sus severas tormentas eléctricas se aproximaba rápidamente, no perdimos tiempo para empezar la expedición. Mi experiencia en el Cerro Munchique estaba todavía muy fresca como para hacerme desear duplicarla o exponer a otros miembros del equipo a una situación similar.

El 12 de septiembre nos encontró marchando a lo largo del río Quindío hacia sus cabeceras. El piso del valle está cubierto de pasto que es cortado al rape por vacas y caballos. Arbustos bajos crecen a lo largo de las orillas, el cauce — que no tiene más de cien pies[115] de ancho — es claro y rápido y las heladas aguas se precipitan sobre un lecho sembrado de grandes rocas. Una cobertura dispersa de altas palmas se extiende por todo el valle y sube por las laderas hasta una elevación de unos nueve mil quinientos pies[116].

La trocha era tan poco definida, que Allen y yo, que estábamos cabalgando delante de las mulas de carga, nos perdimos y pasamos dos horas en un intento vano de retomar la senda; entonces vimos la recua y los peones muy por debajo de nosotros, como puntos negros en movimiento y nos apresuramos a reunirnos con ellos justo en el momento en el que estaban dejando el valle para empezar el abrupto ascenso. Desde este punto en adelante, el camino era muy inclinado y áspero. Ante nosotros se extendía una sucesión aparentemente interminable de crestas, farallones, rocas elevadas y profundos precipicios que alcanzaban un clímax en el pardo páramo de Santa Isabel, contra muros de nieve resplandeciente. Mirando hacia atrás el camino que acabábamos de recorrer, pudimos ver el Quindío y los miles de palmeras que crecen en su valle abiertos frente a nosotros como un mapa.

La parte baja de las pendientes estaba desnuda y había sido quemada recientemente; el fuego todavía ardía con fuerza en algunos sitios y el silbido y la crepitación de la vegetación al quemarse se podía oír frecuentemente con claridad. Tocones altos, todavía encendidos, se amontonaban aquí y

[115] Unos 30 m

[116] 2890 m

allá como ennegrecidas chimeneas de cuyos extremos saltaban chispas y ascendían columnas de humo hacia un cielo brumoso. El acre olor de las plantas verdes quemadas era a veces casi sofocante.

El bosque empieza a nueve mil quinientos pies[117] de altura. Al comienzo es más bien abierto y nos recordó a Laguneta. El rico fango del piso del bosque era muy profundo y nos causaba mucha ansiedad perder alguna de nuestras bestias de carga, pues sus patas se hundían profundamente y constantemente estaban en peligro de resbalar y rodar falda abajo. Los arrieros tomaron toda clase de precauciones, pero aun así una de las mulas perdió el equilibrio y cayó por fuera de la trocha. Afortunadamente los árboles crecían muy cerca unos de otros y uno de los bultos se encajó entre dos de ellos y detuvo la caída de la criatura muy cerca de donde se desbarrancó y la mula quedó pataleando hasta que los peones la liberaron y la trajeron de vuelta al camino.

Al caer la tarde llegamos a una choza nativa — la segunda desde que dejamos el valle. La elevación del lugar era de diez mil quinientos pies[118]. Un amplio claro en el que crecía abundantemente el trébol blanco rodeaba la casa. Los habitantes tenían también otros claros más abajo, en donde sembraban maíz y trigo. Todos ellos estaban enfermos de gripe y del temido dengue y afortunadamente pude darles algunos remedios de nuestro botiquín. A cambio de este servicio nos trataron muy cortésmente y pusieron una de sus dos habitaciones a nuestra disposición, aunque ésta alojaba también una veintena o más de gallinas. La noche era fría y húmeda. La mañana siguiente esta pobre gente nos dio leche y queso y compramos varias docenas de huevos — todo un lujo en un lugar tan apartado. También nos mostraron la piel y las patas de un tapir[119] que uno de los hombres había cazado en el bosque más arriba. El cuero era negro y había sido usado para hacer los fondos de algunos taburetes. Además reportaron la presencia de dos especies de osos, uno completamente negro y el otro, el tolerablemente bien conocido oso de anteojos. Aunque este último supuestamente es la única especie que se encuentra en Suramérica, muchas personas me han

117 2895 m

118 3200 m

119 Obviamente se trataba de un ejemplar de danta de páramo (*Tapirus pinchaque*).

contado en distintas ocasiones que existe un gran oso negro en los altos Andes y he visto pieles que parecen apoyar estas afirmaciones[120].

Después de dejar la casa la mañana siguiente, llegamos pronto a un denso bosque montano. Había una cabaña desierta cerca del borde, por lo que a nuestro regreso del páramo pasamos allí varios días. La principal atracción del lugar era la abundancia de copetones (*Brachyspiza capensis capensis*[121]). Es imposible que su alegre trino no despierte el cariño de cualquiera, así tenga una muy limitada naturaleza estética. Bien sea que uno lo escuche en las cálidas tierras bajas o en la inhóspita cumbre de una montaña a doce mil pies[122]de altura sobre el nivel del mar, la alegre y pequeña melodía es siempre la misma. Y la música tampoco está confinada a las horas de luz solamente. Con frecuencia la he escuchado en las horas más oscuras de la noche, resonando clara y dulce desde algún lugar de las tinieblas a mí alrededor. Estos pájaros gustan de la proximidad humana y son más abundantes en donde el hombre ha decidido labrar la tierra y levantar su morada. Como regla general no son gregarios, pero los he visto congregarse en bandadas de muchos miles para pasar la noche en un punto particularmente atractivo en lugares en los que los sitios adecuados como dormidero son escasos[123]. Más hacia el sur, estos gorriones también se reúnen en bandadas de tamaño variable durante la estación invernal.

El nido es una estructura bien hecha, en forma de taza, construida con hierbas finas; la ubican en un arbusto bajo o directamente sobre el suelo. Ponen dos o tres huevos de color pálido, densamente manchados con marrón y no es raro que levanten dos nidadas en una estación.

Durante nuestra estadía en la casa solitaria en el borde del gran bosque un gorrión o *chingolo* venía diariamente y se posaba en la baranda del corredor para derramar su alegre canto. Nos apegamos mucho al confiado bichito emplumado y esperábamos ansiosamente sus visitas frecuentes.

120 Esta es una curiosa anotación que sugiere el interés desmedido de los expedicionarios del Museo Americano por encontrar animales no descritos. Sin embargo, los dos osos mencionados en realidad son la única especie de este grupo existente en Suramérica, el oso andino o de anteojos, *Tremarctos ornatus*.

121 *Zonotrichia capensis costaricensis*

122 3600 m.

123 Esta es una curiosa observación pues estos pájaros no son tan solitarios como sugiere Miller ni tienen dormideros comunales.

Después de poco tiempo descubrí el camino de un pequeño roedor debajo del corredor y puse una trampa para capturarlo. No mucho después oímos el ruido sordo del resorte y al ir a examinar la trampa, encontramos el cuerpo lacio del infortunado cantor. El lugar parecía desierto sin el vivaracho pajarito y nunca dejamos de extrañarlo.

El cinturón de bosque que penetramos antes de llegar al páramo era magnífico. Una especie de orquídea con largas espigas de flores amarillas estaba en plena floración; había muchos centenares de estas plantas de hojas gruesas, algunas adosadas a gruesas ramas y otras creciendo desde horquetas a unos pocos pies por encima del suelo, pero todas coronadas por un glorioso halo de capullos dorados.

Abandonamos el bosque con sus enormes árboles cubiertos de musgo, plantas trepadoras y silencio asfixiante sugerente de mil misterios, alrededor del mediodía. El bosque termina abruptamente y es reemplazado por una franja estrecha de árboles enanos y arbustos de hojas pequeñas que son muy rígidas o están cubiertas de pelusa muy densa. También hay rodales de arbustos de mora, pero los frutos son leñosos, amargos y no comestibles para los humanos. Lupinos y gencianas crecen en las depresiones y numerosas plantas compuestas crecen en las laderas; entre estas últimas había una con flores vistosas de color púrpura que los peones llamaban "*arnica*[124]" .

Después de un empinado ascenso de una hora llegamos a la cima de una cresta; todo el panorama del páramo estaba desplegado ante nosotros – una maravillosa serie de planicies pardas, valles hundidos con diminutos arroyuelos serpenteando a través de ellos y crestas salpicadas de picos rocosos y negruzcos. Los campos nevados de las alturas mayores estaban completamente escondidos por los bancos de frías nubes grises.

La palabra *páramo* significa planicie elevada, desnuda de árboles, no cultivada, deshabitada y expuesta a los azotes helados del viento de las grandes elevaciones. Esta descripción correspondía de manera exacta con el paisaje que teníamos al frente. Descendimos a uno de los valles, en cuya cabecera había un plácido lago de pequeño tamaño, e hicimos

124 Se trata de la Asterácea *Senecio formosus*.

nuestro campamento en la base de una de las paredes rocosas que lo flanqueaban. La elevación en este valle era de aproximadamente doce mil setecientos pies[125] y los principales picos de la cadena montañosa que encerraba el páramo se levantan hasta una altura de dieciséis mil pies[126] o más.

Pastos largos e hirsutos cubrían el piso del valle; sus extremos estaban doblados formando una extensión parda y ondulada, variegada aquí y allá con diminutos parches verdes. Al levantar cualquier matojo de pasto, se podía ver un laberinto de túneles y corredores aparentemente hechos por pequeños mamíferos, pero por extraño que parezca, solamente vimos un pequeño número de conejos y muy pocas ratas cayeron en nuestras trampas. Si la red de túneles albergaba otras criaturas, éstas evadieron exitosamente todos nuestros esfuerzos por descubrirlas. Probablemente los habitantes de este submundo habían aprendido el valor de la extrema prudencia y cautela porque numerosas águilas (*Lophotriorchis*[127]) estaban siempre planeando por encima listas a lanzarse sobre cualquier criatura que por un momento relajara su vigilancia.

Una gran parte del suelo bajo nuestros pies era esponjoso, pues estaba surcado por numerosos arroyuelos que goteaban desde las laderas y se encaminaban hacia el riachuelo en el centro del valle. Estos sitios húmedos estaban cubiertos de extensas áreas de plantas parecidas a las margaritas con rosetas de hojas rígidas; los achaparrados mogotes eran lo suficientemente fuertes como para soportar nuestro peso, pero caminar sobre ellos estaba siempre acompañado por la sensación de que de un momento a otro el piso podía ceder, precipitándonos en el profundo barrizal. El esfagno[128] florecía a lo largo de los bordes del pantano en donde éste no era demasiado húmedo.

La peculiar planta grisácea parecida al gordolobo, llamada *frailejón* prospera en sitios rocosos que están protegidos hasta cierto punto, pero algunos rodales de estas plantas también se atreven en las laderas barridas por el viento y crecen hasta el borde mismo de los campos nevados.

125 3871 m.
126 4877 m.
127 Sin duda hace referencia al águila de páramo *Geranoetus melanoleucos*.
128 Musgo de turbera del género *Sphagnum*.



Nieve en el páramo del Ruiz.

El espeso bosque cargado de orquídeas a través del cual pasamos justo antes de llegar al páramo se extendía hacia el extremo inferior del valle, aunque apenas por una corta distancia. Había senderos bien hollados por los tapires y venados que venían en la noche a forrajear en la abundante hierba, pues a pesar de la apariencia reseca y agostada de sus capas superiores, bajo ellas había un tapete de tiernos brotes verdes.

Había una gran abundancia de aves en el páramo, especialmente a lo largo de los barrancos cubiertos de arbustos en las orillas del arroyo, pero todos eran de colores opacos – azul pizarra, gris, negro, o marrón oscuro, que armonizaba bien con los yermos alrededores. Sus hábitos nos recordaban los de las aves de espacios abiertos en el norte de los Estados Unidos. Atrapamoscas grises corrían sobre el suelo y a frecuentes intervalos se elevaban muy alto en el aire, como alondras, por lo cual cuando los vimos por primera vez los confundimos con estos pájaros. Un pequeño pajarito parecido a un cucarachero, de color negro y con los flancos cafés (*Scytalopus sylvestris*[129]), vivía entre las hierbas más altas. Tenía un reclamo que podía oírse con claridad a una distancia de cincuenta yardas, pero el ágil pajarito era difícil de ver por su color oscuro y sus hábitos semejantes a los de un ratón, que lo mantenían constantemente en medio de la cobertura más espesa. Numerosos cucaracheros de pantano (*Cistothorus aequatorialis*[130]) habitaban los juncales, protestando y revoloteando nerviosos a nuestro alrededor.

Mucho más interesante que los anteriores, sin embargo, era la gran caica andina (*Gallinago nobilis*), cuya apariencia, al menos superficial, recuerda a la agachadiza americana[131]. Individuos solitarios o parejas de estas aves se encontraban corriendo sobre los pantanos y hurgando con el pico en la tierra blanda. En muchos sitios el suelo está perforado por docenas de los agujeros profundos y simétricos en los que los trabajadores incansables habían laborado diligentemente en busca de un bocado. Dispararles a estas aves era un buen deporte. Se lanzaban al aire con un pitido sonoro y luego volaban rápidamente en zigzag por cincuenta o cien yardas antes de asentarse de nuevo para confundirse con sus alrededores de manera tan completa que se hacían invisibles.

129 El taxón reseñado aquí es actualmente un sinónimo de *S. femoralis*.

130 Actualmente *C. platensis*.

131 Se refiere a *G. gallinago*.

Los pinzones tal vez están mejor representados que cualquiera otra familia de aves. Unos pocos jilgueros[132], en pequeñas bandadas, frecuentaban los arbustos en flor. Una clase de pinzón apizarrado (*Phrygilus unicolor grandis*) era mucho más abundante y mucho más uniformemente distribuida en todo el páramo. Descubrimos un nido de esta especie entre la hierba en la base de un frailejón; la estructura estaba hermosamente construida de pelusa tomada de las hojas de las plantas que lo ocultaban. Contenía dos huevos piriformes de color verdoso densamente moteado con pequeños puntos cafés opacos.

Desde lejos, el pequeño lago en la cabecera del valle parecía ser un campo promisorio de investigación. Sin embargo, produjo solamente una cerceta andina[133] solitaria, muy parecida a la norteamericana (*Chaulelasmus*[134]), que estaba nadando en el agua quieta y una vez capturamos este animal, terminamos nuestro trabajo en ese lugar. El fondo del estanque estaba cubierto por una masa sólida de largas algas hasta donde pudimos observar, las cuales ocultaban cualquier forma de vida acuática que pudiera existir en las gélidas profundidades.

El clima era usualmente agradable durante la mayor parte del día; el termómetro registraba temperaturas de alrededor de 76° al mediodía y caídas hasta 30° en la noche[135]. Llovía poco, pero los bancos de nubes nos envolvían con frecuencia y precipitaban una superabundancia de humedad.

Un día Allen y yo emprendimos una exploración hasta la línea de nieve. Empezamos al alba y llevamos con nosotros nuestras armas, una abundante provisión de municiones, cámaras y un pequeño paquete de almuerzo. Caminamos directo hasta la cabecera del valle, pasamos el lago y muy pronto habíamos llegado a la cima de la erosionada cresta que formaba la primera barrera a nuestro avance. Desde la cima, a catorce mil cuatrocientos pies de altura[136], podíamos ver otras depresiones aisladas como la que acabábamos de abandonar; en una de ellas había una trinchera recién

132 Probablemente *Carduelis* sp., pues en el texto original se refiere a "Goldfinches", nombre común en inglés con el que se conocen los pájaros de este género.

133 *Anas flavirostris andium*

134 *Anas strepera*

135 24o y – 1oC, respectivamente.

136 4389 m

abierta – probablemente el trabajo de algún minero aventurero que había vagado hasta este sitio solitario buscando oro. Hasta allí no habíamos tenido ni un vistazo de la nieve debido a la densa niebla. Continuamos a lo largo de la cima de una cresta que se extendía hacia el norte y conducía gradualmente a terrenos más altos que posteriormente se aplanaban para convertirse en un altiplano pantanoso en el extremo más lejano. El avance era difícil. A cada paso el tremedal temblaba en un radio de varias yardas y los matojos de vegetación aplastados por nuestro peso se cubrían rápidamente con el agua que brotaba desde abajo. Este era un sitio ideal para las caicas y varias de ellas se levantaron a medida que nos arrastrábamos penosamente sobre el difícil terreno; pero el agotamiento y la altitud tenían un efecto desmoralizador sobre nuestra puntería, con el resultado que nos liberamos de una buena cantidad de munición sin haber conseguido una sola ave a cambio.

Un alto muro de roca desnuda se levantaba justo más allá de los confines del bofedal y al llegar a su extremo nos encontramos a quince mil pies de altura[137]. La cumbre estaba cubierta de fragmentos negruzcos de roca — en su mayor parte resultado de la erosión, pero algunos de ellos probablemente desprendidos de los muchos riscos y columnas empinados por la fuerza demoledora de los rayos. El punto más alto en la pared está a quince mil doscientos pies[138]. Mientras descansábamos un momento para recuperar el aliento, procedimiento necesario cada veinte pasos, la neblina se levantó súbitamente y descubrió las pendientes nevadas del Ruiz a muy corta distancia. Entre nosotros y ellas había un valle flanqueado por paredes perpendiculares de roca y con una profundidad de cientos de pies.
La nieve aparentemente se extendía hasta unos doscientos pies[139] por debajo de nuestro campamento, o sea que su límite se encontraba a unos quince mil pies de altura[140].

Permanecimos arrobados ante el maravilloso espectáculo que se desplegaba ante nosotros. Las presurosas cortinas de nubes revelaban escenas permanentemente cambiantes. En un momento millas de pendientes cubiertas con un manto blanco de nieve surgía en pronunciado relieve;

137 4633 m
138 4633 m
139 61 m
140 4572 m

al siguiente, estaban ocultas de nuestra vista y pináculos desnudos de rocas oscuras, como las espiras de una catedral, aparecían momentáneamente muy por encima, con sus perfiles irregulares suavizados por un delgado velo de bruma azulada. De nuevo, los bordes inferiores del panorama surgían a la vista, revelando glaciares y avalanchas de nieve y rocas asentadas en el borde del valle y listas para precipitarse con estruendo hacia las profundidades.

El piso del valle estaba formado por una serie de charcas y ciénagas. Los patos se entretenían en el agua helada, ignorando por completo nuestra presencia y aparentemente seguros en su refugio inaccesible, al menos para el hombre. Un embravecido torrente se abría paso en la base de la pared de rocas, añadiendo su rugido, como adecuado acompañamiento al carácter asombroso de sus desolados e inhospitalarios alrededores.

Una voluta de vapor transportada por una lenta brisa atravesó el abismo y sopló sobre nuestros rostros. El tiempo había transcurrido más rápido de lo que pensábamos y descubrimos que la mitad de la tarde se había ido. Nos apresuramos a deshacer nuestros pasos a lo largo de la pared de rocas y a través del traicionero bofedal. Cuando llegamos a la aguda pendiente, enormes volúmenes de nubes habían cubierto el páramo oscureciendo todo en un radio de unas pocas yardas a nuestro alrededor. No había sendero de ninguna clase e incluso las rocas más familiares asumían extrañas formas al estar envueltas en el húmedo vapor. La brújula es inútil en tales circunstancias. En poco tiempo llegamos al macizo entrecruzado de las cadenas montañosas y después de una breve deliberación seguimos la cresta de una que nos pareció que seguía la dirección correcta. Tropezamos de un lado a otro durante dos o más horas y entonces caímos en cuenta que estábamos perdidos. La oscuridad se acercaba rápidamente y un agreste viento llegaba hasta nosotros desde la región del hielo y de las nieves perpetuas. Empezamos a buscar un sitio abrigado en donde refugiarnos para pasar la noche, pues ahora nos parecía cosa segura que cada paso solamente nos alejaba más de nuestro campamento. Justo entonces apareció una brecha entre las nubes y antes de que se cerrara de nuevo alcanzamos a distinguir un pálido destello muy abajo, a nuestra derecha. Esto solamente podía significar una cosa: era el reflejo del lago en la cabecera de "nuestro" valle. Por más de una hora habíamos estado caminando exactamente en la dirección opuesta. Abandonamos sin remordimiento la idea de hacer una cama de hojas de frailejón y tropezamos descendiendo la

aguda pendiente dirigiéndonos en línea recta hacia el lugar en donde el lago había brillado por un momento. Después de muchos colapsos por la sed y la fatiga, llegamos al arroyo con sus aguas cristalinas y heladas; de allí en adelante nuestro avance fue mucho más fácil y una hora después el resplandor de la hoguera del campamento apareció a través de la bruma y pronto estábamos cómodamente arrellanados en la profundidad de nuestras cobijas.

Unos pocos días después de nuestro viaje al Ruiz el estado del tiempo cambió enormemente. La neblina cubría el páramo día y noche, los rayos relampagueaban entre las nubes y vientos huracanados rugían sobre los altiplanos. Estos eran signos de la proximidad del invierno y una advertencia para que abandonáramos el páramo antes de que fuera demasiado tarde. Muy pronto habría solamente nieve y hielo, niebla penetrante, la reverberación del trueno y despliegues enceguecedores de electricidad[141]. Los elementos se desencadenarían para tomar posesión de las alturas en toda su grandeza y asombroso espanto. La vida allí sería entonces insoportable, de manera que aceptamos la advertencia y retornamos a Salento.

141 Es evidente la licencia literaria de Miller en este párrafo, describiendo la llegada del invierno al páramo como si se tratara del invierno de las regiones circumpolares. Sin embargo, esos recursos narrativos son una de las características más notables de su estilo.



Lago en el páramo de Santa Isabel.



Capítulo V

La región del Chocó en la costa occidental de Colombia

Al regresar a Cartago de nuestra expedición al yermo páramo de Santa Isabel, empezamos a hacer los preparativos para una visita al famoso Chocó, el cual yace a lo largo de la costa oeste y en el interior de la cuenca del río San Juan. Esta sección del país es un exponente de otro extremo de condiciones climáticas. Ha sido visitado por naturalistas en escasas ocasiones debido a su inaccesibilidad y para los pocos que han tenido éxito en abrirse camino a la fuerza dentro de sus fronteras inhóspitas ha sido imposible permanecer allí incluso por poco tiempo. La malaria y la fiebre amarilla son endémicas entre los nativos, pero rápidamente drenan el ánimo y la vida de los recién llegados; la lluvia cae a diario – el promedio anual de precipitación es de cuatrocientas pulgadas[142] – y el calor es tan intenso que cuando el sol aparece durante los intervalos entre las lluvias toda la jungla se convierte en un vaporoso infierno. Es poco sorprendente, por tanto, que la riqueza fabulosa de oro y platino del Chocó haya sido poco más que arañada.

Nuestros planes requerían un viaje por tierra a Nóvita, sobre el río Tamaná; después de llegar a ese punto nuestros movimientos subsiguientes debían guiarse por las condiciones locales. No existe ningún camino, pero un sendero, frecuentemente tan vago que se pierde entre la vegetación o sobre los lechos de los riachuelos, cumple con el propósito de guiar parcialmente al negro voluntarioso que lleva el correo a Nóvita a escasos intervalos, igual que a otros que emprenden el cruce de la Cordillera Occidental internándose en las tierras bajas.

Los vecinos de Cartago habían oído mucho, en términos generales, acerca de las condiciones existentes en el Chocó, pero no podían ofrecer información que tuviera un valor práctico. Nos pusimos al acecho en el mercado y otros lugares donde se congregan en grandes números los peones

142 Aproximadamente 10.000 mm.

en nuestro esfuerzo por hacernos con porteadores para el viaje. Los pocos que con vacilación manifestaban su disposición de ir con nosotros no parecían físicamente aptos para un trabajo tan demandante, así que rechacé sus ofertas. Un día una caravana de bueyes llegó del asentamiento de Salencio [sic[143]] y rápidamente los contraté para el viaje de regreso ya que estos animales, aunque lentos, son de andar seguro y pueden abrirse camino a través de parajes fangosos y selváticos que los caballos no podrían penetrar.

Al dejar Cartago, cruzamos el árido valle del Cauca; el terreno al oeste del río es menos ondulado que aquel del banco opuesto, pero el carácter de la vida vegetal es muy parecido. A una hora de camino, Ansermanueva [sic], un caserío de veinte o treinta chozas de adobe, se veía en la distancia, pero el camino se dividía justo antes de llegar a la villa y seguimos en dirección al sur. Más allá de esta encrucijada comenzó la escalada de las montañas; hay dos cuchillas, de seis mil ochocientos pies y de siete mil quinientos pies respectivamente, con un precipicio de cinco mil ochocientos pies entre ellas[144]. El bosque de "nubes"[145] no empieza antes de la cima de la primera cuchilla; luego se encuentran musgos, helechos, bromelias y otras epífitas en abundancia que forman un brote que es al mismo tiempo intrincado y hermoso e igual en densidad que cualquier otro encontrado en cualquier otra región. La mayor exuberancia de la flora en la ladera occidental indicaba una precipitación más densa sobre ese costado; esto se debe al hecho de que las cimas de las numerosas cordilleras detienen los vientos cargados de humedad del Pacífico en gran medida, y los obligan a precipitar su agua en el costado oceánico de la división.

En dos días llegamos a Salencio [sic], [un caserío] pequeño, dilapidado, situado en una meseta pequeña entre los picos y habitado principalmente por mestizos. Se nos recomendó esperar hasta el día de mercado semanal, cuando muchas personas de los alrededores se acercaban al pueblo y sería posible hacernos con porteadores para la continuación de la travesía. Por el momento hicimos unas cuantas excursiones cortas al bosque circundante; nos encontramos con varias curiosidades, entre ellas un espléndido

143 Se refiere a El Silencio, hoy denominado Albán.

144 2073, 2286 y 1768 m, respectivamente.

145 Entre comillas en el original

ejemplar del guacamayo militar (*Ara m. militaris*). Esta ave de hermosos colores es verdaderamente escasa y nunca hemos visto más de dos individuos al mismo tiempo. Se decía que los osos de anteojos eran comunes y que se acercaban a las parcelas cuando el maíz estaba maduro; el número de pieles exhibidas por los habitantes locales verificaba esta afirmación.

Cuando llegó el domingo, y con él la aglomeración típica de cuando se abre el mercado, no tuvimos ningún problema para contratar a los peones requeridos, cada uno de los cuales estuvo de acuerdo con cargar un bulto de setenta y cinco libras. Temprano en la mañana siguiente aparecieron, ansiosos y listos para su empresa. Se hicieron con sus cargas y se empezaron a alejar a paso rápido, mientras nosotros cerrábamos la columna para evitar que alguien se rezagara.

La trocha atravesaba una cadena montañosa baja y boscosa y luego flanqueaba muy de cerca las orillas cubiertas de guadua del llamado río Cabeceros o río Vueltas, el cual es realmente la cabecera del río Sipí. En un punto dado vadeamos una extensión de agua que nos llegaba a la altura de la rodilla por espacio de aproximadamente tres millas, ya que era más fácil hacer esto que abrirnos camino a la fuerza a través de la vegetación enmarañada que crecía a cada lado. Pronto descubrí que los porteadores no contaban con la resistencia física de aquellos que habíamos empleado en otras expediciones y creo que esto se debía al hecho de que el uso de hojas de coca es desconocido en esta parte de Colombia. Cada vez que nuestros peones tenían una buena reserva de coca para mascar parecían no sentir cansancio en el desempeño de sus tareas; aquellos que no eran dados a este hábito necesitaban comidas grandes y frecuentes, comían panela todo el día mientras marchaban y tenían tan sólo la capacidad de recorrer una corta distancia en el transcurso de una jornada. Nos vimos obligados a interrumpir la marcha temprano y escogimos la cima de una colina para acampar.

La lluvia, que había caído sostenidamente toda la tarde, se prolongó durante la noche lo cual, unido al frío severo (estábamos a una elevación de siete mil doscientos pies[146]) y al deseo de preparar comida caliente, nos hizo ansiar las comodidades de una fogata inmensa. Conseguir madera seca era impensable pero los hombres talaron un árbol cuya madera verde

146 2194 m

ardió sin problemas y pronto hicieron una fogata adecuada para trabajar. Sus ponchos, que se habían saturado de agua, no les servían para calentarse, así que estuvieron en vela toda la noche, cantando, contando historias y bebiendo café caliente en sus esfuerzos por permanecer alegres y no resfriarse.

Al día siguiente la vegetación fue mucho más densa, y nos aprovechamos de las numerosas fisuras estrechas de las laderas de las montañas techadas con troncos y musgo; nos encontramos gateando a través de estos túneles, pero eso era más fácil que forzar nuestro camino entre la masa enmarañada de vegetación que crecía por encima. Cuando acampamos esa noche la base de un árbol fue seleccionada para servirnos de hogar. A primera vista parecía que el diámetro del tronco cubierto de lianas era de al menos diez pies[147] pero esto era una ilusión. Después de que los hombres hubieron aplicado vigorosamente sus machetes a los bejucos, el musgo y los helechos, un tallo de no más de dos pies de ancho[148] nos fue revelado; despejaron la maraña inferior, dejando un dosel protector que al igual que una sombrilla escudaba a todo el grupo de la lluvia mientras preparaban su comida.

Atravesamos tres cadenas montañosas en total, cada una de ellas de más de siete mil pies[149] de elevación y separadas entre sí por depresiones de dos a tres mil pies [150]. Todas están densamente cubiertas de bosque, siendo la cobertura vegetal que está sobre cuatro mil pies[151] de carácter subtropical, mientras que aquella que se extiende por debajo es típica de los trópicos y comparativamente abierta.

Al final del tercer día escuchamos el rugido bienvenido del agua y no mucho después nos detuvimos en la ribera del río Hávita. Un negro desnudo se acercó desde un extremo lejano en respuesta a nuestro llamado y nos condujo a través de la corriente en una gigantesca canoa tallada. Allí encontramos un asentamiento de media docena de chozas de guadua llenas de negros perezosos con escasos ropajes. Este sitio se llama

147 Poco menos de 3 m
148 60 cm
149 2134 m
150 Unos 600 a 900 m
151 1220 m

El Puente. Aproximadamente cien yardas por debajo del grupo de chozas, el río Ingará confluye con el Hávita. El agua de ambas corrientes es rápida, fresca y de un color gris azulado. Cada una de las quebradas es de aproximadamente setenta y cinco yardas de ancho[152] por encima de la confluencia.

Después de atravesar otra cordillera, para lo cual tuvimos necesidad de marchar durante dos días, llegamos a Juntas de Tamaná, sobre la ribera sur del Hávita, a un tiro de piedra por encima del punto donde esta corriente desemboca en el Tamaná y a tan sólo cuatrocientos pies[153] por encima del nivel del mar. Exceptuando el pequeño claro en el cual se yerguen los quince dilapidados hogares negros, todo el territorio está cubierto por un bosque de altos árboles; el sotobosque es escaso, pero muchas de las ramas bajas están cubiertas de epífitas y largas lianas o "sogas de monte" cuelgan de las copas enrevesadas de los árboles hasta el mismo suelo.

Los negros de Juntas son un grupo miserable y enfermo. Sufren de escasez de comida por la sencilla razón de que son demasiado indolentes para cultivar en suficiente cantidad los plátanos, yucas y otras plantas que prosperan con un mínimo de atención en una ubicación tan favorable. En vez de rozar el bosque y cultivar la tierra fértil, prefieren descansar en sus hamacas y tomar el riesgo de morirse de hambre. A intervalos irregulares, cuando el pellizco de la necesidad es demasiado grande como para aguantarlo por más tiempo, los hombres reman en sus canoas hasta sus fincas para cortar caña de azúcar, cosechar plátanos y recoger nueces de palma en el bosque. A su regreso la familia se reúne en torno de la comida y come hasta que no queda ni un vestigio de ésta. Atacan de manera tan efectiva la montaña de provisiones que uno podría fácilmente imaginarse que una nube de langostas le ha hecho una visita a la región.

Un día o dos después de nuestro arribo a Juntas un niño de dos años perteneciente a una de las familias murió. La noticia se difundió rápidamente y llegada la noche toda la vecindad se había reunido para una velación. Seguimos a la multitud. El bebé, en un vestido blanco, con bordes verdes y rojo brillantes, yacía en una caja de madera sobre la mesa. Un dosel de muselina se había erigido encima del féretro sobre el cual se habían esparcido

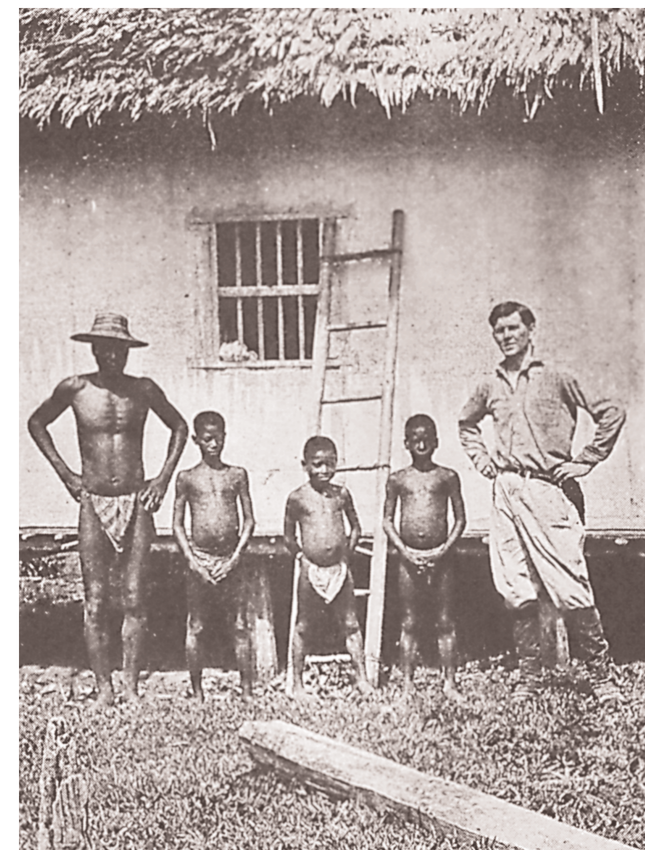
152 68 m
153 122 m

flores silvestres. La habitación estaba atiborrada al punto de sofocación con las formas negras de la población, las cuales brillaban en la opaca y vacilante luz de las velas. Al principio fueron distribuidas botellas de aguardiente y cada individuo bebió varios tragos de buen tamaño. Luego las personas mayores se retiraron hacia las cuatro paredes y se acuclillaron cantando o lamentándose de acuerdo con sus caprichos. Los más jóvenes se dividieron en dos grupos y jugaron alrededor del ataúd. Uno de los juegos era una especie de charada y, cuando el equipo encargado de adivinar resolvía el enigma, perseguía y capturaba a los miembros del otro equipo, en medio de sonoros gritos y risas. Todo el rato temí que echaran por tierra el ataúd. Ocasionalmente alguien se detenía lo suficiente como para acariciar o mimar la pequeña forma muerta y dirigirle algunas palabras de cariño como *pobrecito, angelito, o tan lindito*. El festejo se prolongó hasta el amanecer; luego una procesión avanzó lentamente hasta una tumba recién excavada y depositó su carga, dejando el único pequeño túmulo visible sobre ese lado del Tamaná.

La Navidad se acercaba. Nos sorprendió ver a las mujeres aparentemente haciendo preparativos para una celebración, lo cual es muy inusual en Suramérica. Trabajaron durante varios días podando la maleza alrededor del caserío y limpiando por todos lados. Cuando hicimos preguntas al respecto, nos dijeron que esto no se debía a la fiesta que se aproximaba sino que representaba una forma de penitencia que hacían anualmente para resarcirse de sus pecados. Aparentemente los hombres se encontraban sin mácula, ya que miraban a las trabajadoras y se dirigían a ellas con observaciones jocosas desde el confortable retiro de sus hamacas, incluso enumerando ciertas fechorías en particular y sugiriendo formas especiales de penitencia que podrían ser efectivas.

La siguiente etapa de nuestro viaje debía realizarse sobre el río. Nos hicimos con un bongo inmenso y voluntariosos remeros negros y el 21 de diciembre nos encontró desplazándonos velozmente sobre la corriente en dirección a Nóvita. El Tamaná tiene un cauce veloz cuya envergadura varía de cien a trescientas yardas[154]. Su lecho está cubierto de rocas que causan rápidos fácilmente navegables en el viaje hacia abajo pero difíciles y peligrosos de negociar cuando se remonta la corriente. Además de esto hay pasos profundos entre altos y erosionados barrancos donde el agua

154 3871 m



El autor con nativos de Juntas de Tamaná.

fluye silenciosamente hacia adelante como una corriente aceitunada y opaca de vidrio derretido. La más densa jungla tropical bordea ambas orillas; las paredes enmarañadas que dan al río son interrumpidas por pequeños claros a intervalos infrecuentes donde se levantan chozas bajas rodeadas por el rico follaje de plantas de yuca y banano. Palmas de chonta, de tallos erizados y espinosos alzan su cabeza emplumada encima de los otros árboles del bosque, o caen sobre el agua grácilmente, formando una bonita filigrana contra el cielo metálico. El broncíneo e inclemente sol ardía con un vigor infatigable y nos alegramos cuando oscuras nubes de tormenta ensombrecieron el cielo y nos proveyeron de un descanso muy necesitado.

Era posible avanzar únicamente hasta un punto llamado Cabeceros, bajo el cual rápidos de carácter formidable impiden seguir navegando. Los pocos negros que viven en la orilla pueden ser inducidos a ayudar como porteadores, encargándose tanto hombres como mujeres de cargar paquetes a Tambito, que queda al pie de uno de los rápidos. Aquí fue necesario contratar otro bongo y se reanudó el viaje.

El Tamaná se hace continuamente más ancho. Las cataratas aparecen más frecuentemente y presentan mayores riesgos de navegación. El bongo, hecho con un inmenso tronco y de treinta pies de largo y una yarda de ancho[155], resultó muy marinero, pero con cierta frecuencia embarcaba agua en cantidades alarmantes y arañaba y se chocaba contra las rocas escondidas hasta hacernos creer que se rompería y se hundiría.

Durante la mayor parte de la tarde podíamos ver una montaña alta y aislada que aparecía en el mapa bajo el nombre de Cerro Torrá. Hasta donde yo sé ningún explorador ha conseguido alcanzar su cima y cuando contemplé la vasta extensión de jungla impenetrable que se extiende del río hasta aparentemente la cima de la montaña, pude comprender de buena gana por qué los pocos hombres que habían intentado realizar esta exploración habían fallado en su empresa.

Al final de la tarde atracamos en Nóvita. Me sorprendió un tanto el tamaño del poblado, el cual consiste de alrededor de cincuenta chozas.

155 9 m de largo y 91 cm de ancho.

La población blanca, muy pequeña, está conformada principalmente por comerciantes y es más o menos itinerante. Me dijeron que permanecen en la región durante uno o dos años para comprar oro y vender sus mercancías a precios exorbitantes y luego regresan a climas más saludables – a sufrir muchos años después bajo los efectos de su estadía en el Chocó.

Nóvita es esencialmente una población minera. Una gran cantidad de oro y platino son tamizados en las pequeñas quebradas que conforman una red sobre el territorio circundante. Los negros y los indios traen los metales preciosos en pequeñas cantidades – envueltos en hojas – y los intercambian por telas y comida enlatada. No obstante, el pueblo parecía estar decaído en relación con Condoto, Pueblo Rico y Quibdó, en los cuales se habían localizado depósitos minerales más prolíficos.

El bosque contenía relativamente poca vida silvestre y eso era típico de la zona faunística del Pacífico tropical. A diario hacíamos largas caminatas y descubríamos muchas cosas de no poco interés. Entre ellas hallamos una colonia de oropéndolas negras y amarillas (*Icterus*[156]). Las aves habían elegido una ceiba solitaria que se erguía en el centro de un platanal. Tenía setenta pies de altura[157] desde las ramas más bajas y el tronco era tan grueso y liso que ningún animal depredador lo podía escalar, lo cual garantizaba la seguridad de la colonia frente a cualquier peligro. Los nidos, como peras inmensas, colgaban de las puntas de las ramas; conté ciento cuatro y debía haber muchos más escondidos entre el follaje. Los pájaros adultos estaban ocupados e inquietos e iban y venían en un torrente continuo entregándose a su incesante parloteo. Encontramos numerosos pedacitos de cáscaras de huevo, blancos con puntos negros, sobre el piso, lo cual indicaba que los jóvenes apenas estaban empollando.

Una noche mientras regresábamos de una larga cacería, notamos filas de murciélagos emergiendo de la pequeña iglesia ubicada en el borde del pueblo. Al día siguiente (navidad) visité este cuartel acompañado por varios asistentes negros. Los murciélagos estaban escondidos dentro del entablado de las paredes, siendo imposible alcanzarlos, pero los negros arrancaron sin vacilar los pedazos de guadua aplanada y pronto habían llenado el recinto con un enjambre que chillaba y aleteaba y al cual atacaron

156 Probablemente *Icterus mesomelas*

157 21 m

con palos. Este método de ataque, al parecerles demasiado lento, los hizo agarrar pistolas y disparar a las masas entre salvajes gritos de alegría. Cuando el pandemonio hubo terminado y el montón de víctimas se terminó de recolectar, se despojaron respetuosamente de sus sombreros y al salir de la iglesia se arrodillaron reverentemente frente al altar.

Se nos había advertido estar atentos a la presencia de serpientes. Se decía que el mortífero verrugoso era particularmente abundante. Un día mientras cazábamos, Allen le disparó a un gavilán y lo puso en el bolsillo de atrás de su casaca de cacería. Todo parecía indicar que el ave estaba muerta; mientras gateábamos por un brezal poco tiempo después sintió una aguda picadura en su espalda y alzando sus brazos aterrorizado gritó "¡Oh, Señor! Una finalmente me alcanzó," pensando, por supuesto, que había sido atacado por una serpiente. Quitándose afanosamente su abrigo, descubrió que el gavilán que supuestamente estaba muerto solamente había estado desmayado y, al revivir, había prontamente clavado sus garras en la primera cosa que tuvo a su alcance. Uno bien puede imaginar la incomodidad de semejante experiencia.

Ocasionalmente nos encontrábamos con una especie de culebra negra que crece hasta alcanzar una longitud de más de doce pies [158]. Es perfectamente inofensiva, pero tiene la desagradable costumbre de plagar caminos y trochas cerca de los poblados. Cuando un caminante se acerca, ésta levanta su cabeza varios pies por encima del suelo y observa sosegadamente su rostro. Las primeras veces que esto sucede, el súbito brinco hacia arriba de la gran cabeza, la lengua que se estremece velozmente y los ojos brillantes causan un verdadero espanto y son un motivo más que suficiente para escapar. Más tarde, uno se acostumbra más o menos a esta situación. Esta serpiente también era abundante en las regiones tropicales de Venezuela y Bolivia.

Fue imposible conseguir carne fresca en Nóvita; la carne salada de res era importada en barriles pero era de tan mala calidad que no podíamos comerla. Dependíamos por tanto de tucanes y loros para aprovisionarnos de carne y encontramos ambas especies bastante comestibles.

158 2,54 m; probablemente se tratase del colúbrido *Clelia clelia*.



Nóvita, el pueblo más grande del Chocó.

El papel moneda utilizado en la mayor parte de Colombia no es reconocido por los habitantes del Chocó. Se pudre en la atmósfera húmeda y cálida y por esta razón no tiene valor alguno. Tampoco se aprecian las monedas de oro, pero algunos de los tenderos las aceptaron a un descuento del doce por ciento. El dinero que es favorecido está compuesto por monedas de plata de México y de prácticamente todas las otras repúblicas sur y centro americanas; su precio se fija de acuerdo con su tamaño, siendo tasados los "dólares" en cuarenta centavos, las mitades en veinte, etc. Encontré un cierto número de monedas de cinco centavos de los Estados Unidos circulando con el valor de dos centavos y piezas de diez centavos con el de cuatro y recolecté todos los que estuvieron a mi alcance.

Después de unos pocos días de cacería en los alrededores de Nóvita contratamos otro bongo y reanudamos nuestro viaje río abajo. El Tamaná desemboca en el San Juan a diez millas por debajo de Nóvita. Este último es más ancho y profundo pero no hay cambios en el paisaje que lo bordea. Durante todo el día flotamos de manera constante hacia adelante, deteniéndonos al mediodía tan sólo para tomar un breve respiro del sol ardiente. Al caer el sol atracamos para pasar la noche cerca de una choza de negros. El piso estaba elevado a cinco pies[159] por encima del suelo y el raído techo de paja casi lo tocaba; no tenía paredes. En general era una residencia considerablemente primitiva en la cual las formas oscuras de sus ocupantes eran como sombras contra la luz de su hogar.

Noanamá fue alcanzado al día siguiente. No es exactamente tan grande como Juntas de Tamaná y se yergue sobre un barranco que domina el río. Sus habitantes son todos negros; los hombres se vestían sólo con taparrabos mientras que el vestido de las mujeres estaba conformado por una tela estrecha amarrada alrededor de la cintura con una cuerda. Tanto los hombres como las mujeres se dedican unas pocas horas al día a tamizar oro sobre la orilla del río haciéndose con una cantidad suficiente mediante esta labor para pagar las provisiones que son traídas de Buenaventura. Una vez acumulan una pequeña cantidad de las finas y resplandecientes hojuelas se embarcan en sus canoas y se abren paso hasta el puerto a lo largo de tres días, haciendo allí sus intercambios. Resultó imposible contratar siquiera a uno de ellos para realizar algún tipo de trabajo; una

159 1,5 m

mujer tenía harina, pero no podía hornear pan por falta de leña ya que nadie la quería transportar desde el bosque que estaba a cien yardas de distancia. Indios llegaban al poblado a diario. Se engalanaban con numerosos adornos de plata martillada que colgaban de sus cuellos y muñecas; algunos de ellos también tenían pendientes hechos del mismo metal del tamaño de pomos de puerta; eran tan pesados que un marco de palos ubicado en la parte de atrás de la cabeza tenía que ser utilizado para soportar su peso. Me divirtieron sobremanera las acciones de un aplomado joven valiente quien, con su esposa y bebé iba al asentamiento cada día. Mientras estaba en el poblado, donde podía ser observado, no le prestaba ninguna atención a su familia; siempre caminaba varios pasos por delante de la mujer quien, desde luego, cargaba con el bebé y ni siquiera una sola vez condescendía a mirar en su dirección. Sin embargo, cuando llegaban a la orilla u otro sitio recluido donde se encontraba a salvo de miradas curiosas, arrebataba el niño de los brazos de la madre, lo besaba, lo arrojaba en el aire y actuaba exactamente como cualquier otro padre cariñoso. Si alguien se aproximaba, lo regresaba afanosamente a su esposa y volvía a asumir su expresión taciturna.

Algunas veces un pequeño vapor, el *Fluvial*, proveniente de Buenaventura, visita los asentamientos del bajo San Juan. Esperamos en vano durante diez días a que apareciera. Sin embargo, una lancha que pertenecía a un minero, un Señor Stapleton, pasó, por suerte, y el propietario amablemente ofreció llevarnos a la costa.

El San Juan se hace constantemente más ancho. Sobre sus orillas se esparcen las chozas cónicas de los indios; los pisos siempre se encuentran elevados sobre postes muy por encima del suelo para escapar a inundaciones e insectos.

A medida que nos apresurábamos río abajo muchos de los desnudos salvajes pintados salían rápidamente sobre sus canoas remando y gritando como demonios en sus intentos por alcanzar la lancha. No sé qué objetivo tenían en mente ya que siempre les ganábamos terreno. También vimos otros atrapando cangrejos en sitios donde los barrancos altos y afilados estaban hechos panales por los agujeros practicados por estos crustáceos. Estaban equipados con palos delgados y afilados con una aguja en la punta que insertaban en las madrigueras para luego sacarlos con víctimas que luchaban, empaladas.

Llegamos a la bocana del río San Juan en el transcurso de dos días. El río es muy ancho en este punto y sobre él se encuentran esparcidas pequeñas islas de mangle. Una barra de arena bloquea el estuario casi por completo y cuando nos fuimos a la mañana siguiente nos fue muy difícil encontrar una ruta de paso. A esto siguió una salvaje y desordenada carrera de cuarenta millas en mar abierto. La lancha era de tan sólo veinte pies [160] de largo y debíamos alejarnos de la vista de tierra con el fin de evitar rocas y arrecifes; pero la caída del sol nos encontró dentro de los confines de la Bahía de Buenaventura atravesando las plácidas aguas a una gran velocidad y asustando innumerables bandadas de pelícanos cafés que preferían con mucho flotar confortablemente sobre la tersa superficie y que se elevaban únicamente como un último recurso para evitar ser atropellados.

Buenaventura nunca nos había parecido atractivo o incitante antes pero después de pasar un mes en la vaporosa tierra costera, con sus casi constantes lluvias, infestaciones de insectos y calor formidable, nos pareció completamente deliciosa. Regresamos a Cali y pasamos semanas acostados sufriendo de las fiebres de las cuales nos habíamos contagiado. El ataque de Allen fue tan severo que le fue necesario regresar a los Estados Unidos dos días después de haber llegado a San Agustín en nuestra siguiente expedición y justo antes de llegar a descubrir algunos de los elementos más valiosos de nuestro material.

[160] 6 m



Nativo de Juntas de Tamaná con una culebra.



Capítulo VI
En busca del Gallito de Roca

En mi cuarta visita a Popayán tuvimos que permanecer en la ciudad casi toda una semana, preparando la continuación de nuestro viaje a través de la Cordillera Central hasta las cabeceras del Magdalena. De aquí en adelante tendríamos que viajar a pie, principalmente porque algunos de los caminos eran impasables tanto para bestias de silla como de carga y en parte porque esto nos permitiría una mejor forma de estudiar la vida silvestre de la región que íbamos a atravesar. En esta expedición particular, estuve acompañado por el Doctor Allen y por el Señor J. T. Lloyd de la Universidad de Cornell.

El 27 de febrero salimos a pie de Popayán, seguidos de cerca por la recua de mulas. La ruta seguía un paisaje ondulado, más bien cultivado, en donde había numerosos ranchos en los que encontramos refugio para pernoctar. En uno de estos sitios de parada, los nativos estaban ocupados en trillar fríjoles. Las vainas habían sido amontonadas en una estera de paja y la familia estaba golpeándolas con movimientos pesados. El trigo era trillado de la misma manera, pero una vez los granos se habían separado de la espiga, grandes pailas llenas del cereal eran sostenidas en alto y derramadas en un delgado y continuo flujo; así, el viento separaba el afrecho y el grano, el cual caía sobre la estera. En otro rancho, unos hombres estaban fabricando "*cabulla*" [sic] pelando, entre dos estacas, la porción carnosa de la planta de fique. Las ásperas fibras que quedaban eran mezcladas con crines de caballo y trenzadas en fuertes sogas. Los alimentos eran escasos y los nativos subsisten a base del inevitable "*sancocho*" de plátanos verdes cocidos y "*jarepas*" [161] de maíz molido. Sin embargo, ocasionalmente nos las arreglamos para conseguir alguna gallina, choclos y una vez logramos comprar una oveja viva; estos insumos, sumados a las provisiones que llevábamos con nosotros, nos permitieron pasarlo relativamente bien.

161 Llama la atención la ortografía que emplea Miller para esta palabra. Uno podría pensar que, más que un error de transcripción, se deba a la pronunciación caucana de "las arepas" que puede sonar como "lajarepas".

El 7 de marzo habíamos alcanzado la cima de una cuchilla a diez mil trescientos cincuenta pies de altura[162] , después de pasar por las pequeñas aldeas de Timbío, San Miguel, Santa Bárbara y La Vega. El nombre de La Vega está plenamente justificado, pues sus alrededores son muy fértiles. Hasta donde alcanza la vista, las suaves laderas de la montaña estaban divididas en una red de pequeñas parcelas mediante setos altos y gruesos. El trigo, el maíz, los repollos y el arroz florecían bajo el cuidado de los indios y había también pequeños rebaños de ovejas y ocasionalmente unas pocas cabezas de ganado vacuno. Pequeñas cabañas con paredes de barro, aisladas o en grupos, salpicaban el verde paisaje y se respiraba, en general, un aire de calma y satisfacción.

El sendero ascendía gradualmente, aunque con frecuencia descendía hacia cañadas y gargantas de hasta mil pies[163] de profundidad. Habíamos pasado a través de parches de paisaje desolado y entramos luego a una espesura de hermosos rododendros florecidos. Los macizos de adelfas rojas eran preciosos, pero las hileras de una especie de arbusto cubiertas con pequeñas flores pálidas del blanco más puro, entremezcladas con el follaje verde oscuro y las frondas de los monstruosos helechos subtropicales, sobrepasaban cualquier cuadro que la pluma pueda describir o que la imaginación sea capaz de conjurar. Desde lejos podíamos oír el continuo zumbido de las abejas y enjambres de otros insectos volando sobre las flores y frecuentemente un colibrí zumbaba en la escena, revoloteaba unos instantes y luego se alejaba velozmente. Por la noche aparecían miríadas de insectos nocturnos y las grandes polillas esfinge ocupaban el lugar de los colibríes.

La cima de la cuchilla está cubierta de bosques maduros magníficos. Vimos numerosas señas de vida animal: tucanes de varias especies gañían y castañeteaban sus picos en los altos árboles encima de nosotros. También había turpiales de hombros amarillos, cotingas azules y amarillas, trepatroncos, colibríes de colores brillantes y muchísimas libélulas. Estas últimas eran de especial interés para Lloyd, quien de inmediato armó jaulas de cría y empezó a estudiar su historia natural. La larva de la libélula se parece a un escarabajo negro de buen tamaño y vive en el agua. Tiene

162 3155 m.
163 305 m.

un apetito voraz y se alimenta de insectos acuáticos, larvas de mosquitos e incluso de miembros de su propia especie. Eventualmente sale a la superficie, termina su metamorfosis y continúa el ciclo de su existencia como animal aéreo, el terror de los insectos alados que depreda. Las *Penelopes*, aves similares a los pavos pero más pequeñas eran abundantes y resultaron excelentes para comer. Un día tuvimos éxito capturando dos especímenes de una hermosa y rara tangara (*Serricossypha albocristata*) que vive en pequeños grupos en las altas copas de los árboles. Es tan grande como un robin[164] y su coloración general es negra azulosa aterciopelada, con la coronilla blanca y el pecho escarlata. Con semejante despliegue de hermosos colores uno esperaría un armonioso canto, pero aparentemente la habilidad vocal de esta preciosa criatura está limitada a unos cuantos agudos piidos similares a los de un pollito. Los venados también eran abundantes y un día capturamos un buen ejemplar de la familia de los ocelotes.

Hicimos nuestro campamento en el corazón del bosque. La vegetación era realmente maravillosa. En algunos puntos el sotobosque consistía totalmente de chusques tan densos que eran impenetrables. El musgo que tapizaba el suelo con frecuencia nos llegaba a las rodillas y los árboles parecían quebrarse bajo el peso de los bejucos, orquídeas, musgos y lirios que cubrían cada tronco y cada rama. Llovía bastante y cuando cesaba el aguacero siempre se escuchaba el goteo continuo del agua que había sido absorbida por las masas esponjosas encima de nuestras cabezas.

La zona boscosa se extiende a lo largo de la cima de la cuchilla por tres o cuatro millas y hacia abajo unos mil quinientos pies[165] en el otro lado, pero la pendiente inmediatamente por debajo está cubierta de matorrales o cultivada y presenta evidencias claras de haber sido deforestada. Mil quinientos pies más abajo llegamos al pequeño asentamiento de Almaguer, que tiene un centenar de casas de adobe y dos pequeñas iglesias severamente simples, todas ellas blanqueadas y limpias. La principal industria del pueblo es la fabricación de sombreros de Panamá bastante rústicos. Muchos indios visitan el pueblo en los días de Mercado, trayendo hojas de coca, cal y *sera* [sic] vegetal, obtenida de un fruto que crece en las montañas y que se usa para fabricar velas[166] . Las palomas son muy aficionadas a

164 Se refiere al mirlo norteamericano *Turdus migratorius.*
165 4,8 a 6,4 km y 457 m, respectivamente.
166 Sin duda se trata del laurel de cera *Morella pubescens*.

esos frutos y a medida que maduran, la especie con franja en la cola[167] se congrega en bandadas para alimentarse de ellos, engordando de tal manera que finalmente pagan con sus vidas la breve estación de los banquetes. Las velas hechas de esta *sera* [sic] son verdes, pero queman muy bien y son, en general, mejores que las ordinarias de sebo. La cal o "*mambe*", es usada para mascar con las hojas de coca, hábito muy frecuente en esta parte del país.

Al igual que en otras partes, el mercado semanal de Almaguer es un día de gran actividad y esperado casi como si fuera festivo. Temprano en la mañana, usualmente a las cuatro, una vaca es sacrificada en la plaza y todos los habitantes se congregan alrededor para mirar cómo se despelleja el cadáver.

A las ocho la plaza está llena de mercaderes, usualmente mujeres, acurrucadas en el suelo con sus productos esparcidos ante ellas en bateas de madera, costales o canastos. Todas las cosas que estas simples gentes consideran necesarias para su existencia, e incluso algunos lujos, se encuentran allí. Hay hileras de vendedores de panes, tortas y *dulces*; otros con verduras, arroz, café, maíz y queso; ocasionalmente duraznos, manzanas de calidad inferior, naranjas y unos pocos plátanos son traídos de algún valle escondido, pero la mayor parte del espacio está ocupado siempre por los mercaderes de coca, que incuestionablemente hacen el más próspero negocio, ya que todo el mundo aprovecha el día de mercado para rellenar su "*mambero*"[168]. Algunas veces un comprador de sombreros visita el mercado. En tales ocasiones el día transcurre en medio de un sobrenatural martilleo que sale de todas las casas y que es producido por las mujeres que industriosamente dan forma a los Panamás sobre un bloque de madera. Luego los llevan sobre sus cabezas al mercado, en donde el comprador, después de un examen casual, hace su oferta que oscila entre cuarenta centavos y unos cuantos dólares, de acuerdo con la textura del sombrero.

Por la noche la temperatura cae rápidamente a medida que los vientos fríos soplan desde las montañas y aúllan a lo largo de las calles.

167 *Patagioenas fasciata*, conocida por alimentarse de los frutos de laureles silvestres.
168 Resulta curioso que Miller llame mambero al poporo, recipiente en el que se guarda la mezcla de hojas de coca y cal a la que se denomina comúnmente mambe.



Aventando trigo.



Rancho indígena en el valle de las Papas.

Tenemos buenos motivos para recordar nuestra experiencia nocturna en Almaguer. Las bestias de carga no habían logrado alcanzarnos y no llevábamos nada con nosotros, de manera que pasamos las largas y desapacibles horas hasta el amanecer tiritando en nuestro desnudo y polvoriento cuarto de la *posada*.

La primera noche después de Almaguer la pasamos en un viejo molino a orillas del Caquiona, construido por monjes hace muchos años. Los constructores, con buen juicio, previeron un amplio cuarto para alojar a los indios que antiguamente traían su trigo y su maíz para molerlo, e incluso llegaron al extremo de proveer rústicos lechos y justo afuera del molino había un gran corral, sin duda también para uso de los indios, pero debía haber reducido en alguna medida el efecto de hospitalidad extendida por los buenos monjes. Había abundancia de tiernos y jugosos pastos para las mulas. Cerca del río grandes cantidades de mariposas se asentaban en la húmeda arena para beber; las rocas en el fondo del claro y frío arroyo tenían muchas cubiertas de tricópteros adheridas – pequeños sudarios de grava dentro de los cuales sus propietarios yacen cómodamente acunados en la sedosa cubierta interior y a los cuales reparan rápidamente si sufren algún daño. El día siguiente pasamos San Sebastián, el último asentamiento, y trepamos sin tregua hacia el frío y yermo páramo que marca la línea divisoria entre el Cauca y el Magdalena.

Después de cuatro días llegamos al maravilloso Valle de las Papas, justo por debajo del páramo envuelto en neblina y nos refugiamos en la pretenciosa casa del viejo Pedro, un Andaquí de pura sangre, mientras nos preparábamos para el cruce final de la gran barrera.

El valle de las Papas es una gran planicie pantanosa cubierta de altos pajonales y pequeños parches de bosque, con una elevación de diez a once mil pies [169]. Las cumbres de las sierras lo rodean por los cuatro costados y de alguna forma lo protegen de los vientos helados. Se dice que antiguamente los indios cultivaban papas en este valle y que de allí proviene su nombre. Una elaborada red de canales lo atraviesa pero el clima y el suelo son tales que yo dudo que este cultivo haya podido desarrollarse mucho. Con frecuencia, durante muchos días, la lluvia y el granizo caían

[169] 3048 – 3353 m

continuamente y la neblina es tan espesa que uno no se puede aventurar muy lejos en el suelo pantanoso. No obstante y aunque parezca extraño, el ganado se desarrolla maravillosamente en el altiplano y su crianza es la ocupación de las pocas familias indias que viven en estas alturas. Hermosas orquídeas abundan en los árboles, especialmente en el bosque que asciende hasta el valle; vimos muchas con flores amarillas, púrpuras y blancas como la nieve. Algunos de los árboles son de la familia de las perennes, incluyendo una especie de acebo. Había muchos rastros de venados y tapires, aunque no cazamos ninguno. Las grandes caicas y los comprapanes eran abundantes y en los arroyos vimos varios de los peculiares patos de torrente; grandes gaviotas blancas, que los indios dicen que son aves viejas que vienen del mar para morir, planeaban en lo alto [170] .

En un extremo del valle hay un pequeño lago, del cual teníamos un vistazo ocasional cuando las nubes ascendían por las laderas. A nuestro alrededor crecían conjuntos de *frailejones*. Dos arroyos salen de las orillas herbosas del lago, simples riachuelos de diez o doce pies [171] de ancho, los cuales vadeábamos diariamente. El uno fluye a lo largo del extremo de la pendiente oriental y se convierte en el poderoso Caquetá que contribuye a engrosar el caudal amarillento del Amazonas y el otro atraviesa las sierras al nordeste y se precipita desde las montañas en una serie de rápidos y cascadas para formar el Magdalena, que vierte sus aguas en el Caribe a muchos cientos de millas de distancia.

Allen estaba sufriendo considerablemente de las fiebres que contrajo en el Chocó cuatro meses antes. En vez de mejorar con el clima frío de las alturas como habíamos esperado, su condición empeoró continuamente, de manera que consideramos necesario continuar nuestro viaje antes de lo que anticipábamos. Me apresuré a retornar a San Sebastián para contratar porteadores indios ya que las mulas son incapaces de transportar carga más allá de este punto y fui ayudado en mi misión por el maestro de escuela que se interesó mucho en nuestra empresa. Este hombre era un patético ejemplo de alguien que podría haber hecho grandes logros de haber tenido la oportunidad. Uno de sus tesoros más preciados era una vieja revista que tenía ilustraciones de un aeroplano y un artículo sobre telegrafía inalámbrica.

[170] En el orden que aparecen mencionadas, especies no identificadas de *Gallinago y Grallaria, Merganetta armata* y, muy probablemente, *Chroicocephalus serranus.*
[171] 3 a 4 m

Con gran dificultad logré arreglar con una docena de indios para que transportaran nuestro equipaje a través de la cordillera la semana siguiente. Tenían un físico espléndido y uno de los mejores aspectos que yo haya visto. El precio que convinimos fue de unos setenta y cinco centavos por *arroba* de veinticinco libras y cada hombre transportaría entre dos y cuatro *arrobas*. El viaje requeriría cinco días y cada hombre llevaría, además de su carga, su propia comida. De acuerdo con estándares locales, el precio era alto, pero debido a la época lluviosa la trocha era poco menos que intransitable. Además estábamos en *Semana Santa*, una de las mayores festividades del año, cuando todos los buenos indios deben recorrer las calles adormeciendo sus sentidos con el uso excesivo de las hojas de coca y el *guarapo* y pelear mientras las mujeres pasan la mayor parte del día en la iglesia consiguiendo la gracia de dios para ellas y para sus delincuentes maridos. A cada hombre le hicimos un pequeño adelanto que le permitiera comprar su provisión de maíz molido, azúcar de caña y coca. Aceptar este anticipo es considerado equivalente a la firma de un contrato y muy raramente alguien incumple el acuerdo.

El miércoles 3 de abril, el día acordado para nuestra partida, los hombres llegaron, cada uno de ellos provisto de un tablero y fuertes cuerdas. Las cargas, que consistían en cajones, baúles y costales, fueron amarradas a los tableros que se acomodaban a las espaldas de los cargueros. Una amplia banda pasaba sobre su frente y otras dos les cruzaban el pecho. Cada hombre llevaba en su mano una vara con una horqueta llamada "*mula*", que servía para ayudarle a subir y bajar las resbalosas pendientes y a cruzar sobre los troncos que atravesaban los arroyos.

Luego de una breve y empinada cuesta nos encontramos en el yermo páramo, en medio de la lluvia, el granizo y la niebla. El viento aullaba y el frío era intenso. A través de un ocasional claro entre los bancos de neblina teníamos vistazos del valle, cubierto a cada lado con densos grupos de *frailejones*. Continuamos de cara a la cegadora tormenta durante varias horas, pero al anochecer el camino abandonó la zona barrida por el viento y empezó a descender, serpenteando a lo largo del cañón del Magdalena. En la escasa luz, el escenario era cautivadoramente bello. Picos altos y escarpados, acantilados y negras masas boscosas se elevaban por encima del resplandeciente arroyo que saltaba de roca en roca en una sucesión de cascadas. Allen y Lloyd se habían adelantado y después de oscurecer los encontré acampando en un lugar único. Habían tendido sus cobijas en una cornisa en la cara de un acantilado que se levantaba varios centenares de pies por encima de ellos. Una pequeña cascada se precipitaba sobre el borde del precipicio, rebasaba la cornisa y se reunía con el torrente principal más abajo. El sitio regular para pernoctar, conocido como Santa Marta, fue alcanzado por los indios a las nueve de la noche.

Inmediatamente después de llegar al sitio del campamento, los porteadores cocinaron harina de maíz, la cual se comieron con azúcar morena[172]. Cada hombre había traído una piel de oveja como cama y mientras la comida se cocinaba, la secó junto al fuego. Antes de emprender la marcha en la mañana, comieron de nuevo el mismo alimento. Durante el penoso recorrido, sus bocas estuvieron siempre llenas de hojas de coca y cal y la aparente resistencia y el sustento derivado de la planta es extraordinario y no parece tener ningún efecto secundario negativo, aunque en Almaguer vi varias mujeres ancianas y temblorosas con los ojos inyectados de sangre y los labios y dientes ennegrecidos que, según me dijeron, estaban en ese estado como resultado del abuso en el consumo de coca.

La segunda noche no fuimos capaces de alcanzar a los hombres que se habían adelantado. Habíamos vadeado quebradas y pantanos con el barro a la rodilla la mayor parte del día debido al continuo chaparrón que hacía el camino indescriptiblemente malo; todo estaba empapado y nos tomó más de una hora de fuerte trabajo encender una pequeña hoguera. Sin embargo, el día amaneció brillante y soleado y nos retrasamos para mirar las tribus emplumadas que empezaban a alimentarse y a trinar en las copas de los árboles. Los frutos maduros habían atraído grandes gurrías, soledades de montaña de pecho rosado y dorso verde metálico y maravillosos colibríes de pico curvo con largas colas blancas[173]. A lo largo de un guadual vimos decenas de grandes mariposas perladas aleteando perezosamente, con la iridiscencia de sus alas centelleando como trozos de arcoíris bajo la luz del sol. Sin embargo no logramos un solo vistazo del principal objeto de nuestro vagabundear – el raro y esquivo gallito de roca.

Por la tarde la lluvia cayó de nuevo en torrentes incesantes y acampamos debajo de una pared de roca de cientos de pies de altura, a la cual los indios

172 Probablemente prepararon mazamorra y la harina de maíz que menciona Miller era en realidad maíz trillado. Y con seguridad el azúcar morena era en realidad panela.

173 En el mismo orden, *Aburria aburri*, *Trogon sp.* y *Phaethornis sp*.

llamaron apropiadamente la *Peña Seca*. Grandes bejucos con racimos de flores escarlata colgaban a cien pies[174] por debajo de la cima, como serpientes gigantes, pero ni una gota del aguacero llegó hasta nosotros. La base del acantilado estaba ennegrecida por las numerosas fogatas encendidas por los indios en sus viajes hacia el Tolima a buscar sal. A manera de distracción, nuestros indios recogieron incienso, que es una clase de goma que se acumula en ciertos árboles y que ellos planeaban llevar de regreso a casa para usarla en la *santa iglesia*. Por mi parte, observé las abejas sociales que viven en compañía de termitas y que construyen entradas tubulares que pueden extenderse hasta dieciocho pulgadas[175] o más como una boquilla retorcida de una pipa, antes de entrar a su apartamento en el nido. Aparentemente los dos distintos inquilinos de este domicilio compartido nunca entran en conflicto[176].

La tercera noche, llegamos a la choza de un viejo Indio que decía llamarse Domingo y era la criatura más agria en haber caminado sobre la tierra. Ya que nos negó la hospitalidad de su choza, acampamos al frente de su portón. Ahora pasábamos ocasionalmente a través de un claro en el que crecían algunos cereales y verduras, el ganado mordisqueaba los largos y jugosos pastos y niños morenos de grandes ojos nos miraban desde la sombra de los techos de paja de los destartalados ranchos indios. En la cima de cada loma había una hilera de altas cruces de madera, algunas recién erigidas y otras medio desbaratadas y a punto de derrumbarse; es costumbre de los nativos levantar una cruz nueva cada año el viernes santo, sin remover las cruces viejas[177] . Habíamos llegado a la frontera del Huila.

El domingo de Pascua tuvimos nuestro primer vistazo de San Agustín, que definitivamente nos desilusionó. Todo lo que pudimos ver mientras bajábamos por la última pendiente empinada era un grupo de unos cincuenta ranchos de bahareque levantados en el centro de una planicie amplia y desnuda. No hay bosques en un radio de una milla alrededor y hay muy

174 31 m
175 46 cm
176 Alguna especie de abeja sin aguijón de la tribu Meliponini.
177 Esta interpretación errónea de la cruz de mayo tal vez fue hecha por Miller por haber visitado esta región por la época de semana santa. En muchas partes de Colombia, al igual que en otros países latinoamericanos y en España, existe todavía la costumbre de erigir cruces el 3 de mayo en conmemoración del hallazgo de la Cruz de Cristo hecho por Santa Elena en época del Emperador Constantino.

pocos cultivos en la vecindad inmediata. El pueblo es muy viejo, los habitantes son principalmente descendientes de españoles, pero esparcidos alrededor del paisaje circundante pueden encontrarse pequeños claros o *fincas* cultivadas por indios de pura sangre. Estos últimos son de una disposición reticente aunque amistosa y salen de sus casas rodeadas de bosque solamente en los días de Mercado para disponer de los productos del suelo y de sus rebaños.

En años recientes el nombre de San Agustín ha adquirido prominencia por cuenta de las ruinas prehistóricas y los monolitos que se encuentran en su vecindad y que se supone son de gran antigüedad, pues son de una cultura completamente desaparecida y sobre la cual no se sabe nada definitivo. Incluso los indios que hoy habitan la región no tienen tradiciones ni folclor de la raza perdida y los científicos que han examinado las ruinas han sido incapaces, hasta ahora, de dar cuenta de su origen. Ha sido sugerido que pueden representar el trabajo de la tribu de los Andaquias[178] [sic], pero esta afirmación es disputada por Carlos Cuervo Marquez[179], quien señala que los restos mudos de una civilización antigua ya existían en la misma condición desconocida cuando los *Conquistadores* se tomaron el imperio de los Chibchas.

La primera cosa que atrajo nuestra atención fue la hilera de doce imágenes de piedra que se levantan en el centro de la plaza frente a la capilla de la aldea, que varían en altura entre dos y ocho pies[180] y están talladas en arenisca y granito. Gigantescas cabezas de caras redondas y miradas fijas e inexpresivas están montadas sobre cuerpos pequeños y cuadrados. Algunos están coronados con sombreros u ornamentos cefálicos que varían en diseño entre el fez turco y el pan de azúcar hasta ornamentos curiosamente tallados que pueden haber pretendido simular el arco iris. Muchas de las figuras están completamente desnudas pero otras visten una estrecha

178 Andaquíes.
179 1858-1930. Militar, político, diplomático, naturalista, historiador, periodista y arqueólogo colombiano, célebre entre otras cosas por sus exploraciones e investigaciones en Tierradentro y San Agustín (http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/cuervocarl.htm, consultada el 14 de marzo de 2012). Aunque parezca sorprendente que Miller hubiera investigado los textos de Cuervo, no es de extrañar pues parte de su producción literaria posterior a "In the wilds of South America" se inscribe en el género de ficción, acerca de civilizaciones perdidas, de la escuela de Ridder Haggard (Salmonson, s.f.).
180 Entre 60 cm y 2,40 m.

banda o taparrabos. Los dientes de muchos de los seres humanos representados son prominentes y cada uno tiene dos pares de grandes caninos puntiagudos como los de una fiera. Esta hilera de imágenes fue puesta en el sitio actual por orden del cura que tenía a su cargo la parroquia; nos podemos imaginar a qué costo en términos de trabajo se hizo este traslado ya que muchas de las piedras pesan varias toneladas.

Uno de los monolitos representa a una mujer con un pequeño niño en un brazo y un garrote en la otra mano levantado en actitud de defensa; otra es un bajorrelieve de una mujer tejiendo una muchila [sic] y en otra, un hombre sostiene un pescado. Hay una figura tallada de un gran mono agachado encima de otro más pequeño[181] y a cierta distancia se levanta un búho que sostiene una culebra en el pico[182]. Una losa plana en posición yacente tiene la figura tallada de una mujer y posiblemente sirvió como la tapa de un féretro o una tumba. También está la estatua de una mujer con un mazo en una mano y un cincel en la otra, que se cree representa la diosa de la escultura. No parece improbable que la mayoría de imágenes representen ídolos que fueron adorados por este antiguo pueblo.

Los ejemplos más interesantes se encuentran en los bosques arriba de San Agustín. Bajo los gigantes cedros y los altos yarumos que cubren las laderas se encuentran trabajos más pretenciosos, dispersos en medio de los densos palmares y cubiertos de plantas trepadoras y epífitas. Allí se encuentra una enorme losa de piedra apoyada en cuatro columnas, también de piedra, ricamente esculpidas que probablemente servía como un altar para ofrendar sacrificios, o pudo también ser la entrada de algún templo. Cerca se encuentra una galería subterránea que conduce a dos grandes cuevas en las que se encuentran bajorrelieves de la luna y el sol con rayos proyectados en todas las direcciones. Hay muchas otras estatuas en un radio de varias millas e indudablemente que una búsqueda sistemática de la región revelará ricos tesoros arqueológicos. Numerosos túmulos y cavernas evidencian la existencia de templos en ruinas y los restos de obras de arte que han cedido a la decadencia con el paso de los siglos.

181 Probablemente se refiere a la estatua que representa, según Reichel Dolmatoff, un jaguar copulando con una mujer (ver por ejemplo Sevilla-Casas 2007).

182 Es curioso que un naturalista tan observador como Miller asociara la estatua con un búho, al igual que muchos otros autores a lo largo de la historia, cuando resulta más parsimonioso pensar que la misma representa un guaco (*Herpetotheres cachinans*), habitual depredador de serpientes y cuya distribución llega hasta la zona de San Agustín.



Caserío de Santa Bárbara.



Una esquina de San Agustín.

La mayoría de las estatuas conocidas han sido afectadas por los guaqueros en su loca búsqueda de pequeñas réplicas de oro y ornamentos que se encuentran en los sepulcros y varias de ellas han sido demolidas por orden del clero. La única cosa que impide la remoción de las piedras mismas es su gran peso y la falta de facilidades para el transporte.

Las ruinas alrededor de San Agustín no tienen la grandiosidad ornamental de aquellas que se encuentran en Guatemala y en Yucatán sino que fueron ejecutadas con líneas severas y en bajorrelieve. Por otra parte no están tan bien preservadas, lo que podría corroborar que datan de un período mucho más temprano. Los jeroglíficos están prácticamente ausentes. El doctor Karl Theodor Stoepel, que pasó algún tiempo en San Agustín antes de nuestra visita, ha establecido la similitud entre uno de los monolitos encontrados aquí y un ejemplo de Pachacama, en Bolivia. En uno o dos casos el trabajo se asemeja al de los Aztecas[183].

Dar cuenta del avance de una civilización hasta el punto en el cual el arte y la arquitectura fueran promovidos y se apoyara una forma bien organizada de gobierno y luego explicar su completa extinción, es un problema en discusión entre los estudiosos de este tema. La religión de una forma u otra ha ejercido siempre una poderosa influencia sobre la vida y costumbres de las naciones primitivas. Evidencia de ello son las deidades y los templos erigidos para su veneración, que representan los esfuerzos supremos de los antiguos artistas y que solitariamente han resistido el desgaste de los siglos. Ellas señalan la supremacía de un orden sacerdotal, pero hasta qué punto las clases reinantes que ocultaron su conocimiento al pueblo raso por razones egoístas fueron aniquiladas por un levantamiento de las hordas serviles o por una invasión externa o si algún gran cataclismo de la naturaleza extinguió de un solo golpe el progreso conseguido a lo largo de los años, bien puede permanecer secreto para siempre.

La avifauna alrededor de San Agustín era variada y abundante. Los árboles estaban florecidos, especialmente uno que tenía flores rosáceas y plumosas (*Mimosa*) y que atraía decenas de colibríes. Una especie tenía el pico

183 Este investigador presentó los resultados de sus investigaciones, poco antes de la visita de Miller, en el congreso internacional de americanistas reunido en Londres en 1912, bajo el título "The Ancient Monuments of San Agustin, and Archaeological Researches in the District of the Upper Magdalena River" (MacCurdy 1912).

ligeramente curvado y era verde, con un intenso parche púrpura en la garganta[184]; otro de color azul tenía las plumas de la cola de seis pulgadas de largo[185]. En las cañadas había muchas guacharacas que producían un cacareo demoníaco. Los arbustos estaban llenos de pinzones y preciosas tangaras rojas aterciopeladas, mientras que los mieleros venían diariamente a nuestra mesa y se atiborraban de azúcar[186]. En el bosque vimos muchos micos grandes y lanudos, algunos azulosos y otros plateados, perros de monte, guatines y tatabras y el perezoso de dos dedos era abundante[187] ; la carne de todos estos animales era comida con gusto por los nativos. Cantidades de grandes lagartos o iguanas reptaban por el pueblo y hacían un festín de pollitos y pichones de pato. Una incursión de langostas cubrió la totalidad del alto Magdalena y durante varios días el aire estuvo oscurecido por la plaga; millones de estos animales se levantaban del suelo en una nube continua frente a nosotros mientras caminábamos a través de los campos. En unos pocos días no quedaba ni un trocito de verde. Las hambrientas hordas insaciables seguían adelante y dejaban a su paso un amplio desierto parduzco lleno de tristeza y desolación, pues los cultivos de maíz, yuca y plátano habían sido destruidos por lo que habría hambruna durante muchos meses.

Diariamente exploramos los bosques, confinando nuestra búsqueda a las cañadas intransitadas del río Naranjos, un arroyo turbulento y endemoniado que desemboca en el Magdalena a corta distancia más abajo. Grandes precipicios flanquean sus orillas y el agua se precipita a través de gargantas oscuras y estrechas. En todas partes el lecho del río está salpicado de grandes peñascos contra los cuales se estrella el agua con tal fuerza que envía al aire nubes de rocío. Las pendientes de las montañas y las cañadas están cubiertas con una densa jungla de palmas y árboles cargados de racimos de frutos púrpura. Es en lugares como éste en donde el gallito de roca pasa su existencia. Después de varias semanas del más extenuante trabajo nuestros esfuerzos se vieron recompensados: súbitamente encontramos una bandada de machos de esta especie en la copa de una palma, el brillante color escarlata de las maravillosas criaturas flameando vistosamente entre

184 *¿Heliomaster longirostris?*
185 *Aglaiocercus kingi*
186 En el mismo orden, *Ortalis motmot, Ramphocelus dimidiatus y Coereba flaveola.*
187 En el mismo orden, *Lagothrix sp., Potos flavus, Dasyprocta fuliginosa, Pecari tajacu y Choloepus hoffmani.*

las oscuras frondas verdes mientras revoloteaban alrededor y, con los cuellos estirados y roncos "*eur-rr-ks*" examinaban los perturbadores de su retiro ancestral. Éramos los primeros seres humanos en penetrar su refugio boscoso[188] y suscitábamos más su curiosidad que su miedo. La sola vista de estas hermosas aves en su hábitat natural justificaba sobradamente todas las incomodidades del largo viaje. El tamaño de estos pájaros no es mayor que el de las palomas domésticas, pero su color es del más intenso y brillante escarlata y sus alas y cola son negros; las coberteras superiores de las alas son de un pálido tono gris y sus ojos y patas son amarillo oro; una cresta plana de una pulgada y media de altura cumple por completo la cabeza y oculta el pico amarillo. La hembra es de color marrón opaco.

Queríamos encontrar sus nidos y estudiar su historia natural, de la cual se conoce muy poco, además de recolectar material para un diorama en el museo. Con la ayuda de indios y lazos hechos de bejucos, empezamos a explorar los acantilados, algunos de los cuales tenían hasta cien pies[189] de alto. En muchos lugares de las inclinadas pendientes las palmas crecían tan cerca unas de otras que las utilizamos como escaleras. Como llovía casi todos los días los peldaños eran bastante lisos y muchas veces algún miembro del equipo se cayó, salvándose de estrellarse contra las rocas en el fondo del precipicio gracias a la soga que nos ataba los unos a los otros.

Un día, mientras trepábamos lenta y dolorosamente, espantamos un sombrío pájaro marrón de una gran roca que surgía del centro del torrente. Esperamos sin aliento mientras revoloteaba entre las palmas y retornaba a la roca. El ave voló muchas veces de un lado a otro, transportando alimento en el pico, hasta que finalmente logré discernir un objeto oscuro en la superficie de la roca sobre la cual el animal centraba su atención. Ya no había ninguna razón para esconderse, así que nos movimos hasta la orilla del torrente y vimos el nido de hierbas y barro pegado contra la cara de la roca. Por debajo rugía el remolino y en cada lado había una cascada. Un lugar más inaccesible no podía haber sido escogido por el ave cuyo hogar nunca había sido violado.

188 Es llamativa esta pretensión de "descubridor" de Miller, al desconocer el hecho de que sin duda los habitantes de estas montañas ya conocían los sitios de despliegue y anidación de estas aves.
189 30 m



El río Naranjos, arroyo de montaña en donde habita el gallito de roca.

Después de discutirlo, los indios decidieron construir una balsa y para hacerla cortaron árboles y amarraron los troncos, pero tan pronto como la embarcación fue lanzada al agua, fue atrapada por el rugiente remolino y dio vueltas hasta que los bejucos se partieron y nos encontramos luchando contra la corriente. Una gran liana que había sido atada a la balsa y a la orilla fue nuestra salvación.

Entonces tumbaron un árbol alto y se dirigió su caída de forma que la copa cayera a través de la inaccesible isla de roca, pero fracasamos de nuevo cuando le faltaron varias yardas para llegar a ella.

El sol estaba ahora en el cenit y sus fieros rayos penetraban los estrechos confines del cañón de forma que el calor era sofocante. Fuertes truenos anunciaban la llegada de una tormenta y los colorados monos aulladores, cuya siesta de mediodía había sido perturbada, aullaban sin descanso. Aguas arriba, el río fluía como una cinta verdosa de vidrio fundido; aguas abajo, se precipitaba a través de la garganta con un sordo rugido y en el enorme peñasco en el centro colgaba un tesoro por cuya posesión los hombres estaban arriesgando sus vidas y justo cuando estábamos a punto de alcanzar el éxito, parecía que fracasaríamos. Incluso los indios, pioneros de la jungla, sacudían sus cabezas dudosos y querían emprender el regreso.

Solamente nos quedaba intentar un último recurso. Con varas y cuerdas dos de los indios y yo bajamos hasta un montón de piedras que sobresalían del furioso torrente en la boca misma de la garganta. El otro indio empató varios trozos delgados de bambú y trepó hasta la rama del árbol caído que se había quedado encajada entre algunas rocas. Desde esta precaria posición, empujó repetidamente el nido con su pértiga, hasta que finalmente cayó y empezó a girar locamente en el remolino. Después de dar vueltas muchas veces salió disparado hacia la garganta, en dirección a la roca en donde estaba parado Juan. Mientras le gritábamos nuestro apoyo, Juan se lanzó al agua y a pesar de que era un poderoso nadador, dudamos si lo volveríamos a ver, pero después de lo que nos pareció que eran minutos, reapareció luchando furiosamente con la corriente que lo atraía hacia el remolino. Le lanzamos entonces una cuerda y lo arrastramos hasta la orilla. En la boca llevaba el precioso nido, con un polluelo ahogado, agarrado todavía a su tapizado de hierba.

Más tarde y en condiciones poco menos emocionantes, encontramos otras aves y nidos con huevos y polluelos, pero coleccionamos solamente aquellos que eran absolutamente necesarios. Los demás, y había muchos, los dejamos en el eterno misterio de lo silvestre, para danzar en las sombras y cortejar a sus parejas junto a las aguas presurosas; para criar sus polluelos y llevar la vida que les fue destinada desde el comienzo.



Capítulo VII

Cruzando los Andes orientales hacia el Caquetá

De los muchos lugares poco conocidos en Suramérica, el más recóndito yace al este de la base oriental de los Andes. Se trata de la región del Caquetá en Colombia. Habíamos estado considerando la factibilidad de emprender un viaje hacia este sector, pero el regreso a casa de mi compañero, el Doctor Allen y el de Mr. Lloyd, desde San Agustín, me dejaron solo en el campo y dudé acerca de la conveniencia de hacer este viaje sin su ayuda. De toda la información que pude obtener, el paso de la Cordillera Oriental presentaba grandes obstáculos y tenía que hacerse a pie. La época lluviosa ya se había iniciado, lo cual se sumaba a las dificultades del viaje. Además los ríos estaban crecidos, hasta el punto de existir el peligro de verme detenido por cualquiera de ellos o, mucho peor, incapacitado para volver a cruzarlos en el viaje de regreso. Sin embargo, una mirada de cerca invariablemente cambia la perspectiva, de forma que tomé la determinación de acercarme a la región hasta donde me fuera posible, obtener todos los datos disponibles y luego seguir el curso que pareciera más apropiado.

De esta forma nos despedimos a regañadientes de San Agustín un domingo en la mañana. El pueblo entero salió para vernos partir y nos dio numerosas muestras de sus buenos deseos y su amistad, representadas en pañuelos bordados, sombreros de Panamá[190], comida y mascotas. Un indio anciano me ofreció solemnemente un pequeño mico, que según él, podía llorar si se le daba una buena paliza; incluso se ofreció a hacer una demostración de dicha habilidad de la criatura, pero yo le aseguré que su palabra era suficiente garantía. Otra persona aportó un loro y dijo que sería muy buena compañía pues "conversaba" muy bien. El *¡Vaya con Dios!* de estas simples y honestas gentes era conmovedor y llevamos con nosotros solamente los recuerdos más placenteros y el sentimiento de verdadera amistad.

190 La población de Suaza (Huila) es uno de los lugares en donde se han fabricado tradicionalmente los jipijapas que son mundialmente conocidos con el nombre genérico de Sombreros de Panamá.

Después de una cabalgata de tres días a través de planicies y pasturas onduladas, cruzamos el río Suaza y nos apeamos en el pueblo de Guadalupe, ubicado al pie de la cordillera Oriental. Estaban construyendo un camino desde este punto para cruzar las montañas hacia el drenaje amazónico; sin embargo, el trabajo apenas había empezado y los reportes que recibimos de los pobladores acerca de la ruta no eran muy alentadores.

No había nada de interés particular en el caserío. Nos trasladamos a un sitio conocido como La Danta, tres mil quinientos pies[191] más arriba en la pendiente. Había abundantes bosques alrededor, en donde cazamos con buenos resultados durante casi tres semanas.

Un día un grupo de indios acampó a la orilla de una quebrada no muy lejos de La Danta, e inmediatamente hizo un dique de rocas y barro a través del pequeño cauce. Luego maceraron una gran cantidad de hojas de yuca y las arrojaron al agua. El jugo lechoso se disolvió rápidamente y pronto decenas de bagres salieron a la superficie, atontados por el veneno y flotando en sus dorsos. Los indios los recogieron en canastos para llevárselos. Estos bagres, habitantes de quebradas torrentosas de las montañas, están provistos de una ventosa que les permite adherirse a las rocas para descansar [192] ; de otra forma serían arrastrados corriente abajo, ya que no son nadadores muy poderosos.

El costo de casarse es tan alto en algunos países suramericanos, que en muchos casos la ceremonia es omitida. Ocasionalmente, sin embargo, bandas de misioneros visitan una región e intentan deshacer el daño infligido al unir en matrimonio, sin ningún costo, a todos aquellos que se presentan ante ellos con ese propósito. Los padres no son siempre los culpables; con frecuencia los habitantes son simplemente demasiado indiferentes o perezosos como para pasar por todas estas formalidades o posiblemente no hay nadie en su comunidad que pueda surtir sus necesidades espirituales.

Mientras estuvimos en La Danta media docena de sacerdotes llegaron a Guadalupe y urgieron a los *paisanos* para que aprovecharan esta oportunidad para unirse en pareja de acuerdo con el ritual de la iglesia. La gente

191 1066 m
192 Aparentemente se refiere a peces de la familia Loricariidae.

escuchaba sus exhortaciones, prometía hacer caso de las advertencias y, en el último momento, no asistía a la cita. Entonces los padres perdían la paciencia y hablaban el asunto con el *jefe*, quien enviaba soldados para que barrieran el terreno y llevaran a todos quienes estuvieran amancebados en un radio de muchas millas; con frecuencia las parejas eran llevadas esposadas y todas sus objeciones y excusas eran prontamente invalidadas o ignoradas por el clérigo oficiante. Luego todos eran puestos en fila y casados de una vez.

Varias semanas más tarde fui el huésped de un alto oficial de gobierno en otro estado. Durante la conversación de la cena, la *señora* me preguntó de la manera más casual: "¡Cuénteme! ¿En su país la gente se casa o *así no más* como aquí?" Esta última frase estuvo acompañada por un delicado chasquear de los dedos. Me temo que le contesté: "*¡Así, no más!*"

Supimos por los peones que trabajaban en el nuevo camino que las operaciones se habían extendido hasta un punto cerca de la cima de la cordillera y que un *tambo*, o cobertizo de descanso, había sido construido allí para abrigar a los trabajadores. Inmediatamente salimos hacia este sitio y a fuerza de una dura caminata llegamos hasta allí en el término de un día. El rancho llevaba el nombre de Andalucía y se encontraba a siete mil novecientos pies de elevación[193]. Los peones amablemente compartieron sus aposentos con nosotros y dividimos nuestras raciones con ellos, lo cual debió ser un bienvenido cambio de su eterna dieta de maíz cocido y *panela*.

El clima en Andalucía era muy severo; la neblina, los fuertes vientos, la lluvia casi continua y una temperatura helada nos recordaban continuamente las condiciones de un páramo en la peor época del año. Además el bosque era denso y el gran número de troncos y ramas caídos lo hacían impenetrable en su mayor parte. Las aves eran escasas y difíciles de encontrar, pero los mamíferos pequeños abundaban.

El capataz de la obra había limpiado unos cuantos acres de tierra en donde sembró trigo, pero las probabilidades de obtener una cosecha eran muy pequeñas pues parecía como si todas las ratas y ratones en muchas millas alrededor hubieran localizado este sitio y migrado hasta allí para desenterrar la semilla y recortar los tiernos brotes.

193 2400 m.

El agua para beber y cocinar era obtenida de una profunda zanja excavada en la pendiente. Una de nuestras tareas iniciales es siempre la de investigar las fuentes de agua de la región en la que estamos trabajando; una inspección de la excavación cerca del tambo reveló una situación asombrosa; tres lombrices, tan grandes como serpientes de buen tamaño, habían hecho de este reservorio su hogar. Eran parecidas a las bien conocidas "brillosas"[194] que aparecen en nuestros prados después de las lluvias, ¡pero de qué tamaño! La más grande resultó tener, al medirla, treinta y siete pulgadas de largo y cuatro de circunferencia[195]. Cuando le pregunté al cocinero por qué no las había removido manteniendo el agua limpia, me informó prontamente que eran *cojures*[196] que él había conseguido escarbando en el bosque y que las había puesto allí para usarlas en una pesquería en las tierras bajas. Tal vez sobra decir que sus mascotas desaparecieron rápidamente; ¡él siempre insinuó que habían sido víctimas de mi juego sucio!

Un día una persona de aspecto distinguido apareció en la carretera y se presentó a sí mismo como el General Rafael Santos, de Bogotá. Había oído que estábamos en la localidad y que queríamos llegar al Caquetá y se preguntaba si nos podría ser de alguna utilidad. Como él estaba a cargo del trabajo que se estaba adelantando en el nuevo camino, ciertamente estaba en una posición de servirnos de gran ayuda. Nos contó de las condiciones en la vertiente oriental y también acerca del país que teníamos tantas ganas de ver. Antes de irse, uno de sus peones fue despachado a lo largo de la trocha para informar a sus grupos de exploradores que nosotros llegaríamos en corto tiempo de forma que tuvieran preparados para nosotros algunos sitios en donde acampar.

No perdimos tiempo en iniciar el viaje. Tenía conmigo varios nativos que habían estado con la expedición algunos meses y su número aumentó con hombres de Guadalupe que estaban ansiosos de meter mano en la empresa. Todos caminaban, los peones cargando los bultos, pero se habían enviado algunas mulas por delante para poner a prueba el camino y también para que las montáramos al llegar a terreno plano en la parte baja.

194 "Shiners", entre comillas en el original.
195 94 y 10 cm, respectivamente.
196 Así aparece escrito en el original, seguido, entre paréntesis, de lo que parece ser una representación de su pronunciación (cohories). Ninguno de los dos términos aparece en diccionarios por lo que podría tratarse de alguna designación local o un nombre indígena para estos invertebrados.

La densa selva subtropical que empieza en La Danta continúa hasta la cima de la cordillera y baja por la otra vertiente en una masa ininterrumpida de sólido y viviente verdor. No había prácticamente ningún signo de vida, pero el viento soplaba de manera menos violenta y el frío era menos intenso y no tan penetrante como en Andalucía.

La pendiente es menos abrupta que en el flanco occidental. La segunda noche llegamos a un cobertizo de techo de palma llamado El Paraíso. La elevación era de dos mil cuatrocientos veinticinco pies[197]. Un grupo de desastrados y descontentos trabajadores había erigido este refugio y decían que permanecerían allí sin trabajar un día más hasta que no recibieran su pago, retrasado desde hacía varios meses. Tal vez aún permanecen acampando allí a menos que las perspectivas de morirse de hambre los fuercen a moverse, ya que habíamos oído varias veces que los capataces tenían la costumbre de apropiarse los salarios de todos sus trabajadores y desaparecer.

Más allá de "El Paraíso", la vía conducía a través de una región que bien pudiera llamarse *El Infierno*. Había una sucesión ininterrumpida de charcos y lodazales de forma que luchamos hora tras hora avanzando a través del agua y el lodo de varios pies de profundidad. Contra nuestras expectativas, habíamos podido usar las mulas para cargar bultos muy livianos en algunos trechos de la jornada del día anterior; pero ahora se enterraban en el barro y nos causaban tanto problema que lamentamos de todo corazón no haberlas dejado atrás.

Los días siguientes el terreno estuvo salpicado de colinas rocosas y escarpadas, alternadas con depresiones profundas y fangosas. La lluvia cayó casi continuamente, pero esto sirvió para alejar insectos molestos. Los peones aún estaban alegres y parecían disfrutar la experiencia a pesar del duro trabajo.

Sin embargo, tuvimos una sensación de alivio cuando emergimos de las montañas para entrar en un sector de bosque plano, cuya elevación era de mil pies[198]. Desde el borde de esta "explanada" tuvimos nuestra primera

197 739 m.
198 305 m.

vista del Caquetá — un perfecto océano de selva se extendía hasta donde alcanzaba la vista, lo que en los días claros puede ser una distancia de muchas millas. La vista es impresionante. No se divisa una sola estribación por encima de la alfombra uniforme de verde, ya que todos los árboles parecen tener la misma altura.

Paramos en el primer rancho nativo que encontramos, a unos diez minutos a pie del asentamiento de Florencia. Había un claro de considerable tamaño, la mayor parte del cual estaba cubierto de pasto y malezas, pero también había campos de caña y plátanos. Estos últimos fueron los mejores que jamás encontré en todo Suramérica — tenían dieciocho pulgadas de largo[199] y eran más dulces y de mejor sabor que los mejores bananos. Aquí era casi imposible cultivar caña de azúcar en cualquier cantidad; los chigüiros eran abundantes a lo largo de los arroyos y hacían incursiones nocturnas a la plantación, devastando grandes áreas en cada visita.

La gran selva amazónica que se extendía en todas las direcciones estaba llena de sonidos sorprendentes producidos por una fauna completamente nueva para nosotros. Por primera vez oímos el claro y sonoro silbido del "falso pájaro campana" (*Lathria cinerea*[200]). Su penetrante "whoo-eeuhee-oo[201]" llenaba la selva de música mientras las aves se llamaban una a otra, pero los oscuros cantantes eran difíciles de ver entre las ramas sombrías. El canto contiene varias notas chirriantes que se pierden a cierta distancia.

La abundancia y variedad de vida silvestre era tan grande como para casi apabullarnos y trabajamos día y noche preparando el rico material que caía en nuestras manos. Las condiciones de trabajo eran muy desfavorables; llovía diariamente, los jejenes nos quitaban gran parte del placer que traía cada día en la forma de nuevas e interesantes criaturas, y los mosquitos y las pulgas insistían en entrar bajo los toldillos y hacer las noches desagradables. Cada miembro de la expedición sufrió de malaria durante toda nuestra estadía en la región del Caquetá. A pesar de estas dificultades, no perdimos ni un solo día y nuestras colecciones crecieron rápidamente hasta alcanzar un tamaño superior a cualquier récord.

199 47 cm.
200 Actualmente denominado *Lipaugus vociferans.*
201 En el original.



Helecho arborescente, típico de los bosques andinos.

Fue necesario, por supuesto, depender hasta cierto punto de los cazadores nativos, que eran instruidos siempre, con el mayor cuidado, acerca del área que debían visitar y la forma como debían trabajar; de los resultados que obtuvieron, yo podía usualmente adivinar hasta dónde habían seguido mis instrucciones. Uno de estos *cazadores* era un mestizo perezoso y de buen genio llamado *Abrán*. Cada día llegaba con una historia trágica, contando en detalle la enorme distancia que había recorrido, las dificultades de semejante caminata a través de la jungla y traía muy pocos especímenes. Yo fingía creer sus historias, sabiendo perfectamente que en realidad había seleccionado un sitio confortable a más o menos una milla de distancia y luego se había acomodado en un tronco para pasar un día tranquilo, fumando y soñando despierto. Cuando algún animal se acercaba lo suficiente, le disparaba. De esta forma consiguió muchas de las especies tímidas que viven en el suelo, como rascones, tinamúes y hormigueros que uno ve muy raramente mientras se mueve a través de la selva. Esto era exactamente lo que yo quería. Es casi imposible encontrar un cazador nativo con suficiente paciencia como para sentarse y esperar este tipo de animales, de forma que mientras Abrán pensaba que estaba haciendo un juego fácil, en realidad era el peón más valioso del grupo. Su hermano Moisés era de temperamento opuesto; caminaba muchas millas cada día y consideraba más allá de su dignidad dispararle a algo que no fuera una de las aves grandes y brillantemente coloreadas, como loros, guacamayas, cotingas y tangaras o micos — en suma, presas dignas de los esfuerzos de un hombre. Los dos hermanos hacían una combinación ideal.

Moisés había hablado frecuentemente acerca de un pájaro maravilloso llamado *tente* que según él se encontraba en la región y que estaba decidido a conseguir como mascota para el *patrón*. Un día trajo una pequeña criatura extraña y asustada — sólo patas y cuello — que me presentó orgullosamente como el *tente*. Se trataba de un trompetero juvenil (*Psophia*). Después de atarlo por unos pocos días, se volvió muy manso y se le dio entera libertad para circular por el lugar. Caminaba despacio y de manera muy digna, capturando moscas y picoteando insectos en el piso o en las paredes; pero si por casualidad un perro pasaba cerca, se abalanzaba con sus alas abiertas, emitiendo un sonoro rugido desde lo más profundo de su pecho; el pobre perro siempre corría despavorido. El ave creció rápidamente y en poco tiempo aparecieron las hermosas plumas azul metálico de su garganta. Cuando emergíamos de las hamacas en las mañanas estaba siempre allí para saludarnos con venias profundas, con las alas

abiertas y profundos murmullos. Mientras viajábamos, un saco de fibra de malla gruesa servía para transportarlo y en cuanto lo soltábamos al hacer el campamento, primero secaba su plumaje cuidadosamente ante el fuego, luego trotaba alrededor por un rato y finalmente volaba hacia las ramas del árbol más cercano para pasar la noche. Mantuvimos esta interesante mascota hasta nuestra partida de Colombia y entonces se la obsequiamos a un conocido en Neiva, que sabíamos que lo iba a cuidar bien.

Una colonia de hormigas jardineras[202] se habían apoderado de un parche de pequeños yarumos cerca de la casa. Transportaban partículas de tierra hasta las ramas y formaban con ellas grandes bolas en las cuales sembraban las semillas de una planta suculenta. La tierra era mantenida suelta y húmeda y el racimo de brotes tiernos se asemejaba a una suelda[203]. De esta forma, aseguraban una abundante fuente de alimento.

Florencia era un pequeño caserío de ranchos de adobe y guadua, construido anticipando la apertura de la Amazonia colombiana, cuando la nueva carretera a través de los Andes esté terminada. La región es indudablemente rica en recursos naturales y parece haber una posibilidad para que los sueños de estos colonos pioneros alguna vez se hagan realidad. Sin embargo, cinco años después de nuestra visita, mientras estaba a bordo del barco S. S. Vauban rumbo a Nueva York, me encontré por casualidad, entre los pasajeros, un colombiano a quien yo había conocido en Florencia. Me aseguró que allí el clima había resultado tan malsano, que la mayoría de la gente había muerto o se había ido y el asentamiento estaba prácticamente desierto. La elevación del sitio, aunque está a varios miles de millas del océano Atlántico, hacia donde drenan sus ríos, es de solamente seiscientos setenta y cinco pies[204].

Durante nuestra estadía en la vecindad, tuvimos ocasión de presenciar una celebración de las fiestas de San Juan. La víspera del festival se sacrificó un cerdo en cada rancho y aquellos que no tenían animales fueron a la selva y mataron alguno silvestre. El cadáver aliñado fue puesto en una batea

202 Probablemente se refiera a las hormigas jardineras del género *Camponotus*, ampliamente distribuidas en la Amazonia, las cuales presentan asociaciones simbióticas con plantas de por lo menos 16 géneros (ver, por ejemplo, Hölldobler & Wilson 1990).

203 Planta parásita de la familia Loranthaceae.

204 206 m.

oblonga de madera, rodeado con plátanos, yucas y ñames y luego asado durante horas en un horno de barro. Los asados eran deliciosos y todos comieron hasta que no quedó ni un bocado, bien avanzada la noche. Al día siguiente empezó la fiesta propiamente dicha con una corrida de toros; talentos locales, sin camisa y en calzones deshilachados, remplazaron a los elegantes *toreadores, banderilleros* y *matadores*. Esta era una excelente oportunidad para que los jóvenes desplegaran su coraje frente al sexo débil, que se había congregado en masa para presenciar la demostración y si uno disfruta de tales espectáculos, sin duda podría decir que la exhibición fue bastante aceptable. Los hombres enfrentaban al toro agitando sus ponchos coloridos y cuando el animal los perseguía, corrían a refugiarse, como es costumbre en esta profesión. No nos quedamos para ver el final, pero más tarde ese mismo día las mujeres estaban asando trozos de carne sobre las hogueras. El festejo continuó durante varios días y la última parte de este periodo consistió en beber aguardiente, con las peleas resultantes que siempre marcan el final de estos asuntos. El alcalde era un espíritu líder en las actividades de esta ocasión festiva; había sido sacerdote durante un tiempo, pero fue excomulgado por predicar sermones de naturaleza demasiado liberal. Entonces se casó y estaba levantando una familia. Nos contó que era dueño de un rancho llamado La Morelia, a dos días de viaje desde Florencia y se ofreció para enviarnos allí, de forma que aceptamos con gusto su cortesía ya que estábamos ansiosos por ver la región mucho más adentro.

Un sendero poco definido conduce a La Morelia. El bosque es comparativamente abierto, es decir, libre de sotobosque denso. Los árboles son altos y hay unos pocos helechos arborescentes y palmas; muchos lirios trepadores y otras epífitas crecen sobre los troncos y las ramas. No hay musgos; cerca de las quebradas, guadua, cañabrava, pastos altos y plantas espinosas, unidos por rastreras, forman junglas densas que son difíciles de penetrar. Los arroyos y los ríos son numerosos e instantáneamente estuvimos impresionados con su tamaño y profundidad. Para atravesarlos, usamos canoas talladas en troncos. Aunque la corriente es muy rápida, los cursos de agua son tan silenciosos que uno no se entera de su existencia hasta que llega a sus orillas.

Vimos muy pocos de los indios Huitoto que habitan este distrito. Parece que permanecen recluidos en sus casas selváticas y raramente se aventuran en el camino de los colonos. Aquellos que encontramos eran de estatura baja,

piel amarillenta y sus facciones eran tan parecidas a las de los japoneses que fácilmente podían ser confundidos con dicha raza. Son de una disposición tímida y retraída. Sus ornamentos eran muy elaborados y consistían de tobilleras, amuletos y collares de semillas de colores y dientes de jaguar y de mico hábilmente mezclados en combinaciones agradables.

La choza en La Morelia era muy grande y estaba construida completamente en guadua, con techo de hojas de palma. Una característica inusual era que tenía dos pisos, el más bajo usado para almacenar granos y plátanos y el de arriba como vivienda. Un claro de aproximadamente cien acres[205] la rodeaba; en su mayor parte estaba cubierto de pasto usado como forraje para unas pocas cabezas de ganado y el resto estaba cultivado. Los varios acres sembrados en plátano producían tan abundantemente que centenares de racimos se desperdiciaban. Si se dejan madurar en la mata, los frutos se revientan y son destruidos por los insectos. Los racimos mejores se cortan verdes y luego se ponen a madurar en un cuarto del primer piso de la casa. Por la noche, centenares de pequeños murciélagos visitaban el encierro para alimentarse en el montón de frutos en rápida maduración. Queríamos algunas de estas criaturas para nuestra colección, pero encontramos particularmente difícil capturarlos o cazarlos en suficiente cantidad. Por último desarrollamos el plan de suspender una atarraya del cielo raso y unir sus bordes para que formara un cono con una amplia base. Pusimos un gajo de los plátanos más maduros como carnada en el centro y pronto los murciélagos se congregaron en enjambres alrededor de la trampa. Al principio estaban prevenidos y circulaban alrededor de la red sin intentar posarse, pero a medida que su hambre incrementaba su cautela disminuía proporcionalmente y en poco rato estaban golpeando el cono de malla desde todos los lados y luchando locamente para pasar a través de sus pequeños agujeros. Algunos lograron forzar su paso a través de los ojos de la red y cayeron de inmediato sobre el cebo con voraz apetito. La gran mayoría, sin embargo, quedó enredada sin remedio. Los recién llegados arribaban sin cesar y no prestaban atención a nuestra presencia ni a las luces que llevábamos, sino que se arremolinaban alrededor de sus hermanos cautivos hasta que la red quedó cubierta con una palpitante masa chillona.

205 Unas 40 ha.

La casa estaba a tiro de piedra del Río Bodoquera — un arroyo de doscientas yardas de ancho[206]. Una noche un jaguar atacó el ganado y lo persiguió hacia un espolón de arena que se proyectaba hacia el arroyo. Escuchamos el bramar enloquecido de los animales asustados cuando pasaron en estampida junto al rancho, perseguidos por el rugiente jaguar. Unos cuantos disparos fueron suficientes para atemorizar al gran gato manchado y hacerlo regresar a la selva, pero el ganado rehusó abandonar la posición estratégica hacia la cual se había retirado. El río estaba creciendo rápidamente y amenazaba a las despavoridas criaturas. Todos los trabajadores se levantaron; tomamos linternas y abordando las canoas, remamos hasta el extremo de la península para intentar arrear el ganado de regreso a la orilla. Todos nuestros esfuerzos fueron en vano. El trabajo era muy emocionante, ya que algunas reses embravecidas embestían las luces cuando nos acercábamos demasiado. Finalmente el agua se hizo tan profunda que los animales tuvieron que nadar y luego cruzaron hasta la otra orilla del río y se perdieron de vista. Tomó varios días recoger de nuevo el ganado y algunas cabezas nunca aparecieron.

Un día un fraile franciscano se detuvo en el rancho para descansar un rato. Estaba empeñado en abrir una trocha hasta Mocoa. Unos veinte peones lo acompañaban, cargando su equipaje. Su sotana estaba en hilachas y sus pies descalzos. Había pasado meses en la jungla y daba muestras de agotamiento. Cada uno de sus hombres cargaba algún animal en su mochila. Había micos, loros, guacamayas y una curiosa criatura pequeña de la familia de la guagua (*Myoprocta*) a la que llamaban *tin-tin*. Nosotros habíamos visto un buen número de estos animales a lo largo de los barrancos del río, en donde tenían sus madrigueras. Su carne es blanca y de muy buen sabor. A pesar de los rigores a los que habían estado sometidos, el sacerdote y sus compañeros estaban de muy buen humor y después de un descanso de una hora se echaron sus morrales a cuestas y reanudaron la marcha. Nadie puede disputar el hecho de que hombres de este tipo hayan hecho un aporte significativo a la exploración de regiones desconocidas de Suramérica; usualmente son ellos los verdaderos baqueanos que abren el camino para los colonos pioneros que vienen detrás.

206 180 m



El alto y achatado panorama de los Andes.

La avifauna del Caquetá es típica de la selva amazónica y muchas de sus especies se encuentran río abajo a dos mil millas[207] de distancia. Esto se debe a la uniformidad de las condiciones topográficas y a la ausencia de una barrera que interfiera con la dispersión de las especies. En todas nuestras visitas a las cabeceras de los tributarios del Amazonas en Colombia, Bolivia y Brasil, una gran proporción de los mamíferos que coleccionamos eran nuevos para la ciencia y diferían enormemente de aquellos que se encuentran más abajo a lo largo del curso del río. Animales tan grandes como los monos (*Ateleus* [sic][208]), micos "voladores" (*Pithecia*) y felinos representaban formas hasta ahora desconocidas para la ciencia. Muchos de los mamíferos más pequeños también eran nuevos. Por supuesto, no debemos perder de vista el hecho de que la capacidad de volar les da una mayor movilidad a las aves y da cuenta de la amplia distribución de algunas de ellas, pero no explica la distribución igualmente amplia de las especies que se encuentran en el piso del bosque y que son pobres voladoras.

Después de tres agotadoras semanas en La Morelia regresamos a nuestro primer campamento cerca de Florencia. La época lluviosa estaba en su peor momento y nubes bajas cubrían el bosque día tras día mientras verdaderos torrentes de agua caían casi continuamente. El viaje de retorno a Guadalupe fue mucho más difícil que nuestro ingreso a la región, pues la mayor parte del camino era cuesta arriba y el fango y el agua se habían acumulado en algunos puntos de forma que nos daba a la cintura. El frío era más intenso a medida que nos acercábamos a la cima de la cordillera. Nunca estuvimos secos ni abrigados hasta que llegamos a nuestro destino.

El máximo tiempo permitido para trabajar en Colombia había expirado. Aunque había pasado más de dieciocho meses en la república, el tiempo había volado y lamentaba de corazón que no fuera posible visitar muchos otros sitios que invitaban la exploración. Lo que restaba era esperar un viaje de regreso en el futuro — esperanza que habría de concretarse varios años más tarde en nuestra expedición a las montañas antioqueñas.

El viaje de vuelta a casa no tuvo ningún incidente memorable. Primero, una cabalgata de cinco días a lo largo del valle semidesértico del Magdalena

[207] 610 km
[208] *Ateles*

hasta Neiva. El río no es navegable en esta porción de su curso debido a la existencia de algunos raudales y aguas poco profundas. En Neiva conseguimos un champán, bote de carga de fondo plano. La tripulación de veinte hombres nos condujo hasta Girardot, a punta de remo, en tres días; devolver la embarcación hasta el punto de partida río arriba, les toma treinta.

El resto de la jornada a Puerto Colombia lo hicimos viajando en tren y en barcos de vapor y nos tomó dos semanas.

Al comentar el trabajo de nuestra expedición al Caquetá, el Doctor Chapman, en su "Distribución de la avifauna en Colombia" escribe: "trabajando durante la época lluviosa en las húmedas selvas amazónicas del Caquetá, en donde solamente podía contar con la ayuda inexperta de nativos, [Miller] obtuvo ochocientos treinta especímenes de aves y mamíferos en treinta días, una verdadera hazaña de colección en el trópico." Y continúa: "esta localidad… fue una de las más productivas de todas las que fueron visitadas por las expediciones del Museo Americano de Historia Natural y en ella se obtuvieron muchas especies que hasta entonces no habían sido registradas en Colombia."



Capítulo VIII

A través de las Minas de oro antioqueñas hasta Puerto Valdivia en el bajo Cauca

Puerto Berrío no es el sitio más atractivo de Colombia, pero es, no obstante, de gran importancia. Todos los vapores que se mueven por el bajo Magdalena se detienen en ese puerto, aquellos que remontan la corriente paran a descargar remesas dirigidas a Medellín y los que bajan con la corriente lo hacen para embarcar oro y otros productos de las tierras altas de Antioquia.

La llegada del vapor siempre causa una gran cantidad de confusión. Se requiere que los pasajeros que desembarcan estén pendientes de su propio equipaje, lo cual no es una tarea sencilla, ya que invariablemente se halla enterrado bajo montañas de cajas y bolsas bajo cubierta y una vez ha sido localizado, es necesario contratar peones para que lo lleven a la orilla, ya que la tripulación se niega invariablemente a prestar este servicio.

Siempre hay carreras para llegar al pequeño hotel "*Magdalena*", construido en un ligero promontorio que mira hacia el río. Las acomodaciones son limitadas y los que llegan primero naturalmente obtienen la ventaja de seleccionar las habitaciones más frescas del piso superior. Sin embargo, las ventajas ganadas son imaginarias, en el mejor de los casos. El clima es insufriblemente cálido durante el día y los mosquitos que se filtran a través de las redes que protegen las camas son insoportables durante la noche. Tampoco es posible dar con el confortable frescor de un baño; se supone que un pequeño edificio de hierro corrugado en el jardín satisface esta necesidad pero la cisterna de la ducha está ubicada sobre el techo en medio del brillo del sol tropical y el agua se calienta a tal grado que queda casi hirviendo.

El pueblo de Puerto Berrío está situado a unos cuantos cientos de yardas por debajo del atracadero. Contiene aproximadamente cien edificios bajos, muchos de los cuales son empleados como almacenes donde mercaderías y, lo que es más importante al menos para los transeúntes, una gran variedad de fruta se pueden encontrar. Todos los edificios son bajos

– algunos están hechos de adobe con techos de tejas rojas, otros no están construidos con nada de mayor sustancia que la guadua y paja u hojas de palma.

Más allá del pueblo hay una choza baja y larga que es utilizada como matadero. Cuando uno se cansa de mirar las tangaras azules, los turpiales y las reinitas amarillas[209] pelear en las palmas de coco que están cerca del hotel, se puede tentar el gusto estético acercándose al pabellón de muerte bovina y mirar los cientos de buitres negros[210] sentados sobre el techo, trotando y brincando sobre el piso o rasgando las pieles que se han dejado secando estiradas. Estas aves son una parte tan típica de la mayoría de los pueblos y aldeas de la Colombia tropical que pronto se aprende a aceptarlos como parte de la vida. Hacen las veces de carroñeros. Sin ellos los asentamientos humanos hederían a podredumbre.

Puerto Berrío marca el comienzo de una estrecha carrilera y cada mañana a las seis un tren de pasajeros sale de la estación hasta Cisneros, completando así la primera etapa del viaje a Medellín. Casi inmediatamente después de dejar el puerto, la carretera se zambulle en el más hermoso tipo de bosque que tiene el valle del Magdalena. Por tanto, desembarcamos en el primer asentamiento, llamado Malena, tan sólo quince minutos después de haber dejado atrás el punto de partida. Mi asistente para esta expedición era Mr. Howarth S. Boyle, de Elmhurst, Long Island.

En Malena el bosque tropical llega al ápice de su desarrollo. Hay un claro lo suficientemente grande como para albergar la aldea de más o menos veinte casas y la noble pared viva de árboles la bordea por todas partes. La gente es muy gentil y si bien no hay posada o alojamiento de ninguna clase, una familia mestiza ofreció voluntariamente permitirnos usar una parte de su hogar.

Un corto recorrido de inspección afianzó nuestra primera impresión de la región; era el paraíso de un naturalista. Sólo bastaba con ir a las afueras del pueblo para encontrar pájaros en gran abundancia. Unos cuantos árboles altos y muertos todavía se erguían sobre el claro, probablemente porque

209 *Thraupis episcopus, Icterus sp. y Dendroica petechia,* respectivamente.
210 *Coragyps atratus*

resultó más fácil simplemente rodearlos y dejarlos morir que talarlos y muchas guacamayas azules y amarillas[211] y loras del género *Amazona* anidaban en cavidades en lo alto de los troncos. Tenían polluelos en el momento de nuestra visita (marzo) y chillaban y revoloteaban alrededor de los nidos todo el día. A nadie se le ocurría molestarlos. Golondrinas barranqueras y de campanario[212] anidaban en los mismos tocones y aparentemente vivían en perfecta armonía con sus ruidosos vecinos.

Una corriente clara, somera y estrecha corre por entre el claro y un cinturón de arbustos y brotes cubre cada banco de un verde oscuro. Éste era el sitio de descanso favorito de muchas aves pequeñas; horneros y hormigueros corrían por entre las profundas sombras, mientras que las gallinaciegas, despertadas de sus siestas aleteaban silenciosamente y caían una vez más a unos pocos pies de distancia. Decenas de periquitos parloteaban en las ramas por encima de nuestras cabezas mientras que bandadas de grandes cucaracheros moteados (*Heleodytes*[213]) se sumaban al coro con sus alegatos incesantes.

Si no nos alejábamos del riachuelo sorprenderíamos sin duda garzas de varias especies e ibis negros[214] vadeando en el agua panda. Una cocinera (*Crotophaga*) revoloteaba en los arbustos encima de nosotros; estas torpes aunque hermosas criaturas del tamaño de una urraca azul tienen el plumaje negro brillante e iridiscente; la boca es blanca mientras que los ojos son de un color verde arveja[215].

Si nuestras zancadas nos llevaban al denso bosque, veíamos cambiar el temperamento de las aves. Gigantescas oropéndolas (*Ostinops*), caciques y guacharacas[216] permanecían cerca del borde de la vegetación más alta, mientras que las bandadas de tucanes parecían preferir la protección de la cobertura vegetal más inaccesible.

211 *Ara ararauna*
212 *Stelgidopteryx ruficollis y Progne chalybea,* respectivamente.
213 Actualmente denominado *Campylorhynchus.* Por el nombre común empleado por Miller, probablemente se tratase de *C. zonatus.*
214 *Phimosus infuscatus*
215 Según la descripción, sin duda se refiere a *C. major,* por lo que empleamos uno de los nombres comunes más generalizados en Colombia para esta ave.
216 En el mismo orden, *Psarocolius decumanus*, probablemente *Amblycercus holosericeus y Ortalis ruficauda.*

El bosque es magnífico y está compuesto mayormente de ceibas de troncos gruesos y blancos y copas extensas. Muchas [palmas de] *tagua*, o de nuez de marfil crecen bajo los altos árboles; su fruto es un importante artículo de exportación del valle del Magdalena y durante agosto y septiembre, miles de costales son enviados río abajo a Barranquilla. La vida silvestre, sin embargo, resultó ser comparativamente escasa en el bosque propiamente dicho, con la excepción de los mosquitos, los cuales estaban siempre presentes en enjambres ilimitados, incluso durante el día y pequeñas tropas de tities pardos[217] que se dejaban ver rara vez.

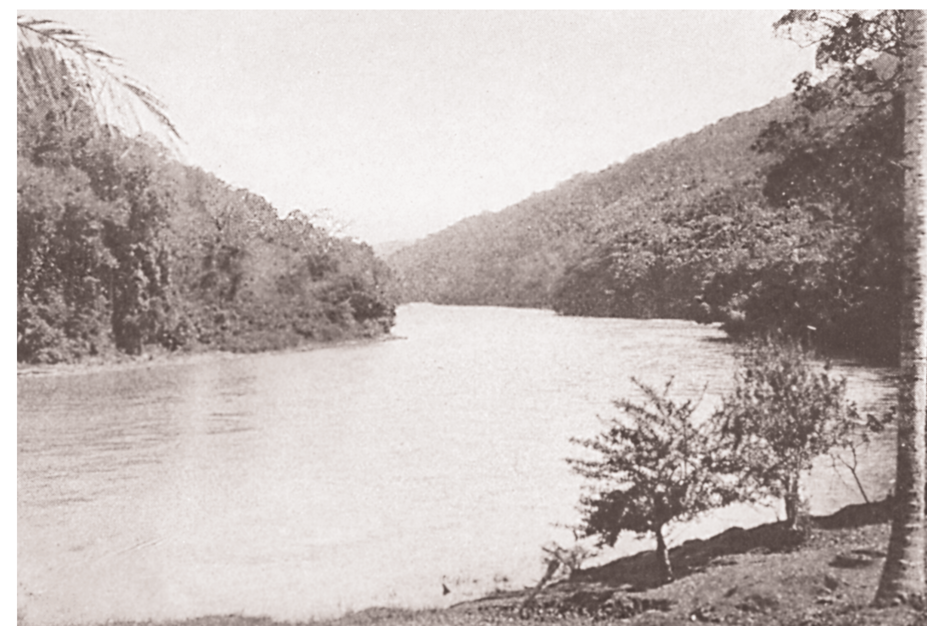
Un día, mientras atravesábamos el claro, una bandada de guacamayas azules y amarillas nos sobrevoló; necesitábamos un par para la colección, así que rápidamente les disparé mientras nos pasaban; sin embargo, solamente fui capaz de herir a una de ellas, la cual descendió en una larga trayectoria inclinada y aterrizó tan lejos que no tenía sentido seguirla. Al regresar a casa al mediodía, me sorprendió sobremanera encontrar al ave posada en una escalera en la misma casa donde nos estábamos alojando. Había caído en el patio y, al ser vista por unos niños, que intentaron apresarla, se refugió adentro y los mantuvo a raya con sus chillidos furiosos e intentos de picotazos.

Las noches en Malena eran tan provechosas como las mañanas. Siempre dedicábamos una o dos agradables horas del ocaso a caminar a lo largo de la carrilera. Unos charcos de agua se habían formado en los agujeros donde se había excavado la tierra para hacer la banca de la vía y muchas aves acuáticas llegaban allí por las noches a pescar o cazar ranas. Garzones azules, avetoritos y ocasionalmente un cormorán o un pato aguja[218] eran sorprendidos durante sus banquetes nocturnos. Cuando regresábamos después de la caída del sol asustábamos numerosos chotacabras que se habían acomodado en el camino despejado a atrapar insectos y a cantar; este hábito de recurrir a sitios abiertos, especialmente trochas y carreteras, les ha granjeado el nombre de *guardacaminos*[219] entre los nativos de la zona.

217 Seguramente se refiere a *Saguinus leucopus*.
218 Respectivamente, *Ardea cocoi, Butorides striatus, Phalacrocorax brasilianus y Anhinga anhinga.*
219 Se trata del bujío *(Nyctidromus albicollis)*.



El pueblo de Valdivia.



Río Cauca en Puerto Valdivia.

Malena era un sitio tan inusitadamente interesante que esperábamos permanecer allí por varias semanas, pero, desafortunadamente, una epidemia de disentería había invadido el valle del Magdalena y pronto la aldea se estremecía entre los embates de esta fatal afección. La enfermedad y la muerte en la familia de nuestros anfitriones hicieron que fuera necesario que siguiéramos nuestro camino.

Se requieren exactamente seis horas para llegar a Cisneros, el final de la carrilera, desde Puerto Berrío. La altura de éste es de tres mil setecientos pies[220] por encima del nivel del mar y a medida que uno se acerca, la densa jungla gradualmente desaparece para ser remplazada por un rastrojo bajo; por último, se comprueba que las cimas de las colinas son yermas.

En Cisneros se pueden obtener monturas, una carroza o un automóvil, según se prefiera viajar, para cruzar el puente hacia Botero, de donde se puede reiniciar el viaje en tren. La carretera es espléndida y, ya que su punto más alto, llamado La Quiebra, está a tan sólo cinco mil cuatrocientos veinticinco pies[221] de altura, galopar sobre un corcel brioso es sumamente agradable.

Botero es muy similar a Cisneros. Hay dos hoteles pequeños en los cuales el viajero puede descansar confortablemente hasta que el tren salga para Medellín, a las 4:30 P.M.

Numerosas aldeas están esparcidas a lo largo de la ferrovía, la cual sigue de cerca el curso del Río Medellín. El paisaje es verde y aparentemente fértil. Bosquecillos de caña silvestre crecen cerca de la corriente y el valle está manchado de montoncitos de sauces altos y esbeltos; esta vegetación es tan densa en algunas partes de la región que forma setos y selvas.

Dos horas y media después de salir de Botero, el tren arribó a Medellín. Esta es la tercera ciudad más grande de Colombia y se enorgullece de tener una población de setenta mil habitantes. La ciudad no es moderna pero sí muy pintoresca y yace en una depresión casi completamente rodeada por montañas. Tuvimos la suficiente fortuna de conocer al cónsul americano, el señor H. B. Meyerheim, quien le prestó un servicio invaluable a la expedición durante absolutamente toda nuestra estadía en Antioquia.

220 1127 m
221 1653 m

Las personas de este departamento son distintas de los colombianos que viven en otras partes del país en la medida en que poseen más iniciativa y capacidades para los negocios y es por esta razón que frecuentemente se hace referencia a ellos como los judíos de Colombia. Algunas autoridades se atreven a asegurar que realmente son descendientes de una colonia de judíos que se asentó allí hace muchos años. Parece haber muy pocas razones de peso para creerlo. El hecho de que el clima es intenso y que se requiere de una mayor cantidad de trabajo para ganarse el pan en el terreno semiárido probablemente da cuenta del superior grado de energía desplegado por los habitantes.

Nuestra primera expedición se dirigía a un punto en las montañas al sureste de la ciudad conocido como Santa Elena, el cual se encuentra a tan sólo unas cuantas horas de cabalgata a lomo de mula partiendo de Medellín. Después de atravesar la cresta, nos encontramos sobre una meseta alta y salvaje que en un tiempo había estado cubierta de bosques pero los árboles de la mayor parte del área habían sido talados y sólo pequeños parches dispersos de bosque no habían sido tocados. Hay numerosas chozas pequeñas en la alta campiña y decidimos quedarnos en una de ellas mientras resultara provechosa como área de recolección de especímenes.

Debido al gran cambio en la flora, ocasionado por la deforestación, había tenido lugar una gran transformación correspondiente en la avifauna. Pero quedaba poco de la fauna subtropical que esperábamos encontrar; sin embargo, había mirlas negras[222] , varias especies de tangaras, tucanes, trogones y barranqueros, además de muchas otras aves más comunes. Había comadrejas en abundancia y ocasionalmente una de ellas quedaba torpemente atrapada en nuestras trampas; es muy fácil llamar a estos animales y si uno se acurruca silenciosamente e imita los chillidos y llamados de un pájaro herido, frecuentemente resulta posible atraer a una comadreja a unos cuantos pies de distancia e incluso el animal puede llegar a correr sobre nuestro regazo en busca de la presunta víctima. También había ardillas de varias especies y tigrillos.

222 *Turdus fuscater*

Muchos arbustos en flor se hallaban esparcidos en el borde de la carretera, impartiendo una llamarada de color a la fangosa carretera; algunos de ellos estaban cubiertos con flores de un brillante escarlata y otros con nevadas flores en forma de trompeta de gran tamaño. En adición a esta riqueza de flores nativas, la gente cultivaba parcelas de gladiolos y rosas, ambas creciendo hasta alcanzar un gran tamaño y hermosura a pesar del clima frío y húmedo.

Continuamos a través de las tierras altas, partiendo de Santa Elena, a un lugar llamado Barro Blanco, pasando por entre los pueblos de Río Negro y Carmen; ¡pero el cariz del paisaje no sufrió cambios apreciables! Uno de los productos de esta alta y gris región que inmediatamente nos llamó la atención fue una variedad de maíz; éste proliferaba aún sobre terreno pedregoso. Las mazorcas eran grandes y bien formadas y los inmensos y parejos granos eran de un color lechoso y de un sabor espléndido. Grandes bandadas de palomas llegaban a los maizales a alimentarse y proporcionaban una maravillosa cacería; bajan de las laderas a una velocidad terrorífica y los sonidos del roce de sus alas se pueden oír a una gran distancia [223]. Sobre los bordes de los campos crecían pequeños árboles (*Ficus*) cargados de grandes cantidades de frutos; aves de muchas especies, incluyendo atrapamoscas, venían a alimentarse de ellas.

Después de terminar con nuestro trabajo en la región de Santa Elena regresamos a Medellín. Luego tomamos el tren hasta una estación llamada Barbosa y marchamos a campo traviesa hacia el bajo Cauca. Viajamos con nuestro equipaje y con mulas de montar en el tren, ya que era difícil obtenerlas en Barbosa y una vez que todo esto había sido descargado en la estación, se ajustaron los morrales y las mulas se echaron a andar por la cordillera excesivamente empinada hacia el norte. La altura de Barbosa es de cuatro mil seiscientos veinticinco pies[224] por encima del nivel del mar, pero no hubo ninguna brecha en la estrecha y pedregosa trocha hasta que llegamos a la cima a ocho mil cien pies [225] de altura. Unas cuantas millas más allá de ésta yace el pueblo de Don Matías, casi escondido en un profundo bajío y rodeado de árboles frutales. El camino sigue curvándose a través de un extenso y árido terreno. Rocas de gran tamaño se hallan esparcidas por el suelo; son de una constitución muy peculiar, consistiendo de capas concéntricas de piedra de una o dos pulgadas de grosor.

223 Sin duda se trataba de *Patagioenas fasciata*
224 1410 m
225 2470 m

El agua es escasa y pasamos solamente un riachuelo de tamaño exiguo, llamado río Porce.

Siete leguas [226] son consideradas como una buena jornada de viaje en Colombia debido al carácter montañoso del país y sus pobres senderos. Sin embargo, en nuestro primer día después de salir de Barbosa cubrimos sólo cinco leguas [227] y pasamos la noche en una choza llamada Sabanete [sic] [228] a nueve mil pies [229] de altura. Temprano en la mañana siguiente llegamos a Santa Rosa, el centro de la zona minera antioqueña. El poblado es de un tamaño considerable pero se yergue en medio de una planicie gris y árida y es casi el lugar más sin gracia que se podría encontrar. Los alrededores son excesivamente ricos en oro e incontables minas agujerean la superficie plana y rocosa y penetran en las laderas de las colinas. La única desventaja de las empresas mineras a gran escala es la falta de agua. Durante la temporada lluviosa los habitantes de Santa Rosa recogen agua en barriles y cualquier clase de contenedor disponible y luego lavan el oro en la calle frente a sus hogares o en los patios. A pesar de sus muchas desventajas naturales, Antioquia es uno de los departamentos más ricos de Colombia y produce una gran proporción del producto anual de oro de ese país, el cual en 1916 alcanzaba los $5,400, 000 [230].

El terreno que está más allá de Santa Rosa está prácticamente deshabitado por diez o doce millas [231]; posteriormente, aparecen gradualmente unos bosques bajos y con ellos una mayor abundancia de aves, como carpinteros de los robles, carriquíes [232], mirlas, reinitas y loros. Esto contrastaba notablemente con el paisaje árido que acabábamos de dejar atrás, donde prácticamente la única señal de vida era la aparición ocasional de un gavilán flotando en el aire durante varios minutos, esperando sorprender un lagarto desprevenido o un pequeño roedor entre las rocas.

226 34 km
227 24 km
228 Sabaneta
229 2743 m
230 A partir de 1916 se empezó a cambiar $100 de papel moneda por $1 representativo en oro, cotizándose el peso colombiano a la par con el dólar (http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra095.pdf, consultado el 11 de enero de 2011).
231 16-19 km
232 *Cyanocorax yncas*

Fue en este bosque en donde encontramos de nuevo gran cantidad de uno de los más hermosos pájaros que puedan encontrarse en toda la región – la tangara de corona blanca (*Serricossypha albacristata* [sic][233]). Una bandada de dieciséis integrantes estaba posada en lo alto de un arbusto en medio de un sostenido, agudo y estentóreo piar.

La tercera noche después de nuestra salida de Medellín llegamos a Yarumal, un pueblo grande construido en una ladera empinada y rocosa. A cierta distancia parece como si las casas estuvieran paradas las unas sobre las otras y resulta difícil comprender qué impide que todo el pueblo se deslice por la inclinada falda de la montaña.

El "*Hotel de la Madre*" es una de las instituciones de Yarumal. Es administrado por una vieja negra que nos miró de arriba abajo con aire de sospecha y a quien se le hizo difícil decidir si nos iba a admitir o no. Mientras deliberaba y jugaba con su chal se rasguñó severamente un dedo con un alfiler; inmediatamente le apliqué a esta herida unos pocos gránulos de permanganato tomados de mi lanceta anti ofídica. Esto nos puso en su favor y nos fue dada una alcoba. Más tarde nos hizo la confidencia de que dos ingleses se habían quedado allí la semana pasada. "Estábamos muertos de susto cuando supimos que eran ingleses," dijo, "porque Inglaterra está en guerra, como ya sabrán. Pero ¿qué piensan que pasó? Pagaron su cuenta a la mañana siguiente y se fueron sin hacerle daño a nadie. Sin embargo, nos decidimos a tener cuidado de admitir extranjeros en el futuro."

Se puede cabalgar de Yarumal a Valdivia en un día; pero interrumpimos el viaje al detenernos en una gran fonda de carretera llamada La Frijolera. Estaba en medio de un bosque espléndido, a una altura de cinco mil pies[234]. A cierta distancia el boscaje se veía muy prometedor pero debido a la densidad de musgos, helechos y lianas que conformaban el sotobosque era casi completamente impenetrable.

Localizamos un jardín de guayabos a una corta distancia de la casa y este demostró ser un coto de caza muy productivo. Siempre era posible cazar ardillas aquí ya que salían a cualquier hora del día a alimentarse de la fruta

233 El "rey del quindío", *Serycossypha albocristata.*
234 1524 m

que se estaba madurando. Muchas aves también se posaban en bandadas sobre los pequeños árboles para obtener su sustento diario e incluso las zarigüeyas acechaban las raíces y el rastrojo para recoger los dulces bocados que dejaban caer las bandadas peludas y emplumadas que se hallaban banqueteando entre las ramas.

En La Frijolera conocimos a un cazador nativo que era propietario de una famosa perra de caza llamada *Golondrina*. Apenas se pueden encontrar las palabras adecuadas para hacer un retrato preciso del cazador, pero el nombre de la perra inmediatamente sugiere su máximo logro. Día tras día nuestro hombre llevaba a su compañera al campo en busca de guatines[235], pero siempre regresaba con las manos vacías, explicando que, aunque levantaba algunos de los animales que queríamos, *Golondrina* nunca los podía ver y, por tanto, fracasaba al intentar atraparlos. Sin embargo, un día salvó su reputación de cazador al hacer un difícil viaje de diez millas[236] a una garganta de empinadas laderas y cubierta por una densa capa de vegetación y dispararle a varios monos aulladores. Unos pocos días después, la perra se encontró accidentalmente con un tatabro[237], al cual perseguían unos cazadores nativos, lo arrinconó contra una roca y lo hizo quedarse ahí hasta que fue posible dispararle.

Este sitio presentaba raras oportunidades de cacería por las noches. Una carretera se había abierto a través del bosque, dividiéndolo en dos secciones claramente recortadas. Sin embargo, las puntas de las ramas que se extendían ampliamente sobre cada costado del claro se encontraban en varios puntos, formando conexiones aéreas por encima del camino. Éstas se conocen como "puentes de micos" porque los monos nocturnos y otros animales los utilizan al cruzar de una sección del bosque a otra. Ya que había luna llena, bastaba con sentarse en silencio sobre un tocón, cerca de uno de los puentes y esperar. Al poco tiempo, un sonido de hojas llegaba desde la copa de un árbol, tan sutil que apenas resultaba audible y ocasionalmente un gruñido bajo y profundo; luego formas oscuras y silenciosas emergían de la negrura del follaje que las escondía y lentamente se abrían paso a través del elástico pasaje. Los perros de monte[238] también utilizaban

235 *Dasyprocta fuliginosa*
236 16 km
237 *Pecari tajacu*
238 *Potos flavus*

estos puentes y ya que los nativos apreciaban mucho las pieles de estos animales para hacer *chaparejos* [sic] [239], habían hecho un verdadero negocio al cazarlos en noches de luna. Después de disparar en un punto por varias noches sucesivas, era necesario dejarlo por algún tiempo, ya que los animales se vuelven cautelosos y usan otros puentes.

El pueblo de Valdivia está localizado sobre una pequeña cordillera a cuatro mil doscientos pies de altura[240], a diez millas aproximadamente[241] de Puerto Valdivia, el cual se encuentra sobre el río Cauca. Todo el terreno entre estos dos sitios está cubierto de bosques.

Llegamos al puerto un domingo por la tarde. La gente de varias millas a la redonda se acercó en grupos al lugar ese día con el propósito de pasar un "buen rato," así que había más de cien nativos adentro y en los alrededores del único edificio de lámina corrugada y guadua que comprendía la totalidad del *puerto*, bailando, bebiendo, peleando y negociando en el pequeño almacén. El dueño de la casa nos recibió cortésmente (¿y dónde en toda Colombia estaba ausente la cordialidad?) y pronto nos pusimos cómodos en el gran galpón que ocupaba un extremo de la estructura. No se pensaba en trabajo ese día, ya que todo el mundo nos rodeó para echarles una buena mirada y darles la bienvenida a los *gringos*, pero aprovechamos lo mejor que pudimos la ocasión y nos hicimos con una gran cantidad de información sobre el territorio circundante.

El Cauca, una corriente veloz y fangosa de cuatrocientos o quinientos pies[242] de ancho en este punto, está invadida en ambos costados por las inclinadas laderas de las cordilleras Occidental y Central de los Andes y sus bosques se extienden hasta el agua. Es navegable desde aquí hasta un pequeño caserío llamado Cáceres pero se emplean sólo balsas y canoas para hacer este viaje, el cual requiere de medio día de navegación río abajo y de dos días desplazándose a contracorriente. Los nativos son una gente descuidada mientras están en el agua y se pierden varias vidas al año. Casi que la primera cosa que vimos fue el cuerpo de un hombre flotando en el río con un gallinazo posado encima. Le preguntamos a Don José, el dueño del

239 Aparejos. Probablemente se refiere a algunos adornos para los cabezales de las bestias de montar.
240 1280 m
241 Unos 16 km
242 120 – 150 m

lugar, por qué no mandaba a algunos de sus peones en una canoa para sacarlo de ahí. Nos respondió que si lo hacía se vería obligado a cuidar del cadáver hasta que un oficial del gobierno de Yarumal fuera a verlo y entonces todos los que estuvieran presentes tendrían que devolverse con el investigador forense a dar su testimonio acerca del hallazgo del difunto. Esto representaba tantas molestias que era costumbre no prestarle atención a tales sucesos.

En pocos lugares he visto tal abundancia de fauna interesante como en Puerto Valdivia. La floresta estaba repleta de aves; había bastantes mamíferos; cardúmenes de peces e incluso caimanes[243] invadían el río; también había suficientes insectos como para alegrar el corazón de un entomólogo.

En una región así el naturalista no tiene momentos de inactividad. Cuando nos cansábamos de trabajar con aves y mamíferos, los cuales constituían nuestro principal interés, nos bastaba con acercarnos a la orilla del río, donde hordas de mariposas de deslumbrantes colores se apostaban a libar en densos grupos sobre el barro o las piedras. Un solo barrido con la red frecuentemente atrapaba varias decenas de estos insectos. Una especie de *Urania* verdinegra predominaba, pero una *Diana*, de un rojo oscuro por encima y manchada con puntos plateados por debajo no escaseaba.

Siempre era posible hacerse con peces en abundancia. Si intentábamos pescarlos con anzuelos, normalmente atrapábamos bagres o pequeños beringos. Es ilegal usar dinamita en Colombia, pero Don José tenía una buena provisión almacenada y no vacilaba en utilizarla cuando la ocasión lo requería. Los *peons* [sic] destacados para cumplir con esta misión seleccionaron un sitio en el río donde unos troncos y algo de rastrojo se habían atascado para formar una represa cerca de una curva abrupta; amarraron una roca a los explosivos, prendieron la mecha y los arrojaron al agua. Unos momentos después, durante los cuales el agua siseaba y burbujeaba a medida que los gases provenientes de la mecha encendida ascendían y se escapaban, un golpe sordo se escuchó y, casi inmediatamente, la superficie estaba cubierta de muchos peces muertos o atontados. Había invariablemente una especie de "*Pacu*" (*Prochilodus nigricans*[244]), que pesaba de una a cuatro o cinco libras y resultó ser una excelente comida.

243 *Crocodylus acutus*
244 La especie que menciona Miller se encuentra en la Cuenca del Amazonas, por lo que se trataba en realidad del bocachico del Magdalena (*P. magdalenae*).

No lejos del puerto hay una vieja plantación de cacao que ha estado aparentemente desierta por varios años. Los árboles son altos y están cubiertos de musgo, mientras que las protectoras *cochimbas* [sic][245] o *madre de cacaos* [sic] forman un alto dosel de ramas entretejidas. Casi todas las especies de aves comunes en la región venían a alimentarse a este fresco retiro o a pasar las horas del mediodía. Había bucónidos y trepatroncos en abundancia – los primeros eran pájaros simplones y estúpidos que se asentaban silenciosamente sobre las ramitas más bajas con la esperanza de que algún insecto aletearía no muy lejos de sus bocas siempre hambrientas; los últimos, ágiles y alertas al trepar por los troncos cubiertos de musgo, ávidamente examinaban cada brecha en búsqueda de un gusano escondido o una hormiga. Trogones preciosos con resplandecientes espaldas verdes y pechos rojo sangre revoloteaban entre las ramas bajas y loritos de un verde brillante con cabezas doradas[246] chillaban y revoloteaban en las ramas frondosas que se hallaban por encima de nuestras cabezas. Dondequiera que los helechos y el rastrojo fuese más denso, cerca de las numerosas zanjas, bandadas de saltarines amarillos (*Manacus*) zumbaban y chisporroteaban en la semioscuridad; éstos resultaron ser, a nuestros ojos, una forma indefinida[247].

Los mamíferos, a su vez, no escaseaban. Las comadrejas negras gigantes con manchas blancas en la garganta (*Tayra*[248]) eran del mayor interés. Estas son criaturas verdaderamente terribles – al menos para los animales de los que se alimentan. Tienen una contextura fuerte, con los músculos del cuello particularmente bien desarrollados y puedo imaginarlos como peligrosos antagonistas incluso para un venado o un tatabro.

El más pequeño de los osos hormigueros (*Cycloterus didactylus*[249]) también se podía encontrar en esta región. Este animalito, aunque quizás no era raro, es visto pocas veces debido a su minúsculo tamaño y hábitos arbóreos. Es de un hermoso color dorado y el pelaje es tan fino y sedoso que, de poder obtenerse en cantidades suficientes para fines comerciales, podría de pronto rivalizar en valor con las más caras pieles usadas hoy en día.

245 Cachimbos (*Erythrina poepiggiana*).
246 *Pyrilia pyrilia*
247 Quizás se tratase de *Xenopipo flavicapilla.*
248 *Eira barbara*
249 Actualmente denominado *Cyclopes didactylus.*



Un campamento de naturalistas en la selva.



Cazador nativo con un mono aullador colorado.

La criatura vive en las copas de los árboles y es de costumbres diurnas. Se mueve a lo largo de las ramas con gran rapidez, erguido o invertido como un oso perezoso, usando constantemente su cola prensil. Las hormigas son su comida y, ya que éstas ascienden hasta los más altos árboles, el pequeño hormiguero tiene provisiones seguras y abundantes; éstas se recogen afanosamente a medida que la pequeña criatura avanza a toda velocidad.

Un día un ejército de hormigas carnívoras[250] invadió nuestros cuarteles mientras estábamos muy ocupados preparando los especímenes recolectados en la mañana. La primera noticia que tuvimos de la llegada de la multitud destructora fue la aparición de decenas de cucarachas que desesperadamente trepaban las paredes del cuarto. No mucho después, varios ciempiés de ocho pulgadas de largo se sumaron a las cucarachas que escapaban y antes de que pasara un buen rato un grupo de escorpiones los siguió, violentamente perseguidos por la legión de hormigas. No había nada que pudiéramos hacer con excepción de seguir el ejemplo de los insectos sumidos en el pánico, así que nos afanamos en transferir nuestras colecciones a una zona segura afuera de la casa y esperamos algunas horas hasta que el ejército de hormigas hubiera acabado su trabajo y seguido su camino. Los nativos dan la bienvenida a estas visitas ya que las hormigas hacen las veces de carroñeras y liberan a la casa de plagas.

Mientras estábamos en Puerto Valdivia nos hicieron el presente de un joven mono nocturno no mayor en tamaño que un ratón grande[251]. Era una mascota muy interesante y prontamente se aficionó a una dieta de leche condensada, bebiéndola en una cuchara. Mi acompañante, a quien pertenecía el pequeño animal, lo ponía en el marco de la ventana, punto de vigilancia desde el cual se interesó vivamente en todo lo que ocurría en su rango de visión. Sucedió que había una grieta muy pequeña en el marco y esto resultó ser un asunto sumamente preocupante para el diminuto mico. Cientos de veces durante el día se arrastraba tímidamente hasta la grieta y miraba en su interior ansiosamente, aunque tan sólo había oscuridad allí abajo. Cuando le acercábamos la piel de un animal no le prestaba ninguna atención, con la sola excepción de la piel de un miembro de su especie,

250 *Eciton sp.*
251 *Aotus lemurinus*

la cual reconoció inmediatamente y a la cual se aferró tenazmente. Cuando dejamos el cálido clima del bajo Cauca y emprendimos el viaje de regreso a Medellín le fue imposible a la pequeña criatura resistir el frío del terreno más alto y murió.

La finalidad de nuestra exploración zoológica de esta sección de Antioquia era conseguir material que pudiera arrojar algo de luz sobre la geografía de aquella porción del país que se encuentra más al norte, ya que más allá de saber que la confluencia del Cauca y el Magdalena marca la desintegración de la Cordillera Central, estábamos enterados de comparativamente pocos hechos precisos acerca de esta parte de Colombia. No fue sino hasta muchos meses después que nuestro trabajo más al oeste – en el Paramillo y el Río Sucio – nos proporcionó el material que, desde el punto de vista del estudio de las distribuciones, nos dio las claves que nos ayudaron sustancialmente a resolver nuestro problema.



Capítulo IX

Ascenso del Paramillo
Colecciones en el río Sucio

El retorno a Medellín desde Puerto Valdivia nos tomó cinco días. Nos alojamos de nuevo en el "*Gran Hotel*," y pasamos unos pocos días ajetreados empacando las grandes colecciones que trajimos del bajo Cauca. Luego empezamos a conseguir las provisiones y las mulas de carga para una segunda expedición.

Después de salir de Medellín nos dirigimos hacia el noroeste, teniendo en mente el ascenso del Paramillo, un notable espolón que sobresale de la cordillera Occidental ligeramente por debajo de los 7° de latitud sur. Hasta donde pude descubrir, esta región nunca había sido explorada.

Al comienzo el camino es ancho y muy bueno, de forma que cuatro horas después de haber salido llegamos a la cumbre de la primera estribación a ocho mil setecientos cincuenta pies [252] de elevación. La pendiente del flanco occidental es mucho más suave.

De inmediato nos impresionó la naturaleza yerma de este paisaje; con la excepción de unos pocos parches de arbustos bajos y matojos de pastos marchitos, no había vegetación propiamente dicha. Un vistazo ocasional del río Cauca, muy abajo, presentaba el aspecto de una ancha cinta amarillenta sobre una planicie parda.

Esa noche llegamos a San Geronimo [sic], un pequeño pueblo muy abajo en el valle. Algunas parcelas en las afueras del asentamiento son irrigadas y en ellas los habitantes cultivan arroz, maíz y forraje. Toches enjalmados, garrapateros y canarios [253] (*Sycalis* [sic]) tienen su hogar en este pequeño oasis y lo hacen mucho más atractivo.

---

[252] 2667 m

[253] *Ramphocelus flammigerus, Crotophaga ani y Sicalis flaveola.*

La mañana siguiente estábamos en la silla antes de las seis. Unas pocas horas más tarde, después de cruzar una cresta baja, llegamos de repente a Sopetrán, un hermoso pueblito completamente oculto entre palmares, mangos y otros hermosos árboles. El conjunto de unos cuantos centenares de casitas blancas como la nieve y de techos rojos, las amplias y muy limpias calles y la abundancia de aves multicolores que revolotean y cantan entre el follaje verde oscuro, hacen de Sopetrán uno de los más atractivos pueblos de este tamaño que yo haya visto en toda la América tropical.

A mediodía llegamos al Cauca y cruzamos su lento y fangoso curso a través de un puente colgante de unos ochocientos pies[254] de longitud. Los cables están anclados en pintorescos estribos construidos sobre los empinados barrancos y centenares de golondrinas usan como sitios para anidar las pequeñas aberturas a través de las cuales los cables de acero entran en el concreto. Playones de grava flanquean las orillas del río y algunas islas desnudas de arena dividen el cauce en varios canales. La elevación de este sitio es de aproximadamente dos mil pies[255].

Una legua[256] por debajo del Cauca se encuentra el pueblo de Antioquia[257]. Si Sopetrán es la última palabra en cuanto a su atractivo, Antioquia debe ocupar el otro extremo de la misma escala. El amplio y árido valle no tiene más vegetación que algunos grupos ocasionales de cactus y mimosas achaparradas que contribuyen a darle un aspecto desértico. El calor es casi insoportable, ya que las cordilleras Occidental y Central, que encierran el valle entre enormes paredes de arcilla rosada y arenisca frenan por completo la entrada de los vientos.

Aunque todavía era muy temprano, decidimos pasar el resto del día en Antioquia, ya que las mulas de carga parecían estar exhaustas; pero no pasó mucho rato antes de que nos arrepintiéramos de todo corazón por no haber evitado este pueblo para acampar en algún lugar a campo abierto. Nuestro *arriero* nos había guiado hasta el pequeño hotel en donde una matrona nos recibió con evidente placer y mucha ceremonia, probablemente porque éramos los primeros huéspedes en mucho tiempo; pronto

254 244 m
255 610 m
256 5,6 km
257 Santa Fe de Antioquia

descubrimos, sin embargo, que ella no era el único ser a quien nuestra visita producía alegría. Hordas de pulgas emergieron de las grietas en el piso de ladrillos y se abrieron camino a través de polainas, pantalones y el resto de nuestro atuendo tan rápida y fácilmente como la rata del proverbio atravesando un queso; y cuando entramos a nuestra alcoba, plagas de carácter aún más cuestionable surgieron alegremente de las camas, las paredes y las sillas para regodearse anticipadamente con sus potenciales víctimas. Armamos nuestros catres en el patio y pasamos una larga, larga noche a la intemperie.

Llegamos a Buriticá el día siguiente. Inmediatamente después de salir de Antioquia, una simple cornisa empieza el ascenso de la cordillera de la costa y a pesar de la ansiedad que sentíamos por la seguridad de nuestros animales de carga, era un alivio escapar de la triste soledad del desierto y el intolerable calor de las tierras bajas. La elevación de Buriticá es de seis mil doscientos pies[258]. En vista de la condición estropeada de las mulas, pasamos medio día en el pueblo y también aligeramos nuestras cargas dejando en la posada todo el equipo que usaríamos en un viaje subsiguiente. Nunca habíamos estado antes en Buriticá, obviamente, pero no dudé ni un instante al dejar con extraños una buena cantidad de valiosos materiales. La honestidad de los colombianos es bien conocida y no nos robaron una sola cosa durante los dos años que pasé en ese país.

En Tabacal, a medio día de cabalgata desde Buriticá, perdimos de vista el río Cauca. Nuestra vista fue interrumpida por una cadena montañosa independiente, de varios miles de pies de altura, que se levanta desde el valle entre la cordillera en la que nos encontrábamos y el curso del río. Un ligero cambio en el carácter del paisaje era perceptible; extensas áreas cubiertas de matorrales salpicaban las laderas, aunque a intervalos poco frecuentes y en las cimas de las dos cadenas de montañas un estrecho borde de verde era claramente discernible. La región es bastante abrupta y quebrada y hay un buen número de crestas que cruzar, muchas de ellas de hasta dos mil pies[259] de altura. Varias montañas separadas de las cadenas principales se levantan aquí y allá como gigantes monolitos

258 1890 m
259 610 m

levantados por los humanos, por encima de una elevación basal de tres mil pies hasta ocho o nueve mil[260], lo cual magnifica sus tremendas proporciones.

El quinto día alcanzamos una elevación de ocho mil pies[261] y entramos a una estrecha franja de bosque, la primera que habíamos visto en este viaje. Este es el comienzo de la zona boscosa y un escrutinio más de cerca reveló el hecho que empieza precisamente a la misma altura tanto en la cordillera Central como en la de la costa y continúa hasta la cima misma de las montañas varios miles de pies más arriba. Viajamos a lo largo de la cresta durante algunas millas y luego descendimos de nuevo abruptamente al yermo valle en el que está situado el pequeño pueblo de Peque y en donde terminaba nuestro viaje en mula.

Peque contiene unos cincuenta ranchos de barro maltrechos y su población es mayormente de origen indígena e incluye algunos indios de pura sangre. Traíamos una carta de presentación para uno de estos últimos, Julián David, quien es el jefe del pueblo y nos prestó toda su colaboración. Reunió varios robustos jóvenes mestizos y les solicitó que se unieran a nuestra expedición, en otras palabras, les dijo que cargaran nuestros bultos hasta la cima del Paramillo. Los hombres accedieron de buen grado, pues nunca antes habían estado al servicio de extranjeros y el viaje a las montañas lo mismo que la compañía de *gringos* prometían posibilidades interesantes. Pasamos unos pocos días investigando la región, mientras que los hombres hicieron que sus esposas les prepararan las provisiones que iban a consumir durante el viaje.

Parte del paisaje alrededor de Peque sin duda estuvo alguna vez cubierto de alguna cobertura forestal y bosques más espesos en las cañadas, pero en su mayor parte es naturalmente yermo o está cubierto con parches de rastrojo. Me dijeron que por la época de la invasión de los españoles vivían en la región cuarenta mil indios y dado que varios arroyos de montaña proveen abundancia de agua y el suelo responde bien a los cultivos, no parece haber ninguna razón para no creer que hubiera sostenido una población extensa. En la actualidad solamente permanecen aquí unos cuantos

260 Desde 900 hasta 2400 – 2700 m.
261 2439 m



Porteadores en ruta hacia Paramillo.



Indios Cuna en Dabeiba.

centenares de personas y el resto fueron a engrosar las filas de las víctimas cobradas por la ambición de los conquistadores.

La zona boscosa, que empieza a ocho mil pies en la cresta que acabábamos de atravesar, extendía gradualmente sus límites hacia abajo a medida que se viaja hacia el norte, hasta que en Peque llegaba hasta los cinco mil pies [262] en las cañadas más profundas y húmedas y como ya dijimos, en Puerto Valdivia alcanza la orilla misma del Cauca.

Un día un habitante de Tabacal se precipitó en nuestra alcoba y me rogó que le mostrara el maravilloso anillo de diamante que, según dijo, yo llevaba cuando estuve en su caserío; él estaba de viaje en ese momento, de manera que no lo había visto, pero le había llegado noticia, a su llegada, de la maravillosa brillantez de la piedra que alumbraba toda la calle a nuestro paso. Al principio me pregunté qué tipo de alucinación sufría este hombre, pues ni mi compañero ni yo llevábamos diamante alguno con nosotros, hasta que recordé que mientras tratábamos de encontrar nuestro camino en la calle de Tabacal, habíamos usado una pequeña linterna eléctrica para evitar tropezarnos con los marranos o caernos en los lodazales. Entonces le hice una demostración de sus misteriosos poderes y él, mucho mejor informado pero igualmente desencantado, inició su caminata de dos días de regreso a casa.

Un arroyo de agua límpida y fría fluye a un lado de la colina sobre la cual se asienta Peque y cada noche lo visitamos para nadar en él. Don Julián no podía creer del todo cuando le dijimos cual era el propósito de nuestros paseos nocturnos, de forma que una noche nos acompañó hasta la quebrada y, maravilla de maravillas, nosotros entramos al agua. Yo lo invité a que se nos uniera, pero dijo: “No, esto es algo inaudito y, además, los indios son como los gatos, ¡cuando se mojan, mueren!”

Cuando los porteadores mestizos que iban a llevar nuestro equipaje tuvieron al fin listo su *charque* [263] y sus *jarepas* [sic], se echaron al hombro los bultos y emprendieron el camino hacia las montañas. Como no había trocha, se envió por delante otro hombre para que la abriera con su machete.

262 1524 m.
263 Charqui, carne salada secada al sol.

Una caminata de tres horas nos condujo a un punto llamado El Madero, porque unos cuantos árboles habían sido cortados alguna vez allí, pero el claro ya estaba cubierto de matas de mora, rastrojo y guayabas. Luego entramos a la selva inexplorada.

Nuestro plan era seguir a lo largo de la cima de una cresta ondulante que uno de los hombres aseguraba era la ruta más corta y fácil al Paramillo. Él lo sabía por experiencia, pues había visitado la región hacía unos dieciséis años durante el curso de una revolución[264]; su padre era perseguido por las fuerzas enemigas y escapó hacia la selva llevándose a su hijo, que en ese tiempo era apenas un niño pequeño y eventualmente llegaron hasta el Paramillo, en donde pasaron escondidos por un tiempo.

Al principio el bosque era fácil de penetrar, pero pronto verdaderas paredes cubiertas de musgo y guirnaldas de lianas se cerraron a nuestro alrededor en una masa compacta; helechos, palmas y aráceas se elevaban del piso en una jungla apretada para unirse con las ramas densamente cubiertas encima de ellas. Entonces nuestro baquiano inició su trabajo y blandiendo su machete con mortífero efecto sobre la vegetación, abrió un estrecho túnel a través del cual caminamos y nos arrastramos según fue necesario.

Habida cuenta del largo ascenso y después de haber subido cinco mil pies[265] durante ocho horas de marcha, acampamos a las tres de la tarde a una elevación de diez mil pies[266]. Esto nos dio la oportunidad de observar unos cuantos de los pájaros que habitaban en esta intacta floresta. Había trepatroncos y tangaras cabeciamarillas [267], loros y urracas de garganta azul [268]. Una enorme águila arpía [269] estaba posada majestuosamente en una rama baja, rodeada de una bandada de carpinteros de los robles que gritaban y la acosaban lanzándose hacia su cabeza, pero ella permanecía perfectamente inmóvil, completamente desdeñosa de presas tan ignominiosas.

264 Teniendo en cuenta la fecha de la visita de Miller (1914), esta revolución debió haber sido la guerra de los mil días (1899 – 1902).
265 1524 m
266 3048 m
267 Probablemente *Tangara arthus*
268 *Cyanolica armillata*
269 Esta anotación resulta bastante extraña, pues el águila arpía (*Harpia harpyja*) normalmente se encuentra por debajo de 800 m de elevación y existe sólo un registro para Colombia a 1600 m (Hilty & Brown 1986) y la única otra especie con la que sería posible confundir a la arpía (el águila crestada *Morphnus guianensis*) tampoco se encuentra por encima de 1000 m. No obstante, las condiciones de la observación y el conocimiento ornitológico de Miller sugieren que este registro, aunque excepcional, sea confiable.

No había agua en esta cresta, pero obtuvimos una provisión en una cañada a unos mil pies[270] más abajo; sería la última que obtendríamos hasta llegar al Paramillo dos días después.

Esperábamos que el segundo día de marcha fuera a través de una pendiente más suave, pero pronto descubrimos que nuestra cresta consistía de una serie de cerros que se levantaban entre quinientos y mil pies[271] por encima del nivel medio y el bosque se hacía cada vez más denso. Cada pie del camino debía ser limpiado. En algunos sitios caminamos por encima de la vegetación, pues las ramas estaban cubiertas por una sólida maraña de trepadoras, chusque, bromelias y musgos que formaban elásticos puentes aéreos. Más frecuentemente era más fácil escarbar debajo, abriendo túneles de muchas yardas de largo, a través de las cuales los porteadores gateaban en cuatro patas.

Las cumbres de algunos de los promontorios estaban desprovistas de árboles y su lugar era tomado por marañas de bambú, adelfas, arbustos y matojos de pasto alto y áspero con hojas de ocho pies de alto[272] y seis pulgadas de ancho , con sus bordes cortantes como cuchillos. Esa noche acampamos a once mil trescientos cincuenta pies[273] de altura. Los hombres ansiosamente cortaron manojos de bromelias esperando obtener agua de las bases de sus hojas, pero todo lo que hallaron fue unas pocas gotas de un vil líquido negro lleno de insectos ahogados. Aunque habíamos viajado sin parar durante diez horas, dudo que hubiéramos avanzado más de tres millas[274].

Unas pocas horas después de emprender camino en la mañana del tercer día, súbitamente emergimos de la penumbra del bosque. En lugar de los altos y sobrecargados árboles, había extensas áreas cubiertas de matorral, plantas perennes, pinos atrofiados y helechos. Más allá se extendía la yerma pendiente del Paramillo, barrida por el viento. A la vista de esto, los porteadores lucharon denodadamente, pues la llegada a la meta significaba la liberación de sus pesadas cargas — y agua. Esa tarde habíamos cruzado el último cerro y los paquetes fueron depositados en una planicie rocosa que nos serviría como campamento. Cada hombre salió en una dirección

270 305 m
271 150 – 300 m
272 2,40 m de largo y 15 cm de ancho
273 3460 m
274 Menos de 5 km



Nuestro campamento en Paramillo.

distinta en busca de un arroyo y al atardecer habían encontrado una poza al fondo de una cañada a solo unos pocos centenares de yardas del campamento, la cual contenía varios cientos de galones de agua pura y helada. Nunca fue más bienvenido un descubrimiento y los hombres se estiraron a lo largo de las orillas de la charca para beber hasta saciarse. Luego decidimos que pasarían la noche con nosotros, emprenderían el regreso a Peque la mañana siguiente y volverían a recogernos en diez días. Nuestro cocinero, por supuesto, permanecería con nosotros.

La región del Paramillo está compuesta de una serie de picos muy inclinados, el más alto de los cuales tiene una elevación de trece mil pies[275] y están intercalados con cañadas y fisuras profundas. Su superficie consiste principalmente de arenisca oscura, tan resquebrajada en vastas áreas, que una delgada capa de partículas cubre la roca basal. Ocasionalmente, una delgada vena de cuarzo blanco surge en la superficie, especialmente donde, como sucede con frecuencia, los estratos se encuentran en una posición perpendicular.

Por la noche la temperatura descendió a 28° F[276] y una capa de hielo de media pulgada de grosor se formó en el reservorio; por la mañana el piso estaba blanco de escarcha. La escasa vegetación en la pendiente consiste de frailejones, arbustos de moras y pastos altos y ásperos; árboles retorcidos y arbustos, cubiertos de musgos, crecen en las cañadas más profundas. Cazar en estos últimos sitios era siempre una fuente inagotable de deleite; no había agua de forma que era posible caminar sin restricciones por debajo de la verde bóveda de matorral que bordeaba los flancos y se cerraba sobre nuestras cabezas. Muchos rastros de pequeños mamíferos zigzagueaban sobre las rocas cubiertas de musgo y sus madrigueras se abrían en los pendientes barrancos; si caminábamos sigilosamente o, aún mejor, nos sentábamos en silencio durante unos pocos minutos, los ojos inquisidores de alguna paca, un roedor grande, manchado y sin cola[277], con seguridad se asomaban tímidamente desde alguna oscura abertura y luego el animal entero salía cautelosamente para mordisquear los brotes tiernos. Numerosas ratas lanudas y amarillas (*Melanomys*) también aparecían

275 3962 m
276 Poco más de 2°C bajo cero.
277 *Cuniculus taczanowskii*

para mirarnos con sus redondos ojos negros, sacudiendo nerviosamente las narices; algunas veces salían audazmente para perseguirse unas a otras a lo largo de caminos bien definidos y a través de túneles musgosos; pero más frecuentemente, se contentaban con mirar desde la entrada de algún retiro seguro dentro del cual se desvanecían al primer movimiento sospechoso de nuestro lado. También vimos venados ocasionalmente, pero no eran numerosos; pastaban en las pendientes a la plena luz del día y tenían abrigados refugios en matojos densos de arbustos que siempre ofrecían una panorámica del paisaje alrededor. No vimos pumas ni osos, aunque encontramos los restos de algunos venados que aparentemente habían sido muertos por esos animales.

Las aves eran extremadamente escasas y, aunque parezca raro decirlo, excesivamente desconfiadas. Coleccionarlas era un trabajo descorazonador; las pendientes son tan empinadas que era imposible caminar muchas yardas sin quedar completamente exhaustos y atravesar los altos y húmedos pastizales atería nuestras extremidades inferiores hasta la insensibilidad. El pinzón pizarroso (*Phrygilus*) tan común en Santa Isabel y dos especies de pinchaflores (*Diglossa*) eran de lejos los pájaros más comunes, seguidos por un raro pajarito parecido a un cucarachero (*Scytalopus*), llamado tapacola, que vive entre los helechos y musgos más densos; rara vez lo veíamos, pero su alegre silbido constantemente nos advertía su presencia.

También había un hermoso colibrí, con su cuerpo entero de los más relucientes e iridiscentes tonos rosa profundo y verde[278]; localizamos un nido de esta especie, una diminuta taza de musgo de una pulgada escasa de diámetro, suspendida de un bejuco que colgaba debajo de una pérgola de hojas protectoras; contenía dos huevos diminutos, tan frágiles que de sólo tocarlos los hubiéramos aplastado.

Un día ascendimos el pico más elevado con el fin de tener una buena panorámica de la región. El Paramillo se levanta como una isla rocosa en medio de un océano de bosques. Las nubes llenan las depresiones o ascienden en columnas para regarse en masas de forma de embudo en las mayores alturas en donde son disipadas por el sol. Hacia el sur se eleva el majestuoso

278 Aunque esta descripción es un tanto vaga, el único de los colibríes coleccionados por Miller y Boyle en Paramillo que se aproxima a la misma es *Ramphomicron microrhynchum.*

páramo de Frontino, a muchas millas de distancia, con su cima plana delineada difusamente en la bruma grisácea.

Hacia el final del décimo día, oímos fuertes llamados y poco después, nuestros fieles cargadores llegaron al campamento. Estábamos asombrados de ver su número pues, de acuerdo con nuestro trato, sólo regresaría el número original ya que no eran necesarios baquianos para abrir la trocha; no obstante, varios hombres adicionales llegaron con ellos. Al llegar a Paramillo, habíamos señalado en broma que íbamos a subir al pico más alto porque a lo mejor podríamos ver desde allí a Nueva York; los cargadores supernumerarios oyeron esto y seriamente nos explicaron que habían venido para subir también y echar un vistazo a "Roma, ¡en donde vive el Santo Padre!"

La mañana siguiente, muy temprano, levantamos el campamento y emprendimos el regreso. El viaje a casa era mucho más fácil, pues los bultos eran más livianos y la mayor parte del recorrido era cuesta abajo. Después de dos días salimos del borde inferior del bosque y allí estaba Don Julián con una delegación de nativos para escoltarnos hasta Peque y darnos la bienvenida al hogar.

Don Julián consiguió caballos para nuestro retorno a Buriticá. Incuestionablemente eran los animales más pobres que yo jamás había visto y no me gustaba la idea de usarlos, pero como no pudimos conseguir otros, se trataba de tomarlos o permanecer en Peque por un tiempo indefinido. Sin embargo, llegaron sanos y salvos a Buriticá después de dos días de camino y, habiendo conseguido una nueva recua, seguimos en dirección noroeste hacia el drenaje del Atrato.

Al abandonar el pequeño pueblo y la región semiárida que lo rodea, seguimos derecho hacia la cima de una cuchilla de ocho mil pies[279] de elevación, en donde crecía una angosta ceja de bosque y luego descendimos al otro lado hacia el valle del río Cañasgordas. En este punto el cauce es apenas un riachuelo, pero se ensancha rápidamente y las fértiles orillas están plantadas de caña de azúcar, maíz y bananos. Chozas hechas de barro y paja, medio ocultas por árboles de naranja salpicaban el estrecho valle y cerca de ellas niños semidesnudos de piel oscura, cerdos y gallinas corrían de un lado a otro tranquilamente o nos miraban fijamente mientras pasábamos.

279 2439 m

Más abajo el río está flanqueado por anchos cinturones de guaduales muy altos. Las aves no eran particularmente abundantes, pero ocasionalmente lográbamos ver un toche enjalmado mientras atravesaba el follaje o escuchábamos el familiar bichofué posado en alguna rama elevada, cantando mientras esperaba que sus víctimas llegaran al alcance de su fuerte e insaciable pico. Pasamos la primera noche en el pueblo de Cañasgordas y la segunda en una derruida casa conocida como Orobajo. La familia que vivía en ella estaba muy alterada pues una epidemia de algún tipo de fiebre virulenta había aparecido en el distrito. No había comida en la casa con excepción de algunos frijoles, pero después de rastrear en el vecindario nuestro cocinero consiguió comprar una gallina y una docena de *jarepas* [sic] que compartimos con la familia enferma.

Mientras esperábamos la cena, hicimos en una ronda de inspección del predio y encontramos un nido de cucaracheros en el techo. Contenía un pichoncito y la gente nos contó que el otro se había muerto al caer al piso. Más tarde encontramos otros nidos de esta especie, pero en ningún caso había en ellos más de dos huevos o polluelos en su interior. Este hecho es muy interesante, pues en climas templados los cucaracheros tienen grandes nidadas — no es raro encontrar ocho polluelos en un solo nido, pero cerca del Ecuador dos parece ser el tamaño usual de la nidada [280].

Aguas abajo de este sitio, el río es conocido como la heradura [sic]. Corre más allá de la población de Uramita, que estaba casi desierta. La fiebre que había invadido Orobajo también había visitado este lugar y más de la mitad de sus habitantes habían muerto. Unos pocos hombres estaban ocupados en bombear agua salada de pozos someros que era conducida a través de caños de guadua hasta una batería de pailas poco profundas en las que la ebullición evaporaba el agua y dejaba en el fondo la sal. Hasta donde pudimos ver no había ninguna otra industria en este pueblo.

Llegamos a Dabeiba, nuestro primer objetivo, al tercer día de haber dejado Buriticá. Cuando llegamos a la cima de la última estribación, una maravillosa vista se extendía ante nuestras miradas. El pequeño pueblo, compuesto de casas blanqueadas con techos rojos de teja, relucía en un

280 Esta observación de Miller es notable, pues antecede en más de 30 años las discusiones en torno a la variación latitudinal en el tamaño de la postura de las aves iniciadas por los trabajos de Lack (1947) y Skutch (1949).

valle plano tapizado del más suave verdor. A un lado el río Sucio rugía y espumeaba en un cauce rocoso; campos de algodón salpicaban sus orillas y sus níveos copos y amarillas flores casi ocultaban las verdes hojas. Colinas boscosas cerraban la pacífica vista como con una mano protectora que quisiera ocultarla de los terrores de los helados Andes a un lado y de las hirvientes tierras bajas del Atrato al otro. Decidimos permanecer en este jardín, pero nuestra llegada casi estuvo marcada por una tragedia. Teniendo en cuenta el calor del mediodía yo había puesto una toalla debajo de mi sombrero, la cual, colgando sobre mi espalda me daba alguna protección del ardiente sol. Uno de los peones, por molestar, dijo a varios niños que nos encontramos en el camino que yo era el obispo que había venido a visitar el pueblo; los diablillos se lanzaron al camino y se prosternaron al pie de mi caballo implorando una bendición. Afortunadamente el animal se asustó de esta ocurrencia tan inusual y saltó hacia un lado antes de que yo pudiera frenarlo, evitando escasamente atropellar a los niños que estaban arrodillados en su camino.

En Dabeiba conocimos una tribu de indios muy interesantes — los Cunas. Viven en chozas de hojas de plátano regadas en una amplia área, pero pasan la mayor parte del tiempo en el pueblo, mirando hacia los zaguanes de las casas, pidiendo ron o parados en grupos silenciosos en las esquinas. Son personas bien formadas, de baja estatura y piel parda oscura. Cuando están en la selva visten solamente un taparrabos de tela, pero el sacerdote los proveyó con grandes sábanas de muselina que ellos prontamente tiñeron, con semillas de achiote, de una tonalidad marrón sucia, las cuales visten mientras están en el pueblo. También usan pesados collares de monedas de plata y racimos de semillas atadas alrededor de la nuca como amuletos. A primera vista parece que no tuvieran dientes, pero un escrutinio más cuidadoso reveló el hecho de que su dentadura era perfecta, aunque teñida de negro por el jugo de un fruto que mascan continuamente [281]. Sus cuerpos son liberalmente ungidos con grasa — especialmente antes de entrar al río para bañarse, de forma tal que el agua resbala de su piel como del plumaje de un pato. Uno de los hombres estaba completamente cubierto con

281 Es poco probable que los indígenas mencionados fueran de la etnia Cuna, pues la región es tradicionalmente de ocupación Embera. Por otra parte, la descripción del uso del achiote y del teñido de los dientes con el jugo de la jagua corroboran esta interpretación dado que ambas prácticas son tradicionales en esta etnia (ver por ejemplo Ulloa-Cubillos, A. 1992. Kipará, dibujo y pintura, dos formas embera de representar el mundo. Bogotá: Centro Editorial, Universidad Nacional de Colombia.)



Dabeiba, a orillas del río Sucio.

marcas en forma de estrella de un azul profundo que habían sido estampadas sobre su piel con un tinte hecho de madera. Prácticamente no hablaban español, pero eran un grupo amistoso y les gustaba ser fotografiados.

Para poder llegar a los mejores sitios de cacería, fue necesario ir hasta el otro lado del río, lo cual no fue difícil pues había una balsa que servía como ferry. Las aves eran abundantes en las afueras del pueblo, aunque de especies comunes de espacios abiertos y fáciles de observar en regiones más accesibles. Por lo tanto pasamos la mayor parte de tiempo en la selva.

Uno de nuestros primeros y más interesantes descubrimientos fue una especie de barranquero pigmeo (*Hylomanes*[282]). No es más grande que un gorrión y tiene una cola muy corta que contrasta con las largas colas pendulares de las variedades mejor conocidas. Esta pequeña ave azul y verde vive en la densa vegetación de las laderas muy pendientes y cuando varias de ellas se reúnen, producen un sonoro coro de cacareos a intervalos frecuentes.

Los algodonales abrigaban una fauna variada. Los colibríes visitaban las flores y numerosos insectos gordos y rojos parecidos a los chinches de las papas vivían entre las colgantes fibras blancas de los capullos abiertos. Las palomas corrían por el piso y pequeños roedores tenían sus madrigueras en la base de los robustos tallos.

Mientras estuvimos en Dabeiba conocimos uno de los colombianos más agradables — de un tipo que me temo que esté desapareciendo a medida que los bosques y selvas vírgenes desaparecen ante el asedio de la civilización. Este había penetrado recientemente en estas tierras remotas, limpiado unos cuantos acres de terreno y levantado una humilde cabaña de guadua y hojas de plátano en la cual insistió que nos quedáramos tanto tiempo como quisiéramos; así que una mañana reunimos los artículos más esenciales de nuestro equipaje y atravesamos las ocho millas[283] de selva hasta llegar a su casa. La belleza del bosque era indescriptible y los animales silvestres tan abundantes que para cuando llegamos a nuestro destino habíamos alcanzado un nivel tal de emocionada expectativa que fue difícil

282 *Hylomanes momotula*
283 13 km

contener nuestro entusiasmo durante las pocas horas que tuvimos que permanecer bajo techo para protegernos de una tormenta que se acercaba. Los gritos agudos de los loros atravesaban el aire, los trogones arrullaban quejumbrosamente, los tucanes gañían y castañeteaban y de todos los lados nos llegaba el susurro de las alas de gigantes oropéndolas mientras sus formas negras y amarillas se afanaban en buscar los nidos colgantes que se mecían perezosamente de las ramas de una enorme ceiba que se levantaba majestuosamente por encima de la selva intacta.

Mientras esperábamos que amainara la tormenta, la cocinera desgranó unas mazorcas de maíz y poniéndolas en un mortero de madera junto con un puñado de cenizas, empezó a pilarlas para remover el afrecho. Esta operación requirió una media hora, así que ella tuvo que hacer una pausa para descansar y tan pronto como abandonó su sitio, un enjambre de hormigas *cargador*[284] invadió el recipiente; el primer aviso que tuvimos de su presencia fue cuando una fila de granos blancos empezó a descender por un lado del mortero y a pasar por el piso a nuestros pies. Cómo son capaces estos pequeños insectos de cargar los pesados y grandes granos es un misterio. La carga pesa muchas veces más que la hormiga que la transporta y casi la oculta de la vista. Más tarde vimos enjambres de esta misma especie trabajando en el claro; cortaban secciones de los bordes de las hojas de maíz enterrando una mandíbula en la hoja para agarrarse y luego rasgando con la otra para producir un corte siempre circular. La mayoría de los insectos trabajaban de derecha a izquierda, pero uno de cada cinco parecía ser "zurdo" y trabajaba en la dirección opuesta. Cuando la sección de hoja se desprende, hábilmente se carga sobre el dorso de la cortadora y ésta sale con el verde estandarte ondeando al aire. Además de llevar su carga, varias hormigas más pequeñas con frecuencia se montan sobre la hoja para ser transportadas gratuitamente hasta el nido.

Esa noche otro habitante de la selva invadió la casa; mientras estábamos sentados tranquilamente al frente de la choza escuchando un trémulo, extraordinario "*ohrho-ho-ho-ho*" que provenía del bosque y que los nativos decían que era el reclamo de cortejo del perezoso de tres dedos[285];

284 Sin duda se trata de hormigas arrieras. Llaman la atención algunos detalles meticulosos de la descripción que hace Miller del comportamiento de las hormigas y contrasta con su apreciación equivocada de que las cortadoras son las mismas cargadoras, especialmente cuando pudo observar las dos castas según se deduce de la parte final del párrafo.
285 *Bradypus tridactylus*.

pero que nosotros reconocimos como el canto del bienparado o mirapalcielo[286], un gato, propiedad de la familia, empezó a hacer piruetas al pie del fogón. Al alumbrar descubrimos una serpiente mapaná de buen tamaño arrastrándose por el piso de la cocina[287]. No sé si el reptil había sido atraído por el calor de las brasas — pues la lluvia había sido seguida por una decidida caída de la temperatura — o había entrado a la choza para buscar ratones, pero afortunadamente el gato había descubierto su presencia a tiempo para evitar que alguno de nosotros se parara en ella y estaba atacándola juguetonamente con sus garras. Después de esto, la cocinera durmió sobre una banca en lugar de hacerlo en el piso de tierra, como había sido su costumbre.

Nuestras excursiones diarias nos llevaban muy lejos dentro de la selva que cubría las redondeadas colinas en todas las direcciones. Había pocos senderos, pero la ausencia de sotobosque hacía muy fácil nuestro avance. En una de nuestras primeras expediciones de cacería encontramos el raro cuclillo terrestre (*Neomorphus*[288]), una hermosa ave con el dorso negro verdoso iridiscente que, en razón de sus hábitos terrestres ha casi perdido la capacidad de volar. Yo había visto esta ave una vez anteriormente, en el alto Orinoco, cerca de la base del cerro Duida[289]. Allí estaban haciendo un curioso juego con un tinamú; las aves se perseguían una a otra sobre el piso cubierto de hojarasca, pasaban por encima de troncos caídos y a través del sotobosque y saltaban por encima de sus espaldas como si estuvieran jugando al salto de la rana. También encontramos el barranquero de pico plano en números considerables. Estas aves usualmente se cuelgan de las lianas que penden en festones y lazos por encima de los pequeños arroyos de montaña y son extremadamente estúpidas y confiadas. No emitían nota alguna y permanecían inmóviles durante largos minutos, mostrando sus siluetas como espectros oscuros y desaliñados sobre sus perchas. Entre los musgos o las hojas verdes, su color se camufla bastante bien y sin duda pasamos junto a muchos de ellos sin habernos percatado de su presencia.

286 Ver comentario 113 en el capítulo IV acerca de la semejanza en las vocalizaciones de ambos animales.
287 En el relato, Miller se refiere a un "bush-master" (*Lachesis muta*), conocido en Colombia como verrugoso, pero hemos escogido el nombre mapaná (*Bothrops atrox*) por considerar más verosímil la presencia de esta especie en el contexto descrito.
288 *N. geoffroyi*
289 La especie que menciona Miller para la base del cerro Duida es diferente. Se trata de *N. rufipennis.*

Sin embargo, no todas las aves que habitan los bosques de Alto Bonito son de colores poco conspicuos. Hay hermosas tangaras pequeñas, colibríes, tucanes y trogones. Estos últimos, especialmente, son criaturas de tan exquisita belleza que parecen pertenecer a un mundo más etéreo que el nuestro. Sus pechos rojos brillantes o amarillos se asemejan a una flor de color deslumbrante, mientras que sus coberteras alares y sus espaldas, metálicas y brillantes proveen un fondo resplandeciente. Las aves son tan frágiles como bellas y evidentemente no están hechas para ser profanadas por el toque de manos mortales. Cuando se derriba un espécimen, muchas de las plumas se pierden antes de que el ave llegue al suelo y al hacer impacto con éste, se le caen muchas más. La piel es tan delicada que se requiere un experto para removerla e incluso así el ave es causa de desesperación para el naturalista de campo y el taxidermista.

También había una espléndida representación de la familia de los loros, desde pequeños y bullangueros periquitos hasta enormes amazonas verdes. Esto me recordó una interesante provisión de la naturaleza, según la cual tres familias de aves que se encuentran en la misma localidad son capaces de obtener su sustento. Estas son los loros, los trogones y los tucanes, todos los cuales se alimentan de frutos y cada uno parece conseguir su alimento de una manera diferente. Los pies zigodáctilos de los loros les permiten trepar hasta el extremo de las ramas cargadas de frutos y agarrarse a ellas en cualquier posición mientras comen; los tucanes, dotados de un pico enormemente alargado son capaces de alcanzar largas distancias para agarrar un bocado apetecido, el cual es tomado en la punta de las mandíbulas y lanzado hacia atrás con una sacudida brusca de la cabeza hacia arriba, para tragarlo; un trogón tiene el pico y la nuca muy cortos y sus delicados pies no están adaptados para trepar, pero sus alas están construidas de forma tal que le permiten revolotear y en esta posición pueden arrancar del peciolo el fruto que desean antes de regresar a una percha para devorarlo.

Un día el hijo de nuestro anfitrión, de trece años, se ofreció a guiarme a una parte muy distante del bosque en donde una gran manada de tatabros tenía su comedero. Al comienzo pasamos a través de una parte de la región que yo conocía bien, pues había estado cazando en ella varias veces; luego ascendimos una abrupta pendiente y al llegar a la cima, empezamos a explorar un amplio espacio de bosques densos raramente visitados. Aunque habíamos venido con el propósito expreso de cazar tatabros, había tal cantidad de raros trofeos por todas partes que era imposible

adherirse estrictamente a nuestra intención inicial; la tentación de agregar nuevos tesoros a nuestra colección era demasiado grande. Ágiles ardillitas pigmeas jugaban en la copa de las palmeras o se colgaban como líquenes de los troncos de los árboles. Algunos de estos árboles estaban en fruto y atraían muchos animales que son difíciles o imposibles de encontrar en otras condiciones, lo cual ofrecía un lugar ideal para el naturalista. Unas pocas semillas de aguacate desechadas por un cazador años atrás habían echado raíces y habían crecido hasta convertirse en árboles de buen tamaño; el fruto caía al suelo al madurar, atrayendo agutíes que venían en grupo, aparentemente desde lejos, para comer los ricos bocados. Otros árboles estaban cargados de pequeñas bayas. Aunque no se oía sonido alguno que indicara la presencia de algún ser vivo, usualmente descubríamos que estas primeras impresiones eran engañosas. Si esperábamos un momento, un suave pataleo sobre las hojas a nuestros pies recompensaba nuestra paciencia y luego una inspección cuidadosa de la bóveda de hojas revelaba formas silenciosas y oscuras que se movían con cuidado entre el dosel y recogían los frutos que estaban comiendo. Gradualmente las formas sombrías asumieron la forma de tucanes, loros o guacamayas; estas dos últimas aves desperdician mucho alimento y dejan caer muchos más frutos de los que comen.

La presencia de un ejército de hormigas es señalada invariablemente por el agudo trino de los pájaros hormigueros que lo acompañan. Encontramos uno y pasamos una emocionante media hora coleccionando dos especies de hormigueros, uno negro con hombros blancos (*Myrmelastes*[290]) y el otro de color marrón, con una línea blanca a lo largo del centro de sus partes inferiores (*Anoplops*[291]); habían estado alimentándose de escarabajos y arañas y el examen de sus estómagos también reveló unas pocas hormigas. Después de dispararle a un pájaro fue necesario meterse en medio del grueso de voraces insectos para recobrarlo, pero antes de lograrlo, enjambres de hormigas habían trepado por nuestras piernas y estaban agarradas con la fuerza del mordisco de un mastín.

En ocasiones vimos una bandada de saltarines — pequeños y brillantes espíritus del bosque, siempre hallados en los matorrales más densos.

[290] *Sipia berlepschi*
[291] *Gymnopithys leucaspis*

Algunos son negros con cabezas amarillas; otros, también negros, tienen pechos amarillos y largos mechones de plumas en la garganta, lo que les da a estos pájaros una cómica apariencia barbuda; una tercera especie tiene una vistosa cresta escarlata[292]. Solamente los machos son de colores brillantes; las hembras son verdes.

Había abundantes señas de tatabros, pero el continuo tiroteo los había espantado; de forma que después de haber inspeccionado una antigua tumba india consistente en un montón de piedras cuidadosamente apiladas, invadida por plantas rastreras, iniciamos el regreso a la casa. En vez de devolvernos por el camino por donde habíamos llegado, seguimos una estrecha garganta que sabíamos que nos conduciría al río Sucio. El avance era lento y difícil, pues el arroyuelo descendía en una serie de cascadas y las rocas estaban cubiertas de musgo y muy resbalosas; sin embargo, habiendo empezado esta ruta, era imposible devolvernos.

Había pocas cosas de interés a lo largo de este traicionero riachuelo, pero descubrimos nidos de un cucarachero listado de negro y blanco (*Thryophilus*[293]) balanceándose alegremente sobre el agua. Las estructuras, en forma de canastas, habían sido situadas en los sitios más silvestres y oscuros y cada una contenía un solo pichón, dormitando en paz a la entrada del nido, arrullado, sin duda, por la penumbra y el sonido de la corriente de agua.

A medida que avanzábamos lenta y dolorosamente, vadeando en aguas de hasta tres pies[294] de profundidad, una oscura forma sombría se lanzó de la negrura de una caverna entre las rocas y se colgó por un instante del puño de mi casaca de caza y luego cayó al suelo y lentamente desapareció entre las piedras. Mi compañero, que iba unos pocos pies adelante acababa de darse vuelta para hacer algún comentario y no fue sino hasta que sus gritos frenéticos me devolvieron a la realidad que me di cuenta de lo que había sucedido. Un verrugoso[295], aparentemente de cuatro o cinco pies[296] de largo se había exasperado por nuestra proximidad y lanzó un ataque mortal

[292] En el orden en que son mencionados, *Pipra erythrocephala, Manacus manacus y Pipra mentalis.*
[293] *Cantorchilus nigricapillus*
[294] 1 m
[295] Una vez más el autor se refiere al "bush master" (*Lachesis muta*) y aunque no se descarta que fuese esa especie la autora del ataque, pudo bien tratarse de una mapaná (*Bothrops atrox*).
[296] 1,20 – 1,50 m

a quien perturbaba su sueño diurno. Esta costumbre de la serpiente es bien conocida; por naturaleza es perezosa y una persona puede pasar cerca de ella sin causar su enojo, mientras que un segundo individuo, inmediatamente detrás del primero, causará su resentimiento, aunque puede no atacarlo; pero un tercero puede considerarse afortunado si no despierta la total furia del reptil.

La exploración de Alto Bonito produjo resultados tan ricos que lamentamos la necesidad de irnos; pero el tiempo de un naturalista de campo no es ilimitado y pronto nos encontramos cabalgando a través del tostado desierto antioqueño en ruta hacia Medellín. El trabajo en Alto Bonito proveyó el último eslabón en la cadena de hechos referentes a la cobertura boscosa del noroeste de Antioquia y también arroja alguna luz sobre la extensión de las cordilleras. Para información sobre este último tema nos vimos obligados a apoyarnos principalmente en los datos aportados por el Señor Ospinas [sic], director de la Escuela de Minas en Medellín, el Señor Ernesto White, un ingeniero que ha hecho trabajos en la región y los informes de los indios.

La cordillera Occidental termina en el Cerro Águila, justo por debajo de los 9°, cerca del Golfo de Urubá [sic], y tiene menos de mil pies[297] de elevación. La cordillera desciende, gradualmente, al norte de Paramillo. A una latitud de 7½° el pico más alto es conocido como Alto Esmeralda y tiene cuatro mil pies[298] de elevación y el Abibi [sic], unas pocas millas más al norte, alcanza una altitud de sólo tres mil seiscientos pies .[299]

Un camino recientemente construido (por el Señor White) desde Turbo en el golfo de Urubá [sic] hasta Montaria [sic] en el río Sinú, cruza la región que menos conocimos; la elevación máxima de ésta es de ochocientos pies[300] y cada milla de la vía fue abierta a través de la selva virgen.

297 304 m
298 1219 m
299 1097 m
300 244 m

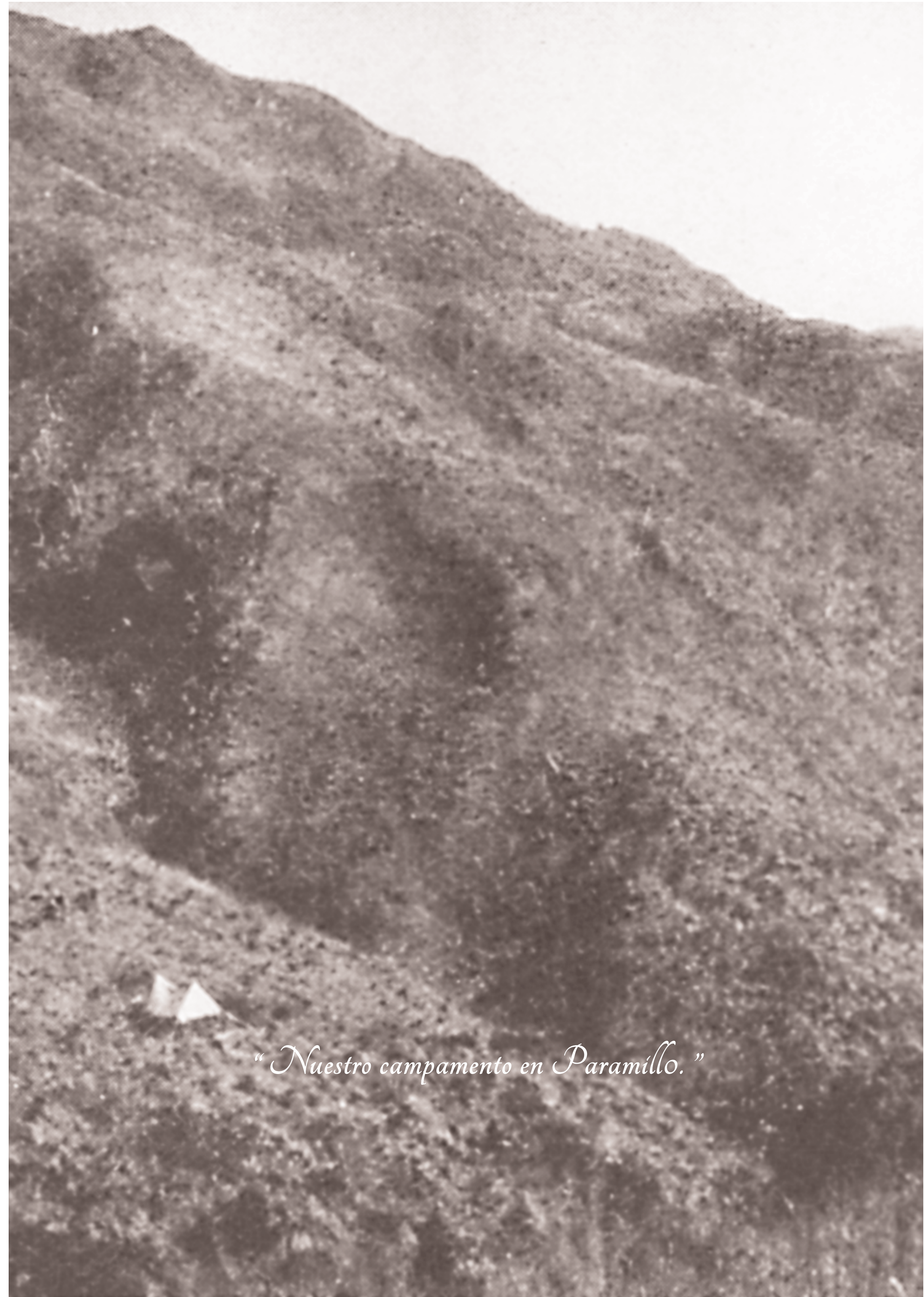
"Escribo estas últimas páginas en un campamento de la fuerza aérea[301] esperando órdenes para salir hacia nuevas tierras y posiblemente muchas más emocionantes experiencias; pero casi diariamente mis pensamientos regresan a la gran tierra de maravillas que se extiende al sur de nuestro país y que yo he aprendido a amar. ¡Ojalá llegue rápido el día cuando pueda de nuevo mirar ansioso el horizonte en busca del primer vistazo distante de sus costas bordeadas de palmeras!"[302]



301 Se trataba del campo de entrenamiento John Dick, en las afueras de Dallas, Texas.
302 Decidimos finalizar la traducción con el último párrafo del libro, escrito por Miller cuando se unió al ejército de los Estados Unidos al final de la primera guerra mundial, por dos razones. Por una parte, porque estas palabras expresan elocuentemente su sentimiento acerca de las regiones que visitó y estudió con tanto ahínco y por otra, porque representan el cierre de su carrera como naturalista. Como lo mencionamos en la primera parte, después de la guerra Miller aparentemente nunca hizo otra expedición ni regresó a sus amadas tierras remotas de Suramérica.

Leo E. Miller,
1st. Lt. A.S., S.R.C.
Camp Dick, Dallas, Tex.
May 17, 1918

Autógrafo de Leo E. Miller, firmado por la época en la que terminó de escribir "En las tierras remotas de Suramérica". Bajo la firma, aparecen las iniciales 1st. Lt. A.S., S. R. C., que corresponden a su rango en el ejército como "First Lieutenant, Air Service Signal Reserve Corps" (colección privada de Walter H. Weber, Medellín).



"Nuestro campamento en Paramillo."

Apéndice 1

Cronología e itinerarios de las expediciones de Leo E. Miller en Colombia

Noviembre 10 de 1910 - Junio 4 de 1911. Expedición No. 1. De Buenaventura hacia el Valle del Cauca; Reconocimiento de Cali a Girardot atravesando el paso del Quindío. [303]

Marzo 23 de 1911. Frank M. Chapman, Louis Agassiz Fuertes y Leo E. Miller desembarcan en Buenaventura en donde se reúnen con William Richardson.

Marzo 23 – 29 de 1911. Viaje del grupo hacia Cali para guardar equipos y provisiones antes de establecerse en una cabaña en San Antonio.

Abril 8 de 1911. Regreso a Cali.

Abril 11 – 18 de 1911. Colecciones en La Manuelita.

Abril 18 – mayo 1 de 1911. Traslado a Miraflores, en el flanco occidental de la cordillera Central y colecciones en los alrededores.

Mayo 1 – 7 de 1911. La Manuelita, Florida y Guengüe; colecciones en las ciénagas en los alrededores de Juanchito y regreso a Cali. Fuertes colecta el primer espécimen de *Aythya nationi*, "prácticamente el redescubrimiento de la especie conocida previamente sólo por un par [de especímenes] obtenidos en Lima, Perú." (Chapman 1917)

Mayo 13 - julio 21 de 1911. Expedición No. 2. Región de Popayán.

Mayo 13 – 17 de 1911. Miller y Richardson viajan de Cali a Popayán.

Mayo 20. Salida de Popayán hacia el Cerro Munchique.

303 La primera expedición fue iniciada por William Richardson, quien trabajó en la región comprendida entre Buenaventura y los alrededores de Cali desde el 10 de noviembre de 1911 hasta su encuentro con Chapman, Fuertes y Miller el 23 de marzo de 1911.

Mayo 22 – junio 4 de 1911. Primer campamento en Munchique.

Junio 4 – 6 de 1911. Viaje hacia El Cocal, en la vertiente occidental de Munchique.

Junio 6 – 18 de 1911. Colecciones en El Cocal y regreso a Popayán.

Junio 24 de 1911. Salida de Popayán hacia La Gallera en la cordillera Occidental.

Junio 26 – Julio 4 de 1911. Colecciones en La Gallera.

Julio 5 – 9 de 1911. Colecciones en La Florida

Julio 10 – 23 de 1911. Colecciones en la cima de la primera cadena de la cordillera Occidental.

Julio 27 de 1911. Regreso a Popayán e inicio del retorno a Cali.

Agosto 22 de 1911 – enero 7 de 1912. Expedición No. 3 – Extremo inferior del valle del Cauca, paso del Quindío, de Cartago al río San Juan.

Agosto 22 de 1911. Miller y Allen se embarcan en Cali a bordo de un vapor en el río Cauca.

Agosto 25 de 1911. Miller y Allen llegan a Cartago.

Agosto 27 - 28 de 1911. Viaje de Cartago hasta Laguneta, justo debajo del paso del Quindío.

Agosto 28 - septiembre 11 de 1911. Colecciones en Laguneta y sus alrededores.

Septiembre 11 de 1911. Retorno a Salento.

Septiembre 12 de 1911. Inicio del ascenso al páramo de Santa Isabel pasando por el valle de Boquía.

Septiembre 13 - 23 de 1911. Colecciones en el páramo.

Septiembre 25 de 1911. Retorno a Salento.

Octubre 3 – 6 de 1911. Viaje por el paso del Quindío hasta Chicoral, en el valle del Magdalena.

Octubre 6 – 13 de 1911. Colecciones en Chicoral y sus alrededores.

Octubre 17 – 21 de 1911. Colecciones en El Edén.

Octubre 23 – 27 de 1911. Colecciones en el río Toche.

Octubre 31 – noviembre 13 de 1911. Colecciones en los alrededores de Salento.

Noviembre 13 de 1911. Regreso a Cartago en ruta hacia Río Frío.

Noviembre 15? – diciembre 2 de 1911. Colecciones en Río Frío.

Diciembre 3? – 7 de 1911. Estancia en Cartago, preparando el cruce de la cordillera Occidental.

Diciembre 7 – 14 de 1911. De Cartago a Juntas del Tamaná.

Diciembre 14 – 20 de 1911. Colecciones en Juntas del Tamaná.

Diciembre 21 – 27 de 1911. Colecciones en Nóvita.

Enero 7 de 1912. Regreso a Cali.

Febrero 27 – abril 7 de 1912. Expedición No. 4. ***Cali a San Agustín.***

Febrero 27 de 1912. Miller y Allen salen de Popayán hacia el sur, acompañados por J. T. Lloyd, residente en Colombia.

Febrero 29 a marzo 4 de 1912. Viaje a La Sierra.

Marzo 9 – 18 de 1912. Viaje hasta Almaguer y el valle de las Papas.

Marzo 22 – abril 4 de 1912. Colecciones en el valle de las Papas.

Abril 4 – 7 de 1912. Viaje a San Agustín.

Abril 7 – septiembre 1 de 1912. Expedición No. 5. ***De San Agustín hasta la región del Caquetá.***

Abril 7 – 25 de 1912. Colecciones en los bosques alrededor de San Agustín.

Abril 27 – mayo 5 de 1912. Colecciones en La Palma, al sur de San Agustín.

Mayo 7 – 19 de 1912. Colecciones en La Candela, al occidente de San Agustín.

Mayo 20 de 1912. Miller regresa a San Agustín para hacer los preparativos de su expedición al Caquetá.

Mayo 30 – Junio 20 de 1912. Miller cruza la cordillera Oriental en Andalucía y hace colecciones en ambas vertientes de la cordillera.

Junio 24 – Julio 6 de 1912. Llegada a Florencia y colecciones en los alrededores.

Julio 8 – 26 de 1912. Colecciones en La Morelia.

Julio 26 – septiembre 1 de 1912. Miller regresa a San Agustín y de allí cabalga hasta Neiva y luego navega en champán hasta Girardot en donde toma el vapor del Magdalena hasta Puerto Colombia.

Noviembre 11 de 1914 – marzo 26 de 1915. Expedición No. 8. ***La región de Antioquia.***

Noviembre 11 de 1914. Miller llega a Medellín desde Puerto Berrío, en compañía de Howarth Boyle.

Noviembre 15 – 23 de 1914. Colecciones en Santa Elena.

Noviembre 25 – 29 de 1914. Colecciones en Barro Blanco, al oriente de Santa Elena.

Diciembre 1 – 4 de 1914. Colecciones en Santa Elena.

Diciembre 5 – 9 de 1914. Regreso a Medellín y preparativos para la expedición al bajo Cauca.

Diciembre 9 – 14 de 1914. Viaje de Medellín a Puerto Valdivia.

Diciembre 14 – 25 de 1914. Colecciones en los alrededores de Puerto Valdivia.

Diciembre 26 de 1914. Viaje hasta La Frijolera.

Diciembre 26 de 1914 – enero 4 de 1915. Colecciones en La Frijolera y regreso a Medellín.

Enero 14 – 19 de 1915. Viaje de Medellín hasta Peque.

Enero 20 – 23 de 1915. Ascenso de Paramillo.

Enero 24 – febrero 1 de 1915. Colecciones en el Paramillo.

Febrero 9 – 11 de 1915. Miller y Boyle viajan a Dabeiba, pasando por Buriticá.

Febrero 12 – 14 de 1915. Colecciones en Dabeiba.

Febrero 16 – 23 de 1915. Colecciones en Alto Bonito.

Febrero 25 – 26 de 1915. Descanso en Dabeiba en el viaje de regreso a Medellín.

Marzo 9 – 11 de 1915. Colecciones en Malena, cerca de Puerto Berrío.

Marzo 23 – 26 de 1915. Colecciones en La Playa, cerca de Barranquilla.

Apéndice 2

Campamentos de recolección de especímenes visitados por Leo E. Miller en Colombia[304]

ALMAGUER, Cauca: 01° 55'N; 76° 50'W; 2,312 m. El campamento estaba situado en un frondoso bosque de zona templada en la cordillera Central al sur de Popayán y 760 m por encima del pueblo de Almaguer. Expedición No. 4; Marzo 9-18, 1912; 175 especímenes.

ALTO BONITO, Antioquia: 07° 05'N, 76° 30'W, 457,2 m. Estación a orillas del río Sucio en la vertiente occidental de la cordillera Occidental 16 km más debajo de Dabeiba. La región está cubierta con un denso bosque virgen. Expedición No. 8; febrero 16-23 de 1915; 255 especímenes.

ANDALUCÍA, Huila: 01° 54'N, 75° 40'W, 2310 m. Estación en la cumbre de la trocha que lleva de Guadalupe en el valle del Magdalena hasta la región del Caquetá. La cordillera está cubierta de un denso bosque en este sitio, el cual se extiende hacia abajo hasta una elevación de 1066,8 m. La mayor parte de las colecciones se hicieron en la vertiente occidental. Expedición No. 5; junio 1-16 de 1912; 248 especímenes.

BARRO BLANCO, Antioquia: ca. 06° 15'N, 75° 23'W, 2194,6 m. Estación en la parte norte de la cordillera Central al oriente de Santa Elena, en la base de una cuchilla que bordea un altiplano muy bien cultivado. Los bosques originales parecen haber desaparecido. Expedición No. 8; noviembre 25-29 de 1914; 88 especímenes.

BUENAVENTURA, Valle del Cauca: 3° 53'N, 77° 10'W; 0 m. Principal puerto en la costa pacífica de Colombia al fondo de la bahía de Buenaventura, a 22 km del litoral. Los alrededores son bajos y boscosos y las costas están bordeadas en todas partes por manglares. Muy pocos especímenes parecen haber sido recolectados por los naturalistas que han trabajado en la región. Expedición No. 1; marzo 23-28 de 1911; 35 especímenes.

304 Información traducida de la obra de Chapman (1917); la mayoría de las coordenadas y algunas aclaraciones toponímicas fueron tomadas de Paynter (1997).

CALDAS[305], Valle del Cauca: 03 ° 40'N, 76 ° 41'W, 780 m. Pequeño pueblo en la vía férrea que lleva de Buenaventura a Cali, en la cuenca del Caldas en la parte alta del río Dagua. El terreno inmediatamente alrededor es desnudo y árido. Hay alguna vegetación a lo largo del río, pero las colinas son pastizales con algunos cactus y pequeños árboles parecidos a acacias. La avifauna parece haberse derivado de la del valle del Cauca. Expedición No. 1; noviembre 10-24 de 1910, 128 especímenes.

CALI, Valle del Cauca: 03 ° 25'N, 76 ° 45'W; 1066,8 m. La población más importante de la región del Cauca y la base de las expediciones del Museo Americano durante algo más de un año. Los alrededores son en su mayor parte pasturas abiertas y proporcionan pobres colecciones, pero los pantanos que bordean el río Cauca, distantes cinco kilómetros, contienen muchas aves acuáticas interesantes. Fue aquí en donde el raro pato *Marila nationi*[306], previamente conocido solamente por dos especímenes recolectados cerca de Lima en el Perú, resultó ser común. Expedición No. 1; diciembre 19-31 de 1910; mayo 8-11 de 1911; Expedición No. 2, enero 25 a febrero 8 de 1912; 313 especímenes.

CHICORAL, Tolima: 04 ° 13'N, 74 ° 59'W, 365,8 m. Estación en la margen occidental del valle del Magdalena al oeste de Giradot [sic], en donde el río Coello es cruzado por un puente colgante. La región es abierta y árida, sin bosques, pero con alguna cobertura de árboles y arbustos a lo largo de la quebrada. Aunque está en el valle del Magdalena propiamente dicho y apenas a unos 180 m por encima del río y a 19 km de distancia de éste, los especímenes recolectados en Chicoral algunas veces difieren perceptiblemente, bien sea en por su mayor tamaño o diferente coloración, de aquellos obtenidos en Honda. Expedición No. 3; octubre 6-13 de 1911; 186 especímenes.

CISNEROS, Valle del Cauca: 3 ° 49'N, 76 ° 40'W; 306 m. Pequeño pueblo (también llamado Juntas) en la vía férrea entre Buenaventura y Cali, en la confluencia del Dagua y Las Petitas. Los alrededores, la fauna y las condiciones de colección son esencialmente como las que se encuentran en San José. Expedición No. 1, marzo 10-21 de 1911; 82 especímenes.

305 Denominación antigua de la población de Dagua.
306 Este registro corresponde a *Netta erythrophthalma.*

COCAL, Cauca: 02° 31'N, 77° 00'W, 1219 m. Campamento en el bosque de la vertiente occidental de la cadena más oriental de la cordillera Occidental. Varios especímenes etiquetados 'Cocal' en realidad fueron cazados en el camino por encima de este punto, lo cual da cuenta de la presencia aparente de algunas aves en 'Cocal' que no se encontraron en ningún otro sitio de tan baja altitud. Expedición No. 2; junio 6-18 de 1911; 149 especímenes.

DABEIBA; Antioquia: 07° 6' N, 76° 25'W; 610 m. Pequeño pueblo a orillas del río Sucio en la vertiente occidental de la cordillera Occidental, en el límite superior del bosque del valle. Expedición, No. 8, febrero 12-14 y 25-26 de 1914; 162 especímenes.

EL EDÉN, Tolima: ca. 04° 30'N, 75° 20'W, 2591 m. Posada en el camino del Quindío por encima de Ibagué. Solamente quedan unos pocos parches de bosque subtropical a lo largo del sendero y la estación es un sitio pobre para el coleccionista. Expedición No. 3, octubre 17-21 de 1911; 138 especímenes.

FLORENCIA; Caquetá: 01° 36'N, 75° 36'W, 206 m. Pequeño pueblo en la región del Caquetá cerca de la base oriental de la cordillera Oriental. Las colecciones fueron hechas desde un rancho cercano en donde se había abierto un gran claro en el "océano de selva" que cubre la región. Expedición No. 5, junio 20-julio 5 de 1912; 257 especímenes.

GÜENGÜÉ, Cauca: ca. 03° 14'N, 76° 21'N, 1067 m. Rancho en el valle del Cauca en la margen occidental del río Cauca a unos 24 km al sureste de Cali. El terreno estaba cubierto por un bosque bajo y denso que estaba siendo rápidamente desbrozado para establecer áreas de pastoreo. Algunos de los arroyos estaban ampliamente bordeados con una cobertura espesa de grandes guaduales. Expedición No. 1, marzo 4- 5 de 1911; 45 especímenes.

JUNTAS DE TAMANÁ, Chocó: 502'N, 76° 21'W; 122 m. Pequeño caserío a orillas del río Tamaná en la zona tropical de la región costera del Pacífico. Expedición No. 3, diciembre 14-20 de 1911; 99 especímenes.

LA CANDELA, Huila: ca. 01° 50'N, 76° 20'W, 1981 m. Rancho indígena de la zona subtropical, a una jornada de viaje al occidente de San Agustín. Un pequeño claro está rodeado de enormes bosques prístinos. Expedición No. 5, mayo 8-20 de 1912; 300 especímenes.

LA FLORIDA, Cauca: ca. 02 35'N, 76° 55'W, 2355 m. Estación en los Andes al occidente de Popayán. Expedición No. 2; julio 5-9 de 1911; 80 especímenes.

LA FRIJOLERA, Antioquia: ca. 07° 10'N, 75° 25'W, 1524 m. Estación en la parte baja de la zona subtropical en la vertiente occidental de la cordillera Central encima de Puerto Valdivia en el bajo Cauca. Los alrededores están cubiertos de selva virgen. Expedición No. 8, diciembre 29 de 1914 a enero 4 de 1915; 148 especímenes.

LA GALLERA, Cauca: ca. 02° 35'N, 76° 55'W, 2134 m. Campamento en los bosques vírgenes de la vertiente occidental de la cadena más oriental de la cordillera Occidental. Expedición No. 2, junio 26 – julio 4 de1911; 105 especímenes.

LAGUNETA, Quindío: ca. 04° 35'N, 75° 30'W, 3139 m. Posada en el camino del Quindío a corta distancia al occidente del paso. El terreno está cubierto de bosque primitivo de la zona templada. Las aves son abundantes y la estación demostró ser excepcionalmente rica en formas, notablemente de *Grallaria*, no encontradas o encontradas en número reducido, en otras partes. Expedición No. 2, agosto 28 – septiembre 13 de 1911; 349 especímenes.

LA MANUELITA, Valle del Cauca: 03° 36'N, 76° 27'W, 1067 m. Propiedad de la familia Eder en el lado oriental del valle del Cauca a unos cinco kilómetros al norte de Palmira. El terreno circunvecino está mayormente dedicado a la agricultura y al pastoreo, pero hay pequeños remanentes de bosque que todavía albergan monos aulladores, muchos árboles a lo largo de la carretera y áreas comparativamente grandes de crecimiento secundario. Las aves son abundantes y la colección de todas las especies, excepto las habitantes de interior de bosque, fue excelente. Expedición No. 1, abril 12-18 de 1911, 124 especímenes.

LA PALMA, Huila: 01° 47'N, 76° 22'W, 1676 m. Estación en la zona subtropical a un día de camino al sur de San Agustín. Hay algunos claros rodeados de densas selvas vírgenes. Expedición No. 5, abril 25 – mayo 4 de 1912; 130 especímenes.

LA PLAYA, Atlántico: 11° 02'N, 74° 52'W, 0 m. Estación en la vía férrea que conduce de Puerto Colombia a Barranquilla. A un lado hay sabanas abiertas de la zona costera árida y al otro, caños y lagunas bordeadas de manglar. Expedición No. 8, marzo 23-26 de 1915; 105 especímenes.

LA SIERRA, Cauca: 02° 10'N, 76° 45'W, 2073 m. Situada en el filo de una cresta justo antes de que el camino descienda hacia el cañón del Patía. Hay pequeños parches de bosque seco más bien abierto. Las aves fueron escasas. No obstante, el único condor visto por nosotros en Colombia fue observado en este sitio y solamente aquí se encontró un nuevo zorzal marcadamente diferente (*Planesticus caucae*[307]). Expedición No. 4, marzo 1-2 de 1912; 66 especímenes.

LAS PAPAS, VALLE DE, Cauca: ca. 01° 50'N, 76° 35'W, 3200 m. Valle en la cordillera Central al sur de Popayán en el borde entre las zonas alpina y templada. Expedición No. 4; marzo 22-28 de 1912; 92 especímenes.

LOMITAS, Valle del Cauca: 03° 38'N, 76° 38'W, 1380 m. Rancho en la vertiente occidental de la cordillera Occidental en los bosques húmedos de la zona subtropical, La avifauna aquí es esencialmente como la de San Antonio. Expedición No. 1, febrero 26 – marzo 17 de 1911; 165 especímenes.

MALENA, Antioquia: 06° 27'N, 74° 30'W, 137 m. La primera estación en la línea férrea hacia Medellín al oeste de Puerto Berrío. Se encuentra en el corazón de la selva virgen del fondo del valle. Expedición No. 8, marzo 9-11 de 1915; 100 especímenes.

MICAY, Cauca: 02° 46'N, 76° 55'N, 3152 m. Campamento en el camino de Micai [sic] en la cresta de la primera serranía de la cordillera Occidental al occidente de Popayán. Aquí fue descubierta la especie *Diglossa gloriosissima*. Expedición No. 2, julio 10-23 de 1911; 235 especímenes.

MIRAFLORES, Valle del Cauca: ca. 03° 35'N, 76° 10'W, 2073 m. Nombre de un chalet del Sr. Charles J. Eder en la vertiente occidental de la cordillera Central ligeramente al nordeste de Palmira. Está situado en el borde inferior del bosque de niebla de la zona subtropical en donde se une al borde superior de la zona tropical que aquí es semi – árida y desprovista de

307 *Turdus olivater caucae.*

árboles. Su posición faunística es entonces similar a la de nuestra estación en San Antonio en la cordillera Occidental. Hacia el oriente el bosque se extiende hasta la cima de esta cadena (2469 m), hasta el fondo del valle a continuación y hasta la cima de la siguiente cresta, más allá de la cual no penetramos. Expedición No. 1; abril 18-30 de 1911; 456 especímenes.

MORELIA, Caquetá: 01° 31'N, 75° 41'W, ca. 300 m. Hacienda a dos días de camino al sureste de Florencia en la selva virgen que cubre por completo esta parte de Colombia. Esta localidad, junto con Florencia, fue una de las más productivas entre todas las visitadas por las expediciones del Museo Americano y allí se obtuvieron muchas especies que no habían sido registradas anteriormente en Colombia. Expedición No. 5, julio 8-26 de 1912; 415 especímenes.

MUNCHIQUE, CERRO, Cauca: 02° 32'N, 76° 57'W, 2537 m. Campamento en el bosque de la zona subtropical en la vertiente oriental de la cordillera Occidental al occidente de Popayán. Expedición No. 2; mayo 22 – junio 24 de 1911; 311 especímenes.

NOANAMÁ, Chocó: 04° 48'N, 76° 50'W, 30,5 m. Pueblo a orillas del río San Juan en los bosques de zonas bajas de la zona tropical en la región costera del Pacífico. Expedición No. 3, diciembre 29 de 1911 – enero 2 de 1912; 91 especímenes.

NÓVITA, Chocó: 05° N, 76° 53'W, 46 m. Pequeño Pueblo a orillas del río Tamaná cerca de su desembocadura en el Juan, en los bosques de zonas bajas de la zona tropical de la costa Pacífica. Expedición No. 3, diciembre 21-27 de 1911; 178 especímenes.

PARAMILLO, Antioquia: 07° 18'N, 75° 58'W; 3810 m. Isla de zona templada cerca del extremo norte de la cordillera Occidental y posiblemente el punto más alto en esta cadena montañosa. Aunque se hicieron colecciones a una elevación a la cual se encuentran especies típicas de páramo en la cordillera Central, solamente se obtuvieron especies de zona templada. *Diglossa gloriosissima, Diglossa brunneiventris y Scytalopus canus* fueron algunas de las aves más interesantes que se obtuvieron. Expedición No. 8, enero 24 – febrero 1 de 1915; 168 especímenes.

PEQUE, Antioquia: 060 59'N, 750 51'W, 1524 m. Pueblo pequeño en el que se consiguieron porteadores para el ascenso a Paramillo, en el límite inferior del bosque de niebla de la zona subtropical. Expedición No. 8, febrero 4 de 1915; 28 especímenes.

PUERTO VALDIVIA, Antioquia: 07° 10'N, 75° 48'W; 183 m. Estación en la orilla derecha del bajo Cauca al comienzo de la navegación y en la base de la vertiente occidental de la cordillera Central. La cordillera Occidental se levanta desde la orilla izquierda del río y ambas vertientes están densamente cubiertas de bosques. Las colecciones hechas en este sitio muestran que muchas especies han entrado a este valle desde el valle del Atrato, pero también que en algunos casos están representadas en ambos valles por formas muy diferentes. Expedición No. 8; diciembre 14-26 de 1914; 334 especímenes.

RIOFRÍO, Valle del Cauca: 04° 11'N, 76° 27'W, 1067 m. Estación en la orilla oriental del río Cauca en bosque tropical denso de zonas bajas. Con la excepción de Güengüé este fue nuestro único punto de colección de su tipo en el alto valle del Cauca. Expedición No. 3; noviembre 23 – diciembre 2 de 1911; 143 especímenes.

TOCHE, RÍO, Tolima: 04° 26'N, 75° 22'W, 2073 m. Valle en el corazón de la cordillera Central pero sobre el drenaje del Magdalena. La región que rodea la posada en el Pie de San Juan carece de cobertura forestal, pero la cabecera del valle está densamente cubierta de bosques y merecería más atención de la que le dimos. Un pinzón muy singular (*Atlapetes flaviceps*) fue coleccionado aquí. Expedición No. 3; octubre 23-27 de 1911; 126 especímenes.

SALENCIO [308], Valle del Cauca: 04° 47'N, 76° 11'W, 1676 m. Asentamiento en la vertiente oriental de la cordillera Occidental al oeste de Cartago en el camino que conduce a la región del San Juan. Está situado justo por debajo del límite inferior de la zona subtropical. Expedición No.3; diciembre 9-10 de 1911; 28 especímenes.

308 Hoy es conocido como *Albán.*

SALENTO, Quindío: 04° 40'N, 75° 50'W, 1981 m. El último pueblo que se encuentra antes de cruzar el paso del Quindío desde el valle del Cauca hacia el del Magdalena. No hay ningún otro sitio de colección en la vecindad inmediata del pueblo, pero la región vecina al valle de Boquilla [sic] con sus barrancas cubiertas de bosque y las selvas de la primera cadena montañosa hacia el occidente (El Roble) eran ricas en avifauna. Expedición No. 2; septiembre 25 – octubre 2; octubre 31 – noviembre 6; noviembre 8-13 de 1911; 342 especímenes.

SAN AGUSTÍN, Huila: 01° 53'N, 76° 16'W, 1536 m. Pueblo en el límite superior de la zona tropical cerca de las cabeceras del Magdalena. Los alrededores inmediatos son semi – áridos y abiertos, con bosques únicamente a lo largo de las quebradas. Las colecciones se hicieron tanto cerca al pueblo como en los bosques subtropicales a algunas horas de distancia. Expedición No. 5; abril 9-25 de 1912; 253 especímenes.

SAN ANTONIO, Valle del Cauca: 03° 30'N, 76° 38'W, 2012 m. Pequeño asentamiento en la vertiente oriental de la cordillera Occidental unos pocos cientos de pies por debajo del paso de Las Cruces, sobre el camino de herradura entre Buenaventura y Cali. Esta es una de nuestras estaciones más importantes. La cresta de la cordillera y su vertiente occidental están cubiertas de bosque subtropical altamente desarrollado. La vertiente oriental, después de los primeros cien pies (30,5 m), está cubierta de pasto y desprovista de árboles o arbustos. Por lo tanto, algunas especies del trópico árido ascienden casi hasta la divisoria. En la vertiente occidental el bosque desciende hasta La Tigra (1733 m.). Expedición No. 1, enero 4 – febrero 21; marzo 30 – abril 7 de 1911; 766 especímenes.

SAN JOSÉ, Valle del Cauca: 03° 50'N, 76° 50'W, 116 m. Pequeño asentamiento sobre el Dagua en la base occidental de la cordillera Occidental, a unos 40 km al oriente de Buenaventura y por muchos años punto final de la carrilera. La precipitación es elevada y la región está densamente cubierta de bosques; hay pocos caminos y la colección de especímenes es difícil. Expedición No. 1; noviembre 27 – diciembre 18 de 1910; 37 especímenes.

SANTA ELENA, Antioquia: 06° 13'N, 71° 10'W, 2743 m. Se localiza en la cima de la primera cadena de la cordillera Central a muy corta distancia

de Medellín. La deforestación y los cultivos parecen haber producido un gran cambio en las condiciones que son sin duda responsables por la mezcla de especies de las zonas subtropical y templada en esta localidad. Expedición No. 8; noviembre 15-23; diciembre 1-4, de 1914; 282 especímenes.

SANTA ISABEL, Risaralda: ca. 04° 47'N, 75° 28'W, 3658 m. Campamento cerca de la unión del bosque de zona templada con el páramo de Santa Isabel. La avifauna es parecida a la de Laguneta. Expedición No. 3; septiembre 21-23 de 1911; 75 especímenes.

SANTA ISABEL, PÁRAMO DE, Risaralda: ca. 04° 47'N, 75° 26'W, 3810 m. Campamento en un valle del páramo cerca de la cumbre de la cordillera Central al norte del paso del Quindío. Esta es nuestra única estación de páramo situada en la base de los campos nevados, cuya presencia parece ser esencial para el crecimiento de vegetación paramuna bien desarrollada. Las colecciones hechas aquí incluyen algunas especies de páramo desconocidas en otros lugares de Colombia, e indican que la cordillera Central es la principal extensión hacia el norte del sistema andino. Expedición No. 3, septiembre 13-21 de 1911; 200 especímenes.

VARRUD [309] **, Magdalena:** Sitio en el bajo río Magdalena, a un día de navegación aguas arriba de Calamar. Expedición No. 8; noviembre 5 de 1914; 10 especímenes.

309 Sin localización precisa. Según Paynter el sitio debió estar entre Calamar (100 15'N, 740 55'W) y Bocas de Chimí (080 57,740 01) y pudiera ser la población actual de San Antonio del Río (090 20'N, 740 42'W), también conocida como Barbudo. Paynter sugiere que la denominación Varrud puede ser un error de transcripción de este último topónimo, lo cual es plausible dado que su pronunciación en la región bien puede sonar como "Barbúo".

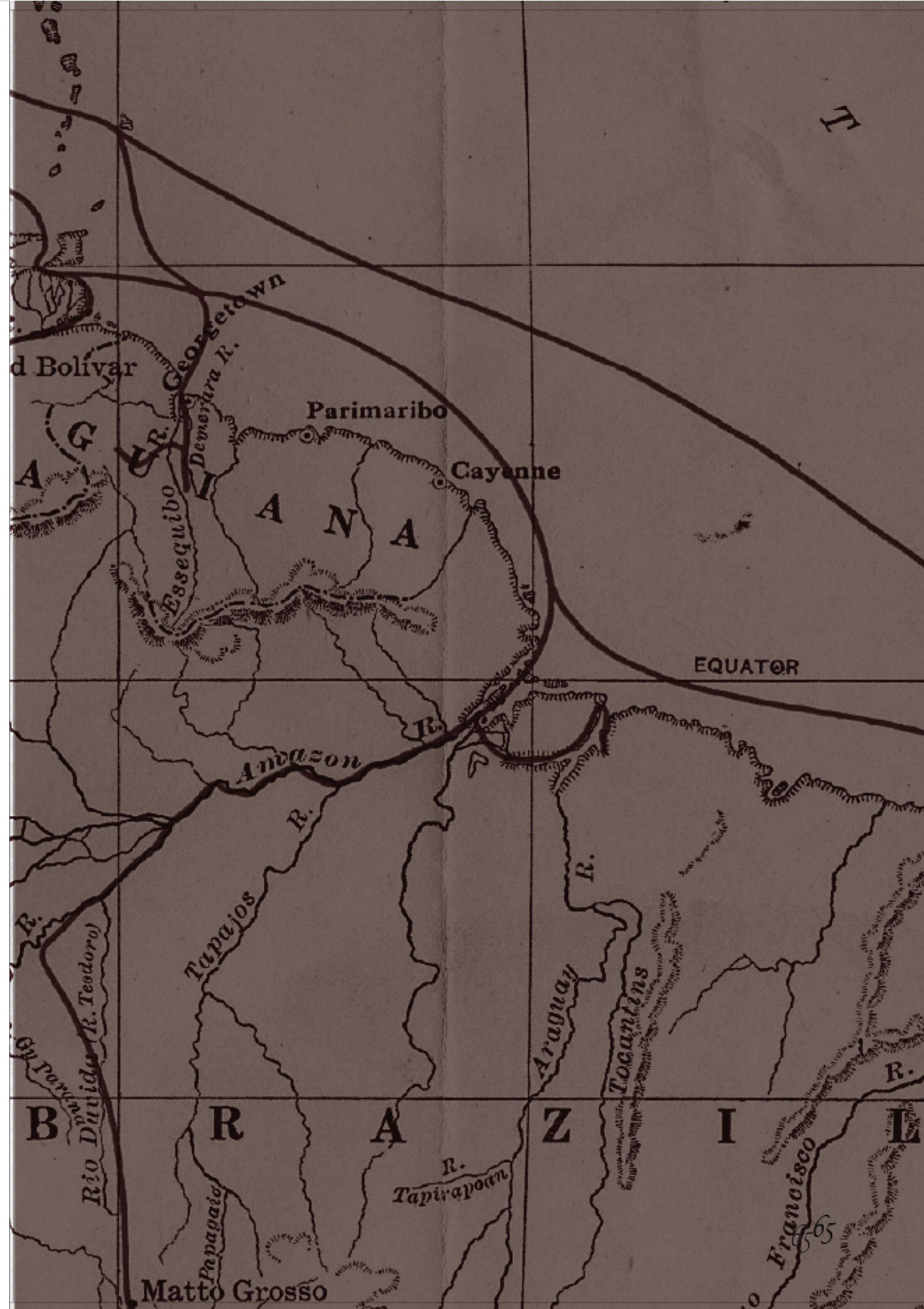




Primera Edición
en español.

Producida en
Medellín - Colombia
en los talleres de
Impresiones Gráficas Ltda.

Abril de 2013





Leo E. Miller

NATURALISTA INCÓGNITO



Leo E. Miller

NATURALISTA INCÓGNITO